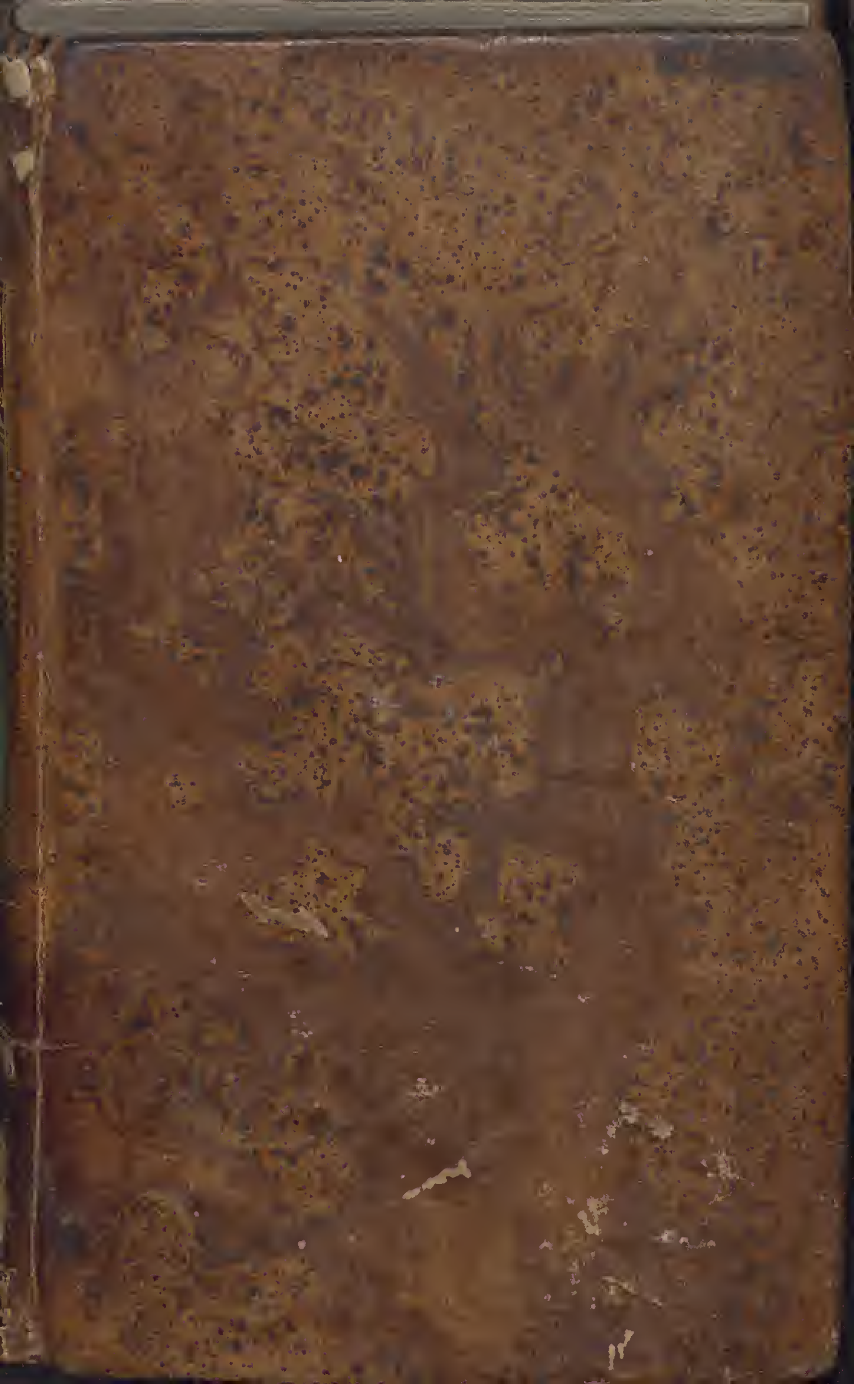
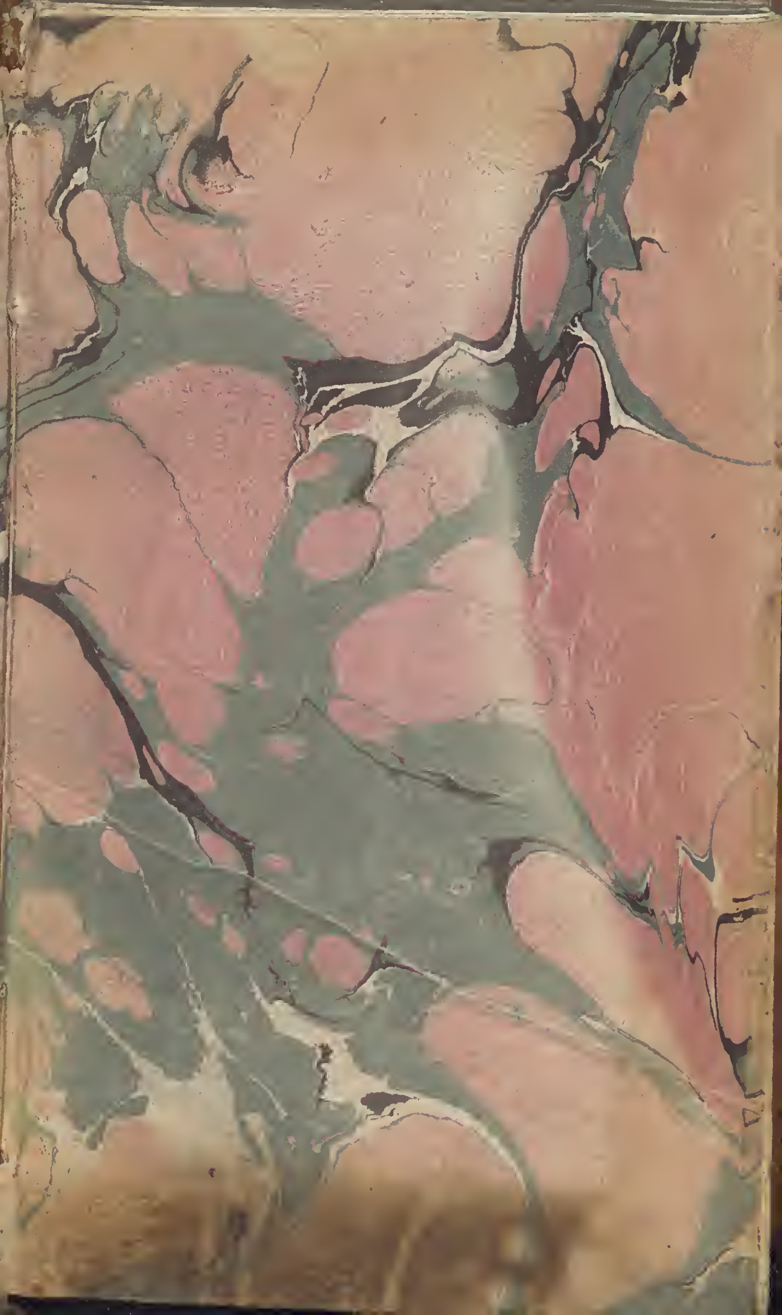






EL VIAGERO

UNIVERSAL.

QUADERNO LV.

EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

OBRA RECOPILADA

DE LOS MEJORES VIAGEROS

POR D. P. E. P.

TOMO XIX.

MADRID.
IMPRENTA DE VILLALPANDO.
1798.



EL
VIAGERO UNIVERSAL,
Ó
NOTICIA DEL MUNDO
ANTIGUO Y NUEVO.

CARTA CCCVII.

Costumbres y *civilizacion de los isleños del mar del Sur.*

El puesto ó clase que ocupen las mugeres en la sociedad doméstica, tiene suma influencia en la civilizacion; y quando se vea una nacion en extremo bárbara y grosera, se puede asegurar que las mugeres son tratadas en ella con la mayor dureza. Esta es una regla general, que no admite excepcion alguna; y seguramente no se puede hacer mejor apologia del bello sexô, que el demostrar con los hechos que á cada pa-

so nos ofrecen los viages y la historia de la especie humana, que la civilizacion de los pueblos está en razon directa de la estimacion y aprecio que hacen los hombres de las mugeres. Extiendase la vista por todo el Globo, y se verá confirmada esta verdad: los Turcos y Asiáticos son groseros, ignorantes y esclavos, porque las mugeres en aquellos paises son esclavas, ignorantes y no tienen entrada en la sociedad y trato familiar: las naciones salvages tratan á las mugeres como bestias de carga, y por consiguiente los hombres son poco mas que bestias: en Europa la muger es compañera del hombre, y de aquí la suavidad de costumbres y la mayor civilizacion. Probaré esto con algunos exemplos de las naciones del mar del Sur.

Las mugeres de la tierra del Fuego son las que arrancan de los peñascos las ostras, que son el principal alimento de aquella tribu. Las de la Nueva Zelanda son las que recogen las raices de que se alimentan, guisan la comida, preparan la planta de su lino, hacen las telas y vestidos, fabrican las redes para la pesca, y no tienen un momento de reposo, al mismo tiempo que sus maridos pasan la mayor parte de su vida en la ociosidad. Aun no pára en esto la miseria de estas infelices, pues como ya he dicho, no se las permite castigar á sus hijos quando las

maltratan á vista de sus mismos padres: abandonadas á la brutalidad de los hombres son tratadas como bestias de carga, sin permitirlas el menor exercicio de su voluntad. Por consiguiente no es estraño que los hombres de la tierra del Fuego sean los mas estúpidos de la especie humana, y que los Zelandeses sean unos Canibales inmundos, cuyo solo aspecto causa asco y horror.

Las mugeres de Tanna, de Manicola y de la Nueva Caledonia no son menos miserables, aunque no vimos que sus hijos las maltratasen; sin embargo, son las que cargan con todos los fardos, y hacen todos los trabajos domésticos. La opresion y aspereza con que las tratan, junto con su constitucion mas delicada y mayor sensibilidad, han perfeccionado sus facultades intelectuales, y las han hecho muy superiores á los hombres en la penetracion y sagacidad. Como reciben impresiones mas prontas y vivas, son mas inclinadas á la imitacion, y comprehenden mas facilmente las propiedades y relaciones de las cosas. Simplifican sus varios trabajos, y á veces hacen nuevas invenciones en aquellas artes. Habituadas á someterse ciegamente á los caprichos de los hombres, se acostumbran muy desde luego á evitar los excesos de las pasiones; su reflexîon es mas tranquila y madura; procuran grangearse la aprobacion por medio de la dulzu-

ra y alhagos, y de este modo contribuirán con el tiempo á disminuir la dureza de costumbres de aquellos bárbaros, disponiéndolos para la civilizacion.

Los Zelandeses considerando á sus mugeres como un mueble de que pueden disponer á su arbitrio, venden sus favores á los estrangeros, como ya he dicho en su lugar: los mismos padres arrastraban á estas infelices victimas para entregarlas á la brutalidad de los marineros, los quales no se condolian de sus lágrimas y afliccion. Si estos salvages prohiben á veces á sus mugeres el comercio con otros hombres, y castigan con rigor las transgresiones, no lo hacen por motivos de justicia, de modestia, ni de honor, sino por exercer su autoridad sobre ellas. Esta conducta es muy propia de unos bárbaros, cuyo manjar mas delicioso es la carne humana, y que usando de la mayor perfidia, asesináron y devoraron á diez Ingleses que iban en una canoa en nuestro segundo viage.

Las mugeres de Otahiti, de las islas de la Sociedad, de las de los Amigos y de las Marquesas no son tan tiranizadas por sus maridos: esta sola razon bastaba para probar que todos estos isleños no se hallan ya en el estado de salvages, y que se les debe tener por algo menos que bárbaros. Por consiguiente, como las mugeres son aquí mas

estimadas, se ve en estas sociedades mas humanidad y virtudes sociales. Las mugeres de Otahiti y de las islas cercanas tienen la organizacion en extremo delicada, ingenio vivo, imaginacion ardiente, penetracion, sensibilidad, dulzura de caracter, y gran propension á agradar. Estas qualidades juntas con la sencillez del pais, con la franqueza, con una hermosa figura y bella persona, con una sonrisa encantadora, con unos ojos llenos de fuego y de ternura cautivan el corazon de los hombres, y mantiene su influencia el bello sexô en los asuntos domésticos y públicos; por lo que ellas se mezclan en todas las juntas, se las permite hablar libremente y sin reserva con todo el mundo; así cultivan su entendimiento y el de los jóvenes, porque siendo el objeto principal de su educacion el aprender el grande arte de agradar, se las instruye en todos los medios de grangearse el afecto de los hombres, y de adquirir un genio amable. Sus canciones, danzas, risas, desemboltura alegre, todo cóncurre á inspirar amor á los jóvenes, y á formar enlaces que duran toda la vida.

Sin embargo, debo advertir, que aunque las Otahitinas han suavizado ya las costumbres de sus compatriotas, subsisten aun algunos abusos, que dan á entender no han gozado siempre las mugeres de la esti-

macion é igualdad que se las dá al presente. En los pueblos que consideran á las mugeres como unos criados ó esclavos, desdeñándose los hombres de su compañia, las precisan á que coman separadas de ellos. Esto mismo sucede en todas las islas de la Sociedad, y aunque no supieron darnos razon de esta costumbre tan absurda, presumo que es un resto del estado de abatimiento en que antiguamente vivieron las Otahitinas, antes de que llegasen á adquirir la estimacion é igualdad de que gozan actualmente.

La monogamia es universal en todas las naciones del mar del Sur, sin que hayamos encontrado ninguna de ellas en que un hombre tenga mas de una muger. Es verdad que algunos hombres, principalmente los de clase distinguida, tienen sus enlaces privados con varias solteras, siempre prontas á entregarse á la primera solicitacion; pero jamas he oido decir que ninguna casada haya cedido á los deseos de ningun amante.

Aunque la poligamia es muy comun en los climas calientes y en las naciones bárbaras, donde las mugeres se consideran como un mueble propio del marido, es muy digno de notarse que no se halle introducida en las islas del mar del Sur, situadas en un clima ardiente, donde el luxo ha hecho ya algunos progresos, y cuyos habitantes son muy

dados á los placeres: tampoco se halla en la Nueva Zelanda ni en las islas mas occidentales, á pesar del poco aprecio que se hace allí de las mugeres. La única razon que hallo para explicar este fenómeno es que el número de las mugeres no es mayor que el de los hombres, y que tienen la facilidad de divorciarse, dexando una muger y tomando otra, de lo qual hemos visto varios exemplos. Sin embargo, no creo que la monogamia sea siempre un efecto de la proporcion entre el número de hombres y mugeres; al contrario, juzgo que en Africa la naturaleza de los alimentos, el clima, y la costumbre de casarse con muchas mugeres han producido una gran desproporcion en el número de hombres y mugeres, de suerte que al presente nace mucho mayor número de mugeres que de hombres. La causa de esto es la enervacion de los hombres por la poligamia, y el mayor vigor de las mugeres por la razon contraria.

Se ha probado por las listas exâctas de los que nacen y mueren, que en la mayor parte de los paises de Europa la proporcion de los hombres á las mugeres es casi igual, y si hay alguna diferencia está á favor de los varones, que respecto de las hembras estan en la proporcion de ciento cinco á ciento seis. Si esta es la medida general de la naturaleza, como es muy pro-

bable, la costumbre de la poligamia la ha trastornado en Asia y Africa, enervando á los hombres. Hallase pues la poligamia establecida en una parte del Globo, y la monogamia en otra; y tengo motivos para sospechar que la pluralidad de los maridos se halla actualmente en la isla de Pasqua. Dicen que antiguamente las mugeres de los Medos tenian muchos maridos, y que las que no tenian mas que cinco, se consideraban mal provistas. Entre los antiguos Bretones diez ó doce hombres no tenian mas que una muger. En la costa de Malabar se permite á las mugeres de calidad tener todos quantos maridos quieran; y un Viagero me ha asegurado, que actualmente en el reyno de Thibet, varios hombres, principalmente los hermanos y los parientes se reunen para mantener una muger comun, escusándose con decir, que en su pais no hay suficiente número de mugeres. Ya he dicho hablando de los antiguos Canarios, que se usaba entre ellos el tener una muger muchos maridos á un tiempo. Por mas estraña que parezca esta costumbre, no se puede dudar de ella, y sin duda debe de haber habido alguna razon para adoptarla. En los paises cercanos á la China, á la Bukaria y á la India, donde los hombres tienen mas de una muger, debe haber pocas hembras, porque las roban ó las compran

para comerciar con ellas; no es pues estraño que muchos hombres tengan que contentarse con una sola muger. Quando la isla de Pasqua fue visitada en 1722, contenia muchos millares de habitantes: los Españoles en 1770 encontraron en ella unos novecientos ó mil. Esta diminucion de poblacion es muy singular; pero lo mas notable es que entre estos novecientos habitantes no hay mas que unas cincuenta mugeres. La erupcion de un volcan ó un terremoto han podido destruir la mayor parte de estos habitantes: efectivamente el Capitan Davis, que la descubrió en 1687, y de él tomó el nombre de *isla de Davis*, experimentó un violento terremoto en aquellos parages y á poca distancia de allí. Si este desastre acaeció de dia, es verosimil que la mayor parte de los hombres, estando fuera de sus casas, se salvarian, al paso que perecerian las mugeres que ordinariamente permanecen en sus habitaciones, exceptuando las que se hallasen en campo raso. Estas mugeres, segun todas las apariencias, sirven para muchos hombres, conjetura que se confirma con la facilidad que observamos en ellas de prostituirse á muchos marineros sucesivamente, porque quizá están habituadas á proceder así con sus compatriotas. Por consiguiente, estas mugeres deben ser poco fecundas, y como mas dé-

biles que los hombres, nacerán mas varones que hembras.

El ser monógamas todas las naciones del mar del Sur, aunque descienden del Continente de la India en que es general la poligamia, no procede al parecer, de ningun motivo virtuoso que las haya inspirado esta reforma. Quizá las primeras tribus que se establecieron en estas islas, traerian igual número de hombres que de mugeres, y esto les obligaria á apartarse de la poligamia establecida en su patria nativa. La corta extension de estas tierras haria necesaria la continuacion de esta conducta; porque si en una isla pequeña un hombre se apropiase los derechos de muchos, tomando para sí solo las mugeres que debian servir para otros varios, no tardarian los perjudicados en vengarse de esta usurpacion injuriosa, y cada individuo recobraria los derechos de que se le habia despojado.

Las jóvenes de Otahiti y de las islas vecinas prodigan sin escrúpulo sus favores á varios amantes; esta conducta bastaria en otros paises para impedirlas el casarse; pero aquí se piensa de muy distinto modo. Si acaso resulta de este comercio algun hijo, se atribuye al hombre con quien actualmente vive la muger, y desde entonces se consideran por casados. Los hombres mas distinguidos no se desdeñan de casarse con

muger que haya tenido muchos amantes.

Parece que los hombres no se han resuelto á habitar en las extremidades de las Zonas templadas sino forzados de la necesidad, y solamente al cabo de mucho tiempo se han establecido en los climas frios. La dulzura del temple dentro de los Trópicos y en sus inmediaciones, el rápido aumento que en ellos tienen los animales y vegetales, la facilidad de adquirir el sustento y abrigo contra las inclemencias del ayre, la profusion de frutas y raices que producen espontaneamente aquellos paises, todo hace creer que los hombres prefirieron al principio estos climas para su habitacion.

Aunque los isleños del mar del Sur no tienen ningun trato con naciones enteramente civilizadas, se advierte sin embargo que su civilizacion está mas adelantada á medida que se apartan mas de los polos. Gozan de un sustento mas vario y abundante, tienen habitaciones mas espaciosas, mas aseadas y mas acomodadas al clima: sus vestidos son mas ligeros y cómodos, su poblacion mas numerosa, sus sociedades mas arregladas, la seguridad pública mas bien defendida contra las invasiones enemigas, sus modales mas civiles, los principios de la moral mejor conocidos y practicados, y los entendimientos mas capaces de instruccion. Tienen algunas ideas vagas

de un Ser Supremo, de la vida futura, del origen del mundo. Al contrario, los miserables Salvages que habitan en las cercanias de la Zona helada son los mas degenerados de la especie humana: el escaso alimento que adquieren, es asqueroso: se guarecen en unas chozas las mas incómodas y miserables que pueden imaginarse: sus groseros vestidos no los cubren ni abrigan contra los rigores del clima: las tribus son poco numerosas: como no tienen union ni amistad entre sí, estan expuestos á todos los insultos de los usurpadores: se refugian en unos peñascos horribles, y parecen insensibles á todo lo que tenga visos de industria ó grandeza: una estupidez brutal forma su caracter; quando se hallan con fuerzas superiores, obran con perfidia y contra todos los principios de humanidad.

Comparando la situacion de los habitantes de la tierra del Fuego y de la Nueva Zelanda con la de sus vecinos, se vé mas claramente que las tribus que habitan las extremidades heladas de nuestro Globo, estan muy lejos de gozar la felicidad que las naciones del Trópico. En las cercanias de la bahia de Natividad la poblacion es muy corta; esta es la tierra mas meridional en que encontramos hombres: estos Salvages parecia que conocian la horrible miseria en que viven. No tenian mas vestido que un

pedazo de piel de foca rodeado á la cintura, que no les cubria la mitad de los muslos; todo lo demas del cuerpo desnudo estaba expuesto á un grado tan grande de frio, que aun en medio del estio nos parecia muy fuerte, aunque estabamos bien abrigados: el termómetro de Farenheit estaba comunmente de 46 á 50 grados. Así hombres como mugeres llevaban descubiertas sus partes naturales: todos despedian un hedor intolerable, efecto del aceyte rancio de ballena de que usan, y de la carne podrida de focas que comen: creo que toda la contextura interior de sus cuerpos está impregnada de este olor desagradable. Sus chozas son unos palos enlazados entre sí, que forman una especie de hornillo baxo, abierto y redondo: no observamos entre ellos mas muebles que un cestillo, un saco de estera, un gancho de hueso atado á un palo, para arrancar las ostras de las peñas, un arco mal hecho, y algunas saetas. Sus piraguas son de corteza: en un extremo de estas miserables embarcaciones ponen un poco de tierra, y encima de ella mantienen fuego siempre encendido, aun en estio. Ademas de la carne de focas se alimentan de ostras que comen asadas: tiritaban de frio, que á pesar de la costumbre les hace mucha impresion: todo lo miraban con una estupidez é indiferencia que no se advierte

en ninguna nacion del mar del Sur.

La bahia Dusky es la parte mas meridional de la Nueva Zelanda: abunda en aves marítimas, en excelentes pescados y en focas, que cubren sus peñas. Estos recursos deberian atraer á los Isleños para establecerse en aquella parte, pero no encontramos allí mas que tres familias, que parecian independientes unas de otras. Estos isleños no tienen ninguna idea del cultivo ó de plantios, no cubren mas que la parte superior del cuerpo, dexando lo demas expuesto al ayre, y se sientan en el suelo para abrigarse las piernas y muslos con sus mantas, que son en extremo inmundas. Al llegar al canal de la Reyna Carlota en la misma isla encontramos quatro ó cinco isleños sobre la costa. La pesca es allí no menos abundante que en la bahia Dusky, aunque no es tan buena; son raras las aves marítimas y no vimos mas que una foca. Sus vestidos y habitaciones son lo mismo que en la otra parte, aunque las chozas de los principales son mas espaciosas y aseadas. Los Zelandeses de la parte septentrional que vinieron á nuestro bordo, tenian mejores piraguas y vestidos, y segun lo que se observó en el primer viage, tienen plantios bien cultivados; en un distrito de unas ochenta leguas reconocen un xefe supremo; los xefes inferiores administran la justicia, y los

isleños al parecer viven con mas seguridad y comodidad que los demas Zelandeses.

Lo que acabo de decir manifiesta, que el género humano está muy multiplicado dentro de los Trópicos y en sus inmediaciones, pero que ácia las extremidades del Globo son pocos los habitantes. Tambien es digna de atencion la gran diferencia de frio en los dos hemisferios austral y boreal; pues en iguales latitudes, vemos en Europa climas muy benignos y aun calientes, como España, siendo así que en el hemisferio austral el temperamento del canal de la Reyna Carlota que está á los 41 grados 5 minutos, es tan rígido como hemos visto. Los exemplos que he citado, prueban tambien que las tribus que no tienen trato con las naciones civilizadas, tienen las facultades físicas y morales mas ó menos adelantadas á proporcion de lo que se apartan de los Trópicos. Es pues probable que las fibras y todo el cuerpo de los Salvages de aquellos climas frios contraen una rigidez que causa el entorpecimiento, la indolencia y la estupidez. Sus corazones se hacen insensibles á los movimientos de la virtud, del honor y de la conciencia, y son incapaces de afecto y ternura.

Volvamos ahora la vista á Otahiti, á la feliz metrópoli de las islas del Trópico, y á las islas de la Sociedad y de los Amigos.

Aunque su poblacion es considerable respecto de la extension del pais, es probable que aquellas islas pueden mantener mayor número de habitantes, y que en lo sucesivo se notará aumento en su poblacion, á no impedirlo algun accidente extraordinario. La fertilidad del terreno, la vegetacion rápida y no interrumpida de cocos, eurus, manzanas, bananas, platanos, patatas, ñames, y otras frutas excelentes; la division de las tierras en haciendas particulares, el cuidado de criar cerdos, perros y gallinas; la comodidad y aseo de las habitaciones y piraguas; los medios ingeniosos con que pescan; el buen gusto y elegancia en sus utensilios y muebles; sus vestidos tan bien adaptados al clima, y variados con tanta gracia; la cortesia, urbanidad y delicadeza de sus modales; su caracter franco y jovial, su hospitalidad y bondad de corazon; el conocimiento que tienen de las plantas, aves, peces, marisco, insectos, &c. de las estrellas, de sus movimientos, de los vientos, de las estaciones; su poesia, canciones, danzas, y dramas; su teogonia y cosmogonia; las clases y destinos diversos de su sociedad civil; sus establecimientos para la defensa del pais y para reprimir á sus enemigos; todo manifiesta que son infinitamente superiores á las tribus de que he hablado antes.

El clima contribuye sin duda á todas estas ventajas, y aun se puede decir con razon, que es su causa principal; pero como hemos descubierto mas al Oeste nuevas islas en el mismo clima y en igual latitud, cuyos habitantes estaban mucho mas atrasados en la civilizacion y en los placeres de la vida, es preciso buscar en otra parte el origen de esta diferencia.

Las ideas y los progresos de los hombres en las ciencias, artes, manufacturas, vida social, y aun en la moral deben considerarse como la suma total de los esfuerzos que ha hecho el género humano desde el principio de su exîstencia. Las primeras familias y tribus mantuvieron entre sí trato y enlaces, y así aumentaron y propagaron los conocimientos utiles. Las ciencias, artes, manufacturas y establecimientos del Egipto y de las naciones Orientales fueron adoptadas en parte por los Griegos, quienes las enseñaron á los Romanos. Las naciones modernas han vuelto á hallar varios descubrimientos de los Antiguos, que se habian perdido. Dos sistemas muy notables salieron de la Caldea y del Egipto, que se esparcieron, el uno por la India, la China y las extremidades del Oriente, y el otro al Occidente y al Norte. Se observan aun algunas reliquias de ellos esparcidas por algunas partes; pero en lo interior de la par-

te meridional del Africa, ni en todo el Continente de la América no se ha encontrado ningun rastro de ellos. A medida que una nacion haya conservado mas restos de los antiguos sistemas, mas los ha modificado y acomodado á su situacion particular, mas ideas nuevas ha creado sobre aquella primera basa, y mas ha adelantado en la civilizacion. Al contrario, debe ser mas ó menos miserable, segun que las circunstancias la hayan obligado á olvidar los antiguos sistemas, mayormente si no ha suplido esta pérdida con nuevos principios y nuevas ideas. Varias causas pueden haber producido en las naciones emigradas un total olvido de las ideas de su patria: por exemplo, una discordia interna, ó una invasion enemiga puede haber obligado á varias familas á abandonar su pais nativo. Para ponerse en salvo, se habran ido retirando á paises incultos, donde no hallarian los frutos que producia su pais, y habrian de emplear todo su tiempo en adquirir con gran trabajo una escasa subsistencia. No conociendo aun las producciones espontaneas del nuevo pais, les seria forzoso vaguear de una á otra parte, buscando alimentos; procurarian matar con arte ó con fuerza animales y páxaros, ó pescar en los rios y mares. Estas circunstancias harian variar del todo sus costumbres, su modo de vivir, su lengua, y casi

toda su naturaleza. Habrian ya variado de ideas; olvidarian los descubrimientos hechos en su patria; no encontrarian los árboles y plantas de que hacian sus telas: como no habrian podido llevar consigo plantas, granos, ni los animales domésticos, de cuya lana se vestian, se verian precisados á defenderse del rigor del frio con pieles toscas, ó con esteras texidas de hojas ó yerbas. La vida errante que por precision tendrian para buscar su sustento, los obligaria á mudar de domicilio siempre que empezase á escasear la caza ó la pesca: por consiguiente no se tomarian el trabajo de construir casas regulares como las de su patria, fuera de que careceriau de herramientas y materiales para el efecto, y se contentarian con levantar una choza que por el pronto pudiese defenderlos de la inclemencia del Cielo. Los emigrados conservarian las ideas y los nombres de las cosas de que en su patria habian gozado; pero sus hijos ya los olvidarian, y á la tercera ó quarta generacion ya se habria olvidado todo. Los nuevos objetos que descubriesen, los precisarian á imaginar nuevas voces, y poco á poco se iria alterando su lengua. Como no tendrian mas subsistencia que la caza y la pesca, se verian precisadas las familias á vivir separadas unas de otras: ocupados siempre en proveer á sus necesidades, no pensarian en ninguna otra

cosa, y perderian todas las ideas que no tuviesen relacion con la caza y la pesca; de este modo debieron degenerar y embrutecerse insensiblemente olvidando todo lo que se habia inventado en su pais. Estos hombres dexando de exercitar su entendimiento irian declinando á la condicion de los brutos: agenos de todas las virtudes sociales no se reunirian sino por costumbre: todos sus deseos se limitarian á la sensualidad y á los placeres brutales, y apenas se descubririan en ellos algunos restos de la imágen brillante de la divinidad.

He aquí el modo harto sencillo y probable con que los hombres pueden haber degenerado de la vida social hasta la estupidez de los Salvages mas embrutecidos. Ni faltan exemplos de esta verdad: bien sabido es que el famoso Skerlik á quien el Lord Anson recogió en la isla de Juan Fernandez, al cabo de siete años habia ya olvidado su lengua, y estaba hecho un verdadero salvage: no seria extraño pues que si hubiese tenido hijos, á la segunda ó tercera generacion ya no se hubiese reconocido en ellos ningun rastro de la cultura Europea.

Qualquier hombre acostumbrado á pensar reconocerá facilmente que la vida de los Salvages tiene mas de brutal que de racional; que sus placeres son groseros y breves, y su miseria es habitual y horrible. Ve-

rá que aun quando tuviese proporcion para adquirir facilmente su sustento, su vida es precaria, y continuamente está expuesto á los rigores de las estaciones, á la furia de las fieras, y á la crueldad de sus enemigos. Son, pues, dignos del mas alto desprecio los sistemas de aquellos sofistas, que dominados de una orgullosa melancolía no cesan de ponderar la felicidad de los salvages que vagan por montes y selvas, prefiriendo su peligrosa independencia á las infinitas comodidades que nos proporciona la Sociedad: sistemas absurdos y extravagantes, que colocando al salvage en una clase superior al hombre en sociedad, tiran á aniquilar todos los principios de razon, justicia y humanidad.



CARTA CCCVIII.

Islas de Pelew, ó Palaos.

Antes de daros cuenta del tercer viage del Capitan Coock, me ha parecido conveniente informaros de las islas de Pelew, que por un funesto accidente fueron visitadas poco hace por el Capitan Wilson. Esta aparente digresion me parece oportuna para evitar el hastío que puede causar la uniformidad de los descubrimientos de Coock: fuera de que siendo estas islas las unicas que nos quedan por visitar por estos mares que han sido tan frecuentados por los ultimos viageros, seria muy violento volver á tratar de ellas quando nos hallemos engolfados en el hemisferio boreal.

Estas islas, llamadas de Pelew por los Ingleses, fueron descubiertas por los Españoles, quienes las llamaron de *Palaos*; el redactor de la relacion de Wilson dice que las llamamos islas *de Palos*, porque se descubrian á lo lejos algunas palmas que parecian *palos*. Lo que hay de cierto es que nuestros primeros navegantes las llamaron de *Palaos*, y que esta es la verdadera pronunciacion de lo que los Ingleses escriben *Pelew*. Es nece-

sario, Señora, que tengais advertido, que los viageros Ingleses corrompen increiblemente todos los nombres de las lenguas estrañas, de lo qual ya he dado varias pruebas en los viages á Otahiti. Esta gran falta depende de su absurda pronunciacion; y por consiguiente los vocabularios que traen de las lenguas de las naciones nuevamente descubiertas, no pueden ser utiles sino para los que sepan pronunciar el Inglés, y por esto los he omitido.

Las noticias que se tenian de estas islas de Palaos eran muy confusas: pintan á sus naturales como bárbaros, inhumanos, canibales que se sustentan de carne humana, &c., pero la relacion que voy á extractar del Capitan Wilson, desmiente todas estas imputaciones: para dar mas gracia y energía á la relacion, introduciré al mismo Wilson, dando cuenta de todo lo que le acaeció en estas islas.

Habiéndome hecho á la vela del puerto de Macao el 21 de Junio de 1783 en la Antelope, paquebot de la Compañia de las Indias, tuve la desgracia de varar en un arrecife junto á una de las islas de Palaos. Sin embargo, se salvó toda la tripulacion, y saliendo á tierra, formamos algunas tiendas con los materiales que se habian sacado del paquebot. En esto vimos algunos naturales de la isla, y dos canoas se acercaron á la ribe-

ra en que estabamos. Mucho nos sobresaltó la venida de estos isleños, por no saber quál seria su intencion; pero al mismo tiempo que mandé preparar las armas para todo acontecimiento, quise probar todos los medios de grangearme su amistad. Uno de ellos en lengua Malaya nos preguntó si eramos amigos, ó enemigos. Respondimosles en la misma lengua, que eramos Ingleses; que nuestro navio habia encallado sobre el arrecife, que habiamos salvado las vidas, y que eramos amigos suyos. Los isleños hablaron entre sí, porque sin duda el interprete Malayo que traian les estaba explicando nuestra respuesta. Luego que la hubieron entendido, salieron de sus canoas, metiéndose en el agua y dirigiéndose ácia nosotros: yo al ver esto, entré en el agua para salirles al encuentro, los abracé con muestras de amor, y conduciéndolos á lo ribera, los presenté á mis compañeros de naufragio. Eran ocho los isleños, y despues supimos que entre ellos habia dos hermanos del Rey: al saltar en tierra, lo miraban todo con el mayor cuidado, como si recelasen alguna traicion. No quisieron sentarse junto á las tiendas, ni apartarse de la orilla del mar, para poder volverse á sus canoas en caso necesario.

Como ibamos á desayunarnos, les presentamos thé y vizcocho dulce de la China; viendo ellos que no me acompañaban mas

que nuestro interprete Malayo y otras dos personas, no tuvieron reparo en estar con nosotros. En la conversacion preguntamos al Malayo que se hallaba con los isleños, por qué desgracia habia llegado á aquella isla: él, que ademas de su lengua natural y la de Palaos, sabia algo del Inglés y del Holandés, nos respondió así. »Yo mandaba un »navio mercante que pertenecia á un Chino »de Ternate. Dirigiéndome á Amboina y »Bantan, fui arrojado hace dos meses sobre »una isla al Sur, que está á la vista de esta »en que ahora me veo. Pasé de esta isla á la »de Palaos, donde fui recibido favorable»mente del Rey, el qual es un hombre ex»celente, y sus vasallos no son menos hu»manos." Añadió que una canoa de pescador habia visto varar nuestro navio; que habiendo sabido el Rey nuestra desgracia, habia enviado aquellas dos canoas al amanecer para saber qué era de nuestra tripulacion.

Estos isleños estuvieron cerca de una hora en nuestra compañia: probaron el thé, pero prefirieron el vizcocho, y mostraron haber perdido todo recelo. Pidieronme enviase uno de los nuestros al *Rupak* ó Rey de la isla, para informarle de quienes eramos, en lo que convine. Presenteles á mis Oficiales, los quales les dieron las manos, advirtiéndoles nuestro interprete, que este era nuestro modo de saludar: ellos nos dieron

tambien la manos, y en las demas ocasiones que se nos presentaron, nunca omitieron esta ceremonia de urbanidad.

No puedo menos de ponderar aquí el gran beneficio que debimos á la Divina Providencia, que por unos medios tan extraordinarios acudió á nuestro remedio en una desgracia tan funesta. Por una casualidad se habia embarcado con nosotros aquel Malayo; y por otra casualidad el otro Malayo se hallaba en Palaos; pero la Providencia se vale de estas que nos parecen casualidades, para sus altos fines; sin el auxîlio de estos dos hombres no pudieramos habernos entendido con los isleños: esta falta de inteligencia pudiera habernos hecho incurrir en algun descuido, que nos enemistase á unos con otros, y nos hubiese acarreado nuestra total ruina.

Estos isleños eran de color muy bazo, y venian enteramente desnudos: tenian el cutis muy suave y brillante, efecto del aceyte de cocos con que se ungen. Cada uno de los dos xefes tenia en la mano un canastillo de betel, y un pedazo de caña pulida y labrada por las dos puntas; en ella llevaban su *chinam* ó coral calcinado: por uno de los extremos echaban sobre el betel antes de mascarle, esta especie de cal, para hacerle mas util y agradable. Esta costumbre prueba que estos isleños descienden de la India, ó han tenido antiguamente trato con

los Indianos, porque estos mezclan el betel con cal. El tener negros los dientes proviene del uso de mascar el betel, que los ennegrece, y aun los corroe. Eran de mediana estatura, pero bien proporcionados, y tenian mucho garbo en el andar. Se labran hasta la mitad de los muslos con picaduras en la piel en que echan color, como en las islas del mar del Sur, y estaba executado con tal destreza, que parecia color natural. Sus cabellos, que eran muy largos y de un hermoso negro, estaban atados por detras, y levantados con elegancia. Ninguno de ellos tenia barba, sino el mas jovén de los hermanos del Rey: despues supimos que se la arrancan de raiz: solamente un corto número de ellos, que tienen la barba espesa, la dexan crecer, y la cuidan.

Si nosotros estrañamos mucho la visita de estos isleños, no fue menor su admiracion al contemplarnos, y segun todas las apariencias, jamas habian visto ningun hombre blanco. Nos palpaban el cuerpo y los vestidos, como para averiguar si éstos eran parte de nuestros cuerpos. Observaban con la mayor atencion la blancura de nuestros brazos y las venas azules, creyendo que lo blanco era color postizo, y que lo azul de las venas era una tinta sobrepuesta. La explicacion que nuestro Mala-

yo les hacia de todas estas cosas, los dejaba tan satisfechos como admirados. Lo que mas estrañaron fue ver pelo en el pecho de los Ingleses, pues como ellos se lo arrancan todo de raiz, lo tuvieron por una gran falta de aseo y limpieza.

Paseaorónse despues con nosotros, dirigiéndonos á nuestras tiendas; y como habian venido sin armas, mandé que escondiesen todas las nuestras para no darles motivo de recelo. Mandé tambien que atasen unos perros que teniamos en las tiendas para que no se atemorizasen al verlos: pero luego que los oyeron ladrar, en vez de asustarse, comenzaron ellos tambien á dar grandes ahullidos, y manifestaron deseo de que siguiesen ladrando El Malayo nos dixo que aquellos ahullidos de los isleños eran efecto del placer y admiracion que les causaban los perros, porque jamas habian visto de estos animales, ni habia en todas sus islas mas quadrúpedos que ratas en los bosques.

Para complacer á los isleños en el deseo que me habian manifestado de que fuese uno de nosotros á informar al Rey sobre nuestro destino, envié á mi hermano, aunque con la zozobra de la suerte que podia tocarle. Encarguele diese cuenta al Rey de la infeliz situacion en que nos hallabamos, é implorase su favor y permiso para construir otro

navio con que pudiesemoe volver á Europa: al mismo tiempo le dí algunos regalos para aquel Soberano. Marchó mi hermano en una de las dos canoas, quedando con nosotros la otra con tres isleños, uno de los hermanos del Rey, llamado Raa-Kook, General de las fuerzas del Monarca, y el intérprete Malayo. Estos comieron de algunas aves cocidas, pero no quisieron probar del jamon que les habia hecho preparar, porque no podian sufrir el gusto de la sal, que no conocen. Pasaron en nuestra compañia aquella noche, porque el viento y la lluvia no les permitieron marcharse, y se mostraron muy contentos de nuestro trato y amistad.

Al dia siguiente envié el bote que habiamos salvado, á registrar el navio encallado, y á sacar de él varios efectos. De vuelta me contaron, que habian encontrado señales de haber estado en el navio algunos isleños, y que habian robado varias piezas de hierro y otras cosas: que habian observado que una punta considerable de la roca del arrecife habia penetrado en el fondo de la quilla, de suerte que el buque estaba clavado en el peñasco: que los isleños habiendo registrado el botiquin, y no habiéndoles gustado los medicamentos que en él habia, los habian derramado llevándose las botellas, de suerte que nada se podia aprovechar: añadieron que las canoas que ha-

bian hecho este robo, se habian dirigido á Palaos. Dí cuenta de todo esto á Raa-Kook no tanto para quejarme, como para manifestarle mi cuidado de que aquellos isleños padeciesen algun daño, probando de los medicamentos. Respondióme que no pasase pena por ellos, pues si les sucedia algun daño, seria justo castigo de su demasia; y se mostró muy irritado contra los autores de aquel robo, diciéndonos que por qué no habiamos disparado contra ellos? Si vuelven, añadió, á robar al navio, no tengais recelo en hacerles fuego, y si los matais, yo me encargo de justificaros con el Rey mi hermano.

Raa-Kook durmió aquella noche en nuestra tienda, y yo mandé se pusiese el mayor esmero en obsequiarle, pues estaba bien cierto de que su conducta amigable para con nosotros, y la indignacion que mostraba contra los ladrones, eran efecto de la bondad de su corazon, mas bien que del temor de verse en nuestro poder. Me protestó que informaria plenamente al Rey de aquel insulto, y que los culpados serian castigados severamente. Mostróse muy agradecido á nuestros obsequios; procuraba conformarse con nuestros usos, y se sentó á la mesa como nosotros, en vez de sentarse en el suelo con las piernas cruzadas, como estos isleños acostumbran.

Quando llegaron estos isleños, el Malayo venia enteramente desnudo; pidió un pantalon y una chaqueta, que le dimos al punto. Ofrecimos otro vestido entero á Raa-Kook, y al punto se le puso manifestando mucho placer en vestirse como sus nuevos amigos, y mirándose repetia á menudo *Raa-Kook Inglés*; pero este vestido debia de incomodarle mucho, porque no volvió á ponerselo, y lo guardó entre sus alhajas mas preciosas.

Este amable isleño mostraba la mayor curiosidad, y se informaba menudamente de todo lo que veia hacer: preguntaba las causas de todas nuestras acciones, para conformarse con ellas, y se ofrecia á ayudarnos en todos nuestros trabajos, hasta soplar la lumbre de la cocina. Habiendo yo observado, que llevaba en la muñeca un hueso de animal pulimentado, en forma de brazalete, le pregunté que significaba, y me respondió que era una insignia de gran distincion, peculiar de la Familia Real, y de los Generales, y que él la llevaba como hermano del Rey, y como Comandante General de las fuerzas de mar y tierra.

Al dia siguiente por la mañana llegaron dos canoas cargadas de ñames cocidas y de algunos cocos que me ofrecieron de regalo. En una de estas canoas venia *Arra-Kooker*, hermano del Rey, trayendo en su compa-

ñia á uno de los hijos del Monarca. Raa-Kook salió al punto á recibir á su sobrino, y tuvieron una larga conversacion. Arra-Kooker participó á su hermano, que habian muerto tres isleños de los que habian bebido de los medicamentos, y Raa-Kook mostró alegrarse de que así hubiesen sido castigados. El hijo del Rey dió parte á su tio de la comision que traia de parte de su padre, y este General me la comunicó por medio del intérprete Malayo en estos términos. „El Rey ve con gusto á los Ingleses en sus provincias, y les hace saber, que tienen su permiso para construir el navio en la isla en que se hallan, ó ir á construirlo en la de su residencia para gozar de su proteccion inmediata." Despues de esta explicacion, el Príncipe que parecia de edad de veinte años, empezó á exâminar todos los nuevos objetos con no menor curiosidad que lo habia hecho su tio el General. Pregunté á Arra-Kooker por mi hermano, y me aseguró no tuviese cuidado, que el no haber venido ya, era por impedirlo el viento, pero que ya estaba en camino para volver. Como estos isleños son naturalmente inclinados á remedar y á burlarse, me dió á entender por señas y figuras que formó, los temores que habia tenido mi hermano quando se vió en Palaos, manifestándome que habian sido infundados. En efecto, á

poco rato le ví volver sin la menor novedad: dixome que realmente habia tenido muchos recelos, pero que el suceso le habia manifestado que eran imaginarios. Hizome la relacion mas favorable de los habitantes de Palaos, que le habian recibido con la mayor amistad y atencion. He aquí la relacion que me hizo de su expedicion.

»Luego que mi canoa se acercó á la isla en que el Rey tiene su residencia, acudió gran tropel de gente á verme desembarcar. El hermano del Rey me acompañaba, y me conduxo de la mano á la ciudad. Hizome señal para que me sentase sobre un empedrado de losas quadradas, sobre el qual tendieron una estera. A poco rato vino el Rey: advertido por su hermano, me levanté para saludarle al modo de los Orientales, poniendo la mano en la frente é inclinando el cuerpo; pero el Rey no puso atencion en esta ceremonia. Presenté al Monarca mi regalo, y lo recibió con mucho agrado. Entonces Arra-Kooker habló con él por un rato, sin duda informándole de nuestra desgracia. El Rey probando un poco del azucar candi, que yo le habia dado, mostró le agradaba, y dió parte de ella á los xefes. Mandó llevar el regalo á su casa, y que nos sirviesen el refresco: este consistia en una cáscara de coco llena de agua caliente, mezclando con ella miel de cañas. Luego que la probó, mandó

á un joven que estaba á su lado, subiese á un cocotero y cogiese fruta. Tomó el Rey un coco, le partió, probó el licor que contenia, y dandoselo al mancebo para que me lo presentase, me dió á entender por señas que se lo volviese, luego que hubiese yo bebido. Dividió despues el coco en dos pedazos, comió un poco de él, y me lo envió para que comiese.

„Rodeome entonces gran multitud de personas de ambos sexôs: el Rey tuvo una larga conversacion con su hermano y con los xefes que se hallaban presentes. Las freqüentes miradas que me echaban, me daban á entender que yo era el asunto de su conversacion. Habiéndome quitado casualmente el sombrero, causé la mayor admiracion á todo el concurso, porque sin duda creian que el sombrero era parte de mi cuerpo; para desengañarlos, me desabroché el vestido, y me quité los zapatos: con esto se convencieron de la verdad, y venian á palparme por todas partes, y principalmente el pecho.

„Ya iba anocheciendo: el Rey, su hermano, otras varias personas y yo pasamos á una casa donde nos presentaron la cena que consistia en ñames cocidas con agua: la mesa estaba rodeada de un borde de tres á quatro pulgadas de alto. En un plato de madera habia una especie de pastel hecho de

ñames cocidas y batidas: ví tambien algunas ostras, cuya especie no pude distinguir. Despues de la cena me conduxeron á otra casa algo distante de la primera. Encontré en ellas unas cincuenta personas de ambos sexôs: fui conducido por una muger, que me hizo señal de sentarme sobre una estera, y comprendí que aquella seria mi cama. Luego que los circunstantes satisficieron su curiosidad, exâminándome de pies á cabeza, se fueron á dormir: yo me tendí en mi estera, y me cubrí con otra que sin duda para este efecto habian puesto allí cerca.

»Aunque no podia dormir, permanecia tranquílo; quando largo rato despues, estando todo en silencio, siete ó ocho hombres se levantan, y empiezan á encender dos grandes hogueras á los dos extremos de aquella pieza. Confieso que tuve el mayor miedo, creyendo que iban á asarme; pero á pesar de mi recelo, permanecí quieto resignándome con mi suerte. Luego que aquellos hombres se calentaron al fuego, volvieron á cubrirse con sus esteras, y se echaron á dormir hasta la mañana. Levanteme entonces, y sali á pasearme entre la multitud que por todas partes me rodeaba.

»El hermano del Rey no tardó en venir á encontrarme: llevóme á varias casas, donde me regalaron con ñames, cocos, y otras de sus comidas. Llevome despues á casa del

Rey su hermano, á quien manifesté mi gran deseo de volverme: comprendió muy bien mis señas, y me dió á entender que las canoas no podian navegar por causa del mal tiempo. Para designarme la violencia del viento, me señaló con la mano los árboles soplando con mucha fuerza; y para denotar el ímpetu de las olas á que se expondrian las canoas, juntó las dos manos, y levantándolas en alto, las trastornó, dandome asi á entender que las canoas zozobrarian.

„Empleé lo restante del dia en pasearme por la isla exâminando sus producciones, que me parece consisten en ñames y cocos: cultivan las primeras con mucho cuidado en grandes plantios situados en medio de terrenos pantanosos, como el arroz en la India. Los cocoteros se crian junto á sus casas, como tambien el betel, que mastican como tabaco."

Con tan favorable informe y con la comision dada por el Rey al Príncipe su hijo, cobraron aliento todos mis compañeros, disponiéndose con el mayor ardor á la construccion del nuevo vaxel que debia conducirnos á nuestra patria. Para este fin se sacaron del navio encallado todos los hierros y demas efectos que se pudieron salvar.

Al dia siguiente vino el Rey á visitarnos: en la conversacion que tuvimos me dió á entender, que la isla en que estabamos

llamada *Oroolong*, era mal sana, y que corriamos peligro de ser acometidos por los habitantes de otras islas inmediatas que eran enemigos suyos. Dile las mas expresivas gracias por el afecto que nos mostraba en tan juiciosas advertencias, asegurándole al mismo tiempo que no temiamos á todo el poder de sus enemigos, y que en caso de enfermar algunos de los nuestros nos valdriamos de su favor enviándolos á la isla de su residencia. Ofrecile por regalo un vestido de escarlata: el Rey venia enteramente desnudo; no tenia en la muñeca el brazalete de distincion que su hermano el General. Trahia sobre el hombro una hacha de hierro, lo que me causó mucha novedad, pues todas las demas eran de concha. El mango de esta hacha formaba con el hierro un ángulo agudo, de suerte que se encajaba muy ajústada contra el omoplato y el pecho, sin necesitar de asegurarla con ninguna otra cosa.

El Rey al saltar en tierra registró por todas partes con la misma curiosidad y recelo que sus hermanos quando nos visitaron la primera vez. Como reusaba entrar en nuestras tiendas, extendimos una vela en tierra para que se sentase: su primer ministro se sentó enfrente de él, y sus dos hermanos á sus lados; junto á ellos los demas Oficiales del Rey, y detras la demas comitiva

que ascenderia á trescientos hombres, cruzando las piernas. Habiéndole explicado Raa-Kook el efecto de nuestras armas de fuego, manifestó deseo de ver alguna prueba de ello, y para complacerle, mandé que la tripulacion hiciese el exercicio de fuego. En efecto hicieron tres descargas de fusileria; el asombro de los isleños, sus clamores y gritos, sus saltos y contorsiones fueron para nosotros un espectáculo tan divertido como pudo serles nuestro exercicio. Para darle mas clara idea del efecto de las armas de fuego, disparó uno de los nuestros á una gallina que se habia salvado del navio, y la mató: traxeronla al Rey, quien estuvo exâminando con mucha atencion las heridas sin poder comprender como habia sucedido aquello, porque no vió salir nada del fusil. Todo el concurso mostró su asombro con un baxo murmullo.

Raa-Kook le fue despues mostrando todos los objetos que mas habian excitado su atencion, y el Rey lo exâminaba todo con la mayor curiosidad y admiracion. Quando entró en la tienda donde estaban algunos Chinos que se habian embarcado en la Antalope, Raa-Kook advirtió al Rey que aquellos hombres eran diferentes de los Ingleses, y haciendo que uno de ellos se descubriese la cabeza, hizo notar al Rey aquella trenza ó mechon único de pelo, que desde

en medio de la cabeza le llegaba hasta las pantorrillas. Sobre esto hizo el Rey á su hermano varias preguntas, y éste le dió á entender, que en los varios paises del mundo habia diferentes naciones, y que entre éstas se distinguia la Francesa contra la qual los Ingleses estaban á la sazón en guerra, segun le habian informado los nuestros. El Rey oyendo estas noticias sobre las varias naciones esparcidas por el mundo y sobre sus diferentes lenguas, de lo qual veia una prueba en los Chinos que no entendian el Inglés, quedó suspenso y pensativo. Esto nos hizo creer, que estos isleños no tienen ninguna comunicacion con otras naciones, y que creian no habia mas mundo que la extension de su horizonte.

Despues que el Rey lo hubo registrado todo con la mayor atencion, volvió á su primer sitio, y me dixo queria irse á dormir al otro lado de la isla. Al punto uno de sus Oficiales dió un gran grito, y en un momento corrieron de todas partes los isleños que estaban esparcidos registrando los nuevos objetos. El Oficial que dió este grito, tenia un hueso pequeño atado á la muñeca, que despues supimos era insignia de un grado inferior al de General. El Rey se marchó muy contento del obsequio que habia recibido de nosotros.

El Principe y Raa-Kook se quedaron á

dormir en nuestras tiendas. Quando mas tranquílos estabamos, nos causó gran susto una griteria que juzgamos sería alguna señal de guerra, con que los isleños avisaban á su Rey viniese sobre nosotros. Todos acudimos á las armas con el mayor miedo; pero bien pronto nos convencimos de que aquello no era mas que un preludio que hacian los isleños para acordar sus voces y empezar á cantar. Luego que estuvieron acordes, Raa-Kook les dió una tablilla, que tomó un Oficial, sentado á cierta distancia, y cantó una copla, acompañado de los demas isleños, exceptuando el General y el Príncipe. Repitieron dos veces un estrivillo, y los isleños que estaban en otra tienda inmediata, lo repitieron despues en coro. Raa-Kook les dió otra tablilla, con la qual cantaron del mismo modo, y asi continuaron hasta doce coplas. En los intermedios hablaban entre sí, y daban á entender que los cantores no habian executado bien los diferentes tonos. Luego que concluyeron sus canciones, quisieron oir algunas de las nuestras, en lo qual les dió gusto un joven Inglés con algunas canciones de marineros, que al parecer les agradaron. Concluida la música, se pusieron los isleños á dormir, pero los nuestros estuvieron inquietos toda la noche, no pudiendo desechar el susto que habian concebido.

Al dia siguiente notamos mucha frialdad en el trato del Rey, respecto de la franqueza y amor con que antes nos habia tratado. No sabiamos á qué atribuirlo, y estabamos con la mayor congoja, pues sin el favor de los isleños no podiamos construir nuestro navio, y quedabamos imposibilitados de salir de aquellas esteriles islas. ¿ Pero qué Europeo podrá creer que el silencio reservado del Rey procedia de una delicadeza de generosidad que haria honor aun al hombre mas culto y sensible? El Rey tenia necesidad de pedirnos un favor, y su noble generosidad no le permitia hacer la proposicion, por ver que eramos unos infelices naufragòs que estabamos á su merced y baxo su proteccion : esta lucha tan notable le obligaba á permanecer en un silencio, que nosotros creimos era frialdad. En fin, despues de haber vacilado por mucho tiempo, se resolvió el Rey á explicarse, aunque con mucha repugnancia. Debiendo partir dentro de pocos dias á atacar á unos isleños vecinos que le habian insultado, me pidió le diese quatro ó cinco Ingleses armados de fusiles para acompañarle en esta expedicion. Respondile sin detençion que podia disponer de todos nosotros, y que teniamos por enemigos nuestros á los suyos. Luego que oyó esta respuesta, volvió á recobrar su jovialidad y franqueza, manifestando en la alegria de su

semblante haber salido del mayor embarazo. Dixome que necesitaria de aquellos Ingleses para dentro de cinco dias, tiempo necesario para que su gente se preparase, y que los llevaria á Palaos al dia siguiente.

Voviendo á mi gente, les di parte de la peticion del Rey, y todos se ofrecieron gustosos para la empresa: yo queria ir tambien, pero se opusieron todos, dándome á entender que era mas necesaria mi presencia en Oroolong para la construccion del navio, que ya habia empezado á fabricarse. De todos los que se ofrecieron para la expedicion, elegí cinco jóvenes robustos, los quales marcharon con el Rey en sus canoas.

Entre tanto hice se repartiesen los trabajos de la construccion del navio entre todos, y con esta providencia adelantaba considerablemente la obra. Todos los dias enviaba el bote y canoas al navio encallado para sacar de él todo lo que se pudiese aprovechar: al mismo tiempo recobramos algunas provisiones que teniamos por perdidas, y que nos fueron de la mayor utilidad.

Ya habian pasado nueve dias despues de la partida de los cinco que debian auxîliar al Rey, y como nos habian prometido que volverian á los quatro dias, estabamos ya con bastante cuidado, quando á mediodia los vimos venir en quatro canoas sanos y contentos. Refirieron que habian sido muy

obsequiados en todas partes ; he aquí lo que nos contaron acerca de su expedicion.

Primeramente llegaron á una de las islas del Rey, donde fueron recibidos con mucha amistad : al dia siguiente llegaron á Pelew, residencia del Rey. Detuviéronse allí tres dias, porque el Rey no habia podido juntar sus fuerzas; pero al cabo de este tiempo todas las canoas se presentaron delante de la casa del Rey, quien las pasó revista. Sus armas eran picas de bambú de ocho pies de largo, guarnecidas con una punta de madera dura harponada : con éstas pelean de cerca, pero tienen otras armas arrojadizas para disparar de lejos.

Los cinco Ingleses se embarcaron cada qual en una canoa, y marchándo como unas doce ó trece leguas, fueron recogiendo varios refuerzos. A las dos y media de la tarde estaban enfrente del enemigo : el Rey tenia una esquadra de ciento y cincuenta canoas en que iban mas de mil combatientes, y no se pudo saber quanto era el número de los enemigos. Antes de empezar el combate, Raa-Kook se acercó en su canoa, y habló un rato con el enemigo, acompañándole uno de los Ingleses, llamado Dulton, á quien advirtió no disparase hasta que él le hiciese cierta señal. Habiendo despreciado el enemigo las proposiciones de Raa-Kook, éste disparó un dardo, que era la señal concertada, y dis-

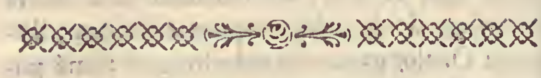
parando Dulton su fusil, mató á uno de los enemigos. Esta muerte les causó el mayor espanto; los que estaban en la ribera, echaron á huir, los de las canoas se arrojaron al agua dirigiéndose nadando á tierra. Disparаron algunos fusilazos, y con esto quedó declarada la victoria.

Nuestros amigos quedaron muy contentos de esta derrota del enemigo, pero no sacaron de ella mas ventaja que el desembarcar, derribar algunos cocoteros, y traer porcion de ñames. Con esto la esquadra dió la vuelta, y el Rey quedó muy ufano de su triunfo. Detuviéronse en algunos parages, donde las mugeres traxeron frutas para las tropas. El dia siguiente se dispusieron diversiones en todas las casas vecinas, y habiéndonos dirigido á Pelew, las mugeres salieron á recibir á las tropas con cáscaras de cocos llenas de bebidas agradables. Todo el dia fue una continua fiesta, con danzas y canciones alusivas á las circunstancias.

Antes de embarcarnos para volver, nos llamó el Rey, nos regaló una tortuga cocida, nos dió gracias por nuestra conducta, y nos prometió enviarnos ñames. Despues que hubimos comido, nos acompañó él hasta el embarcadero, despidiéndose de nosotros con el mayor afecto, y mandó nos acompañasen dos canoas cargadas de ñames."

Raa-Kook me habia dicho la noche an-

terior que el Rey su hermano nos hacia donacion de la isla en que estabamos, llamada Orulong; en vista de lo qual tomé posesion de ella con las ceremonias acostumbradas. Envié á mi hermano con otro Inglés y un Chino á Pelew, á fin de dar la enhorabuena al Rey por su victoria, y para que se informasen de la naturaleza del pais. Estos hallaron que las casas eran bien construidas, y estaban rodeadas de cocoteros y de plantios de ñames: el terreno parecia fertil, pero no tenian granos ni ganados, y eran pocas las frutas y producciones utiles. El Chino añadia que aquel pais era miserable; que la gente era muy pobre, y que no teniendo ningun comercio, no habia con que mantenerse. Esta descripcion, en sus propios términos, manifiesta que el que la hacia era un Chino, esto es, un comerciante que en los hombres no considera sino lo que puede ganar con ellos: pero qualquier corazon sensible verá en estos isleños una nacion estimable por su hospitalidad, sencillez y bondad de caracter.



CARTA CCCIX.

Continuacion del mismo asunto.

Pareciéndome conveniente acceder á los deseos que tenia el Rey de que yo pasase á su Corte, me embarqué en el bote, y Raa-Kook nos acompañó en una canoa. Luego que estuvimos cerca de Pelew, hicimos salva disparando los fusiles, y desembarcamos entre el concurso que habia acudido á la novedad. Antes que el Rey se presentase, vinieron varios isleños con una grande hortera que tenia la figura de un páxaro, guarnecida por dentro de corteza, y llena de una bebida compuesta con azucar. En otras vasijas de la misma naturaleza traxeron dulces, naranjas, ñames y cocos: todos estos regalos fueron colocados con simetria entre tanto que venia el Rey. Luego que éste se presentó, me levanté y le abracé como en la primera visita: Abba-Thule, que este era el nombre de este Monarca, se sentó junto á mí, y nos sirvieron el refresco; concluido el qual le presenté los regalos que le llevaba. El Rey no traia comitiva, y solamente le rodeaban los que por curiosidad habian acudido, que eran muchos.

Marchamos á la ciudad, que solo dista un quarto de milla de la ribera, y llegando á una gran plaza empedrada, al rededor de la qual habia muchos edificios, fuimos conducidos á una casa situada en el centro de uno de los lados de la plaza. Vimos salir de este edificio gran número de mugeres que nos miraban con la mayor curiosidad. Juzgamos que serian las mugeres de los principales, porque eran mas bellas que las demas, y traian algunos adornos; tenian pintado el rostro y pecho de color amarillo. El Rey y su hermano Raa-Kook nos conduxeron á la casa, donde volvieron á entrar las mugeres, y nos recibieron con mucha alegria. Dieronnos cocos y bebidas compuestas con azucar: sentaronse despues, y tomando unos manojos de hojas de palma, empezaron á texer estera, ocupacion en que emplean la mayor parte del tiempo. Díxonos el Rey que aquella sería nuestra posada por todo el tiempo que quisiesemos estar en Pelew, y se retiró diciéndome que iba á bañarse. Poco despues la Reyna envió un mensagero á Raa-Kook solicitando vernos en su casa: nosotros acompañados de este General echamos á andar por una senda á espaldas de la casa, y que iba á parar á un bosque de coteros. Pasado éste llegamos á una plaza empedrada, rodeada de cocoteros, en la qual habia una habitacion: enfrente de la casa

habia una balaustrada, sobre la qual se veian algunas palomas domésticas atadas por las patas. Estas aves son tan estimadas en la isla, que solo es permitido á los principales el comerlas. Al acercarnos, la Reyna abrió una ventana, y dixo á Raa-Kook que deseaba nos sentasemos en el empedrado delante de ella. Varios criados nos traxeron cocos, ñames y bebidas azucaradas; y mientras comiamos, la Reyna hizo varias preguntas á Raa-Kook sobre nosotros. Despues nos envió un pichon asado, que guisan sin sacarle las tripas, y nos dió á entender que era la comida mas rara del pais. Nos miraba con la mayor atencion; para exâminar mejor nuestro color, rogó que se acercasen algunos de los nuestros, y se descubriesen los brazos. Luego que satisfizo su curiosidad, dió á entender que no queria detenernos mas, por lo que nos despedimos de ella. Esta muger parecia tener mas autoridad que las demas mugeres del Rey; jamas salia, y su casa era la habitacion ordinaria de Abba-Thule.

El General nos conduxo á su casa, poco distante de nuestra posada, donde fuimos recibidos sin ceremonia y tratados con toda familiaridad. Hicieronnos probar de todo lo que nos presentaron, aunque estabamos muy satifechos con tantos regalos: la muger de Raa-Kook nos traxo un pichon asa-

do, del qual todos probamos para corresponder á su atencion. La alegria de Raa-Kook en esta ocasion nos manifestó lo mucho que nos amaba; estaba rodeado de sus hijos, dos de los quales eran muy jóvenes y parecian casi de una misma edad: éstos se pusieron de rodillas para acariciarle: el padre mostraba el mayor placer en jugar con ellos, y los pasaba á los nuestros para que los considerasen despacio.

Quando llegamos á nuestra posada, supimos que el Rey habia vuelto á ella, y sabiendo que estabamos en casa de su hermano, se retiró á la suya, y nos envió pescado para cenar. Despues de la cena, Raa-Kook nos envió esteras para acostarnos, y antes de irnos á dormir, vino él mismo á ver si nos faltaba alguna cosa. Echamonos sobre las esteras en una de las extremidades de la casa, y la otra la ocuparon algunos isleños que el Rey habia enviado para que cuidasen de la tranquilidad, y tuviesen hogueras encendidas para defendernos de la humedad y de los mosquitos.

Raa-Kook vino á visitarnos muy de mañana, mostrando el mismo gusto y contento que siempre: jamas se sentaba junto á nosotros, sino á cierta distancia, que es señal de respeto en aquel pais. Despues nos envió á llamar el Rey para almorzar: su casa consistia en una gran pieza, cuyo suelo estaba

cubierto de juncos colocados unos junto á otros con mucho aseo. A una de las extremidades de esta pieza estaba la cocina, donde los criados estaban preparando el almuerzo, y esta cocina no tenia ninguna separacion de la pieza principal. En la extremidad opuesta habia un corredor alto, tapado con una grande estera que colgaba de alto abaxo. Luego que nos sentamos, el Rey hizo dexar caer la estera, y apareció sentado con la Reyna á su lado. Como esta ceremonia pueril era extraordinaria, y no habiamos observado antes ninguna cosa de esta naturaleza, sospechamos que seria invencion del Malayo; y en efecto, no la vimos repetir otra vez. Presentaronnos peces y ñames cocidas, y durante el desayuno, estuvo el Rey hablando con el Malayo.

Despues de comer tuvo el Rey su consejo á cielo raso en la plaza empedrada cerca de nuestra posada: componiase la junta de muchos *rupakes* ó xefes, sentado cada qual en una piedra al rededor del empedrado: la del Rey era mas alta que las demas, y á su lado tenia otra piedra aun mas alta, en que apoyaba el brazo. Luego que estuvieron sentados, los rodearon por todas partes otros oficiales de clase inferior. Iban dando alternativamente sus votos, y los asuntos se decidian á la pluralidad. No era necesario saber su lengua para conocer lo que trataban,

porque las gesticulaciones de los rupakes y la frecuente repeticion de las palabras *Inglés* y *Artingall* daban á entender que se trataba de nosotros.

Concluido el consejo, el Rey acompañado del interprete, vino á nuestra posada, y me pidió diez Ingleses para que le acompañasen á la guerra contra el mismo enemigo que la vez primera. Dile la misma respuesta que la otra vez, y el Rey quedó sumamente contento. Deseando yo saber el motivo de esta guerra, me dixo el Rey por medio del interprete, que en una fiesta en la isla de Artingall, uno de sus hermanos y dos de sus rupakes habian sido asesinados; que desde aquel tiempo las dos islas habian estado siempre en guerra, y que la gente de Artingall en vez de darle satisfaccion por aquel atentado, habia amparado á los asesinos.

El Rey nos conduxo despues á su astillero, en que se estaban construyendo algunas canoas, y vimos otras que volvian victoriosas de una expedicion en que habian apresado una canoa, presa que nos pareceria despreciable, sino supiesemos que para ellos importa tanto como para nosotros un navio de linea. Por la tarde presenciamos una danza militar, que executaron los que volvian vencedores en las canoas. Traxeron á los danzari-

nes gran cantidad de hojas de platano, de las que hicieron listones como cintas, y se las ataron á todas las partes del cuerpo. Estas hojas teñidas de amarillo hacen una vista agradable sobre aquellos cuerpos de color de bronce. Hicieron tambien manojos de las mismas hojas que llevaban en las manos, y se formaron en círculos triplicados que giraban al rededor unos de otros. Uno de los mas ancianos entonó una cancion, y quando concluyó la estancia, la repitieron los otros en coro, acompañando la figura de la danza. Esta no consistia tanto en cabriolas como en ciertos balanceos que hacian á uno y otro lado, baxándose frecuentemente y cantando todos juntos. Durante este tiempo los círculos se estrechan, y los danzantes se ponen unos enfrente de otros, levantando cada qual el manojo de hojas que tiene en la mano, y sacudiéndolo sobre el de su vecino. Despues se paran todos de repente, y todos juntos dan un grito: luego repiten otra estancia, y sigue la danza como en la primera.

Durante esta diversion, traxeron dos grandes vasijas de una bebida azucarada para los guerreros, presentándola primero á nosotros y á los principales, que no hicimos mas que probarla. Concluida la danza, se sentaron los danzarines, y les repartieron

aquella bebida: despues continuaron sus danzas gran parte de la noche, y nosotros nos retiramos á dormir.

Al dia siguiente hicimos algunas excursiones á lo interior de la isla: todo el pais que registramos, nos pareció bien poblado y cultivado. En todas partes vimos que las mugeres de la ínfima clase se empleaban en cuidar de los plantios de ñames, que por lo general estan en parages pantanosos. Tambien se ocupaban las mugeres en hacer esteras y canastillos, en preparar los alimentos, y en cuidar de sus hijos: los hombres se ocupaban en coger cocos, en cortar árboles, y en hacer lanzas y dardos.

Luego que nos hubimos informado de todo, manifesté al Rey mi deseo de volver á Orulong por la gran falta que haciamos para la continuacion del nuevo navio; y aunque deseaba tenernos en su compañia un dia mas, consintió en nuestra partida. Salimos de Pelew á las dos de la tarde, muy agradecidos al buen trato de nuestros amigos: el Rey que en este momento habia depuesto su gravedad, y reia mucho, correspondió á nuestras aclamaciones de despedida, haciendo que todos los suyos nos saludásen del mismo modo. Llegamos á nuestras tiendas á cosa de las nueve de la noche, y tuvimos el placer de encontrar á nuestros compañeros sin novedad, y que se

habia continuado la obra del navio con la mayor actividad.

Al cabo de dos ó tres dias vino el Rey á visitarnos, acompañado de sus dos hermanos, del principal ministro y de otros varios xefes: traianos unos peces muy bellos que habian pescado los suyos con redes texidas ingeniosamente. Estos peces se diferenciaban de todos los que habiamos visto hasta entonces; tenian mas de tres pies de largo, y cerca de uno de ancho, con la cabeza muy gruesa: los huesos de la cabeza eran tan duros, que despedian chispas de fuego al cortarlos con la cuchilla en el tajo. La carne era dura; las escamas redondas del tamaño de un peso duro. Los naturales del pais aprecian mucho estos pescados, y nosotros le hallamos excelente despues de cocido. Los pescadores del Rey no habian cogido mas que quatro de ellos, de los quales nos regalaron dos.

El Rey viendo por la primera vez el navio que estaba muy adelantado, quedó no menos admirado de la grandeza de la obra, que de la prontitud del trabajo. Exâminó cada una de sus partes con la mayor atencion, haciendo venir á sus artifices para que lo observasen, los quales quedaron no menos admirados. Advirtiendo el Rey una especie de madera de que habiamos hecho uso entre otras de la isla, nos instó á que la qui-

tasemos al punto, porque dixo era una madera funesta; que nos causaria algun daño. Esta precaucion procedia sin duda de alguna idea supersticiosa, que los isleños se habrian formado de este arbol. Dimosle gracias por su cuidado; pero le diximos que estabamos acostumbrados á emplear todo género de maderas en la construccion de nuestros navios, y que la experiencia nos habia enseñado que nada habia que temer de aquella.

No menos asombrado quedó el Rey quando le explicamos el uso y manejo de los cañones de artilleria que habiamos colocado en una bateria; pero aun mas admiracion le causó el ver trabajar al herrero el hierro encendido. No podiamos persuadir á los isleños que se apartasen de la bigornia; al contrario, se acercaban tanto á ella que las chispas les pegaban en sus cuerpos desnudos; y esto no les impedia el querer coger con las manos las partículas encendidas que saltaban del hierro. Otro motivo de su grande admiracion era ver que se echaba agua sobre el fuego, y que lejos de apagarlo, se encendia con mas actividad. Igualmente los sorprendia ver serrar madera, fabricar toneles, y todos los demas trabajos para el navio: se hacian tan importunos con sus preguntas y por querer registrarlo todo, que para desembarazar á los trabaja-

dores, tuve que conducirlos á otra parte.

Queriendo el Rey ver el efecto que hacian los cañones, mandé disparar uno: si la explosion de los fusiles les habia causado tanto asombro, considerese qual seria su espanto al oir el cañonazo. Estuvieron como aturdidos por mas de un quarto de hora, y se tapaban los oidos gritando *magol*, *magol*, esto es, *muy malo*. Como vieron la bala caer en el agua á larga distancia, no podian comprender como se hacia aquello; pero viendo el efecto, nos pidieron con las mayores instancias un pedrero para su expedicion.

Raa-Kook me acompañó á una altura que formaba una punta, y me enseñó los nombres de las principales islas mostrandómelas con la mano, aunque no se descubrian á la vista. Aquella que está al Sur, me decia, es *Peleli*; la del Nord-Este *Encillegue*, la del Sudeste *Artingall*, que es la isla contra la qual guerreamos.

El Rey volvió á repetir sus instancias para que le diesemos un pedrero, y á pesar de todas las razones que alegamos, no pudo persuadirsele que no podia servir en sus canoas. Con esto se marchó en compañia de los diez Ingleses que le dí para su nueva expedicion.

Al cabo de seis dias volvieron nuestros Ingleses de su expedicion, de la qual me hi-

zo la relacion siguiente mi hermano, que fue uno de los auxîliares.

»Llegamos á Pelew, donde fuimos obsequiados como en la primera expedicion. Al dia siguiente nos embarcamos, haciendo señal con una caracola; nuestra esquadra se componia de mas de doscientas canoas. Dirigimonos por la noche ácia Artingall; pero nos detuvimos algunas horas en una isla perteneciente á Abba-Thule, y no llegamos á Artingall hasta el amanecer. Todos hicieron alto hasta que saliese el sol, porque estos isleños jamas sorprenden á sus enemigos, ni los acometen por la noche.

»Apenas fue de dia, se envió una canoa con ocho hombres para que conferenciase con el enemigo: quatro de ellos llevaban en la cabeza una pluma blanca, y éstos hacian oficio de heraldos. Abba-Thule habia avisado anteriormente al Rey de Artingall, que dentro de pocos dias iria á darle batalla, para que estuviese prevenido. El enemigo viendo la señal con que se le pedia una conferencia, envió una canoa á Raa-Kook: este preguntó si se conformaban con dar la satisfaccion que pedia su hermano por el insulto que les habian hecho. La canoa volvió al Rey de Antingall con la proposicion de Raa-Kook, pero la desechó. En vista de esta respuesta Raa-Kook avisó á su hermano, que el enemigo estaba dispuesto para el ata-

que. Al punto Abba-Thule hizo tocar la caracola; y poniéndose en pie sobre su canoa, agitó su baston en el ayre, para dar la órden de ponerse á punto de batalla.

„A este tiempo el enemigo juntó todas sus canoas cerca de tierra, haciendo tocar su caracola para desafiarnos: parecian resueltos á no apartarse de la ribera. Los diez Ingleses nos habiamos dividido en varias canoas: el Rey llevaba uno en la suya, y el General otro: los demas acompañaban á los Rupakes, armados cada uno de nosotros de un fusil, un sable, una pistola y una bayoneta. Habia varias canoas ligeras cada qual con quatro hombres adornados de plumas blancas como los heraldos: estas canoas se ocupaban sin cesar en llevar de una division á otra las órdenes del Rey y del General, y daban estas órdenes con una rapidez increible.

„Viendo el Rey que el enemigo estaba resuelto á no apartarse de la orilla, y que no le podria atacar con ventaja, dió órden á una division, que se ocultase detras de un promontorio. Hecho esto, se dispararon algunos dardos por una y otra parte. Sonó la caracola, y el Rey de Palaos hizo una huida falsa en su canoa, siguiéndole todos los suyos con una precipitacion aparente.

„Este ardid ingenioso de Abba-Thule alentó al enemigo, el qual creyendo que

nuestra esquadra iba poseida de un terror pánico, empezó á alejarse de la ribera. Apenas los descubrió la division que estaba emboscada, bogó con la mayor rapidez para cortar la retirada al enemigo. Viendo el Rey el buen efecto de su estratagema, revolvió sobre los contrarios, formando su esquadra en orden de batalla. Hizose general el ataque: las armas arrojadizas volaban de una y otra parte con la mayor rapidez: nosotros hicimos un fuego continuo, y matamos mucha gente. El enemigo quedaba pasmado al ver caer los suyos sin distinguir de donde les venia el golpe fatal: veiales sus heridas que les atravesaban el cuerpo, y buscaba en vano la lanza ó dardo que los habia privado de la vida.

»Por lo general, estos isleños no llevan en cada canoa mas que un lancero, los demas solo sirven para remar y dirigir los movimientos. Apenas los de Artingall quedaron desordenados por el fuego de nuestros fusiles, los de Palaos levantaron el grito de la victoria: en fin la esquadra enemiga se puso en huida con la mayor precipitacion. La division que se hallaba entre ellos y la isla atacándolos por la espalda, les impidió por mucho tiempo la retirada; pero como no tenia fuerzas iguales á las de Artingall, la mayor parte de las tropas enemigas llegaron á la ribera. No se les tomaron mas que

seis canoas y nueve hombres, lo que fue considerado por una gran victoria, porque rara vez hacen prisioneros. Los vencidos procuran siempre con el mayor conato retirar sus muertos y heridos, para que el enemigo no exponga publicamente sus cuerpos.

„Nuestra esquadra se paseó en triunfo al rededor de la isla de Artingall, tocando la caracola para desafiar al enemigo, disparando nosotros siempre que alguno se presentaba á tiro de fusil. La accion no duró mas que tres horas: se hicieron varias tentativas para atraer al enemigo á nuevo combate, y no surtiendo efecto, Abba-Thule dió orden de volver á Pelew.

„Los nueve prisioneros que habiamos hecho estaban todos heridos; por mas vivas instancias que hicimos para que les perdonasen las vidas, no quisieron dar oidos, y fueron muertos cruelmente al punto. Para justificar este procedimiento nos dixeron que se veian precisados á obrar así por su propia seguridad: añadieron, que antiguamente guardaban por esclavos á los prisioneros de guerra, pero al cabo se les escapaban, y como estaban bien instruidos de todos los parages á proposito para desembarcar secretamente en Pelew; se aprovechaban de este conocimiento para sorprenderlos, y cometer las mayores atrocidades; y que por es-

to, la crueldad que nos parecia tan reprensible, era para ellos de necesidad absoluta.

»Entre estos prisioneros se hallaba un Rupak, el qual tenia en la muñeca un brazalete de hueso, que los Palaos quisieron quitarle; pero él defendió con tanto valor aquella insignia de su dignidad, que no pudieron quitarsela sino con la vida. Llevaronle á Palaos, y le cortaron la cabeza, la qual expusieron sobre un palo delante de la casa del Rey. En mi canoa habia dos de estos prisioneros; el uno tenia una pierna rota, y el otro varias lanzadas. Quando estos isleños van á la guerra se trenzan el cabello de un modo particular, recogiéndolo todo sobre lo alto de la cabeza. Luego que los hacen prisioneros, lo desatan y dexan desordenado sobre el rostro, esperando con intrepidez el golpe mortal, que estan ciertos les dará el vencedor. Quando estos dos infelices llegaron á la canoa en que yo estaba, y mostraron su resignacion para recibir la muerte, nuestros isleños les mandaron sentarse en el fondo de la canoa. El que tenia la pierna rota, lo executó con docilidad; pero el otro resistiéndose, y como provocando la muerte con su obstinacion, uno de los naturales cogió mi bayoneta, y se la metió por el pecho. Aunque este infeliz estuvo luchando por mucho tiempo con la muer-

te, y derramó mucha sangre, no se le oyó un quexido ni un suspiro.

„Uno de los nuestros á fuerza de súplicas habia conservado la vida á un prisionero herido por espacio de dos leguas; pero uno de los vasallos de Abba-Thule, herido tambien por el enemigo, viendo á aquel infeliz, cogió el puñal del intérprete Malayo, y le hirió con él, sin que el Inglés pudiese estorbarlo. El infeliz isleño de Artingall cedió con esfuerzo á su suerte, y fixos los ojos en el Inglés parecia mas arrebatado de la admiracion al contemplar un hombre blanco, que del dolor de morir.

„Abba-Thule al volver á Palaos se detuvo en varias isletas, que juzgamos serian de su dominio ó aliadas suyas. Hizo exponèr publicamente los cadaveres de sus enemigos: la gente de todas estas islas se regocijó mucho de su victoria, y nos trajo refrescos. No pudimos saber quanta habia sido la pérdida del enemigo, pero debió ser grande; de nuestra parte hubo algunos heridos, pero ninguno murió.

„Quando estuvimos cerca de Palaos, se tocó la caracola para anunciar la venida del Rey: al desembarcar acudió gran cantidad de gente, trayéndonos refrescos. Entramos en Palaos, donde duraron las canciones y danzas gran parte de la noche, y los isleños nos atribuian la victoria, repitiendo con fre-

qüencia en sus canciones la palabra *Inglés*. Tuvieron expuestos por ocho dias los cadáveres de los prisioneros, hasta que infestando con su hedor, los quemaron y arrojàron al mar."

Este fue el suceso de esta segunda expedicion, el qual estimuló á Abba-Thule á suplicarme le diese otros diez Ingleses y un cañon para otra grande empresa que meditaba. Yo me resistí algun tanto, y le hice prometer, en recompensa de mi favor, que no matarian á los prisioneros. En esta tercera expedicion, los enemigos se defendieron con valor, pero al cabo fueron derrotados. Hubo la desgracia de que muriese en la batalla un hijo de Raa-Kook, de un saetazo. Luego que los nuestros volvieron á Palaos, presenciaron los funerales del joven difunto, en que notaron las siguientes particularidades.

Despues de la comida, en que se observó el mayor silencio, se oyeron á lo lejos lamentos lúgubres de mugeres. Raa-Kook tocó en el brazo á úno de los nuestros, y sin hablar palabra le dió á entender por señas que saliese á ver la causa de aquellos gritos. Levantose al punto el Inglés, y pasó al parage de donde procedian aquellos lamentos. Vieron gran número de mugeres que iban siguiendo al cadaver colocado sobre una estera y una especie de atahud formado de

juncos. Llevabanle en hombros quatro isleños, y exceptuando éstos, todo lo demas del concurso se componia de mugeres.

Nuestro Inglés llegó al lugar del entierro precisamente á tiempo que metian el cadaver en una sepultura que habian abierto, lo qual executaron sin ninguna ceremonia. Los que habian traido el cadaver, empezaron á cubrirle con tierra sirviéndose de los pies y las manos, y al mismo tiempo las mugeres postradas en tierra daban dolorosos gemidos, y parecia se oponian á que las quitasen de la vista aquel amado objeto. La lluvia que sobrevino, obligó á toda la comitiva á buscar un abrigo, y nuestro Inglés se volvió á casa de Raa-Kook.

Al dia siguiente este General conduxo á los nuestros á una casa poco distante del parage en que su hijo habia sido enterrado. No hallaron en ella mas que á una vieja, á la qual mandó salir Raa Kook, y poco despues volvió trayendo dos cocos, un ramo verde, y almazarron. Tomó uno de los cocos, hizo en él una cruz con el almazarron, y le puso en tierra junto á sí: despues de una pausa larga, pronunció algunas palabras en voz baxa, que pareció á los nuestros seria alguna oracion, porque mostraba mucho fervor. Hizo la misma ceremonia con el otro coco y con el ramo verde, y despues observó un silencio melancólico: llamó á la vieja, y en-

tregándola los dos cocos y el ramo, la dió no se que instrucciones: ella se dirigió ácia la sepultura, y los nuestros no pudieron seguirla por no dexar solo al General. Sobre las ceremonias de los entierros hablaré mas largamente, quando trate de los usos y costumbres de estos isleños.

Quando los nuestros volvieron de su expedicion, nos contaron que habia sido mucho mas reñida y sangrienta que las otras. Los de Artingall no quisieron salir en sus canoas, por lo que los Palaos desembarcaron, y se trabó el combate con mucho valor por ambas partes. Nuestro cañon asegurado en una canoa hacia fuego continuo contra las casas que estaban llenas de gente; nuestra mosqueteria los obligó bien pronto á abandonarlas, y arruinó una de las casas. Sin embargo, nos fatigaron mucho, precipitándose sobre nosotros con una lluvia de lanzas; nuestro fuego debió de matar gran número de ellos. Los de Artingall defendieron con el mayor valor una casa incendiada, y no la abandonaron hasta que iba á hundirse. Un soldado de Palaos mostró en esta ocasion un gran valor: corrió á la casa que aun ardia, y cogiendo un tizon encendido pegó fuego á otra en que los enemigos se habian refugiado, la qual se incendió al punto por las muchas materias combustibles que contenia. Este isleño despues de haber exe-

cutado una accion tan atravida, tuvo la fortuna de volver salvo á los suyos. El Rey premió publicamente su valor, poniéndole con su propia mano un anillo en la oreja, y dándole el grado de Rupak inferior.

Los enemigos perdieron en esta accion seis canoas: los vencedores ademas del gran daño que hicieron en Artingall, se traxeron la piedra en que se sentaba aquel Rey para tener su consejo. Se hicieron con este motivo grandes regocijos en Palaos, pero no fueron con tanta satisfaccion como en las otras ocasiones, por causa de la muerte del hijo de Raa-Kook, y de otro joven principal. Ademas hubo de quarenta á cincuenta heridos, muchos de los quales murieron despues en Palaos.

Los isleños de Artingall escarmentados con tan repetidas derrotas, vinieron á pedir la paz, la qual quedó ajustada con gran satisfaccion de ambas partes. Los de Artingall que vinieron á este asunto, acompañaron á Abba-Thule en una de las visitas que nos hizo en nuestra isla: lo exâminaron todo con la mayor atencion, y nos dieron muestras de afecto, sin conservar ningun resentimiento contra nosotros.

CARTA CCCX.

Sedicion de los Ingleses.

Ya estaba concluida la nueva embarcacion que debia conducirnos á la China, y sacarnos de aquellas islas en que nos considerabamos separados para siempre del resto del universo. ¿Quién no creeria que todas las personas que conmigo habian naufragado, no habian de estar penetradas del mas vivo agradecimiento á aquellos amables isleños, que con tanta hospitalidad y amor nos habian recibido y tratado, y de quienes tantos beneficios habiamos recibido? Así debiera ser, pero la ingratitud es un vicio tan comun en los hombres civilizados, que raro es el que no corresponde con injurias á los beneficios: no es estraño pues que mis Ingleses procediesen en esta ocasion como la mayor parte de los hombres.

Los Ingleses habian sospechado, sin el menor fundamento para ello, que Abba-Thule intentaba impedirnos la salida de la isla, y resolvieron oponerse á los isleños con todas sus fuerzas. Manifesté, que antes de dar la vuelta á la China, queria girar por aquel grupo de islas para informarme de todas sus circunstancias, porque si yo no lo

hacia, era muy regular que este pais quedase ignorado del resto del mundo para siempre. Mis compañeros se opusieron con varias razones especiosas, que manifestaban su gran deseo de salir quanto antes de la isla. El dia 4 de Noviembre al anochecer vieron dos canoas cerca del puerto, y como no desembarcaba ninguno, se aumentaron las sospechas de los Ingleses, creyendo que aquellas canoas venian á espiar, á fin de dar aviso á los demas isleños para que se opusiesen á nuestra partida. Con esta idea se retiraron á un parage secreto, cargaron los pedreros y se dispusieron á hacer la mas vigorosa resistencia.

Luego que supe esta resolucion, me esforcé á disipar sus vanas sospechas, recordándoles la generosidad del Rey y de todos los isleños para con nosotros; hiceles ver que su conducta habia sido siempre noble, ingenua y franca; que no se debia dudar de la sinceridad de un pueblo, que jamas les habia dado motivo de desconfianza desde que estabamos baxo su proteccion; que en el estado actual de las cosas les importaba mucho no manifestar á los isleños sus temerarias sospechas. Añadí, que nuestras fuerzas eran muy poco capaces de resistir á los naturales, en caso de que hubiesen formado el proyecto de oponerse á nuestra partida; que en caso de empezar nosotros las hostili-

dades, se nos acabarian bien pronto las municiones, y entonces pereceriamos sin remedio; que los isleños podrian impedir nuestra partida, aun despues que el navio hubiese sido botado al agua, pues podian los naturales detenernos sin recurrir al ultimo extremo, solo con venir en gran número á Orulong, é impedirnos hacer aguada.

Todas estas razones tan sólidas no pudieron disipar sus aprensiones; dos ó tres solamente conocieron su fuerza. Despues que tuvieron una larga deliberacion, resolvieron estar alerta; que los pedreros de seis libras quedasen cargados, igualmente que todas las demas armas de fuego, y que se preparase gran número de cartuchos; que no se mostrase ninguna desconfianza, á no ser que entrasen muchas canoas en la bahia, ó que los isleños viniesen armados de lanzas, en cuyo caso se tratase de defenderse bien: en fin, que como era imposible atacar á los isleños, cada Inglés procurase por su parte matar á los xefes, para atemorizar y desordenar á los demas.

Debo, como fiel historiador, referir todas las circunstancias; pero confieso que me lleno de horror al referir un proyecto tan atroz y barbaro. Las primeras victimas que estaban destinadas para este horrible sacrificio, eran la del generoso Abba-Thule, la del amable General Raa-Kook, y la del

sencillo é inocente Arra-Kooker, hermanos del Rey, de quien tantos beneficios habiamos recibido. No hay sofisma que pueda escusar á los Ingleses de esta ingratitud tan negra, aun quando tuviesen algun motivo para sospechar; ¿pero qué juicio haremos de la pretendida generosidad de que se jacta esta nacion, si consideramos que eran puramente imaginarios todos sus recelos?

El frenesí de los Ingleses no fue, por nuestra fortuna, de larga duracion; por la noche tuvieron tiempo de reflexîonar sobre las razones sólidas que yo les habia alegado, y por la mañana se mostraron mas serenos. Trataron á los isleños con la misma benevolencia que siempre, y enviaron al Rey todo el hierro y utensilios, lo qual le habiamos prometido luego que el navio estuviese acabado. Envié á mi hermano con otro Inglés á decir al Rey que nos hariamos á la vela dentro de siete dias; que se le darian los fusiles y el resto de los utensilios que necesitaba, luego que se hubiese botado el navio: que antes de partir deseabamos ver al Rey y á sus xefes para darles gracias personalmente, y para asegurarle que en volviendo á nuestra patria publicariamos los muchos beneficios que nos habia hecho. Esto lo dispu.e en forma de carta, enviando con ellos al interprete Malayo.

Al tiempo que les estaba dando estas

instrucciones, Madan Blanchart, uno de los marineros, entró en la tienda á buscar algunos instrumentos de que necesitaba, y oyéndome explicar la carta al interprete, le rogó que dixese tambien al Rey, que él estaba dispuesto á quedarse en Palaos, luego que sus compatriotas se marchasen. Mandéle que fuese á cumplir con su obligacion, prohibiendo al interprete el encargarse de semejante recado; pero él mostró la mas firme resolucion de quedarse en Palaos. Procuré disuadirle con todas las razones mas poderosas; y viendo que nada adelantaba, encargué á sus compañeros le disuadiesen de aquella extravagancia: al mismo tiempo dí orden á mis enviados, que nada dixesen al Rey sobre este particular. Por la noche me dixeron sus compañeros que todas sus reflexîones habian sido inutiles para disuadir á Blanchart, y que estaba resuelto á hablar él mismo al Rey en la primera ocasion, ya que no se habia hecho caso de su encargo. Para librarme de sus quejas, juzgué seria mejor dexarle seguir su inclinacion, resolviendo presentarselo al Rey como un favor muy señalado de nuestro agradecimiento. Las costumbres y caracter de los isleños habian agradado tanto á Blanchart, quando fue á las expediciones militares en su compañia, que al volver dixo á sus compañeros que les ayudaria hasta concluir el

navio, pero que estaba resuelto á acabar sus dias entre los isleños. Al pronto se tomó por una bufonada, á que era muy inclinado este marinero, pero el suceso mostró que hablaba muy de veras.

El dia 7 volvieron nuestros enviados con el Rey, su hija la mas querida, Raa-Kook y varios Oficiales. Contaron los nuestros que habian encontrado en el camino al Rey, el qual les rogó le acompañasen á la isla de Pethoul, prometiéndoles que iria con ellos al dia siguiente á Orulong. Al volver á dicha isla encontraron en una gran canoa á Raa-Kook con las mugeres de los Rupakes, á las quales conducia á Orulong para que viesen botar nuestro navio. Las mugeres mostraron mucho disgusto al ver que tenian que retroceder y dilatar el viage hasta otro dia, por acompañar al Rey á Pethoul. Al desembarcar en esta isla, conduxeron á todos los viageros á una gran casa á orilla del mar, adonde traxeron todos los regalos que ofrecieron al Rey. Quando le hicieron conocer el uso y manejo de los instrumentos y utensilios que se le regalaron, se mostró muy contento no menos que sus Oficiales, y el Rey habló mucho con ellos, y principalmente con Raa-Kook. Al fin de la conversacion, su Malayo, llamado Sugell (el que nosotros traiamos se decia Tomas Rose) advirtió al Rey

maliciosamente, que los Ingleses no habian traido los fusíles. Esta impertinente advertencia le acarreó una severa reprension de parte del General, quien lleno de indignacion le replicó, que los Ingleses habian cumplido fielmente su palabra enviando lo que habian prometido, y avisando el dia que habian de marcharse; que no habian usado de doblez ni perfidia, como el infame Malayo habia intentado sugerir; que los habia deshonrado á todos aconsejando al Rey que no enviase á los Ingleses mas que ñames cocidas, porque si se las enviase crudas, harian provision de ellas, y se irian de la isla ocultamente sin hacer los regalos prometidos. Esta reprension de Raa-Kook hizo mucha impresion en el Rey y los Rupakes, y con sus miradas dieron á entender al Malayo el disgusto que les habia causado su perfidia, por lo que Sugel se retiró. Apenas se marchó, volvieron todos á recobrar su alegria, y Abba-Thule repartió entre los Rupakes parte del hierro y de los instrumentos que le habiamos regalado. Traxeron despues la comida, que colocaron sobre unos banquillos en medio de la sala: la abundancia se extendió hasta los de afuera, á quienes se repartió tambien de comer.

Vimos varias especies de pescados diferentes, los quales fueron servidos por unos criados que con instrumentos de bambú los

trincharon como pudieramos nosotros con los cuchillos, y los presentaron trinchados al Rey y á los circunstantes. Nadie se atrevió á tocar á nada hasta que Abba-Thule empezó á comer, diciendo *muga*: los Rupakes y los Ingleses siguieron su exemplo. Se avisó á los de afuera que el Rey estaba comiendo, y con esta señal todos hicieron lo mismo. Empezaba á anochecer, y encendieron unos hachones á lo largo de la sala. Cada Rupak estaba comiendo con su familia, quedando un hueco entre cada uno de estos xefes: por lo que hace á los nuestros, se sentaron como mejor les pareció, ya junto al Rey ó Raa-Kook, ya junto á alguno de los Rupakes. Luego que se repartió el pescado, se puso la porcion de cada familia sobre hojas de platano, que servian de platos, bien que en las ceremonias particulares los Rupakes tienen platos pequeños de concha de tortuga, de madera ó de barro.

Despues que estuvieron en conversacion cosa de media hora despues de cenar, cada qual limpió el sitio que estaba delante de sí, barriendo los relieves que habia en el suelo. Entonces los criados traxeron á sus respectivos amos sus esteras, que hacen conducir en sus canoas siempre que han de dormir fuera de sus casas: son delgadas y ligeras; colocan una debaxo, y se cubren con otra. El Rey envió á buscar esteras para los Ingle-

ses : dispuestas las camas, todos se acostaron ; apagaron los hachones, encendieron fuego para auyentar los mosquitos, y todos quedaron en el mayor silencio.

A las dos ó tres de la mañana llegó un mensagero de una de las islas del Norte: un criado despertó al Rey trayendo un hachon encendido : el Príncipe se levantó al punto, é hizo entrar al mensagero. Despues que hablaron un rato, el Rey le dió un pedazo de cordel, en que habia hecho tantos nudos como dias faltaban para nuestra partida. Así lo dixo despues á los nuestros, añadiendo que aquel mensage venia de parte de uno de los Rupakes del Norte, amigo suyo, que deseaba saber quando se marchaban los Ingleses, no para satisfacer su vana curiosidad, ni para aumentar las sospechas injustas de los Ingleses, sino para añadir á nuestra provision todas las producciones de su pais que creyesen nos serian utiles. Dada la respuesta al mensagero, el Rey volvió á acostarse.

Al amanecer, Abba-Thule y sus Rupakes fueron á bañarse, y volvieron á almorzar, despues de lo qual se dispusieron para venir á Orulong. El Rey, su hija, el primer Ministro y Raa-Kook venian en nuestra chalupa ; y habiéndose revuelto el tiempo, quedaron encantados de verse á cubierto de la lluvia, y sin peligro de zozobrar como en las canoas. Los nuestros viéndolos tan

enamorados de la chalupa, les dixeron que yo tenia intencion de regalarsela quando partiesemos de su isla: por lo qual Abba-Thule encargó á su hermano que se informase con mucho cuidado del modo con que se manejaban las velas.

Traxeron consigo muchos regalos, y despues de habernoslos entregado, Abba-Thule y su hermano el General ocuparon á su gente en pintar nuestro navio, como nos lo habian prometido. El Rey viendo que habiamos puesto un nombre Inglés al navio, me dixo que desearia se lo mudasemos en el de *Orulong*, por haberse construido en esta isla; al punto le dí este gusto, y él se manifestó muy agradecido. Poco despues el Rey quiso ir al parage en que se hacia la aguada, rogándome le acompañase. Encontramos varias canoas que venian de pescar; el Rey mandó que se repartiese toda la pesca, y que la mejor porcion se diese á los Ingleses.

En esto vinieron á decirme que Blanchart se iba á presentar al Rey para participarle su resolucion de quedarse en Palaos. Con este aviso, para hacer mérito de la necesidad, dixe al Rey que en agradecimiento por sus muchos beneficios, habia dispuesto dexarle uno de nuestros compañeros para que cuidase de los fusiles y de las demas cosas que queria regalarle.

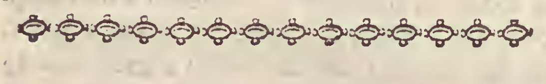
El Rey quedó en extremo contento por esta oferta, que consideró como la mayor muestra de amistad y confianza. Al anochecer nos volvimos á nuestras tiendas, participando á Blanchart el suceso de su solicitud, y presentándole á los Palaos para que le reconociesen como compañero suyo.

La noche fue muy tempestuosa, y no se pudo trabajar en los preparativos para botar el navio en la mañana siguiente. El Rey con su comitiva vino por la mañana á las tiendas, y paso su gente á trabajar para reparar el daño que la lluvia habia hecho en la pintura. Diome á entender que el mal tiempo duraria hasta el nuevo quarto de luna; y para explicarse mejor cogió una grande hoja, hizo de ella una figura redonda, para representar la luna que era llena á la sazon; despues la dobló formando una media luna, y de este modo me dió á entender, que el tiempo no se mudaria hasta que la luna llegase á menguar. Pero como una detencion tan larga hubiera sido muy sensible para todos los Ingleses, que cada dia estaban mas impacientes por marchar, dí á entender al Rey que me era preciso llegar prontamente á la China, antes que se marchasen de allí los navios Europeos, pues de otra suerte me seria preciso detenerme hasta la esta-

cion siguiente. Se intentó botar el navio aquel dia, pero no se pudo conseguir.

Blanchart habiendo venido el dia siguiente con el Rey, participó á sus camaradas el modo con que le habian tratado luego que nos separamos de él. Dixo que el Rey se habia mostrado muy contento por su resolucion de quedarse en Palaos: le habia prometido hacerle Rupak, y darle dos mugeres con una casa y un plantío; le aseguró que haria todo lo que pudiese para hacerle feliz; y que estaria siempre con él ó con Raa-Kook. Este Blanchart era un hombre de un caracter singular, de edad de veinte años, de un genio serio, pero muy divertido y agudo para las burlas. Lo que hace mas estraña su resolucion es que no habia formado en la isla ninguna amistad ni enlace. Su genio agradable y su buena conducta le habian grangeado el amor de todos sus compañeros, y todos nos esmeramos en interesar á los isleños á su favor. Como perseveró hasta el fin en su intento quedándose en Palaos, seria muy curioso el saber lo que le ha sucedido en aquellas islas separadas de todo trato con lo demas del mundo; pero no es facil, á no ser por una desgracia semejante á la nuestra, tener mas noticias de él. Es regular que con sus conocimientos se haya hecho el hombre de mayor importancia en Palaos, á lo que se

añade que era hombre de valor, circunstancia la mas apreciada de aquellos isleños.



CARTA CCCXI.

Preparativos para el viage.

Al dia siguiente por la mañana se botó felizmente el navio, lo qual causó la mayor alegria á los Ingleses, y no menor á los isleños que tomaban el mayor interes en nuestra felicidad. El Rey llamándome aparte, me dixo que habia resuelto hacerme Rupak de la primera clase, por lo que le dí las gracias mas expresivas, teniendo por un verdadero honor aquella demostracion de cariño de estos isleños. Entonces el Rey y todos los Rupakes se apartaron, y sentándose á la sombra de unos arboles, me rogaron me sentase á cierta distancia. En esto Raa-Kook recibiendo el hueso, me lo presentó de parte de su hermano Abba-Thule, y quiso saber quál era la mano de que yo me servia mas habitualmente. Para asegurarse, me dió una piedra, y me rogó la tirase; viendo que para esto habia usado de la mano derecha, me hizo sentar, y me aplicó el hueso á la mano izquierda, para ver si cabia por el hueso: como era demasiado estrecho, lo raspó has-

ta que le pareció estaria bastante ensanchado. Entonces Raa-Kook, el primer Ministro y todos los Rupakes procedieron á mi recepcion en la *orden del hueso* del modo siguiente. El General ató un cordel á cada uno de los dedos de mi mano izquierda, y me untó la mano con aceyte de cocos: el primer Ministro se puso detras de mí, asegurándome por los hombros: Raa-Kook metió por el hueco del hueso todos los cordones, y dándolos á otro Rupak, tiraba éste para meter mi mano por entre el hueso, al mismo tiempo que Raa-Kook con su mano comprimia mis dedos para que entrase mas facilmente. Durante esta operacion se observó el mayor silencio así de parte de los Rupakes como de los espectadores: solo el Rey dixo una palabra para advertir cómo se podria facilitar la execucion. Luego que se efectuó la introduccion de mi mano en el hueso, todo el concurso manifestó el mayor regocijo: entonces Abba-Thule me encargó que convenia frotar y limpiar todos los dias el hueso, y conservarle como una prueba de mi clase; que debia en todo trance defender con el mayor valor aquella insignia de mi dignidad, y que no permitiese me la arrancasen sino con la vida. Concluida la ceremonia, todos los Rupakes me dieron la enhorabuena por mi admision en su orden. Los isleños inferiores se acercaron á mí para contemplar el hueso, y

mostraban el mayor contento al verme con aquella distincion, llamándome el *Rupak Inglés*.

No faltará quien se ria de esta orden y de la ceremonia de su recepcion, pero en esto no harán mas que mostrar su ignorancia y poca reflexîon. Todas las ordenes de caballeria del mundo se han establecido con un mismo fin, que es calificar el mérito con alguna insignia distintiva, que siendo el premio del valor ó virtud, sirva de estimulo á los demas para merecerla con acciones heroicas; y es indiferente que esta insignia sea un brazalete de hueso, ó la figura de un elefante, de un aguila, ó qualquiera de las insignias Europeas. El objeto primitivo de estas insignias es estimular á distinguirse con acciones virtuosas; y mientras que conserven este caracter, influirán en todas partes sobre las pasiones de los hombres, excitarán el valor, y serán pruebas de honor y respeto. Estas condecoraciones fundan todo su esplendor en la idea que se tiene de ellas: la imaginacion del espectador recibe iguales impresiones, qualquiera que sea el signo que se las excite, é importa muy poco que éste sea una banda atada á la rodilla, una estrella bordada en el vestido, ó un hueso metido en la muñeca. Por consiguiente, yo estimaré la demostracion de aprecio que hicieron de mí los Palaos no menos que si en Londres

me hubieran condecorado con las insignias de sus ordenes de caballeria.

Abba-Thule en todas las visitas que nos habia hecho, mostró siempre la mayor atencion á todo lo que haciamos; encargando á su hermano y á los demas que observasen nuestro modo de trabajar y de gobernar las embarcaciones para executarlo. Muy desde el principio nos manifestó su deseo de enviar dos de los suyos á Inglaterra; el dia que se botó nuestro navio, nos volvió á hablar del mismo asunto. Mis vasallos, me dixo, me respetan porque me consideran superior á ellos no solo en dignidad, sino tambien en luces y conocimientos. Sin embargo, desde que os he visto, y me he hecho cargo de vuestra gran capacidad, conozco mi inferioridad, pues veo que no igualo al menor de los que estan baxo tus ordenes. Para adquirir, pues, los conocimientos que nos faltan, he resuelto entregarte mi hijo segundo *Lee-Boo*, para que llevándole á Inglaterra, pueda aprender todas las cosas que aquí nos serán de la mayor utilidad, y le acompañará uno de los Malayos de Palaos. Mi hijo es un joven amable y docil; tiene un caracter blando y sensible, y muestra disposiciones muy bellas para aprender todo lo que se le enseñe. Le he enviado á traer de un parage remoto donde le he tenido entregado á un anciano para que le educase: al presente se

halla en Palaos despidiéndose de sus amigos, y mañana llegará aquí." Raa-Kook y Arra-Kooker añadieron otros muchos elogios de su sobrino Lee-Boo. Yo le manifesté el mayor agradecimiento por esta prueba de su gran estimacion y confianza, y le prometí que trataria y cuidaria de aquel Príncipe como si fuera hijo mio: respuesta que dexó al Rey muy complacido.

Suplicóme despues, que antes de partir llegase con mi navio á Palaos, para que viejos, mugeres y niños pudiesen satisfacer su curiosidad, y que de este modo se perpetuaria para siempre la memoria de los Ingleses en Palaos. Con mucho gusto hubiera accedido á su demanda; pero conociendo la disposicion de animo de mi tripulacion, ví que con esto se renovarian y aumentarian sus crueles sospechas; por lo que me escusé con las razones mas plausibles que pude alegar.

Quando Raa-Kook estaba pintando nuestro navio, advertí en él un semblante triste y pensativo, cosa que nunca habia observado en él, pues siempre estaba risueño y sereno: despues supe que aquella tristeza procedia de una contradicion que habia experimentado de su hermano. Su amor á nosotros le habia obligado á suplicar á Abba-Thule le permitiese acompañarnos á Inglaterra; el Rey se habia opuesto, haciéndole ver que siendo el heredero próxîmo de la co-

rona, podrian resultar muchos inconvenientes de su viage, si él muriese durante esta ausencia. Para entender esto es necesario advertir que la Soberania de Palaos toca por sucesion á los hermanos del Rey, y despues de la muerte de éstos vuelve al hijo mayor de la primera rama, cuyo hermano asciende entonces á General del exercito. Aunque Raa-Kook comprehendió lo injusto de su demanda, sin embargo, quedó muy afligido por la negativa, porque era tanto lo que nos amaba, que sentia vivamente ver que se acercaba el punto de separarse de nosotros para siempre.

No debo omitir otro lance que sucedió despues de comer, porque contribuye mucho para conocer el caracter y costumbres de estos isleños. Entre los nuestros andaba con freqüencia un joven isleño, que se complacia en imitar nuestras acciones: éste era sobrino del Rey, hijo de aquel hermano que habia sido muerto en Artingall, y cuyo asesinato habia ocasionado la guerra ultima. Pidióme, pues, este joven que le permitiese venirse conmigo á Inglaterra: no pude darle palabra de complacerle sin el permiso del Rey su tio, pero le prometí hablarle sobre el particular. Apenas se lo propuse á Abba-Thule, mostró mucho disgusto: dixóme que su sobrino era un malvado, que tenia abandonada su familia; que despues de la muer-

te de su padre, le habia castigado dos ó tres veces mudandole de casas y plantios para corregirle su genio inquieto y errante; pero que ninguna cosa era capaz de corregirle. En esto se presentó el mismo sobrino repitiendo su solicitud. »Eres un ingrato, le dixo el Rey, y no haces ningun aprecio de tu madre: tienes unas mugeres buenas y honradas, y las tratas mal, como tambien á todos tus parientes, por lo que te hallas cubierto del odio y desprecio de todos. Sin duda estas avergonzado de tu mala conducta, y querrias ahora huir de tu familia; pero no tendras mi consentimiento. Permanece en tu casa, y sirvate tu aprobio y remordimientos para corregirte."

Como todo estaba ya dispuesto y el viento era favorable, dixe al Rey, que pensaba hacerme á la vela el dia siguiente. Esta noticia le causó mucha afliccion: dixome que el mensagero que habia venido á buscarle á Pethoul, habia informado de su parte á los Rupakes amigos suyos de las otras islas, que mi partida no se verificaria hasta dentro de dos dias; que estos Rupakes querian traer regalos para nosotros, y llegarian con ellos á otro dia, con el sentimiento de no encontrar ya á los Ingleses, y creerian que él los habia engañado. Yo alegué las mejores razones que pude, pero no logré disipar el sentimiento del Rey, aunque se mostró muy

resignado. El motivo de anticipar un dia nuestra partida, era precisamente por evitar el gran concurso de tantos isleños, que con la curiosidad de registrar el navio, nos hubieran causado el mayor embarazo. Ya que en esto no pude complacer al Rey, le regalé un perro de Terranova, que desde el primer dia le habia agradado en extremo, y me lo habia pedido repetidas veces.

Entre tanto eran muy diferentes las ideas que ocupaban á Raa-Kook: siendo el principal objeto de todos sus pensamientos el bien de su patria, se afanaba por adquirir de los Ingleses todos los conocimientos que podian serle utiles. Con esta mira hacia mil preguntas sobre el modo de construir un navio, y para complacerle, se le formó un diseño proponiéndole por modelo mas bien el esquife que la chalupa, que era mas ancha y menos profunda.

Antes de embarcarnos, dexamos una bandera Inglesa en lo mas alto de un arbol, y gravamos en una lámina de cobre, clavandola sobre una tabla gruesa, que colgamos del arbol, la siguiente inscripcion. *El paquebot Antelope, de la Compañia Inglesa de las Indias, mandado por Enrique Wilson, se perdió sobre el arrecife al norte de esta isla en la noche del 9 al 10 de Agosto. La tripulacion construyó aquí un navio, y partió en él el dia 12 de Noviembre de 1783.* Explicamos al

Rey lo que contenia esta inscripcion, y nos prometió que jamas la arrancarian de aquel lugar, y que si por alguna casualidad se cayese, la guardaria en Palaos.

Toda la conversacion de este dia fue sobre nuestra partida: Abba-Thule, sentandose junto á mí, habló de este modo. »Ya vais á marchar, y luego que os hayais alejado, temo que los de Artingall vendran á acometerme en gran número como lo han hecho otras muchas veces. Privado de vuestro socorro, no podré hacerles resistencia, á no ser que me dexeis algunos de vuestros fusiles como me lo habeis prometido." Al punto mandé que se le cumpliese la promesa, pero mis compañeros obstinados siempre en sus injustas sospechas, rehusaban entregar los fusiles hasta el momento de nuestra partida. El Rey penetró en sus semblantes el origen de aquella detencion, y con la moderacion propia de su caracter, ¿qué motivo, les dixo, podeis tener para desconfiar de mí? Jamas os he dado fundamento para la menor sospecha: siempre he procurado convenceros de que deseaba vuestra amistad. Si yo tuviese la menor intencion de haceros daño, ya hace tiempo que pudiera haberla executado, pues siempre habeis estado baxo mi poder. Sin embargo, no me he valido de este poder, sino para haceros bien, y vosotros no quereis fiaros de mí, ni aun en los últimos momentos!

Considerando todo lo que este buen Rey habia hecho por nosotros, y las pruebas que nos habia dado de la mayor confianza y amistad, se conocerá quanto afligiria á su corazon sensible la desconfianza de los Ingleses. Estos á pesar de la dureza de sus corazones, no pudieron resistir á unas quejas tan tiernas y fundadas: en conseqüencia, fueron al navio á traer todas las armas, de que no teniamos absoluta necesidad, y regalamos al Rey cinco fusiles, cinco sables, cerca de un barril de pólvora, con piedras de fusil, y balas á proporcion. Yo por mi parte le regalé mi escopeta de caza, que le habia agradado, y cuyo efecto habia experimentado en las aves. Con esto quedó el Rey tranquílo, y esta escena me sugirió muchas reflexìones sobre la sinceridad, candor, y buena fe de los hombres no corrompidos, comparándolos con la malicia y perversidad de los que se llaman civilizados.

Por la tarde llegó el Príncipe Lee-Boo, acompañado de su hermano mayor Qui-Bill, para marchar en nuestra compañia: presentomele su padre, y despues á los demas Oficiales: este joven mostró desde luego tal franqueza, afabilidad y desembarazo, que todos nos aficionamos á él, y su conducta en lo sucesivo confirmó nuestro buen concepto. Todos los demas Ingleses fueron á dormir á bordo; yo solo me quedé con el Rey en

fuerza de sus instancias. Estuvo hablando largamente con su hijo Lee-Boo, dandole consejos sobre su conducta. Dixole, que en adelante me considerase como su segundo padre, y que procurase merecer mi afecto, haciendo todo lo que yo le aconsejase. Dirigiéndose despues á mí, añadió: quando mi hijo esté en Inglaterra, serán tantos los objetos agradables que vea, que quizá se podrá perder en seguimiento de ellos; por lo que os suplico le tengais siempre á la vista, y modereis el ardor de su juventud." Despues de ponderar la gran confianza que tenia en mí, concluyó diciendo: »deseo que enseñeis á Lee-Boo todo lo que desea saber, y que hagais de él un Inglés. He reflexîonado mucho sobre esta separacion de mi hijo: sé que debiendo pasar por tantos paises diferentes de éste, estará expuesto á muchos peligros y enfermedades que aquí no conocemos. Quizá morirá.... he preparado mi corazon para este golpe. Sé que la muerte es el destino inevitable de todos los hombres, y que importa poco encuentre á mi hijo en Palaos ó en otra parte. El buen concepto que tengo de vosotros, me hace esperar que cuidareis de él si cayere enfermo: y si le sucediere alguna desgracia inevitable, no por eso rehuseis venir vos, vuestro hermano, ó alguno de vuestros compatriotas. Yo os recibiré con la misma amistad y tendré igual pla-

cer en veros." Volví á asegurarle que cuidaria del Príncipe como de un hijo mio en agradecimiento de los muchos favores que habia recibido de su padre.

Abba-Thule y yo estabamos demasiado ocupados para que diesemos muchas horas al sueño: el Rey y los Rupakes pasaron la mayor parte de la noche en conversacion con Lee-Boo, aconsejándole sobre el modo con que debia portarse en el mundo desconocido en que iba á entrar. Yo hice llamar á Blanchart para darle consejos sobre su conducta, y advertirle en que cosas podia ser util á sus nuevos conciudadanos, para que se hiciese amar y respetar. Le aconsejé que nunca anduviese desnudo como los isleños, pues de este modo podria conservar el concepto de superioridad que le era muy esencial no perder; y para que pudiese executarlo, le dexé todos los vestidos de que pude disponer. Pidiome que le dexase varios instrumentos y utensilios para la chalupa que habia de quedar en Palaos, en lo qual consenti.

Al amanecer se puso en el navio la señal de partir, y se disparó el cañon de leva: el Rey mandó que nos llevasen á bordo ñames, cocos, y otras provisiones para el viage. Luego que todo estuvo prevenido pasé á bordo con el Rey, Lee-Boo, y otros principales. Era increible la multitud de ca-

noas que acudian á traernos provisiones, suplicandonos las admitiesemos: en vano les deciamos que el navio estaba ya tan lleno, que no cabia mas; cada qual de ellos presentaba su regalo, gritando, *nada mas que esto de mi parte, tomadlo por nuestra amistad.* Estas voces repetidas con el tono mas suplicante y con los ojos cubiertos de lágrimas, enternecieron á todos los de la tripulacion; para no afligirlos mas, hubimos de tomar algunos cocos y ñames.

Luego que el navio pasó felizmente el arrecife, el Rey hizo acercar su canoa para volverse. Abrazome con la mayor ternura; dió la mano á los demas Oficiales: sus ojos llenos de lágrimas y su voz interrumpida con sollozos manifestaban su grande afliccion. Despidiose de Lee-Boo, y le dió su última bendicion, recibiéndola el Príncipe con la mayor ternura y respeto. Dichosos vosotros, exclamó al despedirse, pues volveis á vuestra patria; yo me alegro de vuestra dicha, pero me tengo por desgraciado en separarme de vosotros: os deseo buen viage." Con esto se marchó en su canoa juntamente con sus Rupakes. Los isleños tenian la vista fixa en el navio; sus miradas mas expresivas que ningun lenguage, manifestaban sus tiernos afectos. Podiamos decir con verdad que dexabamos en llanto á toda una nacion. Los nuestros estaban tan enternecidos, que quan-

do Abba-Thule y los suyos salieron del navio para volverse á la isla, apenas pudieron saludarle con la griteria acostumbrada. Toda la tripulacion, libre ya de sus sospechas, estaba penetrada de agradecimiento á la bondad de aquel Príncipe, á quien debiamos nuestra libertad.

Ya que nos separamos de este excelente Monarca, convendrá delinear en breves rasgos su caracter: ya está puesto un muro de separacion entre él y nosotros quizá para siempre. Ha vuelto á entrar en sus dominios hasta ahora desconocidos, donde sus mayores han pasado una larga serie de siglos, tan ignorantes sobre lo demas del mundo, como ellos eran ignorados de todas las naciones. Una desgracia casual nos ha dado de esta nacion una noticia pasagera; probablemente jamas se volverá á su pais, porque aquellos isleños no poseen mas que la virtud y buen juicio, y su pais no ofrece á la avaricia humana ningun atractivo que pueda obligar á ir á turbar su tranquilidad. Si no tienen ni conocen los placeres de las naciones civilizadas, las ventajas de las artes, el uso del luxo y de la opulencia, en cambio ignoran las inquietudes que nos causan las necesidades facticias, las pasiones que éstas exâltan, y los delitos que hacen cometer. Por lo que hace al hombre respetable que reynaba sobre estos dichosos

hijos de la naturaleza, se mostró siempre igual en toda su conducta, siempre firme, amable y generoso. Cierta dignidad en su aspecto, la gracia de sus modales, la dulzura de su genio, y la sensibilidad de su corazon le grangeaban el amor de todos los que le trataban. Tenia naturalmente un talento meditador que habia perfeccionado con la experiencia, y repetidas observaciones. Las quejas amorosas que dió, quando se recelaba entregarle los fusiles, la conversacion que tuvo conmigo en orden á su hijo, la reprehension á su sobrino manifiestan su buen juicio, su sensibilidad, y su amor á la virtud.

La felicidad de su pueblo era el objeto que nunca se apartaba de su pensamiento: para estimular á sus vasallos á los trabajos utiles, él mismo habia aprendido todos los oficios, y era tenido por el mejor artifice de su reyno. En enviar á su hijo á Inglaterra, y en las instrucciones que le dió, no llevaba otra mira, sino que adquiriese conocimientos utiles para comunicarlos á su nacion. En una palabra, si la suerte le hubiera destinado á reynar sobre una nacion muy numerosa, que tuviese comunicaciones con lo restante del género humano, se puede conjeturar de su talento y amor á la humanidad, que hubiera sido un Pedro el Grande en el hemisferio austral.

Colocado por la Providencia en un teatro mas obscuro era amado de sus Rupakes y respetado de su pueblo: sin perder nada de la dignidad que convenia á su empleo, reynaba mas como padre que como soberano. Sus vasallos agradecidos veneraban y respetaban tanto á su Príncipe desnudo, como en qualquier nacion civilizada á sus Monarcas rodeados de la mayor pompa y aparato.

Raa-Kook era el único que se habia mantenido en nuestro navio, no acertando á separarse de nosotros; pero quando llegó el forzoso momento de volverse á su isla, no pudo hablarnos palabra. Apretome la mano con la expresion de la mayor ternura, y poniendo la suya sobre su pecho, dixo que allí era donde sentia el dolor de nuestra separacion. Llamó á Lee-Boo, y empezando á pronunciar algunas palabras, no pudo continuar: baxó á la chalupa, y sin poder hablar, se despidió con una mirada tan expresiva, que es imposible describirla.

Este hombre tan amable parecia de algo mas de quarenta años de edad: era de mediana estatura, y bastante grueso. Su fisonomia manifestaba una sensibilidad viva, templada con mucha dulzura y bondad. Juntaba una grande humanidad con una entereza muy firme: mandaba con dulzura, pero se hacia obedecer. Los isleños le seguian con

tal aficion, que se veia le obedecian por amor. Su amistad para con nosotros no se entibió un punto desde su primera visita: no era tan serio como el Rey, pero no tenia tanta propension á bufonearse como su hermano Arra-Kooker; sin embargo, era de genio siempre alegre y dispuesto para reir, quando lo pedia el caso. Era muy curioso y amigo de aprender: queria saber la razon de todo, investigaba las causas de todos los efectos, y comprendia con admirable facilidad todo lo que se le explicaba. Tenia una alma fuerte y activa; su porte era noble y urbano. Su extremada delicadeza le hacia sentir mucho los hurtos que hacian los suyos en nuestro navio encallado, porque decia que esto era violar los derechos de la hospitalidad; y no sosegaba hasta hacerlo restituir todo. Gustaba mucho de los Chinos, y para observarlos mejor, se sentaba junto á ellos como para ayudarles en su trabajo. Nosotros le somos deudores de la constante amistad que el Rey nos manifestó, pues desde la primera visita interesó á su hermano en nuestro favor. Se indignaba contra toda doblez y perfidia, y reprendió públicamente con la mayor severidad al intérprete Malayo por las sospechas que habia querido infundir contra los Ingleses. Se mostraba muy obsequioso con nosotros; y ademas de todas estas apreciables prendas,

era muy amante de sus hijos y parientes, como se puede inferir por el dolor que mostró en la muerte de su sobrino en Artingall, y en la separacion de Lee-Boo.



CARTA CCCXII.

Anécdotas sobre Lee-Boo.

No os deben, Señora, parecer superfluas las noticias que voy á comunicaros sobre este Príncipe de Palaos, porque ninguna cosa debe interesar tanto al hombre como el conocimiento de los hombres en los varios estados de la vida. Es tan corta la diferencia entre las naciones Europeas, que apenas se percibe: sin embargo, la vista perspicaz de un filosofo penetra estas ligeras diferencias, y su descripcion nos instruye é interesa. ¿Quánto mayor debe ser nuestro placer al contemplar los hombres en toda la sencillez natural, y que tanto se diferencian de nosotros? De este modo es como se conoce al hombre; y por esta razon me detengo mucho mas en referir por menor todo lo relativo á las naciones salvages, que en lo tocante á las civilizadas. Por consiguiente, no debo recelar os sean molestas las anécdotas que voy á referir del desgra-

ciado Lee-Boo, en las que un filosofo tendrá mucho que admirar.

Habia yo dado á Lee-Boo un vestido, pero debia de incomodarle tanto, que al pronto se lo quitó; sin embargo, habiéndole hecho conocer que era indecencia estar desnudo, se puso los calzones, y jamas se desnudaba en presencia de otro, retirandose para esto á algun parage obscuro. Era muy limpio y aseado: lababase tres ó quatro veces al dia. Habiendo descubierto las islas Bashee, manifestó mucho deseo de saber como se llamaban, y habiendoselo dicho, cogió un cordel é hizo en él un nudo, para anotar esta circunstancia. Es digno de advertirse que este mismo método de conservar y transmitir las ideas por medio de nudos en cordeles, se halla establecido en las islas del mar del Sur, lo qual es una nueva prueba de lo que llevo dicho acerca del origen comun de todas aquellas islas.

Quando llegamos al puerto de Macao Lee-Boo quedó pasmado al ver tantos y tan grandes navios, y en esta ocasion dió una prueba de su buen corazon. Algunos barcos Chinos conducidos á remo por algunas pobres Tartaras, que viven sobre el agua con sus familias, trayendo sus hijos sobre la espalda, rodeaban nuestro navio, pidiendonos los restos de nuestros viveres. Lee-Boo comprendiendo sus súplicas, las regaló va-

rias frutas, cuidando siempre de dar lo que á él mas le gustaba.

No es necesario advertir, que todos los objetos nuevos que veia en la ciudad de Macao eran para Lee-Boo un espectaculo mágico, que le tenia atónito. Como no habia visto mas quadrúpedos que el perro de Terranova que regalamos á su padre, el qual se llamaba *sailor*, daba el nombre de *sailor* á las ovejas, cabras y demas quadrúpedos pequeños que veia: á los caballos llamaba *grandes sailores*. Ninguna cosa le admiró mas que ver un hombre á caballo; habiéndole hecho montar en uno, y comprendiendo al punto su utilidad, rogó que enviasen un caballo á su tio Raa-Kook.

El navio Walpole en que pasamos á Canton fue un objeto continuo de su contemplacion: la vista de Canton aumentó el gran concepto que habia formado de los pueblos civilizados. Estrañó mucho el aparato con que comimos en la casa de la factoría Inglesa, viendo la gran diferencia que habia entre la sencillez de los manjares de su isla y la multitud y variedad de los nuestros, entre el modo franco y natural con que comia el Rey su padre, y la multitud de criados que rodeaban nuestra mesa. Al pronto bebió con gusto thé; el olor del café le desagradó, sin embargo me dixo que lo beberia, si yo se lo mandaba. Habiéndose em-

briagado uno de los criados, Lee-Boo creyéndole enfermo, manifestó mucha inquietud y fue á buscar al Cirujano para que le curase. Luego que le explicaron la causa de aquella aparente enfermedad, quedó pensativo, y en adelante no quiso probar ningun licor espirituoso, diciendo que no era bebiba propia de hombres distinguidos. Era sumamente sobrio en comer y beber.

Algunos viageros que habian estado en Madagascar, y en otras partes donde se usan lanzas, y que se habian adiestrado mucho en su manejo, quisieron ver como la manejaria Lee-Boo. Este no apuntó desde luego con su lanza á ningun objeto; al principio no hizo mas que balancearla, como se hace para arrojarla: los demas hicieron lo mismo: propusieron por blanco una jaula de gasa colgada en medio de la sala en que habia un páxaro pintado. Lee-Boo meneando su lanza como al descuido, la arrojó y dió con ella en la cabeza del páxaro, siendo así que sus competidores apenas pudieron atinar á la jaula.

Mucha admiracion le causaron los edificios de piedra de Canton, y comparandolos con los de su patria, hacia ver que comprendia la ventaja de aquellos edificios, prometiendo aplicarse á aprender el arte de construirlos para enseñar á sus paisanos. En suma se notaba en él toda la sencillez de la

naturaleza al entrar en un mundo enteramente nuevo para él. Por mas bellos y asombrosos que sean los objetos de que nos hallamos rodeados, no excitan nuestra admiracion, quando estamos acostumbrados á ellos desde la infancia: el aldeano que habita á las faldas del Etna, ó de las cordilleras del Perú mira con indiferencia aquellos pasmosos fenómenos, que excitan desde lejos la curiosidad de los viageros. No sucedia así á Lee-Boo: nacido, por decirlo así, en edad viril, con la razon ya perfecta, se vió de repente transportado á unas escenas no solamente nuevas para él, sino que excedian á todas sus ideas; escenas que pudieran haberle trastornado el juicio, si no hubiera tenido al lado un Mentor que le dirigiese, explicandole todo lo que le heria vivamente la imaginacion.

En su viage de la China á Inglaterra se mostró tan alegre y afable, que todos á competencia se esmeraban en obsequiarle. Su curiosidad era infatigable. No veia tierra alguna, que no se informase de su nombre y circunstancias, y luego que lo comprendia, lo apuntaba con nudos en su cordel, formando así su diario. Como los nudos se multiplicaban mas cada dia, tenia cuidado de repasarlos con freqüencia, acudiendo á mí, quando se le habia olvidado alguna cosa. Pidióme durante el viage, que le enseña-

se á leer, en lo qual le dí gusto, y tuve el mayor placer viendo la facilidad con que todo lo comprehendia.

En la isla de Santa Helena admiró mucho la buena disposicion de las huertas y jardines, y dixo que en volviendo á Palaos enseñaria á los suyos todas aquellas cosas. Llevele á una escuela de niños, y hecho cargo de su objeto, manifestó deseo de mezclarse con ellos para aprender. Quiso andar á caballo, y se lo permití: teniase bien y galopaba, divirtiéndose mucho con este exercicio.

Quando llegó á Londres se hizo amar de todos los que le trataron, por su afabilidad, viveza y bondad de caracter. Le puse en una academia para que aprendiese á leer y escribir, cosa que deseaba con la mayor ansia, y concurria á ella con la mayor aplicacion. Quando volvia de la escuela, nos divertia infinito contando con la mayor gracia y remedando todas las particularidades que observaba en sus compañeros. Repetia muchas veces que en volviendo á Palaos se haria maestro de escuela de los suyos, y que le tendrian por grande hombre quando les enseñase á leer. A mi muger la llamaba *madre*, y diciéndole que la llamase *Señora*, respondió: *no, no, madre, madre.* En la mesa y demas ocasiones se portaba con tanta urbanidad y aseo como si siempre se hubiese criado entre gen-

te culta: se conformaba al momento con todos los usos del pais.

Su deseo de aprender era insaciable ; no veia cosa que no procurase comprehender, y daba gracias á los que le explicaban alguna cosa. Habiendo oido tocar el clave á una Señora, quedó admirado de la variedad de sonidos que producia ; al punto quiso averiguar su mecanismo, y abriéndolo para que lo viese, estaba mas atento al movimiento de las teclas, para comprehender la causa del sonido, que á la armonia de la música.

Su corazon naturalmente compasivo y generoso era dirigido por un juicio muy sano. Quando alguna persona joven le pedia limosna, respondia en el mal Inglés que sabia, que era vergüenza el mendigar, quando se podia trabajar : pero si era algun viejo, al punto le daba limosna, diciendo : *deber dar á hombre viejo : hombre viejo no poder trabajar.*

Yo le miraba como á hijo propio, no solo por los favores que debia á su padre Abba-Thule, sino tambien por lo acreedor que se hacia á este título por sus excelentes prendas. Trabó particular amistad con mi hijo, á quien ya conocia desde Palaos, y se hicieron amigos inseparables, siendo de una misma edad, y divirtiéndose en unos mismos exercicios. Boyam, que así se llamaba el Malayo que su padre habia enviado

para que le acompañase y sirviese, mostró mala conducta, por lo que Lee-Boo me suplicó le enviase á Sumatra, que era la patria del Malayo. Tomas Rosa, el Malayo que nosotros llevamos á Palaos, se hallaba en Inglaterra, y se unió con el Príncipe, por haber aprendido bastante de la lengua de Palaos.

Como yo padecia frecuentes dolores de cabeza, que me obligaban á guardar la cama, Lee-Boo se mostraba muy acongojado: entraba en mi quarto con el mayor silencio, se sentaba junto á la cama, y allí permanecia inmovil, mirando de quando en quando por entre las cortinas á ver si yò descansaba.

Un dia reprendí á mi hijo porque habia olvidado un encargo que le habia hecho: Lee-Boo creyéndome irritado contra su amigo, se salió de la sala sin que lo advirtiesemos. Luego que le echamos de menos, fueron á buscarle, y le encontraron en una pieza retirada llorando: haciéndole venir, asió á su amigo por la mano, y dirigiéndose á mí, unió mi mano con la de mi hijo, y apretandolas ambas, las bañó con sus lágrimas. ¡Quién podria resistir á una escena tan tierna!

Gustaba mucho de ir á la iglesia, y aunque no entendia nada de lo que allí veia, sin embargo, comprehendia la intencion y

objeto del culto, y se portaba con toda decencia y compostura.

Llevele á que viese la primera subida que hizo Lunardi en un globo aerostático: creí quedaria pasmado al ver un espectáculo, que á nosotros nos causaba tanta admiracion; pero me engañé mucho, pues ninguna impresion le hizo. Reconviniéndole sobre esto, me respodió, que tenia por gran locura caminar por el ayre, pudiéndolo hacer con mas seguridad y comodidad á caballo ó en coche. Esta idea parecerá propia de un bárbaro; pero Lee-Boo en todas las cosas no consideraba mas que la utilidad, y baxo este aspecto, no viendo en aquello mas que un objeto de pura curiosidad, su modo de pensar nada tenia de absurdo.

Siempre que tenia proporcion, recogia con mucho cuidado semillas de todo género de plantas utiles, informándose del modo de cultivarlas, con animo de introducirlas en su patria, á cuyo beneficio se dirigian todas sus miras. Hablaba con freqüencia de los proyectos y establecimientos que haria adoptar á su padre, y continuamente pensaba en el bien de su patria.

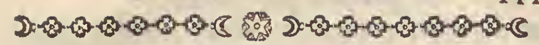
Habia ya hecho grandes progresos en la lengua Inglesa, en leer y escribir, quando fue acometido de las viruelas, enfermedad que desde luego nos dió el mayor cuidado, porque sabemos es mortal para casi todas

las gentes de color. En efecto, fue empeorando cada dia, y los médicos desesperaron de su vida. El dia antes de su muerte, paseándose por su quarto se miró á un espejo, y viéndose tan hinchado y desfigurado, apartó el rostro, como horrorizado de verse. Dixo á los circunstantes que sus padres estarian con mucho sentimiento porque sabian estaba enfermo. Los Palaos creen que las personas ausentes, aunque disten entre sí muchas leguas, saben lo que les sucede. Sufrió todas las molestias de su enfermedad con la mayor constancia y resignacion, sin rehusar ningun medicamento luego que le decian lo habia mandado el médico. Conociendo que se acercaba su fin, me tomó de la mano y me dixo: »Buen amigo, quando vuelvas á Palaos, dí á Abba-Tule, que Lee-Boo toma muchas bebidas para arrojar las viruelas, pero morir: que siente no poder decirle las muchas buenas cosas de Inglaterra." Despues contó todos los regalos que le habian hecho, y me encargó los distribuyese entre los Rupakes, quando volviese á Palaos. A pesar de lo mucho que padecia, jamas se quejó; y estando cerca el quarto de mi muger, que á la sazon estaba enferma, preguntaba con freqüencia por ella, añadiendo siempre para escusarla el cuidado: *Lee-Boo va bien, madre.* Conoció que iba acercándose la muer-

te por instantes, y sin embargo de los dolores que debia padecer, conservó la mayor serenidad hasta el ultimo momento. Su muerte pudiera servir de modelo al mas rigido Estoico.

Por estas anecdotas se puede hacer juicio de la bondad, talento y fortaleza de este amable joven, el qual si hubiese tenido la fortuna de volver á su patria hubiera hecho felices á sus habitantes.

Volvamos ahora á tratar de las islas de Palaos, cuyas costumbres, usos, caracter y gobierno hasta ahora no se habian conocido, y merecen muy particular atencion.



CARTA CCCXIII.

Idea general de las islas de Palaos.

Las islas de Pelew ó Palaos son una cadena de isletas situadas entre los grados 5 y 9 de latitud boreal, y entre los 130 y 136 grados de longitud E. del Meridiano de Greenwich, en una direccion Nordeste y Sudoeste. Son largas y estrechas, de mediana altura, bien cubiertas de arboles, á lo menos las que nosotros vimos. Por el Oeste estan rodeadas de un arrecife ó banco de coral, cuyo fin no pudimos descubrir desde la mayor altura. Este banco se extiende en algunos parages hasta cinco ó seis leguas de la costa, y á lo menos hasta dos ó tres en todos los parages donde lo registramos. Como nuestra llegada á estas islas fue por la desgracia que he referido, y no llevabamos á bordo naturalistas ni botánicos de profesion, no pudimos hacer las observaciones que hubieramos deseado. La triste situacion en que nos hallabamos, y los trabajos necesarios para salir de aquel pais, ocuparon casi toda nuestra atencion y tiempo. Nos hallamos de repente entre una nacion desconocida, que lejos de aprovecharse de nuestra desgracia, nos acogió con la mayor amistad,

suministrándonos todo lo que estaba en su mano para nuestro alivio, y ayudándonos en los trabajos necesarios para salir de aquel peligro. Pudieran sin dificultad haberse apoderado de nosotros y de nuestras armas, pues no pasaban de veinte y siete las personas de la Antelope, que se hallaban en estado de tomar las armas. Pero la generosidad de su corazon no les dexó ni aun imaginar esta crueldad, y se nos acercaron desde luego con las demostraciones de la amistad.

En los tres meses que estuvimos en estas islas, tuvimos varias ocasiones de observar los usos y costumbres de sus habitantes, formando idea de su gobierno y caracter. Empezando por Abba-Thule, conocimos que residia en él la principal autoridad, y que era la primera persona del Estado. Le miraban como á padre, y aunque no tenia ninguna insignia de aparato, le hacian todo género de obsequios. Sus Rupakes se le acercaban con el mayor respeto: los demas vasallos, ya pasasen junto á él, ya se dirigiesen á hablarle, ponian las manos en la espalda, y se baxaban hasta el suelo: y aun quando pasaban por delante de una casa en que presumiesen estaba el Rey, se humillaban igualmente hasta haber pasado de aquel parage. En todas las acciones de Abba-Tule se notaba cierta gracia y nobleza: escuchaba todo lo que le decian sus vasallos, y nunca los des-

pedia descontentos. Aunque en Palaos tenia la primera autoridad, tengo fundamento para juzgar que no era Soberano de todas aquellas islas. Los Rupakes de Emmins, de Emillegue, Maath y Artingall eran independientes en sus propias islas. Sin embargo, Abba-Tule tenia varias islas baxo su dominio, y todas las observaciones siguientes solo pertenecen á su gobierno, bien que es muy probable, que el de las demas islas sea el mismo con corta diferencia.

En los negocios urgentes Abba-Tule convocaba á los Rupakes y á los demas Ministros del Estado: sus juntas se hacian á cielo raso sobre una plaza enlosada, de que ya he hablado. El Rey les explicaba el motivo de la junta, y sometia la decision á sus dictamenes. Cada uno de los presentes daba su voto, pero sin levantarse del asiento, y luego que se tomaba resolucion, el Rey concluia la junta levantándose. Despues de la junta, conversaban unos con otros familiarmente sobre varios asuntos.

Quando traian algun mensage al Rey de parte de alguna persona del pueblo, ya fuese estando en consejo ó en qualquiera otra parte, se comunicaba en voz baxa á uno de los Rupakes inferiores, y éste haciendo una profunda reverencia al Rey, le participaba el mensage en secreto, teniendo el rostro vuelto á otro lado. Las ordenes del Rey pa-

recian absolutas, aunque en los asuntos de alguna importancia siempre procedia de acuerdo con los Rupakes. En el sitio de las juntas habia una piedra en que el Rey solo se sentaba : los demas Rupakes no se sentaban siempre en un mismo lugar ; á veces se ponian á la derecha, á veces á la izquierda.

Todos los dias, ya estuviese en Palaos, ya con nosotros en Orulong, iba el Rey despues de medio dia á sentarse en público para oir las pretensiones ó quejas de sus vasallos, y decidia las causas que se suscitaban entre ellos. Como esta nacion tiene pocos bienes para ocasionar disensiones, como no hay entre ellos quien fomente los pleytos, son muy pocas as desaveuencias que pueden ocurrir entre ellos. Qualquiera que fuese el ofensor no podia escaparse de la censura del Rey, que le exponia al oprobio general ; sentencia mucho mas severa para unos hombres no corrompidos, que qualquiera otra pena corporal. No tienen necesidad de un gran número de leyes; su buena fe escusa las infinitas precauciones que la malicia humana ha precisado á establecer en las naciones civilizadas, y no necesitan de las flores de la eloqüencia, ni de sofismas artificiosos para obscurecer la verdad. Como sus necesidades reales son muy limitadas, y no hay cosa que pueda sugerirles otras facticias, facilmente las pueden

satisfacer sin perjuicio de tercero. Cada qual atendia á sus ocupaciones, sin mezclarse en los negocios agenos, y se portaban unos con otros con todo respeto y benevolencia, pues jamas vimos ninguna riña entre ellos. Aun quando los niños en sus juegos altercaban unos con otros, los que estaban presentes les daban muestras de disgusto. Sin duda de este principio de su educacion proviene que en la edad adulta sean pacificos y se traten con amistad unos á otros: si las buenas máxîmas se infundiesen practicamente á la niñez de este modo, no serian necesarias tantas leyes y documentos para reprimir en los hombres los excesos de su cólera y amor propio.

La segunda persona despues del Rey era el General su hermano Raa-Kook, que mandaba todas las fuerzas de mar y tierra. Este era el que convocaba á los Rupakes para las expediciones, señalándoles el parage en que debian juntarse; pero aunque Raa-Kook obraba como General en xefe, sin embargo, todas las ordenes emanaban del Rey quando se hallaba presente á la accion, como hemos visto en la segunda expedicion de Artingall. El General, como hermano mayor del Rey, era el heredero presuntivo de la Corona, porque la sucesion en Palaos no pasa á los hijos del Rey hasta que mueren sus hermanos: de suerte que despues de Ab-

ba-Tule la soberania tocaba á Raa-Kook, despues á Arra-Kooker, y en muriendo este ultimo hermano pasaria la Corona á Quibill, primogénito de Abba-Tule: este joven debia ser General durante el reynado de su ultimo tio, y quando él reynase, seria General su hermano Lee-Boo.

El Rey estaba siempre acompañado de un Rupak que parecia no tener ningun empleo hereditario, sino una autoridad comisionada. Siempre estaba junto al Monarca, y era el primero á quien consultaba en todo; pero no pudimos comprehender si su empleo era religioso ó civil, ó si reunia estas dos calidades. No se le consideraba como guerrero, porque nunca llevaba armas; no tenia mas que una muger, teniendo dos cada uno de los otros Rupakes. Jamas nos llevaron á su casa, aunque fuimos introducidos en las de todos los demas.

La clase de los Rupakes, aunque numerosa, no podia ser considerada sino como la de unos xefes, ó para calificarla segun nuestras ideas, eran como nuestros nobles. No todos eran de una misma clase, pues se distinguen por la diferencia del hueso que llevan en la muñeca. Algunos fueron hechos Rupakes durante nuestra mansion en Palaos, despues de la segunda batalla de Artingall. Estas insignias de honor eran conferidas unicamente por el Rey, co-

mo he dicho antes. Los principales Rupakes acompañaban ordinariamente al Rey y estaban á sus ordenes para seguirle á la guerra con cierto número de canoas bien equipadas, y permanecian en su compañia hasta que les daba licencia para volverse á sus casas. De aquí se pudiera inferir que exîste en esta nacion el gobierno feudal; pero segun las noticias que adquirimos, me parece que los títulos de los Rupakes no son mas que unas condecoraciones personales de distincion que no son hereditarias, excepto en la familia Real. Por lo que hace á la extension del poder y privilegios de los Rupakes, no pudimos adquirir ideas bastante claras: lo que hay de cierto es que todos los Rupakes de primera clase eran llamados al Consejo de Abba-Tule, que le mostraban obediencia en todo, y que ellos tambien eran muy respetados del pueblo.

Lo unico que pudimos comprehender en orden al derecho de propiedad, fue que los naturales no tenian mas bienes que su industria y trabajo, y que el Rey era el propietario de todas las tierras. La casa, los muebles y la canoa de cada individuo se consideran como sus bienes propios; tambien se miraba como suyo el terreno que se le habia concedido, por todo el tiempo que lo cultivase; pero siempre que se trasladase á otra parte con su familia, aquel terreno vol-

via al Rey, quien disponia de él á su arbitrio. Cada familia tenia para su mantencion una porcion de terreno, que por necesidad debia cultivar, por no tener otra subsistencia; y el tiempo que les sobraba, se empleaba en el exercico de alguna arte, que teniéndolos ocupados, les proporcionaba algunas comodidades.

Cada parte de la isla llamada *Cururura*, cuya capital era Palaos, manifestaba hallarse muy bien cultivada. Las demas islas que vimos, estaban cubiertas de arboles de varias especies; algunos de éstos eran bastante gruesos para formar de sus troncos canoas capaces de llevar de veinte y ocho á treinta hombres. Tenian gran variedad de maderas de construccion, entre las quales se distinguian el ébano, y otro arbol que agujereado con una barrena destilaba un licor blanco y espeso como la crema: habia tambien una especie de manzanillo, que al labrarlo, lastimaba las manos y las llenaba de ampollas con su jugo venenoso: este era el arbol de que nos advirtieron no usasemos; juzgamos seria por algun agüero, y quizá era porque conocian lo venenoso de esta madera. El arbol mas singular de estas islas era uno bastante parecido á nuestro cerezo en lo grueso del tronco y forma de sus ramas; sus hojas se parecian á las del mirto. No tenia mas corteza que una película del grueso del

papel, mas obscura que lo interior, aunque estaba incorporada con la madera. Esta era tan dura, que todas nuestras herramientas se mellaban, por lo que no pudimos hacer uso de ella. Tenian tambien palmitos, una especie de almendro, y el arbol de pan, que ellos llaman *riamall.* Las ñames y los cocos se cultivan con el mayor esmero en grandes plantíos, que ademas del fruto proporcionan amena sombra. Tenian betel en abundancia, y hacian mucho uso de él quando estaba verde, al contrario de los Indianos, que no lo usan sino quando está seco. Vimos tambien allí plátanos, naranjas chinas y limones, pero en corta cantidad, por lo que no presentan estas frutas sino en las visitas y ceremonias grandes. Tenian tambien una especie de manzanas muy exquisitas, la qual comida era reservada para el Rey y personas mas distinguidas; éstas deben de ser muy raras, en atencion á que nos regalaron muy pocas. Hay algunas cañas de azucar, grande abundancia de bambues, y de la planta llamada *turmeric*, con cuyo zumo las mugeres se pintaban. Tienen ocre roxo y amarillo, con los quales pintan su casas y canoas.

No encontramos ningunos granos en las islas que visitamos; tampoco hallamos mas quadrúpedos, que algunas ratas en los bosques, y dos ó tres gatos muy flacos, que quizá habrian venido en las reliquias de algun

navio que hubiese naufragado : por esta falta de quadrúpedos estrañaron tanto la vista de nuestros perros.

Por lo que hace á las aves, tenian muchos gallos y gallinas de la especie comun, que aunque silvestres y esparcidas por los bosques, se acercaban á las casas y plantíos. Lo que debe parecer mas estraño, atendida la cortedad de sus alimentos, es que no hacian uso de ellas hasta que nosotros les enseñamos á comerlas. Con permiso de Abba-Tule matamos algunas de ellas, y habiéndolas guisado, el Rey las probó, y le gustaron tanto, que despues comia de ellas con freqüencia. De este modo enseñamos á estos isleños el uso de una nueva comida, descubrimiento que les será muy util.

Aunque los naturales no comian las gallinas, no dexaban de ir á buscar los huebos para comerlos; pero no los estimaban quando eran frescos, su mayor placer era comerlos quando el pollo empezaba á formarse. Habia tambien palomas en los bosques: iban á coger los pichones en los nidos, y atándolos de los pies á un palo delante de sus casas, los alimentaban con ñames. Esta ave se tenia por un manjar exquisito, segun he dicho anteriormente, y solo se permitia á las personas mas distinguidas. Los habitantes de Palaos eran muy diestros y agiles para trepar por los arboles á coger estos nidos, ó qual-

quiera otra cosa. Estas dos aves eran las únicas que tenian propias para comer; nosotros les dexamos dos gansos, que nos habian quedado de nuestras provisiones.

Vimos varios páxaros de pluma muy bella, pero probablemente son de las mismas especies que se encuentran en las regiones situadas entre los Trópicos. Habia tambien otros de un canto muy armonioso, principalmente uno que acostumbraba cantar por la mañana y por la tarde, pero nunca pudimos verle. Tenian varias especies de pescados, y entre los demas distinguimos uno al qual llamamos unicornio, porque tenia un cuerno en la cabeza. En los arrecifes se halla el perro marino, al qual matan con harpones, y tienen por muy delicada su carne. Tienen varias especies de crustaceos, entre otros el cangrejo de mar, de la misma especie que el que hay en el Mediterraneo, y otras costas de Europa; tambien tienen tortugas, que comen cocidas y las estiman mucho. Cogian ademas varias especies de ostiones, buzeando hasta seis ó siete brazas de hondo, en lo que son muy diestros.

Las islas de Palaos vistas desde el mar presentan una perspectiva de tierras altas, quebradas, y cubiertas de árboles. Lo interior es montuoso en muchos parages; pero los valles espaciosos y amenos ofrecen pers-

pectivas muy agradables. El terreno por lo general es fértil, y crece en él la yerba con lozania, y como no hay ningun ganado para pacerla, crece mucho y el ardor del sol la quema. No vimos ningun rio en Palaos; el agua se sacaba de algunos arroyos y estanques, de que hay gran número. El principal manantial de Orulong era un pozo, que nos suministró el agua necesaria todo el tiempo que allí estuvimos, y de él llenamos nuestras pipas.

En vista del corto número de producciones de estas islas es facil inferir que en ellas no hay ningun luxo. Los naturales añadian á sus ordinarios alimentos en ciertas ocasiones algunos dulces que hacen con el zumo de las palmas, ó con miel de caña, de que usaban tambien para componer sus bebidas. Tenian tres especies de dulces; la primera y mas ordinaria se hacia de la almendra de los cocos, que molian, mezclaban con la miel, y ponian á fuego lento, hasta que adquiria consistencia; mientras estaba la masa caliente, hacian tortas de ella. Estos dulces se ponian tan duros con el tiempo, que apenas se podian cortar con un cuchillo: llaman á estos dulces *ulell*. La segunda especie se hacia con un género de almendras que tienen, de que ya he hecho mencion; éstas no las molian, pero las cocian del mismo modo que las otras, mez-

clándolas con miel y haciendo tortas de ellas. La tercera especie era un dulce líquido, claro y transparente; ésta era la mas rara, y de ella me presentaron un plato de madera lleno: al presentarmele Abba-Thule, me dixo que me regalaba el plato, y que sus mugeres habian compuesto aquella bebida expresamente para mí. Deseando yo saber como se hacia aquel dulce, Raa-Kook envió un hombre, el qual una hora despues volvió con dos plantas recien cogidas, de cuya raiz se habia hecho aquella bebida: su color y figura eran como de nabo, con unas hojas de tres pies de largo, estrechas y verdes. Quise gustar la raiz cruda, pero me lo impidieron dandome á entender que sabia mal. Este dulce no se conservaba como los otros, porque se volvia agrio facilmente.

Para conservar el pescado, quando tenian abundancia, lo ponian sobre una especie de parrillas de madera, y le daban humo por debaxo, con lo qual duraba uno ó dos dias: lo cocian en agua salada, y lo comian sin ninguna salsa. Comian crudas las ostras, rociándolas con zumo de limon ó de naranja. No conocian la sal, y no usaban de ninguna salsa ni condimento en sus manjares. Sus bebidas eran tan sencillas como sus comidas: la leche de cocos era su licor ordinario; rara vez bebian agua, lo que nos sorprendió mucho. En sus visitas y fiestas

bebian una especie de sorbete compuesto con el dulce arriba dicho, y esta bebida solo se distinguia de las otras en un poco de zumo de naranja que mezclaban.

Se lababan generalmente al amanecer, pues luego que se levantaban de dormir, hombres y mugeres iban á bañarse en agua fria. Sus baños estaban separados; el hombre que tenia que pasar por junto á los baños de las mugeres, debia avisarlas con un grito particular: si alguna muger gritaba, no podia pasar adelante, y tenia que volverse, ó esperar hasta que las mugeres saliesen del baño.

La hora de su desayuno era á las ocho de la mañana; despues del qual, si habia consejo, el Rey se juntaba con sus Rupakes, y la gente del pueblo iba á sus ocupaciones. Comian á medio dia, cenaban luego que se ponia el sol, y dos horas despues se retiraban á dormir. Aunque éste era su modo ordinario de vida, sin embargo en las fiestas solemnes pasaban la mayor parte de la noche baylando.

No conocen otro modo de medir el tiempo que por la altura del sol. Sus estaciones se dividen en dos, que son la humeda y la seca, como en las demas regiones entre los Trópicos. Tenian algun conocimiento de las estrellas, y se servian de nombres particulares para designar algunas de ellas.

Todos los parages que visitamos nos parecieron poblados, pero no pudimos formar una idea exâcta de su poblacion. La conjetura mas probable se puede sacar del número de gente que Abba-Thule y sus aliados enviaron á la última expedicion, que ascendia á cerca de quatro mil hombres. Pero no se puede suponer, que no quedase aun mayor número de hombres capaces de tomar las armas, y quizá no irian mas, porque sus canoas no eran bastantes para tanta gente.

El modo que tienen para preparar y aplicar los colores con que pintan, merece particular mencion. Despues que han molido los colores, los echan en agua y los hacen herbir: quitan con mucho esmero la espuma hasta que esté bien purificado el licor. Luego que este á fuerza de herbir, adquiere bastante espesura, lo aplican caliente á la madera, y lo dexan secar. Al dia siguiente quando ya está seco, esparcen sobre la pintura aceyte de cocos, y frotandolo despues con cascaras secas de coco, le dan un pulimento y consistencia capaz de resistir al ímpetu de la lluvia y de las olas del mar en las canoas.

Quando hice mencion de los hachones con que se alumbran, reservé para este lugar la descripcion de la materia de que se componen. Segun la analisis que hicimos de ellas, parece que se componen de una resi-

na mezclada con raeduras de madera; pero no sabemos si esta madera sale mezclada con la resina, quando la raspan de los árboles, ó si la mezclan de intento para que haga oficio de mecha, á fin de impedir que la resina se derrita y se corra con demasiada prontitud. Estos hachones estan rodeados de hojas de árboles, para que no se peguen á las manos, y para que la resina derretida no se corra. No solamente dan éstas velas una luz clara, sino que tambien esparcen un olor agradable.

Fin del Quaderno LV.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO CINCUENTA Y SEIS.

CARTA CCCXIV.

Casas, utensilios, armas y canoas de los Palaos.

Las casas de estos isleños, fundadas sobre unas piedras anchas, que parecian labradas en quadro, se elevaban como unos tres pies sobre la tierra: sobre estas basas apoyaban los maderos principales, y sobre estos estribaban los colaterales, trabandose con otros. Los intervalos estaban tapados con bambues y hojas de palma, tan bien enlazadas, que las casas quedaban muy bien preservadas de la humedad. El suelo por lo regular era de unos tablones muy gruesos, entre los quales habia un espacio de tres ó quatro pulgadas: pero en algunas casas el suelo era de grandes bambues hendidos que con el tiempo se hacian muy escurridizos. Estos bambues son una especie de cañas, que tienen los cañutos muy largos y crecen considerablemente. Lo interior de la casa se compone

de una sola pieza sin ninguna division. En medio de ella encendian el fuego, en un parage mas hondo que el nivel del suelo, al rededor del qual no habia tablas sino tierra. Sus hogares son muy pequeños, y no se sirven de ellos mas que para cocer sus ñames, y hacer hogueras por la noche para disipar la humedad y ahuyentar los mosquitos. Las ventanas estaban al nivel del suelo, y servian al mismo tiempo de puertas. Para defenderse del viento y de la lluvia tenian en cada una de estas puertas un cañizo de bambues, el qual girando sobre un gran bambu, se abria facilmente para entrar y salir. Las casas eran altas y bien ventiladas; el techo, que era de la forma de nuestros tejados, estaba cubierto de cañas y hojas de palma. Esta era la forma regular de todas sus casas, entre las quales habia algunas de sesenta á ochenta pies de largo; pero estas estaban destinadas para los usos comunes, como juntas ó diversiones públicas: en otras ocasiones servian para juntarse los naturales á conversacion, y entonces las mugeres llevaban allí sus tareas y se mezclaban en las conversaciones. Todas las demas casas eran uniformes en todo, aunque mas pequeñas que estas comunes. Observamos que la familia ocupaba un lado de la habitacion, y el otro estaba destinado para los criados.

No es de presumir se encuentren muchos utensilios en un pais donde no se conocen los instrumentos de hierro, y en donde las cosas utiles y cómodas deben ser el fruto de un gran trabajo y paciencia. Entre las cosas mas apreciables para ellos debemos contar los cestillos que llévan siempre consigo: los tenian de varias especies, y algunos estaban texidos graciosamente de listas de hojas de platano. En estos llevaban ordinariamente su betel, sus peynes y cuchillo; no se olvidaban de poner en ellos un poco de hilo, para atar lo que les ocurriese. Tenian tambien escudillas de madera con sus tapaderas, muy bien labradas, y guarnecidas de corteza en lo interior: tenianlas colgadas en sus casas para el uso, y tambien para adorno.

Sus mejores cuchillos eran de un pedazo de concha de madre-perla, muy afilados, y pulimentados: los ordinarios se hacian de concha ordinaria, ó de bambu hendido, sacandole el filo, y los manejan con destreza. Sus peynes eran de naranjo; las puas estaban unidas con el todo, no separadas y reunidas despues, como los peynes de las islas del mar del Sur.

Ninguno salia de su casa sin su cestillo de betel: la gente comun llevaba un cañuto de bambu, en el qual llevaban unos polvos, para rociar su betel antes de mascar-

lo. Los Rupakes llevaban estos polvos en un cañuto largo, pulimentado y guarnecido de corteza en los dos extremos: se advertia algun buen gusto en todos estos muebles.

Sus anzuelos eran de concha de tortuga: sus sedales y redes eran de graciosa labor, y los hacian de filamentos de cocos. Las esteras que les servian de camas, eran de hojas de platano.

Para comer se servian generalmente de hojas de platano por platos; bebian en cascaras de coco. Hacian tambien vasijas de una especie de tierra rogiza, y por la mayor parte de figura ovalada: en ellas calentaban el agua, y cocian sus pescados, ñames, &c. Observamos que hacian mucho aprecio de esta loza; la acercaban al fuego por grados, y la manejaban siempre con mucha precaucion, de lo que se puede inferir, que aun no habian descubierto el modo de cocerla bien.

Un manejo de hojas de coco formaba la escoba con que barrian sus casas. La única vasija que tenian para traer agua y conservarla en las casas, era un gran cañuto de bambu, de cinco ó seis pulgadas de diámetro: la parte superior de esta vasija estaba guarnecida de una espita para beber ó vaciar el agua.

Sus hachas se parecian á las del mar del Sur: el corte era muy afilado, y se compo-

nia de una concha muy dura; pero adoptaron el hierro, luego que les mostramos su uso. Tenian tambien otra especie de hacha, que por medio de unos resortes podia servir tambien de azuela. Aunque nos parecian groséras estas hachas, quedamos admirados al ver la facilidad con que en breve tiempo derribaban los naturales un arbol, bien que se les rompian muchas.

Estos utensilios eran suficientes para sus necesidades naturales; pero satisfechas éstas, el genio de estos isleños habia añadido otros, que podemos considerar como de luxo. La concha de la tortuga es allí muy bella, y los habitantes de Palaos habian hallado arbitrio para hacer de ella copas y cucharas, con que en ciertas ocasiones comian sus ñames. Algunas mugeres de las mas principales tenian tambien brazaletes de la misma materia, y pendientes en las orejas incrustrados de esta concha. No pudimos comprender como se conducen para trabajarla.

En los dias de algun regocijo público se sacaba una vasija de madera, que tenia la figura de una ave, la qual era muy capaz; y se llenaba de un licor dulce para el Rey y sus Rupakes: esta vasija era propia de Abba-Thule. Si se considera el tiempo y paciencia que se habran empleado en hacerla, y lo preciosa que seria para ellos, pues no tenian mas que ésta sola, se verá clara-

mente la gran liberalidad del Rey en regalarmela.

Las lanzas son las principales armas de esta nacion: estas lanzas, hechas de bambú, guarnecidas de una punta de madera muy dura, y harponadas transversalmente, tenian por lo regular doce pies de largo. Quando se clavaban en el cuerpo era muy dificil sacarlas sin despedazar la carne, y ensanchar considerablemente la herida.

Tambien usan el dardo y la honda: el dardo es de bambú, con una punta de madera muy dura. Doblaban estos dardos todo lo posible, y soltándolos, la elasticidad del bambú le hacia volar con rapidez, y causaba mucho daño en el enemigo. Es dificil comprender la gran destreza con que dirigian estas armas, y quan peligrosas eran sus heridas. El alcance de sus lanzas no pasaba de unos cincuenta á sesenta pies. Tenian ademas otras lanzas de diez y seis pies de largo, de que solo usaban para pelear cuerpo á cuerpo.

Quando iban á la guerra, algunos de sus Rupakes llevaban en las canoas una especie de espada, hecha de madera muy dura, cuyo corte se formaba de conchas embutidas. Esta arma, de que solo usaban para combatir cuerpo á cuerpo, era capaz de hendir la cabeza de un hombre.

Vimos algunos puñales hechos de una

pua de pescado, que está armada de dientes hasta la punta: la fixaban en un bambú, y el puño era de madera. Estos puñales no pasaban de trece pulgadas.

Como estos isleños peleaban ordinariamente desde sus canoas, podemos contarlas entre sus máquinas de guerra. Estas canoas estaban formadas de troncos de árboles excavados; pero de quantas canoas hemos visto en otros paises, ningunas igualan en belleza á las de Palaos. El arbol de que las hacen es muy alto, y se parece á nuestro fresno. Estan pintadas de roxo por dentro y fuera, y embutidas de conchas. Ya he referido antes su modo de preparar y aplicar la pintura. Quando iban de ceremonia, adornaban la proa y popa de las canoas con unos festones de conchas ensartadas en cordeles. Las canoas mas pequeñas contenian quatro ó cinco personas, y las mayores hasta veinte y cinco ó treinta: tenian velas latinas hechas de estera. Como estas canoas no son propias para resistir á los grandes golpes de mar, rara vez pasan mas allá del arrecife de coral, y aun no llegan á él: quando el viento era impetuoso, no se apartaban de la orilla. En las visitas de ceremonia, quando los principales Rupakes se acercaban al parage en que habian de desembarcar, los remeros adornaban sus remos, y bogaban con lentitud, otras veces caminaban con una veloci-

dad asombrosa. En la expedicion de Artingall, las canoas destinadas para comunicar las órdenes del Rey á sus Oficiales, volaban como saetas, y parecia que no tocaban al agua. En la última expedicion, en que se habia juntado una esquadra de trescientas canoas de varios tamaños, formaban una perspectiva muy bella.

CARTA CCCXV.

Usos y costumbres de los habitantes.

Los habitantes de estas islas son robustos y bien hechos, de estatura mas que mediana: su color es bronceado, sin inclinarse á negro. Sus cabellos son largos, y naturalmente se rizan; la mayor parte de ellos forma un gran rizo al rededor de la cabeza. Algunas mugeres, que lo tenian muy largo, lo dexaban suelto á la espalda. He dicho ya, que los hombres andaban enteramente desnudos: las mugeres llevaban solamente dos delantalillos, ó por mejor decir, dos flecos gruesos, uno delante, otro detras, de unas diez pulgadas de largo, y siete de ancho: estos flecos estaban hechos de filamentos de coco, teñidos de amarillo. Este adorno, que era su única ropa, pendia de un cordon atado á la cintura; las mugeres de distincion usaban en vez de cordel de un ceñidor guarnecido de cuentas.

Hombres y mugeres tenian picada la piel, á lo qual llaman *melgoté*, asi como en las islas del mar del Sur se llama *tatué*. Esta operacion no se executaba, segun pudimos comprender, sino en cierta época de la juventud; no vimos ningun niño de ambos

sexôs *melgoté*. Las mugeres tenian agujereadas ambas orejas, y se las adornaban con hojas, ó con arillos de concha de tortuga. Los hombres no tenian agujereada mas que la oreja izquierda, y eran raros los que en ella ponian algun adorno. Las personas de ambos sexôs tenian tambien horadada la ternilla de la nariz, y ordinariamente ponian en el agujero alguna flor. A cierta edad hombres y mugeres se pintan de negro los dientes: no tuvimos proporcion para ver como se hacia esta operacion, solamente nos dieron á entender que era dolorosa: despues Lee-Boo me la explicó en el discurso del viage. Habiendo encontrado Lee-Boo en la isla de Santa Elena cierta yerba, se regocijó mucho y cogiéndola empezó á frotarse los dientes con ella. Diciéndole yo, que aquella yerba era mala, me respondió que la habia en Palaos, y que mezclándola con otras tres ó quatro especies, hacian una pasta, que aplicada por las mañanas á los dientes, los volvia negros. El paciente estaba tendido en el suelo, y salivando todo el dia: solamente al anochecer, quando la pasta estaba disuelta, se le permitia tomar algun alimento. La misma operacion se repetia al dia siguiente, y eran necesarios cinco dias para completarla. Diome á entender, que esta operacion los fatigaba mucho, y los hacia enfermar.

Los dos sexôs eran muy diestros en nadar, y se manejaban con tanta facilidad en el agua como en tierra. Los hombres buceaban maravillosamente: quando descubrian en el fondo del mar algun objeto digno de su atencion, al punto se arrojaban al agua, y lo sacaban.

Sus casamientos no eran probablemente mas que un contrato civil, pero los tenian por inviolables. Admitian la poligamia, y generalmente no tenian mas que dos mugeres; Raa-Kook tenia tres, el Rey cinco, y éstas no vivian juntas. No daban muestras de tenerse zelos unas á otras, y gozaban de gran libertad.

Quando una muger estaba preñada, no dormia con su marido, aunque le acompañase por el dia: esta costumbre era general en todas las clases: durante el tiempo de su preñez, las trataban con mucho miramiento. Quando un Rupak se presentaba con sus dos mugeres, éstas se sentaban ordinariamente á sus dos lados, y los demas hombres no hacian mas caso de ellas, que lo que exîgen la modestia y respeto. Como uno de los nuestros se hubiese empeñado en enamorar á una muger de un Rupak, Arra-Kooker le manifestó con la mayor civilidad, que no era decente su modo de proceder.

Ponen nombre á sus hijos luego que na-

cen, lo que creo se executa sin ninguna ceremonia. Una de las mugeres de Abba-Thule parió un hijo quando estabamos en Orulong; el Rey en obsequio mio puso al niño el nombre de *Capitan*, que asi me llamaba, y me lo hizo saber por un mensagero.

He dicho algo de las ceremonias que observamos en los funerales del hijo de Raa-Kook, muerto en la segunda expedicion de Artingall: por el mismo tiempo presencié otro entierro en Palaos de un joven que murió de resultas de las heridas en la misma batalla. Habiendo yo encontrado por casualidad varios isleños que se encaminaban á una aldea á dos millas de la capital, y sabiendo que el Rey se hallaba allí, la curiosidad me movió á seguirlos. Hallé al Rey sentado en un enlosado, rodeado de mucha gente: traian el cadaver de una casa cercana: la comitiva se paró delante del Rey, el qual sin levantarse de su asiento, habló por algun tiempo en tono que todos lo pudiesen oir, y despues prosiguió la marcha el entierro. No pude comprender si el discurso del Rey era algun elogio del difunto; pero la solemnidad de la arenga, y el silencio respetuoso con que el pueblo la escuchó, me hacen presumir que este seria su objeto.

Segui el entierro hasta el lugar de la sepultura: vi salir de la huesa que acababan de abrir, una muger que crei seria la madre

ó alguna parienta cercana del difunto. Quando metieron el cadaver en la sepultura, se redoblaron los lamentos de las mugeres del acompañamiento. En esta ocasion observé tambien, que no habia mas hombres que los que llevaban el cadaver, porque sin duda este último y triste obsequio estaba encargado al sexô débil, y mas sensible: los hombres no hacian mas que rodear el cadaver, antes de enterrarle, y guardaban un triste silencio. Sin duda tendrian por debilidad el dar algunas muestras de dolor.

Tienen parages destinados para enterrar los muertos: sus sepulturas son como las nuestras, y levantaban un monton de tierra sobre el cadaver. Algunos de estos sepulcros estaban cubiertos de piedras, poniendo debaxo de todas ellas una losa muy ancha y grande: al rededor habia una empalizada para que nadie pudiese hollar le sepultura.

En todas las naciones que nuevamente se han descubierto, se han hallado algunos rastros de Religion; sin embargo, en todo el tiempo que estuvimos en las islas de Palaos no vimos ninguna ceremonia ni indicio alguno de culto público. Bien es verdad, que como no entendiamos la lengua, y para todo teniamos que servirnos de intérpretes dobles, no pudimos entrar en conversacion con los isleños sobre este punto; ademas hubiera sido una indiscrecion hacerles pre-

guntas que hubieran sido mal entendidas é interpretadas.

Sin embargo, aunque no encontramos en estas islas ningun lugar consagrado al culto público, no por eso se debe afirmar que no lo tienen. Nuestras continuas ocupaciones, dirigidas á proporcionar los medios para salir quanto antes de aquel pais, no nos permitieron atender á este objeto. No es posible que carezca de religion un pueblo tan despejado, de tan buen juicio, y de costumbres tan puras. Observamos en estos isleños un gran respeto en cumplir las obligaciones del hombre: veiamoslos aplicados al trabajo, llenos de benevolencia, y de humanidad, fuertes en los peligros, pródigos de su vida, pacientes en los trabajos, y resignados con la muerte. Yo no puedo concebir que estas virtudes se puedan sostener sin la idea de una vida venidera.

Tenian idea de un ser invisible y maléfico que se oponia á los proyectos de los hombres; porque habiéndose caido uno de nosotros en el navio que se estaba fabricando, Raa-Kook, que estaba presente, dixo, que esta desgracia era efecto de la madera infausta que habiamos empleado, y que el espiritu maligno la habia causado.

En el viage de Palaos á la China Lee-Boo manifestó algunas de estas ideas supersticiosas. Habiéndose mareado, se lamen-

taba de la pesadumbre que tendrian sus padres y amigos, porque, decia, en este mismo instante saben lo que yo estoy padeciendo. La misma congoja tuvo quando se vió cercano á la muerte en Inglaterra, como ya he dicho.

Sin duda tenian siempre muy presente alguna idea de la divinidad, pues no emprendian ninguna cosa, sin haber hendido antes una especie de junco, midiendo los dos pedazos sobre el dedo de enmedio, por cuyo medio forman sus agüeros sobre la felicidad de la empresa. Habiendo observado mi hermano esta supersticion en su primera visita, preguntó la causa al intérprete Malayo, el qual le dixo, que era para averiguar si su venida era de buen presagio. Al mismo pretendido oraculo recurrió el Rey en varias ocasiones, y principalmente en la segunda expedicion contra Artingall: no quiso embarcarse en su canoa hasta que estuvo satisfecho del agüero. No vimos que otro ninguno sino el Rey se ocupase en esta supersticion.

Raa-Kook y otros isleños se hallaron presentes muchas veces, quando en los Domingos hacia yo juntarse mi gente para rezar, y no manifestaron ninguna admiracion, habiendo comprendido facilmente que este era el modo con que implorabamos la proteccion del Ser Supremo: por mas dife-

rentes que fuesen sus ideas de las nuestras en esta parte, nos acompañaban en estas ocasiones con gran respeto, guardando el mayor silencio, y esforzándose en imitarnos. El General no permitia entonces que los suyos le hablasen ninguna palabra, y aun rehusó recibir un mensage que el Rey le enviaba.

En varias ocasiones observamos que hablaban en voz baxa en tono de decir alguna oracion; principalmente notamos esto quando Raa-Kook plantó algunos cocoteros y otros árboles frutales en la isla de Orulong; á cada semilla que enterraba, recitaba una oracion. En una ocasion dixe á Lee-Boo, que quando los buenos morian iban al cielo: este Príncipe, levantando la mano ácia el Cielo, respondió: *lo mismo en Palaos; malos hombres quedar en tierra; buenos ir al Cielo, volverse muy hermosos.* Esto solo basta para probar, que creen en la inmortalidad del alma, y en los premios y castigos de la otra vida.

Concluiré esta carta con algunas reflexîones generales sobre la disposicion y caracter de los habitantes de las islas de Palaos.

La conducta de estos isleños para con nosotros fue constantemente igual, esto es, atenta, humana, y acompañada de una civilidad que nos causaba la mayor admiracion.

En todas ocasiones mostraban tal circunspeccion, que varias veces sacrificaban su curiosidad natural por no incomodarnos. La liberalidad que nos mostraron en todas ocasiones, y especialmente al punto de marcharnos, manifiesta que su amistad era la mas afectuosa y sincera: ya he dicho quanta pena mostraban los que no podian lograr que recibiesemos sus dones por estar ya lleno el navio. Esta conducta no era entre ellos una ostentacion de civilidad para acreditarse con los estrangeros; como estan separados de lo restante del mundo, no podian tener ideas semejantes. No consideraban mas que el vernos oprimidos de la desgracia, y esto bastaba para determinarlos á repartir con nosotros todo lo que tenian. No se parecian á la liberalidad de la mayor parte de los hombres, que si dan, es con la esperanza de recibir mayor recompensa; esta consideracion tan vil no podia caber en sus corazones.

Tuvimos varias ocasiones de experimentar que unos con otros observaban la misma urbanidad: era muy digna de notarse la atencion y cariño que mostraban á las mugeres: los hombres entre sí se trataban con afabilidad y afecto, y jamas vimos se dixesen palabras pesadas: cada qual atendia á su asunto, sin mezclarse en los agenos. Los hombres se ocupaban unos en los plantíos, en

cortar madera, en hacer hachas ó sogas, otros en fabricar casas ó hacer redes y anzuelos para pescar; otros labran lanzas y dardos, remos para las canoas y utensilios para las casas. Llamaban *takelbis* á los artesanos; baxo esta clase comprehendian á los que construian canoas, y á todos los que trabajaban en qualquier manufactura.

Aunque la industria no puede hacer grandes progresos en un pais donde faltan instrumentos y auxîlios para facilitar los trabajos, sin embargo vemos que no se entibia el ardor de las tentativas en las regiones mas desprovistas de medios para adelantarlas. A fuerza de trabajo y constancia llegan á su fin, y causan admiracion las producciones de la industria de los isleños del mar del Sur, que parecen executadas con todo el auxîlio de nuestros instrumentos.

En las islas de Palaos cada qual vive de su trabajo; no se ve entre estos isleños ningun ocioso, aun entre los xefes; al contrario, éstos son los que estimulan al trabajo y actividad con su exemplo. El mismo Rey era el mejor artifice de hachas de toda la isla, y tenia costumbre de ponerse á trabajar siempre que se desocupaba de los negocios mas importantes. Las mugeres contribuyen á los trabajos comunes; se emplean en los plantíos, y cuidan de arrancar las yerbas que nacen entre las piedras de los

parages enlosados. Fabrican esteras y canastillos, y cuidan de todos los trabajos domésticos. El arte de labrar los cuerpos con picaduras, que se llama *tatué* en Otahiti, está confiado á su habilidad, y las que se ocupan en esto, se llaman *takelbis artail* ó artesanos hembras. Su afabilidad y agrado no ofendian al pudor: rehusaron todo trato ilicito con los nuestros, y mostraban el resentimiento del pudor ofendido, quando se propasaban á decirlas alguna palabra indecente.

Así pasan tranquilamente la vida estos felices isleños en las ocupaciones mas sencillas y naturales: la alegria que constatemente observabamos en ellos, nos dió á entender que no conocen las inquietudes, congojas y disgustos que á nosotros los Europeos nos consumen y aniquilan. No conocian aquellas pasiones que son efecto de la ambicion, ni los afanes que acarrea el anhelo de las riquezas. Su vida corria pacifica y serenamente como la corriente de un manso arroyuelo; y quando los accidentes naturales alteraban esta serenidad con enfermedades, tenian la necesaria fortaleza de animo para tolerarlas sin afligirse ni acobardarse. Su felicidad parecia fundada sobre la basa mas sólida: gozaban alegremente de los dones de la Providencia, sin formar jamas deseos que no pudiesen satisfacer.

En vista de tan amable caracter es preciso confesar que estos isleños hacen honor á la especie humana, pues sin instruccion ninguna presentan unas costumbres que pueden servir de exemplo á las naciones civilizadas. Vemos en estos isleños un gobierno absoluto, que asegura la felicidad de los vasallos, de quienes el Rey es como un padre solicito y amoroso. Sin embargo, dos circunstancias parece que desmienten esta grande humanidad que pondero en esta nacion; la una es haber destruido en una de sus expediciones las casas y plantíos que sus enemigos habian abandonado, y la segunda la costumbre que tenian de matar á los prisioneros de guerra. Por lo que hace á la primera (aunque es tan comun en las naciones cultas) es tan contraria á las máxîmas constantes de esta nacion, (que jamas quiere sorprender á sus enemigos, y les avisa con tiempo la resolucion de atacarlos), que tengo por cierto les ha sido sugerido este modo de hacer la guerra por el Malayo, pues se opone directamente esta conducta á la generosidad que antes habian mostrado en sus hostilidades. El matar á los prisioneros de guerra era una costumbre nueva entre ellos, pues me dixo Raa-Kook que antiguamente no se hacia así: las razones que me alegó por escusa, y que referí en su lugar, manifiestan que se han vis•

to precisados á este rigor por su propia seguridad.

El número de sus prisioneros debe ser siempre muy corto, segun su modo de pelear, y éstos eran muertos al fin del combate, por un efecto de venganza ó de cólera exâltada, por los que habian perdido algun pariente ó amigo, ó por los que estaban heridos. No era facil guardar estos prisioneros, estando aquellas islas tan cercanas unas á otras: no tenian cárceles para encerrarlos, ni usaban cangearlos por otros. Como estos prisioneros podian discurrir libremente por la isla, la vida del Rey y de los xefes estaba expuesta siempre á su venganza, y ademas escapándose daban á los suyos noticias muy perjudiciales á la seguridad de los Palaos. Se habia intentado varias veces conservarlos en calidad de criados, pero se escapaban á la primera ocasion: por estas razones se han visto precisados á adoptar la costumbre, que es general entre las naciones salvages de América, y en varios paises de Africa.

Tambien se nota en estos isleños la misma propension al hurto, que en los del mar del Sur: pero los Palaos no hacian mas que ir al navio encallado, y considerándolo abandonado, cogian todo lo que hallaban á mano, principalmente el hierro, que en su estimacion era mas precioso que el oro entre nosotros. Sin embargo, ninguna persona prin-

cipal nos hurtó la cosa mas pequeña, y siempre que nos quejamos al Rey y á los Rupakes, miraban esta accion como un atentado contra la hospitalidad, y su indignacion no se mitigaba hasta que se encontraba y restituia lo hurtado. No sé yo que los hombres mas cultos y de mejor moral pudiesen resistir á una tentacion tan fuerte, como la que experimentarian estos isleños al ver tantos objetos nuevos y preciosos, que estaban como abandonados y expuestos á perecer con las reliquias del navio encallado.

Esta sencilla relacion del caracter y costumbres de estos amables isleños, es el unico tributo de agradecimiento que puedo dar á unos hombres que me salvaron la vida, y la de tantos Ingleses, y nos suministraron todos los medios para volver á nuestra patria. No creo se hubiese encontrado igual generosidad y compasion en los isleños del mar del Sur, que han sido honrados con el título de *Amigos*, si un naufragio nos hubiese arrojado á sus costas en tan miserable estado.

CARTA CCCXV.

Tercer viage del Capitan Coock.

Mr. Coock se hizo á la vela para su tercer viage á bordo de la *Resolucion*, del canal de Plimouth el 11 de Julio de 1776, acompañado de la *Discovery*, mandada por Mr. Clerke. Llegó á Tenerife el primero de Agosto, y saliendo de allí el dia 4, arribó al Cabo de Buena-Esperanza el 18 de Octubre. Pasó de allí á la tierra de Kergelen, donde hizo algunas observaciones sobre su terreno; y haciéndose á la vela, llegó el 26 de Enero de 1777 á la tierra de Van Diemen, sobre la qual dice así.

Luego que fondeamos, hice echar las canoas al mar, y embarcándome en una de ellas fui á exâminar qual seria el parage mas cómodo para embarcar las cosas de que necesitabamos. El Capitan Clerke hizo lo mismo por su parte: encontramos agua y leña en abundancia, y era muy facil conducir la leña á los navios; pero la yerba, de que mas necesidad teniamos, era rara y muy grosera; sin embargo, fue preciso contentarnos con ella.

Al amanecer del dia 27 envié al Teniente de navio King al lado Oriental de la ba-

hia con dos destacamentos, el uno para cortar leña, y el otro para recoger yerba, acompañándoles los soldados de marina. No faltaban habitantes en aquellos contornos, aunque hasta entonces ninguno se habia presentado, pues habiéndonos acercado, vimos columnas de humo, y distinguimos algunos á poca distancia enmedio de los bosques. Los nuestros que estaban en tierra se divirtieron por la tarde en la pesca, y de una sola redada en lo interior de la bahia sacaron gran porcion de pescado, la que hubieran aumentado á no rompperseles la red al sacarla, por lo que se vinieron á bordo con la yerba y leña que habian recogido.

Queria hacerme á la vela luego que el tiempo lo permitiese, y no siendo favorable, el 28 envié segunda vez á tierra por mas leña y heno, previniendo al oficial y sus ayudantes que cortasen madera para el uso de la *Resolucion*; Mr. Roberts fue en una pequeña canoa á reconocer la bahia.

Despues de mediodia nos causó una agradable sorpresa el ver llegar al sitio donde estabamos cortando leña ocho naturales del pais, y entre ellos un joven, los quales se nos acercaron sin temor alguno, con entera confianza, y sin mas armas que un palo de dos pies de largo y aguzado por una de sus extremidades, que traia uno de ellos.

En todos se veia la sencillez de la natu-

raleza, sin mas adorno que algunas anchas cicatrices en varias partes de su cuerpo, que formaban lineas rectas ó curvas. Su estatura era regular y delgada: el cutis y pelo negro, y éste tan lanudo como el de los Negros de Guinea; pero ni tenian los labios gruesos, ni la nariz chata como los de Africa. Sus facciones no eran desagradables: los ojos bastante hermosos, los dientes bien ordenados, aunque sucios, el pelo y la barba de los mas estaba cargado de un ungüento roxo, y algunos tenian pintado del mismo color el rostro.

Recibieron los regalos que les hicimos sin dar muestras de agradecimiento. Les dabamos pan advirtiéndoles por señas que le comiesen, y nos le volvian ó arrojaban sin gustarle: tambien rehusaban el pescado que les ofreciamos ya sazonado. Les presentamos páxaros, y los tomaron demostrando con señas su mucha aficion á esta comida. Habia yo llevado á tierra dos cerdos con ánimo de dexarlos en los bosques: luego que los vieron, los cogieron por las orejas disponiéndose á llevarlos; y segun comprendimos, su intencion era matarlos.

Deseaba yo saber el uso del palo que traia aquel isleño, y como lo advirtiesen en mis movimientos, fixó uno de ellos un madero que le sirviese de blanco, y lanzó dicho palo á distancia de veinte varas, acre-

ditando poca destreza en sus repetidos ensayos. Para hacerles ver la superioridad de nuestras armas á las suyas, tiró Omai un escopetazo hiriendo el blanco, y les asustó tanto la explosion, que huyeron por medio de las selvas despreciando nuestras caricias y alagos. Se acercaron luego á algunos hombres de la Discovery que embarcaban agua; y no sabiendo su objeto el Oficial de este destacamento, tiró otro escopetazo al ayre, y huyeron precipitadamente.

Así terminó nuestra primera visita de los naturales del pais. Juzgando que su espanto les impediria acercarse para observar nuestras acciones, dispuse conducir los dos cerdos una milla dentro de los bosques: eran macho y hembra, y los dexé junto á un arroyo de agua dulce. Tambien habia resuelto dexar en la tierra de Van Diemen un toro, una vaca, y algunas cabras y carneros; mas mudé de pensamiento teniendo por cierto que aquellos naturales los matarian no pudiendo penetrar nuestras ideas. No dudo que maten los cerdos si los hallan; pero como este animal se vuelve salvage en poco tiempo, y busca lo mas espeso de las selvas, es muy verosimil que se perpetue su casta. Para el toro, vaca, cabras y ovejas era forzoso un terreno abierto, y los habitantes no tardarian en descubrirlos.

La mañana del 19 se pasó á bordo y en

calma que duró todo el dia dilatando nuestra partida. Envié por lo mismo un destacamento al Cabo Oriental de la bahia de donde queria traer yerba por haberme informado que allí la habia de superior calidad; otro á cortar leña, y tambien yo salté en tierra por haber visto muchos naturales corriendo á lo largo por aquella parte, en lo que manifestaban habian perdido el terror que les habia obligado á dexarnos con tanta precipitacion el dia anterior.

Apenas habiamos dexado la embarcacion, quando sin asomo de temor ni desconfianza se acercaron á nosotros como unos veinte, entre los que habia algunos jovenes. Uno de ellos era notable por su fealdad, y tenia una gran giba en las espaldas. Su gesto festivo, y la alegria que al parecer anunciaba en sus discursos, llamaban nuestra atencion; mas por desgracia no le entendiamos, y suponiamos que se esforzaba en divertirnos. La lengua en que nos hablaba, nos era absolutamente desconocida, y diferente de la de los habitantes de las partes mas septentrionales de este pais que encontré en mi primer viage; pero esto no debe admirar, quando los isleños que vimos entonces, se diferencian de estos por otros muchos respetos.

Los naturales de la tierra de Van Diemen no estaban en tanta miseria como las

poblaciones que halló Dampierre en el lado occidental de la Nueva Holanda.

Algunos traian al cuello tres ó quatro ordenes de pequeñas correas sacadas de la piel de un animal ; y otros ceñian el tobillo con una agujeta de pellejo de Kanguroo. Di á cada uno un collar de cuentas de vidrio, y una medalla ; y me pareció les agradaba este obsequio. No estimaban el hierro, ni los instrumentos de este metal ; é ignoraban el uso de los anzuelos, lo que inferimos de la indiferencia que mostraron con los nuestros.

Con dificultad se puede creer que una poblacion establecida junto al mar, y que no saca de las producciones de la tierra parte alguna de su subsistencia, no conozca algun modo de pescar. Solamente digo que jamas los hallamos ocupados en este exercicio, ni vimos piraguas, ni canoas. Tambien es cierto que arrojaron el pescado que les ofrecimos ; pero los montones de conchas y almejas que hallamos en varios parages cerca de la ribera, y de las habitaciones desiertas situadas en el extremo de la bahia, indican que á lo menos comen algunas veces pescado de aquella especie. Estas habitaciones desiertas eran unas pequeñas chozas construidas de palos y cubiertas de corteza. Vimos muchos troncos gruesos de árboles ahuecados con fuego, y dis-

currimos con fundamento que les sirven de habitacion algunas veces. Tambien observamos vestigios de fuego en lo interior, en los contornos y donde habia montones de conchas, prueba manifiesta de que cuecen su alimento.

Estuve casi una hora con los naturales que cercaban á nuestros leñadores, y no recelando hostilidad alguna de su parte me fui junto al destacamento que recogia la yerba en el Cabo Oriental de la bahia, y ya habia descubierto una hermosa pradera. Se cargaron las canoas en mi presencia, y me volvi á comer á bordo, donde llegó bien pronto el Teniente King.

Me dixo que en el momento que yo me habia separado, cercaron á nuestros trabajadores muchas mugeres con sus hijos, y las habia regalado las vagatelas que tenia. De los hombros á la cintura pendia una piel de Kanguroo sin curtir, la qual creimos serviria para sostener los hijos, á quienes llevaban algunas veces á la espalda, pues no las cubria sus partes naturales. Las mugeres estaban tan desnudas y negras como los hombres, y tenian su cuerpo igualmente labrado. Aunque su pelo era del mismo color y naturaleza, algunas tenian la cabeza enteramente rapada; las mas lo tenian cortado solo de un lado; otras mostraban una corona rasa en la parte superior de la cabeza.

Nos parecieron hermosos los hijos ; no asi las hijas , particularmente las adultas. Supé que varios Oficiales de la Discovery las habian obsequiado , y hecho algunos regalos de consideracion , los que no habian admitido. No diré si esta resistencia fue por desprecio, ó por temor de desagradar á los naturales: lo cierto es que estas finezas no agradaban á los isleños, pues un viejo que llegó á advertirlas , previno inmediatamente á mugeres y niños que se retirasen , y aquellas le obedecieron manifestando alguna repugnancia.

Es muy reprehensible esta conducta de los Europeos con las mugeres de los pueblos salvages , pues inspira á los naturales ciertos zelos perjudiciales para el fin de su empresa , y quedan todos culpados sin que alguno hubiese realizado sus ideas. He visto que semejantes solicitaciones son inutiles ; y se observará generalmente que en los pueblos poco civilizados, cuyas mugeres son de facil acceso, las ofrecen los hombres á los estrangeros ; mas no ofreciéndolas, es en vano toda solicitacion. Puedo asegurar que he observado lo mismo en todas las islas del mar del Sur en que me he detenido ; y asi es muy peligroso solicitar con empeño en tales paises á las mugeres que se resistan, pues se compromete la propia seguridad y la de los compañeros.

Mientras permanecimos en este pais hubo varias calmas y ligeros rafagas de viento por la parte del Este. Asi es que no perdimos tiempo en el descanso, pues permaneciendo en el mar, adelantariamos como veinte leguas, y con tan corta detencion en la tierra de *Van Diemen* me he instruido para añadir algunas cosas notables á la descripcion aun bastante imperfecta de esta parte del Globo.

Antes que nosotros habian llegado navios á la tierra de Van Diemen por dos veces. Tasman que la descubrió en el mes de Noviembre de 1642, y la puso este nombre; y no sé que haya arribado allí algun navegante Europeo hasta el mes de Marzo de 1773, en cuyo tiempo estuvo en ella el Capitan Fourneaux. No creo necesario advertir que esta tierra de Van Diemen es la punta mas Meridional de la *Nueva Holanda*, y que forma la isla mas grande del mundo conocido.

Casi todo su terreno es muy elevado, y en él se hallan cerros y valles, y cierta verdura que anuncia fertilidad. Es pais de bastante leña y agua, si se ha de formar concepto por la apariencia y observaciones hechas en la bahia de la *Aventura*. En tres ó quatro parages de su bahia hallamos agua con abundancia; la mejor y mas facil de embarcar es la de un arroyo que cae en un es-

tanque situado detras de la playa. Esta se mezcla con la del mar en el mismo estanque, y es forzoso cogerla arriba, en lo que no hay dificultad. Ademas es muy facil cargar allí de leña.

Hay en el fondo de esta bahia una hermosa playa de arena blanca que parece formada unicamente de partículas despedidas por las olas; la qual adorna casi toda la costa, y de ella se compone el Cabo llamado *Cannelee*, situado á poca distancia. Tiene dicha playa cerca de dos leguas de largo, y en ella se pesca á sedal con comodidad, y así lo hicieron las dos embarcaciones repetidas veces. Detras se encuentra un campo con un lago de agua salobre, en el que cogimos del mismo modo algunas truchas, y muchos sargos blancos: los otros distritos mas cercanos á la bahia son montuosos y presentan como el campo un bosque de árboles muy altos, que es casi impenetrable por sus matorrales, y ruinas de otros, á excepcion de los lados de algunos cerros, en los que son mas claros los árboles, y solo verdéa su yerba gruesa.

Al norte de la bahia se ve un terreno que se dilata mas que la vista, en el que se descubren algunos bosques esparcidos por una y otra parte; mas no tuvimos proporcion de exâminar en que se diferenciaba del terreno de los cerros. El terreno es arenisco

de color amarillo, y algunas veces roxo: lo mismo el de los collados; y en donde hay pocos arboles es como pardo obscuro, y nos pareció muy esteril.

De las faldas de los cerros caian varios arroyos á los valles, que bastaban para llenar nuestras pipas, aunque no eran tan caudalosos como promete la extension de la tierra de Van Diemen, lo que nos causó admiracion por su montuosidad y espesura. Este pais es muy seco segun los indicios, y á no ser por los bosques bien se le podia comparar con las inmediaciones del Cabo de Buena-Esperanza, sin embargo de la diferencia de diez grados mas al Norte. No se parece la tierra de Van Diemen á la Nueva Zelanda, en donde el valle mas corto ofrece un arroyo considerable. El calor es muy grande, pues estaba el Termómetro á los 64 y 70 grados, y llegó un dia á los 74. Observamos que los páxaros se cubrian de gusanos una ó dos horas despues de muertos, lo que atribuyo al calor, porque no hay razon para suponer que este clima tenga alguna disposicion particular para corromper los cuerpos.

No vimos minerales; y de las producciones vegetales que encontramos, ninguna es comestible.

Los arboles de los bosques son de una sola especie, muy crecidos, perfectamente

rectos, y solo echan ramas por la cima: su corteza es blanca y gruesa; á lo lejos parece que no la tienen, y suele hallarse en ella algunos pedazos de goma ó resina transparente, roxiza, de un gusto astringente: sus hojas son largas, estrechas y despuntadas, y contienen unos grupos de florecitas blancas, de cuyos calices hay gran cantidad sobre la tierra, que mezclándose con otros de distinta especie, y casi de la misma forma aunque mas anchos, figuran dos especies de este arbol. La corteza, el fruto y las hojas de las ramas mas chicas son de un gusto picante y agradable, y su olor aromático.

Cogimos un quadrúpedo, que llaman *semivulpa*, casi dos veces mas grueso que un gran raton. Es negro por el lomo, blanco por el vientre, y la tercera parte de su cola ácia la punta es blanca y sin pelo por debaxo. Salta y se afianza de las ramas de los arboles, y es probable que la escasez de éstas no tenga otro origen. Sin duda habíta la tierra de Van Diemen el animal llamado kanguróo, que se encuentra en las costas mas Septentrionales de la *Nueva Holanda*, pues los naturales se nos presentaron con pedazos de su piel, y en varios parages de sus bosques distinguimos animales que huian de nosotros, los que por su corpulencia creimos fuesen de esta especie. Es de presumir haya muchos, pues con freqüencia se halla

su excremento, y se vén sendas estrechas en medio de los matorrales.

Hay en este pais varias clases de páxaros de que sin duda los habitantes sacan gran parte de su alimento. Se encuentran en los bosques grandes halcones ó águilas negras, cornejas casi como las de Inglaterra, papagayos de color de oro, y palomas grandes.

En los bosques hallamos serpientes negras bastante crecidas, y matamos un grueso lagarto, no conocido antes, de quince pulgadas de largo, y seis de circunferencia; su piel estaba vistosamente matizada de negro y amarillo. Otro mas pequeño matamos: era dorado por arriba y pardo por debaxo.

El mar está poblado de animales tan varios como los de tierra. El elefante, ó pege-gallo, de que habla Frezier en su viage, es el mas numeroso; y aunque de inferior calidad á la mayor parte de los demas pescados, le hallamos de buen gusto al paladar.

Ninguno de nosotros habia visto una especie de pescado, que es allí la mas numerosa despues del elefante. Participa de la naturaleza de los pescados lisos y redondos: casi tiene unidos los ojos: es chato por la parte anterior, y lo demas redondo: su color como la arena casi negra, con manchas pardas por arriba y blanquecino por debaxo:

está siempre cubierto de una materia glutinosa, y presumimos que habita, como los pescados lisos, en lo profundo del mar.

Hay mucho marisco en los peñascos, gran cantidad de estrellas de mar, de lapas chicas, y de esponjas. El mar arroja junto á la costa una especie de esponja de textura muy delicada, que no es comun como la que se llama *spongia dichotoma.*

Cogimos en la playa una porcion de preciosas cabezas de medusa, y la *laplysia* fétida, ó liebre marina, cuya substancia, segun la observacion de algunos autores, tiene la propiedad de erizar el cabello; mas no producia este efecto la que encontramos.

En los insectos, aunque no tan numerosos, se halla bastante variedad. Hay langostas, mariposas, muchas especies de orugas bien matizadas de varios colores, tábanos, diversidad de arañas, y algunos escorpiones, pero éstos son raros. Los mosquitos, aunque pocos, son los mas incómodos, y su aguijon venenoso causa un dolor muy vivo. Tambien es insoportable el que causa la mordedura de una gruesa hormiga negra, bien que se mitiga pronto.

Los naturales que se nos acercaron, no tenian aquel aspecto feroz propio de los salvages; al contrario, parecian afables y alegres, y no nos manifestaron recelo ni desconfianza. Esta familiaridad y alegria de ca-

racter puede provenir de que no tienen que guardar ni que perder.

No podemos hablar de su capacidad é inteligencia, pues parecen de menos penetracion que los habitantes de la tierra del Fuego.

El baston ó palo que traia uno de ellos es lo unico en que nos manifestaron algun trabajo mecánico. Ya he dicho que algunos traian en los pies pedazos de piel de kangu-róo atados con correas; pero no hemos podido saber si les servian de zapatos ó para cubrir alguna llaga. Las picaduras y cortaduras en sus brazos y cuerpo, aquellas líneas ó cicatrices de diferente longitud y direccion que sobresalen en la superficie del cutis, demuestran algun género de adorno, y es dificil comprender el método que observan pára labrarse la piel. No se sorprendian por ver hombres tan diferentes de ellos, y cosas que les eran absolutamente desconocidas; mostraron indiferencia y ninguna atencion á los obsequios que les hicimos; no se necesitan mas pruebas de la torpeza de su entendimiento.

Su color es negro, no tan atezado como el de los Negros de Africa: parece que lo obscurecen mas con pintura, pues con su contaçto lo manchaban todo. Su pelo es lanudo como el de los Hotentotes, y se lo üntan con almazarron mezclado con gra-

sa. Esto hace que no se ensortijen sus cabellos, y he observado en la cabeza de un niño, que jamas habia sido untada, que su pelo era naturalmente de esta calidad. Su nariz es ancha y gruesa, aunque no chata. La parte inferior de su rostro es prominente, como la de los mas isleños del mar del Sur que he visto, de suerte que tirando perpendicularmente una linea desde la frente, cortaria mayor porcion de su barba que en un Europeo. Los ojos son de un tamaño regular, y sin ser vivos dan á su fisonomia cierto ayre de franqueza y buen humor. Los dientes son anchos, desiguales y mal ordenados; pero no me parecieron tan perfectamente blancos como los de los Negros, lo que ignoro si procede de la suciedad. Tienen la boca bastante grande; dexan crecer la barba, y la cargan de pintura como el cabello; el cuerpo es bien proporcionado, aunque algo abultada la barriga, lo que puede consistir en que jamas se la comprimen, sin embargo de que en otros paises traen ceñidores mas ó menos apretados. La postura que mas usan es estar en pie inclinando ácia adelante la parte superior del cuerpo, y cogidas las manos por la espalda.

Entre ellos se verifica lo que nos dicen los antiguos Poetas de los Faunos y Satiros que habitaban en los troncos de los árbo-

les. Hallamos al extremo de la bahia algunos maderos cubiertos de corteza, que apenas merecian el nombre de chozas, y parecian construidos para habitacion interina: y tambien gruesos arboles ahuecados por el tronco á fuerza de fuego, que por tener seis ó siete pies de grueso ofrecian mejor asilo. Estas habitaciones son muy durables, porque tienen cuidado de dexar integro un lado del arbol, lo que basta para mantener su vegetacion.

Los naturales de la tierra de Van Diemen son sin duda de la misma raza que los de las partes mas Septentrionales de la Nueva Holanda. Aunque no tienen mala la vista, ni dos dientes menos como los que vió Dampierre en la costa Oeste de este pais, ni se parecen á los que ví en la costa Oriental en mi primer viage; con todo me persuado que la distancia de los lugares, el trato interrumpido, la diversidad del clima, y el discurso del tiempo bastan para producir diferencia en la figura y en los usos. Parkinson hace en su diario la pintura de uno de los habitantes de las inmediaciones de la ribera del *Endeavour*, la que es muy conforme á los naturales de la bahia de la *Aventura.* La diferencia de lengua no es dificultad indisoluble, pues aunque la conformidad del lenguage de dos pueblos, distantes el uno del otro, prueba que tienen un mismo origen, la diversi-

dad de idiomas no es prueba de lo contrario.

Es preciso estudiar la lengua de la tierra de Van Diemen y la de las partes mas Septentrionales de la *Nueva Holanda* para decir si hay diferencia en ellas : sin embargo, me parece mas bien fundada la opinion contraria , pues hemos observado que el animal llamado kanguróo en las orillas del rio Endeavour , es aquí conocido por el mismo nombre , y es dificil atribuir al acaso esta conformidad en la lengua de dos pueblos ; y ademas parece verosimil que los habitantes de la tierra de Van Diemen jamas habrian perdido el uso de las piraguas y canoas, si en su principio hubieran sido llevados por mar á esta parte de la isla. Es , pues , preciso confesar que así los hombres, como el animal llamado kanguróo , vinieron por tierra desde el Norte de este Cabo. Si esta observacion es justa , servirá para demostrar el origen de la raza que habita la tierra de Van Diemen , y decidirá la qüestion, de que la *Nueva Holanda* no está dividida por el mar en pequeñas islas, como han imaginado algunos Escritores.

Yo juzgo que todos los habitantes de la *Nueva Holanda* tienen un mismo origen: son muy parecidos á los isleños de *Tanna* y *Manicola* , y puede suponerse con fundamento que su principio es en la misma comarca de

los naturales del mar del Sur, pues de casi diez palabras, las únicas que hemos recogido de la lengua de Van Diemen, solo la que expresa el frio se diferencia un poco del término que tiene esta significacion en la *Nueva Zelanda* y en *Otahiti.*

Su pronunciacion no es desagradable, pero es veloz, aunque no tanto como la de otras naciones del mar del Sur. Suponiendo que la afinidad de los idiomas es el norte seguro para descubrir el origen de las naciones, estoy persuadido á que si se indaga con cuidado, y se llega á recoger y comparar exâctamente un número suficiente de voces de diversas lenguas, se hallará que todas las naciones que caen al Este desde la *Nueva Holanda* hasta la isla de Pasqua, tienen un mismo origen.

CARTA CCCXVI.

Continuacion del viage.

En 30 de Enero de 1777 me hice á la vela para la Nueva Zelanda.

A las 4 de la tarde del dia 10 de Febrero descubri la *Nueva Zelanda*, y el 12 á las 10 de la mañana fondeé en el canal de la *Reyna Carlota* en el mismo sitio de mi primer viage.

Apenas habiamos fondeado quando se acercaron á las embarcaciones muchas piraguas. Fueron pocos los naturales que se atrevieron á entrar á bordo, y me sorprendió el que todos nos conociesen. Entre los isleños que se obstinaron en permanecer en las piraguas, distinguí uno á quien en mi anterior arribada habia tratado con amistad particular; mis demostraciones y obsequios no bastaron para que se me acercase. Esta reserva procedia sin duda de que creian que mi venida á sus costas era con ánimo de vengar la muerte de los Marineros y Soldados del Capitan Fourneaux á quienes habian dado muerte. Omai, á quien veian junto á mí, estaba en la *Aventura* quando cometieron esta maldad, y al instante les ha-

bló de ella; con esto no les quedó duda de que yo lo sabia todo. Hice los esfuerzos posibles para convencerlos de que no les haria mal, ni emprenderia cosa alguna contra ellos por venganza. No sé si esta promesa les hizo impresion: lo cierto es que cesó la reserva y desconfianza.

El 13 armó cada una de las embarcaciones su tienda de campaña en el terreno donde en otro tiempo habia yo puesto mi campo: se dispusieron tambien los observatorios, y los Señores King y Bayli dieron principio á sus observaciones dirigidas principalmente á determinar el movimiento diario de los reloxes de mar. Envié á tierra los toneles vacios, y fueron los marineros correspondientes á repararlos y llenarlos. Busqué dos hombres que hiciesen cerveza de pino, y dí orden á los Oficiales y á sus ayudantes para que cortasen leña. Otro destacamento recogia yerba para nuestro ganado, y los que quedaron á bordo se ocupaban en reparar las embarcaciones, y disponer viveres y municiones. Todos se emplearon utilmente en esta arribada. Puse una guardia de diez soldados de marina para proteger á los que se hallaban en la costa, é hice distribuir armas á todos los trabajadores junto á los que permanecieron Mr. King, y dos ó tres Oficiales inferiores. Siempre que enviaba alguna canoa á distancia

notable de las embarcaciones, tenia cuidado de armarla y confiarla á aquellos Oficiales de mi mayor satisfaccion, y que conocian mejor á los naturales. En mis anteriores arribadas jamas habia tomado estas precauciones, á la verdad nada necesarias; pero despues de la muerte de los diez hombres de la *Aventura*, la del Capitan Marion du Fresne, y de algunos otros en la bahia de las *Islas*, era imposible no tener inquietud.

Aunque los Zelandeses creyeron fixamente que ibamos á castigar su barbarie, no tardaron en mudar de opinion, pues desde el mismo dia llegaron muchas familias de diversas partes de la costa, y se establecieron junto á nosotros. Todo el terreno util se hallaba ocupado fuera de aquel espacio en que estaba nuestro campamento, el que no nos disputaron; pero vinieron á levantar las ruinas de algunas chozas viejas para construir las nuevas con aquellos materiales.

Causa admiracion ciertamente la prontitud con que hacen estas chozas. Vi construir mas de veinte en un espacio de tierra que una hora antes estaba cubierto de arbustos y plantas. Llevan regularmente consigo una parte de los materiales, y hallan la restante en los terrenos que eligen. Asistí al desembarco de una corta poblacion, y á la construccion de una de estas aldeas. Luego que las piraguas tocaron en la ribe-

ra, saltaron los hombres en tierra, se posesionaron de un llano, arrancaron árboles chicos y grandes, y prepararon una parte del maderage de las chozas sin perder un minuto. Volvieron luego á sus piraguas, desembarcaron sus armas, las arrimaron á un arbol colocándolas de modo que pudiesen cogerlas de repente, y observé que ninguno de ellos omitia ésta precaucion. Mientras construian las chozas, sus mugeres se empleaban, unas en cuidar de las piraguas, otras de las provisiones y de sus pocos muebles, y algunas en juntar leña seca para hacer lumbre y preparar la comida. Hasta los niños y viejos tenian ocupacion en este tiempo. Les arrojé cuentas de vidrio y quantas vagatelas tenia en mis bolsillos, y las cogia el mas diestro.

Noté que generalmente y casi siempre se asociaba una tribu ó familia, y hacia chozas comunes; y asi vimos con freqüencia que sus aldeas y villas, aun las mayores, estaban divididas en diferentes quarteles por medio de barreras y empalizadas de poca altura.

Los Zelandeses que se establecieron junto á nosotros, nos acarreaban grandes ventajas. Todos los dias iban á la pesca, si el tiempo lo permitia, y permutaban con nosotros regularmente el mejor pescado. Con éste y el que cogiamos con red ó sedal no

nos faltó pescado en todo el tiempo de nuestra mansion: tampoco echamos de menos las verduras, pues constantemente se servia á la tripulacion de las dos embarcaciones apio, coclearia, y guisantes cocidos con hojas de gordolobo, y se les daba cerveza de pino. Con este alimento evitabamos los progresos del escorbuto: sin embargo, quando llegamos al canal de la Reyna Carlota solo habia dos enfermos en mi embarcacion, y el Capitan Clerke no tenia enfermo alguno.

Ademas de los naturales que se establecieron junto á nosotros, nos visitaron otros muchos no muy distantes, y aun algunos que habitaban en lo interior del pais. Los marineros manifestaban aversion á las Zelandesas, no se juntaban con ellas, y temian su amistad. Tuve en esto gran fortuna, pues jamas oí decir que alguno de los mios hubiese desamparado su puesto por ir á las habitaciones de la isla.

Yo toleraba la amistad con las mugeres porque no podia impedirla; mas no la fomentaba temiendo las resultas. No ignoro se dice, que el comercio amoroso es la seguridad de los navegantes en los pueblos salvages. Esto pudiera pasar respecto de los que por fuerza ó por voluntad tratasen de establecerse en tierras nuevamente descubiertas; pero no sucede lo mismo á los viageros como nosotros, pues semejantes

amistades causan los mayores perjuicios. ¿Seria regular prometerse otra cosa, quando solo por interés y sin amor alguno se entregan las mugeres á los navegantes? Tengo mucha experiencia en el particular, y jamas he visto lo contrario.

Entre los naturales que se habian establecido á alguna distancia de nosotros, y que venian á visitarnos, distingui un xefe llamado *Kahura*, quien me informaron habia dirigido la tropa de guerreros que mataron el destacamento del Capitan Fourneaux, y que él mismo habia muerto á Mr. Rowe. Era mas temido que querido de sus compatriotas. No se satisfacian estos con repetirme que era un mal hombre: algunos me inducian con muchas instancias á que le diese muerte, y les sorprehendia mi resistencia como contraria á sus principios de moral. A seguir los consejos que me daban, hubiera exterminado enteramente aquella raza, pues los habitantes de todas las villas y aldeas me suplicaban mutuamente la destruccion de sus vecinos.

No es facil comprehender los motivos de un odio tan terrible, que prueba con evidencia hasta que punto se hallan divididas entre sí estas infelices poblaciones; y estoy seguro de que no me engaño acerca de la intencion de aquellos naturales que me hacian súplicas tan extrañas, porque me ser-

via de intérprete Omai, cuya lengua natural es un dialecto de la Zelandesa, y entendia perfectamente quanto se decia.

El 15 pasé en mi canoa á exâminar los sitios que ofrecian mejor yerba. Quise ver en seguida el Hippa ó lugar fortificado, situado al Cabo Sud-Oeste de *Motuara*, y tambien los que anteriormente habiamos convertido en huertas. Hallé desierto el Hippa, pero en buen estado sus empalizadas y casas, las que habian sido reparadas, y aun habitadas poco tiempo antes segun indicios. Es ocioso describir esta especie de fortaleza: ya hablé de ella en la relacion de mi primer viage.

Quando la *Aventura* estuvo la primera vez en 1773 en el canal de la *Reyna Carlota*, estableció allí Mr. Bayli su observatorio, y con los que le acompañaban sembró en las horas libres algunas semillas de nuestras hortalizas. No habia quedado de ellas el menor vestigio, y es verosimil que los naturales destruyesen estos plantios á fin de construir las chozas quando reedificaron la aldea, pues las otras huertas sembradas por el Capitan Fourneaux producian berza, cebollas, puerros, verdolagas, rabanos, mostaza, patatas, &c. sin embargo de estar cubiertas de yerba silvestre del pais. Las patatas venian del *Cabo de Buena Esperanza*, y la variedad del terreno las habia mejorado

en extremo: si los Zelandeses las cuidasen, serian superiores á las que se cogen en la màyor parte de otros paises. Los Zelandeses gustan mucho de ellas, pero ninguna habian plantado, y á no limpiar el terreno en que antiguamente las habiamos sembrado, no se hallaria una en el dia. Igualmente despreciaron el cultivo de otras plantas que les dexamos.

Al amanecer del 16 me embarqué con un destacamento que iba á recoger yerba para nuestro ganado. Llevé cinco canoas, y me acompañaron el Capitan Clerke, muchos Oficiales, Omai, y dos naturales. Subimos por el canal casi tres leguas, y desembarcamos en el lado Oriental, en un lugar donde yo habia estado durante mi segundo viage. Hallamos yerba con abundancia, y cargamos de ella dos embarcaciònes.

Volviendo á baxar el canal, quisimos ver el parage en donde habia sido muerta la gente del Capitan Fourneaux. Hallé allí á Pedro, mi antiguo amigo, quien casi siempre me acompañaba desde mi ultima arribada á este canal. El, y uno de sus compañeros se presentaron en la playa armados de patupatus y picas, y nos recibieron en tono de ceremonia. Ignoro si procedieron así por politica ó por temor. Me parece que demostraban algun sobresalto, el

que si realmente tenian, se disipó bien pronto con mis dádivas, pues dos ó tres personas de la Tribu movidas de esta liberalidad se acercaron á nosotros, quedándose tan lejos la mayor parte que no pudimos distinguir su figura.

Mientras estuvimos allí, tuvimos la curiosidad de indagar el pormenor de la muerte trágica de nuestros diez compatriotas, y Omai nos servia de interprete. Pedro y otros naturales á quienes recurrimos, respondieron á todas nuestras preguntas sin manifestar reserva alguna, y como hombres que no temen el castigo de un delito que no han cometido. Ya sabiamos que ninguno de ellos era culpado, y nos dixeron que los nuestros habian comido rodeados de muchos naturales; que algunos de éstos oculta ó publicamente les habian robado pan y pescado; que irritado nuestro destacamento dió de palos á los ladrones; que se acaloró la disputa, y que fueron muertos dos Zelandeses de dos escopetazos; que antes que los nuestros pudiesen tirar el tercero ó volver á cargar, se echaron los Zelandeses sobre la poca tropa nuestra, y que la destruyeron por su mayor número. Pedro y sus compañeros despues de referirnos la historia de la muerte, nos enseñaron el sitio de la escena, que fue el extremo de la bahia á mano derecha. Para informarnos de la hora en que habia su-

cedido, nos hicieron observar el sol, y debió ser ya entrada la tarde. Tambien nos enseñaron el lugar donde estaba la canoa, el que distaba casi doscientas varas de donde habia comido la tripulacion; en guarda de ella quedó un Negro del Capitan Fourneaux.

Otros nos dixeron que este Negro habia motivado la pendencia del modo siguiente. Habiendo robado uno de los naturales cierta cosa en la canoa, le sacudió un fuerte palo el Negro. Gritó tanto el Zelandés, que le oyeron sus compatriotas, quienes creyendo que le habian muerto, se arrojaron sobre los estrangeros, y no pudiendo éstos llegar al mar, ni armarse contra el peligro que les amenazaba, perecieron á manos de sus enemigos salvages. La primera de estas dos declaraciones fue confirmada por los mas de los naturales con quienes conversamos varias veces, y que creo no tuvieron interes alguno en engañarnos. La segunda es de uno de los Zelandeses que abandonaron el pais para embarcarse con nosotros, y que por consiguiente no tenia motivo para ocultarnos la verdad. Todos confesaron que la muerte sucedió quando estaba comiendo la tripulacion de la canoa, y es probable que ambas relaciones sean exâctas, pues estan perfectamente acordes. No es dificil de conciliar que al mismo tiempo que algunos naturales robaban al Negro encargado de guardar la ca-

noa, otros isleños violasen por su parte la propiedad de los nuestros que estaban en tierra.

Sea de esto lo que fuere, los Zelandeses decian unanimemente que el robo cometido por sus compatriotas habia motivado la pendencia; que la muerte no habia sido premeditada; y que si la tripulacion no hubiera estado tan pronta para castigar al ladron, no hubiera habido sangre. Los mas fuertes enemigos de Kahura, aquellos que con el mayor zelo me excitaban á asesinarle, confesaban al mismo tiempo, que no habia pensado en suscitar disputa, mucho menos en dar la muerte á persona alguna, y que no formó esta intencion hasta que vió que los nuestros se anticiparon. Estos infelices, victimas de la ferocidad Zelandesa, estaban muy lejos de presumir lo que les sucedió, pues á mediar la menor desconfianza, no hubieran tenido la temeridad de sentarse á comer tan lejos de su canoa, y en medio de una tropa de guerreros que en breve tiempo habian de ser sus verdugos. No he podido saber jamas el paradero de la canoa. Unos me decian que la habian quemado despues de haberla dividido en varias piezas; y otros que la habia llevado una tribu estrangera, pero que ignoraban á donde.

Estuvimos en aquel parage hasta por la tarde, y luego que cargamos de heno, apio,

coclearia &c. el resto de nuestras canoas, nos embarcamos para volvernos á bordo. Habiamos reducido á Pedro á que nos acompañase en su piragua; mas apenas dexamos la ribera, se levantó un Noroeste tan impetuoso, que le obligó á retroceder: nosotros seguimos nuestro camino, y llegamos á las embarcaciones con harto trabajo. Algunas canoas no llegaron hasta media noche, y fue gran fortuna que entrasen entonces, pues al instante se levantó una grande tempestad mezclada con lluvia. Cesó por la tarde el uracan, y el Este traxo la serenidad.

Al dia siguiente volvimos á nuestro trabajo, y los naturales á la pesca en sus piraguas: Pedro vino con toda su familia á establecerse junto á nosotros. Matahuah era el verdadero nombre de este xefe, pues el de Pedro se le habian puesto algunos de los nuestros en mi segundo viage, lo que no supe hasta entonces. Sus compatriotas le conocian por uno y otro.

En la mañana del 20 padecimos otro uracan del Noroeste no tan grande como el primero, y tuvimos bastante trabajo para resistir á la borrasca. Son aquí muy freqüentes, y algunas veces violentos é incómodos estos uracanes. Las montañas vecinas, siempre cubiertas de vapores, aumentan la impetuosidad del viento, y alteran su direccion de tal suerte, que nunca vie-

nen sucesivamente dos rafagas de un mismo punto de la bruxula, y quanto mas cerca se está de la costa, mas se experimentan sus efectos.

El 21 nos visitó una tribu compuesta casi de treinta personas, que venian de lo interior del canal, á quienes jamas habiamos visto. Se llamaba su xefe Tomatong, de edad de quarenta y cinco años, cuya fisonomia indicaba franqueza y alegria. Generalmente hombres, mugeres y niños tenian buenas facciones, y no hallé familia de igual hermosura en la *Nueva Zelanda*.

En este tiempo ya se habian establecido al rededor de nosotros mas de dos terceras partes de los habitantes. Cada dia venia una multitud de ellos á nuestras embarcaciones ó á nuestro campo, y particularmente á las tiendas de campaña quando los marineros derretian la grasa de las vacas marinas. Eran mas aficionados al aceyte, que los Groelandeses, pues aprovechaban hasta la espuma que se sacaba de la caldera, y aun las heces del fondo de los toneles. Algunas gotas de aceyte sucio eran para ellos un regalo exquisito; lo pedian con extremo ardor, de lo que inferí era cosa muy rara entre ellos.

El 23 ya habiamos embarcado la cantidad de yerba y heno que nos pareció necesaria para nuestro ganado hasta llegar á Ota-

hiti, y ademas teniamos en las dos embarcaciones bastante agua y leña: se recogieron las tiendas de campaña, y se traxo á bordo quanto habiamos llevado á la costa. Aparejamos al dia siguiente, y salimos de la bahia. Era algo contrario el viento, y pareciéndome que baxaria la maréa antes de salir del canal, fondeamos nuevamente un poco afuera de la isla de *Motuara* con el objeto de esperar mejor ocasion para pasar el estrecho.

Mientras levabamos anclas para hacernos á la vela, vinieron Tomatong, Matahouah y otros muchos Zelandeses á despedirse de nosotros, mejor diré á buscar nuevos regalos. Estos dos xefes me pidieron cabras y cerdos, y dí á Matahouah dos de aquellas, macho y hembra con su cabrito; y á Tomatong un berraco y una puerca. Me prometieron no matarlos, pero confieso que no confié en su palabra. Supe entonces que los animales dexados por el Capitan Fourneaux habian caido inmediatamente en manos de los naturales, y que ninguno exîstia; mas nada pude saber de los que yo habia dexado en mi segundo viage en la bahia del Oeste, y en la de los Cannibales. Sin embargo, todos los isleños con quienes hablé, convinieron en que los bosques situados al otro lado de la bahia, contenian gallinas silvestres, y los dos Zelandeses que se embarcaron en mi navio, me informaron despues que

Tiratou, xefe del pais y muy amado de sus compatriotas, tenia muchos gallos y gallinas, y una puerca.

Quando llegué á la Nueva Zelanda me propuse dexar en ella no solo cabras y cerdos, sino tambien carneros y un novillo con dos terneras, si hallaba un xefe á proposito para guardarlos y defenderlos, ó un lugar solitario en donde me pareciese que no los descubririan los naturales. Ni uno ni otro encontré, y ya no vivia Tringoboohee á quien habia visto en mi segundo viage, y me habia parecido un personage de importancia. Nada hubiera conseguido con dar estos animales á una familia que careciese de la fuerza necesaria, pues en una comarca como esta, donde es tan incierta la propiedad, serian muy pronto presa de una tribu victoriosa que separaria los machos de las hembras, ó los mataria, y verosimilmente suce-deria uno y otro. Las observaciones hechas despues de nuestro arribo eran tan decisivas en este particular, que no hubiera dexado ninguno de nuestros quadrupedos, á no haberme pedido cabras y cerdos Matahouah y Tomatong. Tenia demasiados para verificar mis intenciones, y les dí los expresados en la inteligencia de que los matarian. En diferentes ocasiones dexé en la Nueva Zelanda diez ó doce cerdos, ademas de los del Capitan Fourneaux; y á no mediar muchas ca-

sualidades adversas, los navegantes hallarian allí algun dia estos quadrupedos en el estado silvestre, ó ya domesticados.

Apenas habiamos fondeado junto á Motuara, quando del lado Sud-Este del canal llegaron tres ó quatro piraguas llenas de naturales, y compramos una cantidad considerable de las producciones y obras del pais. Mandaba una de ellas Kahura, xefe de los guerreros que habian dado muerte á los diez hombres del Capitan Fourneaux; y fue entonces la tercera vez que se nos presentó sin manifestar el menor miedo. Yo estaba en la costa quando se acercó á la *Resolucion*, y á su partida me hallaba á bordo. Omai, que me habia acompañado en tierra, le conoció al instante, y al punto le denunció suplicándome encarecidamente que hiciese matarle á escopetazos. Aun mas; dirigió la palabra á Kahura, y le amenazó con puñaladas de su propia mano, si tenia el atrevimiento de volver.

Hizo este Zelandés tan poco aprecio de las amenazas, que vino al dia siguiente con toda su familia, compuesta de veinte personas, comprehendidas mugeres y niños. Me lo advirtió Omai nuevamente preguntandome si le instaria á que subiese á bordo, y le respondí que bien podia. Muy poco despues llevó á este xefe á mi camarote, y me dixo: »ved aquí á Kahura, matadle»: pero olvi-

dando las amenazas del dia anterior, ó temiendo que yo le encargase la execucion, se retiró inmediatamente. Vino sin embargo muy pronto; y hallando vivo á Kahura, exclamó en tono de queja: »¿Por qué no le »matais? Me asegurais que ahorcan en In»glaterra al homicida, y á este hombre que »lo es de diez, rehusais darle la muerte »deseándolo sus compatriotas, y siendo tan »merecida y justa?" Me hizo reir la sólida eloqüencia de Omai, y le mandé preguntase al Zelandés por qué habia muerto al destacamento del Capitan Fourneaux. Asustado Kahura con la pregunta, extendió sus brazos, y baxó la cabeza. Parecia como sorprehendido en una emboscada, y estoy persuadido que por instantes esperaba la muerte; pero recobró su alegria luego que le prometí no ofenderle. No trataba de responder á nuestra pregunta, y fue preciso decirle repetidas veces que no me vengaria. Luego que consiguió el perdon que creia no merecia, tuvo valor para confesar que queriendo uno de sus compatriotas permutar una hacha de piedra, se apoderó de ella el Ingles á quien la ofrecia, y rehusó volverla ó pagar su valor; por lo que el dueño de aquella habia cogido algunos pedazos de pan, como equivalente, y se habia suscitado la disputa.

Lo demas que refirió Kahura sobre es-

ta desgracia, se diferencia muy poco de lo que antes nos habian dicho. Nos informó que se habia visto en grande peligro durante el combate; que le dispararon un tiro que habia evitado ocultándose detras de la canoa; que otro Zelandés que estaba junto á él, cayó muerto en tierra; que muy pronto despues de aquel tiro acometió á Mr. Rowe, xefe del destacamento, que se defendió con su espada hiriéndole en un brazo; finalmente, que su tropa mas numerosa habia conseguido una victoria completa.

Mr. Burney enviado á tierra al dia siguiente con un destacamento armado, halló esparcidos los miembros de los diez hombres que habian desembarcado la vispera, y lleno de sentimiento y furor hizo algunas descargas contra los naturales que aun permanecian juntos en el lugar de la escena, y que verosimilmente acababan de comer los cadáveres de los vencidos. Era natural suponer que aquellos hubiesen tenido efecto dando muerte á algunos de los asesinos ó cannibales en medio de su detestable comida; pero habiendo preguntado sobre el particular á Kahura y otros que habian asistido al combate y banquete, hallamos que nuestra suposicion era mal fundada, y que los tiros de Mr. Burney no habian muerto ni herido á ninguno.

Los mas de los naturales que encontra-

mos despues de nuestra arribada á la Nueva Zelanda, bien sabian, como ya he dicho, que yo no ignoraba la crueldad executada con los diez hombres del Capitan Fourneaux, y estaban persuadidos á que daria muerte á Kahura, lo qual no solo deseaban, sino que les sorprendia mi moderacion á vista de lo ocurrido. Todo esto lo sabia Kahura, por lo que me causaba mas admiracion que se atreviese á ponerse en mis manos con tanta freqüencia. Quando vino á vernos á la bahia, podia fiarse en los amigos que le acompañaban y creerse seguro; pero sus dos últimas visitas fueron en circunstancias poco favorables. Nos hallabamos á la entrada del canal, distantes de la costa, donde no podia esperar socorro de sus compatriotas, ni acudir al remedio de la fuga si yo queria detenerle; y sin embargo, despues del primer sobresalto que le causó una de nuestras preguntas, de que hablé arriba, lejos de turbarse me suplicó que hiciesemos su retrato, de resultas de haber visto el de un Zelandés, y permaneció sentado sin manifestar impaciencia hasta que le acabó Mr. Webber. Debo decir que me causó admiracion su valor, y que me lisonjeó la confianza que yo le inspiraba. Su tranquilidad procedia de mi respuesta á los Zelandeses que me instaban para que le diese muerte: en efecto les aseguré que siempre habia sido

amigo de todos, y lo seria en adelante, á no precisarme su conducta á lo contrario; que ya no pensaba en los diez Ingleses muertos por ellos, el qual delito era muy antiguo, y no se habia cometido en mi presencia; pero que si intentaban otro de esta clase, probarian toda la fuerza de mi resentimiento.

Antes de llegar á la Nueva Zelanda habia formado Omai el proyecto de llevar á las islas de la *Sociedad* uno de los naturales de este pais, y halló brevemente la ocasion de executarlo. Un Zelandés de diez y siete á diez y ocho años llamado Taweiharua, le propuso que le acompañaria, y se vino á bordo. A primera vista hice poco caso de esta resolucion, y juzgué que el Zelandés nos dexaria al tiempo de hacernos á la vela, despues que consiguiese las dádivas de Omai; pero advirtiendo que estaba decidido á venirse con nosotros, y habiendo sabido que era hijo único de un xefe ya difunto, y que aun vivia su madre, recelé que Omai hubiese engañado á este joven, y á los que se interesaban por él, asegurándoles que habiamos de volver á esta costa. Por consiguiente les aseguré que si Taweiharua continuaba en su intento, no volveria jamas á su patria; mas no hizo impresion alguna mi discurso. La vispera de nuestra partida despues de mediodia vino á bordo la madre de este joven, llamada Tiratutu, sin duda con

el objeto de recibir nuevos regalos de Omai. Permaneció con su hijo hasta por la noche, y se separaron con todas las demostraciones de afecto que pueden esperarse de una madre y un hijo que se despiden para siempre. Ofreció no llorar mas, y cumplió su palabra; pues habiendo venido al dia siguiente á decir el último á Dios á su hijo, se mantuvo muy alegre todo el tiempo que estuvo á bordo, y se fue sin manifestar alteracion alguna.

Para hacer Taweiharua su viage segun correspondia á su nacimiento, se propuso llevar consigo otro joven en calidad de criado. Estuvo éste á bordo hasta el momento en que vió disponer nuestra partida, á cuyo tiempo vinieron á pedirle sus padres; pero fue reemplazado al dia siguiente por un muchacho de nueve á diez años, llamado Kokao presentado por su propio padre. Creo que éste se hubiera separado de su perro con mas sentimiento, pues se apoderó de los pocos vestidos que llevaba, y le dexó enteramente desnudo. En vano procuré repetir que Taweiharua y Kokao no volverian á la *Nueva Zelanda*: su destino no causaba inquietud alguna á sus padres, ni á ninguno de los naturales. A vista de este despego, y persuadido que los jóvenes viageros nada perdian en establecerse en las islas de la *Sociedad*, consenti en el proyecto de Omai.

Mis observaciones, y las noticias que me dieron Taweiharua y otros, prueban que los habitantes de la Nueva Zelanda viven en continuo sobresalto. La mayor parte de las tribus cree haber sufrido injusticias y ultrages de sus vecinos, y buscan incesantemente la ocasion de vengarse. Aprecian mucho la carne de sus enemigos muertos en la batalla, y el deseo de esta abominable comida es acaso una de las principales causas de su ardor en los combates. Me dixeron que esperaban por espacio de años enteros ocasion favorable para vengarse, y que un hijo jamas olvidaba la injuria hecha á su padre.

Para poner en execucion su horrible pensamiento se emboscan por la noche en medio de sus enemigos, los sorprehenden (creo que suceda así pocas veces), y á todos dan muerte sin perdonar mugeres, ni niños. Luego que concluyen el sacrificio, comen la carne de los vencidos en el mismo sitio, ó llevan los cadáveres que pueden, y se regalan mutuamente con una brutalidad demasiado sucia para describirla aquí. Si son descubiertos antes de executar su sanguinario proyecto, huyen regularmente, y se les persigue y ataca en la retirada. No dan quartel, ni hacen cautivos: de suerte que los vencidos solo por la huida pueden librar su vida. Un continuo estado de guerra, y

la referida conducta los hace muy vigilantes, y por maravilla se halla un Zelandés, sea de dia ó de noche, que no esté alerta. Son muy superiores los motivos que excitan su vigilancia. De ella depende la conservacion de su vida y su felicidad en el otro mundo; pues segun su sistema de religion, el alma del hombre cuyo cuerpo haya sido devorado por el enemigo, es condenada al fuego eterno; y las almas de aquellos cuyos cuerpos fueron arrancados de las manos del matador, é igualmente las de los que mueren naturalmente, van á habitar con los dioses. Les pregunté si comian los cuerpos de sus amigos muertos en la guerra, que no habian caido en poder de su enemigo; y admirándose de mi pregunta me contestaron que no, y denotaron al mismo tiempo cierto horror á la idea que les presentaba. Regularmente entierran sus muertos, y echan al mar los del enemigo, quando no pueden comerlos..

No se hallan entre ellos morais ni cosa que se parezca á un lugar dedicado al culto, y jamas los reune la practica de la religion; sin embargo, tienen sacerdotes que dirigen las súplicas á los dioses, cuya proteccion imploran para sus negocios temporales, por exemplo, una empresa, una pesca &c.

Nada pude indagar acerca de sus principios de religion; mas sean los que fueren,

adquieren desde la infancia el habito constante de no separarse de ellos. El joven que debia acompañar á Taweiharua me dió de esto una prueba muy convincente, pues se abstuvo de comer la mayor parte del dia, porque le habian cortado el pelo. En vano empleamos todo género de medios para que desistiese de su resolucion; le ofrecimos lo que mas apreciaba porque condescendiese, y nos contestó que le daria muerte Eatúa, si comia cosa alguna aquel dia. Por la tarde pudieron mas las necesidades de su estomago, que los preceptos de su religion, y entonces admitió un corto alimento. Muchas veces formé juicio de que los Zelandeses tenian ideas supersticiosas acerca del pelo, y en varias ocasiones he visto gran porcion de éste enlazado en las ramas de los arboles; pero nunca pude averiguar las circunstancias de esta supersticion.

A pesar del estado de division y de guerra en que viven los Zelandeses, los viageros que pasan por uno de sus distritos sin malos designios, son bien recibidos y obsequiados, no pasando su detencion del tiempo indispensable para concluir sus negocios. Estos viageros son casi siempre mercaderes que venden talco verde, ó *poenamú*. Dicen que esta piedra se halla solamente en un lugar que tiene su nombre, y está situado ácia lo interior del *canal* de la *Reyna Carlota* distan-

te á lo mas uno ó dos dias de camino del puerto donde habiamos fondeado. Sentí mucho no tener tiempo para ir á ver el sitio de donde se saca esta piedra, pues nos contaron de ella varias historias fabulosas. Los naturales que manifestaban algun conocimiento, intentaron convencernos, mas no lo consiguieron. Nos dixeron que el *poenamú* venia de un pez que arrojan y tiran á la ribera en donde le atan y se convierte en piedra. Todos nos confesaron que se coge en un lago grande ó en el mar, y si se puede formar de esto alguna conjetura, es probable que las avenidas le arrancan de lo alto de las montañas, y le depositan en el agua. Los naturales llaman á este lago *Tavai poenamú*, quiere decir agua del talco verde.

Está autorizada entre ellos la poligamia, y frecuentemente se encuentran hombres que tienen dos y tres mugeres. Estas son casaderas en corta edad, y sino lo hacen entonces, viven abandonadas, y adquieren con mucho trabajo su subsistencia, pues desnudas de protectores se entregan continuamente á la merced de qualquiera.

Los Zelandeses se muestran satisfechos de los pocos conocimientos que poseen; no procuran extenderlos, y sus observaciones anuncian un genio poco curioso. No se admiran de ver objetos nuevos, y jamas fixan

su atencion un solo momento. Algunas veces formaban un círculo al rededor de Omai, á quien amaban mucho, y escuchaban sus discursos como quien no entiende ni estima comprehender lo que se le dice.

Pregunté un dia á Taweiharua quántos navios como los nuestros habian llegado al *canal de la Reyna Carlota*, ó á sus alrededores, y nos dixo que uno, del que no habiamos oido hablar, el qual habia entrado en un puerto del lado Norueste de *Teeravitte*, pocos años antes de mi arribo, esto es, antes que entrase el Endeavour, al qual llamaban los Zelandeses *navio de Tupia*. Creí al principio que Taweiharua se engañaba en la época y lugar del anclage, y que la embarcacion que expresaba, era la de Mr. de Surville, que se dice llegó al lado Norueste de *Eaheinomauw* el mismo año que el *Endeavour*, ó la de Mr. Marion du Fresne, que entró en la *bahia de las islas* pocos años despues; pero nos aseguró que ni en uno ni en otro se engañaba, y que lo sabian todos los habitantes de los contornos del *canal de la Reyna Carlota*, y de Teeravitte. Añadió que el Capitan habia tratado con una muger del pais, de que resultó un hijo que aun vivia, y poco mas ó menos tenia la edad de Kokoa. Aunque éste no habia nacido en aquel tiempo, sabia sin embargo toda la historia. Nos instruyó ademas, que este primer navio

habia llevado la enfermedad venerea á la *Nueva Zelanda.* Quisiera que los navegantes Europeos que fueron despues, no tuvieran que avergonzarse igualmente de haber dexado un monumento tan afrentoso de su mansion. En el dia es allí muy conocida esta enfermedad; no les incomoda mucho, y sus efectos no son en la actualidad tan fatales como antes. Hacen que los enfermos tomen baños de una especie de vapor producido por el humor de algunas plantas que ponen sobre piedras calientes, y no he podido descubrir si usan de otros remedios.

Sentí no haber oido hablar de este navio mientras estuve fondeado en el canal, porque Omai nos hubiera adquirido noticias mas exâctas, y hubiera preguntado á testigos de vista. Taweiharua solo hablaba de oidas, y podia mezclar muchas mentiras en su historia. Sin embargo, estoy persuadido que puede creerse habia llegado un navio á *Teeravitte* antes que yo en el *Endeavour*, pues así me lo habian asegurado otra vez. Al fin del año de 1773, durante mi arribada á la *Nueva Zelanda*, algunos de los naturales á quienes pedí noticias de la *Aventura*, me dixeron que habia entrado una embarcacion en el puerto del lado de *Teeravitte*, y no traté de averiguar su asercion, porque estaba persuadido de lo contrario.

No es el mal venereo el unico monumen-

to que quedó á los Zelandeses de este navio. Taweiharua nos dixo que la tripulacion habia dexado un quadrupedo, cuya especie no pudimos conocer por la descripcion que nos hizo, pues no le habia visto.

Tambien nos instruyó de otro hecho, del que dudamos menos. Nos aseguró que habia en la Nueva Zelanda serpientes y lagartos muy grandes, de ocho pies de largo, y tan gruesos como el cuerpo de un hombre. Añadió que cogian y devoraban á los naturales, y que se metian en los hoyos profundos de la tierra, donde se les mataba haciendo fuego á la entrada. Luego nos enteró de la especie del quadrupedo, figurándole con bastante exâctitud sobre un papel, y lo mismo las serpientes.

Aunque en la relacion de mis dos primeros viages se encuentran muchas particularidades de este pais y sus habitantes, será sin embargo muy conveniente leer las observaciones de Mr. Anderson, las que confirman ó corrigen lo que dexo dicho, y son las siguientes.

» Todos los contornos del *canal de la Reyna Carlota* son en extremo montuosos, y hay á la orilla del mar algunos collados, cuya cumbre es sumamente árida. Desde ellos alcanza la vista hasta una distancia considerable llanuras ó señales de tierra inculta, nada profunda, las que terminan del

lado de la ribera en una pequeña bahia. Detras de ésta se halla un terreno llano de corta extension, en donde los naturales construyen regularmente sus chozas, y la situacion es tanto mas cómoda que la de otras bahias, por quanto presenta un apreciable arroyo muy abundante de pescado, y va á desembocar en el mar.

Se conoce lo fertil de este terreno en la abundancia de sus producciones. Fuera de un corto número de collados inmediatos al mar, llenos de arbustos, todos los otros forman un solo bosque de arboles grandes, que crecen con tal fuerza, que apenas puede creerse sin verlo, y presentan una perspectiva magestuosa á los que saben admirar las grandes obras de la naturaleza.

El agradable temperamento del clima contribuye seguramente mucho á esta fuerza de vegetacion tan poco comun. En la época de nuestra detencion correspondiente al mes de Agosto en Europa, no era muy caliente el ayre, ni el Termómetro pasó de los 66 grados. El frio es tambien muy moderado, pues en el mes de Junio de 1773, que corresponde al de Diciembre entre nosotros, no baxó el Mercurio de los 48. Los arboles conservaban su verdor como en el estío, y creo que mantienen la hoja hasta que la primavera hace que salga otra.

Generalmente se disfruta buen tiempo; aunque algunas veces hay viento y agua, no pasan del dia las tempestades y lluvias, y jamas son excesivas. No se hallan como en otros paises vestigios de avenidas que baxen de los collados, y crecen muy poco los arroyos, si se ha de formar juicio por la corriente. He estado quatro veces en el *canal de la Reyna Carlota*, y he observado que los vientos del Sur ácia la parte del Este son por lo regular moderados, y les siguen nublados ó lluvia: los del Sud-Oeste son mas fuertes, y tambien traen lluvia, pero es muy variable su direccion. Los vientos mas comunes son los del Noroeste, y aunque con frecuencia muy fuertes, el cielo está claro casi siempre. En una palabra, si está parte de la Nueva Zelanda no fuese demasiado montuosa, seria una de las comarcas mas amenas del Globo. Nada se adelantaria en cortar los arboles, pues los parages desmontados serian menos propios para el pasto que un terreno llano, y el cultivo igualmente dificil por no poder usar del arado.

Los arboles grandes que hay en los collados son de dos clases. Los unos del diámetro de nuestros pinos gruesos crecen con corta diferencia del mismo modo; y las hojas y bayas que tienen en sus extremidades se parecen á las del tejo. De ellas hicimos cerveza dexándolas fermentar con triaca ó

azucar; y la tripulacion la tuvo por tan buena como la del pino de *América*. Los otros son muy parecidos al acebo, y de un grueso considerable; pero solo sirvieron para leña, porque eran muy pesados para construccion, y lo mismo los primeros.

En los llanos que hay junto á las playas se encuentra mas variedad de árboles. Vimos dos cuyo fruto era del tamaño de las manzanas: el del uno era amarillo, y los naturales le llamaban *karraca*; el del otro negro, y le llamaban *maitao* los isleños. Uno y otro los comen los Zelandeses, pero el sabor no es agradable. El primero nace en los arbustos que estan junto al mar, y el segundo en los árboles mas gruesos de lo interior del bosque, de los que cortamos muchos para la lumbre.

Hay tambien una especie de *filadelfo* en las alturas que caen al mar, y en ellas se distingue un arbol cuyas flores son semejantes á las del mirto: sus hojas manchadas y redondas despiden un olor nada agradable. El cocimiento de las de filadelfo nos servia de thé, el que hallamos de un gusto y olor grato, y podia suplir al de la *China* y del *Japon*.

Entre las plantas utiles debe contarse el apio silvestre, de que hay abundancia en casi todas las bahias, particularmente despues que los naturales hicieron en ellas sus habi-

taciones, y tambien la llamada coclearia enteramente distinta de la que tiene este nombre en Europa. Esta especie de coclearia, preferible á la nuestra para el uso ordinario, es conocida por los globitos de flores blancas que tiene en la cima.

Merece particular mencion una planta que produce un lino suave tan bueno como el de Inglaterra, y verosimilmente no menos fuerte, del que hacen los naturales sus vestidos: nace siempre muy espesa en los contornos del mar y en algunos lugares distantes de los collados: las hojas se parecen al junco, y tiene en su largo tallo flores amarillas, á las que sucede una vainilla redonda llena de granitos negros y lustrosos. Hay ademas una especie de pimienta muy abundante, cuyo sabor aromático la da mayor estimacion. En los bosques se encuentra con freqüencia un arbol que á lo lejos se parece á la palma. Los mas de los árboles y plantas habian perdido sus flores en la época de nuestro viage, y hemos advertido que por lo general tienen bayas de las que he recogido algunas, á lo menos de treinta clases. Uno de los arbolillos las produce roxas, é imita mucho á la campanilla; crece al rededor de los árboles, y se extiende de unos á otros haciendo un bosque casi impenetrable.

Tambien hay muchos páxaros en la

Nueva Zelanda, y tan particulares como las producciones vegetales. Aunque es dificil seguirlos por estar el terreno cubierto de árboles y breñas muy asperas, no obstante, poniéndose á espera en qualquier parage, se puede matar en un dia los necesarios para mantener á siete ú ocho personas. Son los principales los papagayos pardos, de cabeza blanca, los verdes con la cabeza roxa, las palomas torcaces, morenas por la espalda, blancas por el vientre, lo demas del cuerpo verde, y el pico y pies roxos. Se hallan dos clases de cucos; unos tan gruesos como el comun, y pardos con manchas negras; otros del tamaño del gorrion, verdes por arriba, dorados, verdes, pardos, y blancos por debaxo; uno y otro son raros. Merece particular mencion un paxarillo verdoso que es casi el único que canta, y con su melodia y variedad de tonos nos hacia creer que nos rodeaban diferentes páxaros siempre que gorgeaba cerca de nosotros, por cuya propiedad le pusimos el nombre de *burlador*. Se hallan tambien alciones grandes, poco mas ó menos como los nuestros, pero son raros, y su plumage no es tan bueno.

Al rededor de las rocas se encuentran cotorras de mar negras con el pico roxo, las alas y espalda de color de plomo con manchas negras, y lo restante de la parte

superior del cuerpo de un negro aterciopelado, matizado de verde. Varias veces hemos muerto páxaros de estas dos especies, y otras abubillas mas comunes, negras por arriba y blancas por debaxo, que anidan en los árboles.

Con la red cogimos sargos, elefantes, y algunos lenguados y acedias; y los naturales nos vendieron una especie de sargo de color plateado, y con una mancha negra en el cuello; ademas algunos congrios gruesos y un pescado muy parecido al sargo que pesaba de seis á siete libras. Por lo regular cogiamos con el anzuelo y á sedal un pescado negro, del grueso de una merluza, y otro del mismo tamaño roxizo, y con algunas barbas.

Se encuentran en las rocas excelentes ostras, la una nada comun y de mas de un pie de largo: hay tambien petunculos, enterrados entre la arena de las playas, y en algunos parages se hallan ostras muy pequeñas y de buen gusto, y otras varias especies de marisco.

Son muy raros los insectos, y solo vimos dos especies de tabanos, algunas mariposas, varias arañas, hormiguillas negras, una multitud de moscardones, cuyo murmullo se oia por todo el bosque, y la mosca de arenales, que es tan incómoda como el mosquito.

De animales reptiles solo hemos hallado dos ó tres clases de lagartijas que no hacen daño.

Es muy de notar que en una isla tan grande no se encuentren otros quadrúpedos que algunos ratones y una especie de zorrillo.

En el reyno mineral no hay cosa digna de notarse á excepcion de un jaspe verde ó piedra serpentina de la que hacen los Zelandeses sus hachas. Estiman mucho esta piedra, y acerca de su formacion tienen ideas supersticiosas que no pudimos comprender. Dicen que se halla esta piedra en un gran lago situado muy distante al Sur, y por las señas que nos dieron, nos pareció que se encontraba en parages poco poblados, y en pedazos como nuestro pedernal. Compramos una de casi diez y ocho pulgadas de largo, dos de grueso, y un pie de ancho, que parecia fragmento de otra mas grande.

Los naturales no exceden á los Europeos en su estatura ordinaria, y por lo regular no son tan bien hechos, particularmente de brazos, piernas y muslos. Esto procede de que permanecen lo mas del tiempo sentados y cubiertos con sus mantos, y lo aspero y montuoso del terreno les impide entregarse al exercicio que contribuye á la perfeccion del cuerpo. Sin embargo, hay excepciones, pues algunos tienen

muy buen talle, y fuertes los muslos; pero muy pocos hay robustos.

Su color es obscuro, y tira á bronceado: sus facciones tampoco son uniformes, y algunos se parecen á los Europeos. Por lo general tienen la cara redonda, los labios gruesos y la nariz chata ácia la punta; mas no es aplastada, ni sus bezos son tan gruesos como los de los Negros: no me acuerdo haber visto entre ellos una nariz propiamente aguileña. Sus dientes son regulares, blancos y bien ordenados; los ojos grandes y muy vivos, el pelo negro, liso y fuerte, cortado comunmente por detras, y atado ó cogido sobre la cabeza: algunos lo tenian crespo y de color castaño. Por lo regular la fisonomia de los jóvenes es franca y despejada; pero los de edad madura tenian un aspecto serio, reservado y ceñudo, particularmente para con los estrangeros. Las mugeres son mas pequeñas que los hombres, y en sus formas y facciones no se advierte mayor gracia que en éstos.

Es uno mismo el vestido de los dos sexôs: hombres y mugeres se cubren con una especie de tela de casi cinco pies de largo, y quatro de ancho, la que hacen del lino suave de que ya he hablado. Esta es su manufactura mas importante y complicada. Para hermosear este trage, le añaden algunos pedazos de piel de perro, variamente combi-

tenados. Las dos puntas de esta especie de tela, pasando sobre los hombros, se unen en el pecho, y sujetan este manto por la cintura con un cíngulo de estera. A veces toda la tela está cubierta de pedazos de piel de perro ó de plumas entretexidas, y esta es su mayor gala.

Adornan el pelo con plumas ó con peines de hueso y madera guarnecidos de conchas, ó con fibras de plantas entrelazadas. Así hombres como mugeres cuelgan de sus orejas agujereadas, ó mas bien hendidas, pedacitos de jaspe ó cuentas de vidrio, quando pueden adquirirlas. Algunos, aunque muy pocos, tienen una agujero en la parte inferior de la ternilla de la nariz, en el que no vimos adorno alguno: un Zelandés atravesó en él un palito para manifestarnos que este era su uso.

La cara de algunos está cicatrizada, y se ven en ella lineas espirales y otros dibujos de color negro, ó azul obscuro; mas no sabemos si es por capricho de su vanidad ó por particular distincion. Las mugeres solo tienen cicatrizados los labios, y la barbilla en algunos parages. Uno y otro sexô se untan á veces la cara y cabeza con una pintura roxa, que parece compuesta de ocre marcial mezclado con grasa. Las mugeres suelen llevar al rededor del cuello sartas de dientes de tiburon, ó de cuentas gruesas, que

nos parecieron huesos de un paxarito labrados de aquella forma, ó de unos caracolillos del pais: algunas traian delantales triangulares adornados de plumas de papagayo y de pedacitos de concha de perla, guarnecidos de dos ó tres ordenes de cuerdas para sujetarlos. Ví sombreros ó bonetes de plumas de páxaros, lo que puede tenerse por invencion de su luxo para el adorno, pues no acostumbran á cubrirse la cabeza.

Habitan en las orillas de las pequeñas bahias de que ya hecho descripcion, y viven en comunidad en número de quarenta ó cincuenta. Algunas familias viven separadas de las otras, pero entonces tienen contiguas sus chozas, generalmente muy malas. La mejor que he visto, tenia como unos treinta pies de largo, quince de ancho, y seis de alto, y estaba exâctamente construida al modo de las chozas de nuestros campos. El maderage interior era fuerte y regular; todas las partes estaban fuertemente trabadas con bejucos. En una de las extremidades habia un agujero quadrado que servia de puerta, y era necesario entrar por el de rodillas: otro habia mas pequeño cerca de éste, y parecia destinado para que saliese el humo, pues no descubrí otro respiradero. En mi concepto ésta era la mejor habitacion de todo el pais, y la ocupaba uno de los principales personages. La mayor parte de las

demas eran la mitad mas pequeñas, y muy rara la que pasaba de quatro pies de altura. Su construccion era mala, pero les servian de abrigo contra el viento y la lluvia.

Sus muebles se reducen á un corto número de canastillos, en que guardan sus anzuelos de pescar y otras vagatelas. Los Zelandeses se sientan junto á la lumbre, y es probable que duermen del mismo modo sin otra cubierta que la que traen de dia, la que puede ser dexen por la noche, pues se necesita poco para calentar unas chozas tan estrechas.

Sacan de la pesca la mayor parte de su subsistencia, usando de redes de varias clases y de anzuelos de madera, cuya punta está guarnecida con un hueso aguzado, y para el uso nos parecieron mas propios y acomodados que los nuestros por su figura y disposicion. Parece que mudan de domicilio siempre que no hay abundancia de pescado, ó tienen algun motivo de disgusto en donde se hallan establecidos. En efecto, vimos habitaciones en parages donde no habia alguna en nuestro segundo viage, y estaban desiertas las que entonces encontramos habitadas.

Sus piraguas estan perfectamente construidas, y los tablones colocados unos sobre otros, y trabados con fuertes bejucos.

Algunas tienen cincuenta pies de largo: suelen unir dos por medio de una balsa, y esto es lo que llamamos piraguas dobles; en las que caben treinta hombres y aun mas. Se ve con freqüencia en la popa una cabeza gruesa perfectamente esculpida y cargada de pintura, que representa á un hombre haciendo contorsiones colericas. Los remos tienen quatro ó cinco pies de largo, son estrechos y terminan en punta: quando reman con igualdad, camina la piragua muy velozmente; la vela, de que usan poco, es de estera en forma triangular, cuya parte mas ancha está colocada en lo alto del mastil.

No tienen otro modo de aderezar el pescado que asándolo ó cociéndolo en hornillos. Igualmente cuecen las raices y una porcion del tallo de helecho en un gran agujero que hacen en la tierra: lo abren despues y hallan en lo interior una substancia gelatinosa. Tambien comen otra raiz de helecho mas pequeño, que al parecer suple por pan, pues la secan y la llevan con gran cantidad de pescado seco quando mudan de domicilio, ó se alejan mucho de su casa: la golpean hasta ablandarla, luego la comen separando las fibras gruesas, y tiene un gusto dulce y harinoso que no es del todo desagradable.

Quando no se atreven á salir al mar, ó

mas bien quando no hay pescado, comen marisco; arrojan las conchas junto á sus chozas, y hacen de ellas grandes montones. Alguna vez se ven precisados á matar codornices, pinguinos, y abubillas que les sirven para variar el alimento. Crian ademas muchos perros para comerselos; pero no puede mirarse esta carne como un articulo principal de su sustento.

No habiendo en la Nueva Zelanda la menor señal de cultivo, resulta de estas observaciones, que los naturales no tienen mas arbitrios que el mar para subsistir, el que verdaderamente es muy pródigo en su favor.

Su cuerpo cubierto de grasa, y sus vestidos siempre sucios despiden un hedor intolerable: en comer son tan asquerosos como en sus personas, pues los hemos visto comer los piojos de que abundan sus cabezas.

Bebian el aceyte con la mayor ansia. Al derretir la grasa rancia de nuestros becerros marinos, la que conservabamos casi despues de dos meses, se ponian al rededor de las calderas como niños que ven alguna golosina; y estando á bordo no se contentaban con el aceyte que habia en los velones, sino que chupaban las mechas aun por la pavesa. Aunque parece que la Tierra de *Van Diemen* ofrece poca subsistencia, sin em-

bargo, sus habitantes no quisieron probar nuestro pan, siendo así que los Zelandeses lo comian con voracidad, y aunque estuviese medio podrido, lo devoraban con igual ansia. No se pueden explicar estos hechos por la grosería de su gusto, pues les vi probar algunos de nuestros manjares, y luego arrojarlos con un desagrado notable.

Para las maniobras tienen tanta invencion y destreza, como otro qualquier pueblo de igual cultura; pues sin instrumentos de metal hacen sus muebles, vestidos y armas; y todas sus obras son elegantes, fuertes, y ademas muy cómodas. Su principal herramienta tiene la forma de nuestras azuelas, y es, como el escoplo y la gubia, de la piedra verde ó jaspe de que hablé arriba: tienen tambien algunos instrumentos de una piedra negra, pulida y muy sólida. Sobresalen principalmente en la escultura, con que adornan todos sus muebles; y se conoce mas bien en la proa de sus piraguas, en que á veces se descubren algunos rasgos de gusto en el diseño, y una singular aplicacion y paciencia. Sus cuerdas de pescar son tan fuertes, y bien hechas como las nuestras, y sus redes igualaban en belleza á las de nuestros navios. El mayor trabajo que tienen, debe ser la fábrica de sus herramientas, pues la piedra es muy dura, y conjeturamos que para labrarla la frotan contra

otra, cuya operacion debe ser muy prolixa. Una concha ó un pedazo de pedernal ó jaspe les sirve de cuchillo, y no conocen mas barrena que un diente de tiburon puesto en un madero. Las sierrecitas que tienen son los dientes de los pescados cortados en puntas, los que afianzan en la parte convexa de un pedazo de madera bien esculpido; nos dixeron que solo se servian de ellas para dividir los cuerpos de sus enemigos muertos en las batallas.

No hay en el universo nacion mas sensible á las injurias, y mas dispuesta á la venganza, que ésta. Son por otra parte insolentes quando no temen el castigo; y esta falta es tan contraria al caracter del verdadero valor, que su ardor en vengar una injuria puede mirarse mas bien como efecto de un caracter feroz. Tambien parecen maliciosos y desconfiados; pues en su primera visita jamas se acercaban á los navios, sino que se mantenian en sus piraguas á alguna distancia para observar nuestros movimientos, y deliberar si convenia exponer sus personas. Roban quanto les viene á la mano, si tienen la menor esperanza de no ser descubiertos, y aun harian mayores excesos si creyesen poder executarlo con seguridad, pues no nos dexaban exâminar lo que nos traian, y se regocijaban quando creian habernos engañado.

No deben estrañarse estos vicios en los

pueblos donde no hay subordinacion, y de consiguiente pocas leyes, si es que hay alguna para castigar los delitos. La autoridad de un Zelandés no pasa de su familia; y quando se reunen para trabajar en la defensa comun, ó con otro designio, eligen por jueces á los que demuestran mas valor ó prudencia. Ignoro cómo terminan sus desavenencias particulares; pero en las que ví, aunque de poca consideracion, se mostraban muy alborotados, y cometian muchos desordenes.

Las varias tribus estan freqüentemente ó siempre en guerra unas contra otras; y la multitud de armas y destreza en manejarlas manifiestan que la guerra es su principal ocupacion. Sus armas se reducen á picas, patupatus, alabardas, y alguna vez piedras. Las picas son de madera muy dura, y desde cinco hasta veinte y aun treinta pies de largo; disparan las mas cortas como dardos. El patupatu es de forma eliptica, tiene casi diez y ocho pulgadas de largo, y un mango de madera, piedra, hueso, ó jaspe verde, siendo el arma que mas aprecian para las batallas. La alabarda tiene cinco ó seis pies de largo; termina en punta por una de sus extremidades, y presenta una cabeza esculpida, por la otra es ancha ó plana con las orillas cortantes.

Antes de entrar en batalla entonan una

cancion de guerra, y observan todos el mas exácto compás. Su cólera llega prontamente al ultimo grado de furor y frenesí, y hacen movimientos horribles con los ojos, boca y lengua para infundir terror á sus enemigos. Mas bien parecen demonios que hombres; y este horroroso espectáculo asustaria á los guerreros que no estuviesen acostumbrados á verlo. Tienen otra costumbre mas horrible y afrentosa para la naturaleza humana: hacen pedazos á sus enemigos vencidos, antes de que mueran, y despues de asarlos los comen no solo sin repugnancia, sino tambien con sumo gusto.

Se pudiera creer que hombres capaces de semejantes excesos no tuviesen compasion ni afecto alguno aun á los de su tribu: sin embargo, se les ve llorar la pérdida de sus amigos de un modo que supone alguna sensibilidad. Hombres y mugeres lloran tiernamente, quando sus parientes ó amigos mueren en las batallas ó de otra manera: se hacen grandes heridas en la frente y en las mexillas con conchas y pedazos de piedra, derramando abundancia de sangre de ellas, que se mezcla con sus lágrimas. Fabrican de unas piedras verdes una figura humana con ojos de nacar de perla, la que traen al cuello para acordarse de sus queridos. Sus afectos son tan fuertes, que á la vuelta de sus amigos ausentes, aunque por corto tiempo, se hie-

ren igualmente en el rostro, y enagenados con la alegria, gritan como frenéticos.

Los niños se acostumbran desde el principio á todas las acciones buenas ó malas de sus padres. Un niño ó niña de nueve á diez años hace los movimientos, contorsiones y gestos de que se valen los Zelandeses adultos para inspirar terror á sus enemigos; cantan tambien la cancion de guerra, y guardan perfectamente el compás.

Los Zelandeses cantan en tonadas no desagradables las tradiciones de sus antepasados, sus batallas y victorias, y otras cosas indiferentes. Son muy aficionados á esta diversion, y en ella emplean la mayor parte del tiempo, pasando asimismo muchas horas del dia en tocar la flauta.

Aunque su pronunciacion generalmente es gutural, no por eso es dura ni desagradable su lengua; y si podemos hacer juicio por la melodia de algunas de sus canciones, el idioma de la Nueva Zelanda tiene muchas qualidades de las que hacen las lenguas harmoniosas. No dexa de ser abundante, aunque parecerá pobre si se compara con nuestras lenguas de Europa, que deben su perfeccion á una larga serie de tareas. Habiéndolas cotejado con los idiomas de otras islas del mar del Sur, he visto palpablemente que tienen singular semejanza, ó mas bien un mismo fundamento.



CARTA CCCXVII.

Continuacion del viage.

El 25 de Febrero de 1777 salieron los dos navios de la Nueva Zelanda, y luego que perdieron de vista la costa, el mareo inspiró reflexîones tan tristes á los dos Zelandeses que Omai llevaba consigo, que estaban muy pesarosos, de su determinacion. Yo los consolaba y animaba quanto podia, pero inutilmente, pues en público y en secreto lloraban su locura en una especie de cancion, haciendo un elogio de su pais, de que para siempre se habian separado. Fue muy grande su arrepentimiento; pero cesó el mareo, y se disminuyó el pesar. Sus lamentos al cabo cesaron; poco á poco olvidaron á la *Nueva Zelanda* y á sus amigos, y se unieron tan estrechamente con la tripulacion, como si hubieran nacido en Inglaterra.

Al salir de la *Nueva Zelanda* me proponia llegar quanto antes á Otahiti, y no podia esperar descubrimiento alguno en esta travesia que habia hecho tantas veces. Los quadrúpedos y otros animales que queria dexar en las *islas de la Sociedad*, me

obligaban á hacer este viage con la prontitud posible, y aun otro motivo mas importante me precisaba á apresurarme; pero fue contrario el viento y á mi pesar tuve que detenerme en las *islas de los Amigos.*

El 29 de Marzo á las diez del dia descubrimos tierra, y se conoció al instante que era una isla de poca extension.

Vimos sobre un cabo, que ya habiamos doblado, muchos naturales que se arrojaron al mar para pasar al arrecife, en donde permanecieron luego que vieron que no nos deteniamos. Nos siguieron otros que se presentaron inmediatamente en varias partes del arrecife, los que se unian algunas veces en quadrillas, y gritaban juntos del mismo modo que los habitantes de la *Nueva Zelanda.*

A las ocho nos hallabamos por el traves de la parte Oeste Norueste de la isla bastante cerca de la costa para poder distinguir con nuestros anteojos muchos isleños apostados sobre una playa arenosa, y armados con picas largas y macanas, las que manejaban como amenazando, ó segun algunos de los de la tripulacion, de una manera amigable. Los mas estaban desnudos, á excepcion de un ceñidor que pasaba por entre sus muslos, y cubria las partes naturales. Algunos tenian sobre la espalda un manto de tela de varios colores y con listas longitudina-

les ó quadradas. Casi todos traian la cabeza rodeada de un adorno blanco que parecia un turbante, y á veces de un sombrero alto y de figura cónica. Tambien notamos que su color era obscuro, y su estatura mediana, pero robusta.

Echaron al agua con precipitacion una piragua en el extremo de la playa mas distante de nosotros: entró en ella un hombre, y se apartó de la costa. Juzgué que intentaba venir á nuestro navio, pero le faltó valor, y se volvió á tierra al instante: tomó entonces otro isleño, y vinieron remando ácia nosotros. Temian sin embargo acercarse, y se detuvieron. Habiéndoles hablado Omai en la lengua de Otahiti, se disipó su miedo y vinieron á colocarse cerca de nosotros para recibir cuentas de vidrio y clavos que les echamos atandolos á un pedazo de madera. Parecia que tenian miedo de tocar nuestros regalos, pues no desenvolvieron el atado: quizá esta reserva seria efecto de sus ideas supersticiosas, porque Omai me dixo que luego que nos habian visto dispuestos á obsequiarlos, habian pedido alguna cosa para su *Eatua* ó su Dios. Omai les preguntó si comian carne humana, y respondieron que no, con ayre de indignacion y de horror. Uno de ellos llamado *Murua* preguntado de donde procedia una cicatriz que tenia en la frente, respondió que eran

resultas de una herida recibida en una batalla contra los habitantes de una isla situada al Noroeste, quienes venian de tiempo en tiempo á su pais. Cogieron luego una de las cuerdas de la *Resolucion*, pero rezelando siempre entrar á bordo. Omai que los entendia bastante bien, comprendió que sus compatriotas les habian encargado la mayor reserva, y que supiesen de donde venia nuestra embarcacion, y el nombre de su Capitan. Por nuestra parte les preguntamos el de la isla, á la que llamaban *Mangia*, y nos dixeron que su xefe se llamaba Oruaika.

Murua era grueso, y de una estatura bien proporcionada, aunque no muy alto. Su fisonomia y caracter nos parecieron agradables, pues entre algunos gestos serios hizo varios festivos que demostraban bondad y alegria. Antes de coger la cuerda que estaba pendiente por la popa del navio, repitió algunas palabras en un tono devoto, y verosimilmente se encomendó á la proteccion de sus Dioses. Su color era tan claro como el de muchos habitantes de los paises mas meridionales de Europa. Su compañero no era tan blanco, y ambos tenian el pelo negro, largo, liso y atado sobre la cabeza con un pedazo de tela. Traian ceñidores como los isleños que habiamos visto en la costa; y reconocimos que fabrican sus telas de la corteza del moral de la China como los habi-

tantes de otras islas del mar del Sur. La tela del ceñidor era lustrosa como en las *islas de los Amigos*, pero la que llevaban en la cabeza era tan blanca como la de Otahiti: uno y otro traian sandalias de una especie de grama entretegida, y lo mismo los que estaban en la playa; esto seria para preservar los pies de las puntas de las rocas de coral. Su barba era larga, lo interior del brazo desde el hombro hasta el codo, y algunas partes del cuerpo estaban picadas ó *tatuadas*, segun costumbre de los naturales de casi todas las islas del mar pacifico. La ternilla de sus orejas estaba horadada, y era tan grande la abertura que el uno puso en ella un cuchillo y algunas cuentas de vidrio que les habiamos dado. Traia éste pendiente al cuello dos conchas bruñidas, y una trenza de pelo, que es el único adorno que advertimos. No vimos mas piraguas que esta en que vinieron, la que no pasaba de diez pies de largo, y era sumamente estrecha, y bien trabajada. Pasé en una canoa á buscar un lugar propio para desembarcar, y llevé conmigo algunos regalos para grangear la amistad de los isleños. Luego que sali del navio, se acercaron á mí los dos isleños que poco antes nos habian dexado; y Murua entró en mi canoa sin suplicarselo, y sin dudar un solo momento.

Encargué á Omai que me acompañaba,

le preguntase en donde podriamos desembarcar; y nos señaló dos parages en donde habia el peligro de llenarse de agua nuestras canoas, y aun el de perderse.

Mientras que reconociamos la costa, los naturales acudieron al arrecife en tropel, y armados como los que habiamos visto poco antes. Murua que estaba en mi canoa, creyendo verosimilmente que estos guerreros nos impedirian el desembarco, les mandó rerirarse y le obedecieron muchos, por lo que formé concepto de que tenia alguna autoridad en su pais; y en efecto era hermano del Rey, á lo que comprendimos. Era tal la curiosidad de los naturales, que muchos se arrojaban al mar, y llegaban nadando adonde estabamos: sin reserva alguna subian á bordo, y aun costó trabajo echarlos de los navios, y mucho mas el impedirles el tomar todo lo que hallaban á mano. Luego que conocieron que volviamos á nuestros navios, se fueron todos sino Murua que se quedó en mi canoa aunque con algun recelo, y me acompañó á bordo de la *Resolucion.*

Los quadrúpedos y otros objetos que vió en ella, y le eran estraños, le sorprendieron menos de lo que yo habia imaginado. Acaso el sobresalto le impedia toda su atencion: lo cierto es que estaba muy agitado, y que se alteró mas al ver que se apartaba

de la costa el navio al tiempo que llegamos. No se hallaba en estado de darme muchas instrucciones, y sin detencion hice echar al mar una canoa para llevarle á su isla. Al salir de mi camarote cayó sobre una de nuestras cabras; y superando la curiosidad al miedo se detuvo á mirar este animal, preguntando á Omai que páxaro era; y como éste no le respondiese prontamente, hizo la misma pregunta á algunos marineros. Luego que la canoa en que iba, se halló cerca de la costa, se tiró al mar y á nado llegó á tierra. Rodearonle al punto muchos isleños, que sin duda le exâminarian sobre todo lo que habia visto.

Al punto que llegó la canoa nos hicimos á la vela, sin haber podido desembarcar en esta isla que parecia muy propia para satisfacer nuestras necesidades. Está á los 21 grados 57 minutos de latitud austral, y á los 201, 53 minutos de longitud oriental. Los parages de la costa que registramos, estan rodeados de un arrecife de coral. Tiene esta isla cinco leguas de circunferencia, y es de una altura moderada y bastante igual. Quando el Cielo está sereno, se la descubre á diez leguas de distancia, pues aun la distinguiamos cerca de anochecer, sin embargo de haber andado siete leguas, y que la atmosféra estaba cargada de niebla. En medio de ella se descubren algunos cerros, des-

de cuya altura baxa el terreno en declive hasta la costa. La inclinacion del terreno se oculta con los arboles, que son de un verde obscuro y muy espesos, pero poco altos; y casi todos parecen de una misma especie, á no ser cerca de la ribera en donde hay un gran número de la *Dracaena*, que se halla en los bosques de la *Nueva Zelanda*.

Esta tierra debe abundar de todo genero de mantenimientos, pues era numerosa la poblacion, y estaban bien alimentados. Sin embargo carecen de cerdos y de perros, pero abundan en fruta de pan, bananas y taro.

La lengua de los habitantes de Mangia es un dialecto de la de Otahiti, pero su pronunciacion es mas gutural, asi como la de los Zelandeses. Estos isleños son de bella figura, y se parecen á los habitantes de las islas de la Sociedad y Marquesas, mas que ningunos de los que he encontrado en el mar del Sur. Tienen muy suave el cutis, y no se les perciben los musculos: segun pudimos juzgar, tienen la misma propension á los placeres que los Otahitinos: tambien es de presumir que su modo de vivir es parecido. Una de sus habitaciones que vimos, se diferenciaba muy poco de las de Otahiti. Quando saludán á un estrangero, tocan su nariz con la de él; pero ademas asen la mano de la persona á quien desean obsequiar, y la estregan con fuerza sobre su nariz y boca.



CARTA CCCXVIII.

Isla de Watiu.

Saliendo de Mangia, descubrí al dia siguiente otra tierra que resolví reconocer. Al punto que nos descubrieron los naturales, vinieron algunas piraguas al rededor de los navios: echamosles cuchillos, cuentas de vidrio y otras vagatelas, y ellos nos dieron algunos cocos que les pedimos, pero no en cambio de lo que les habiamos dado, pues no tenian ninguna idea del tráfico, y parecia que estimaban poco nuestros regalos. A pocas instancias que les hicimos, subieron á bordo sin mostrar el menor recelo ni desconfianza.

Traxeronme despues un regalo de bananas de parte del Rey. En otra piragua grande vinieron doce isleños, y al acercarse al navio, recitaban ciertas palabras á coro; uno de ellos se levantaba é indicaba la palabra que los demas debian repetir. Concluida su cancion, se acercaron á la Resolucion, y preguntaron por el Capitan; luego que me presenté, me regalaron un lechoncillo y cocos. El que parecia el principal, me dió ademas una pieza de estera luego que subió á bordo.

Algunos objetos de los que vieron en el navio les causaron admiracion, pero ninguno fixó su atencion. Temian acercarse á los caballos y vacas, y no podian comprehender la naturaleza de estos quadrupedos: los carneros y cabras les parecian de naturaleza de aves, segun nos dieron á entender.

Estos isleños eran de mediana estatura, y se parecian mucho á los de Mangia, aunque su color era mas obscuro. Se atan el cabello en lo alto de la cabeza, ó lo dexan suelto por los hombros; y aunque algunos lo tenian naturalmente rizado, lo general era tenerlo lacio. Observamos variedades en sus fisonomias, y algunas mugeres eran bastante blancas. Llevaban casi el mismo trage que en Mangia: tenian las orejas agujereadas y no hendidas, y tenian tan picada la piel desde la rodilla hasta el talon, que parecia llevaban botas. No se cortan la barba, y cubren sus pies con una especie de sandalias lo mismo que los de Mangia. Su aspecto anunciaba franqueza, alegria y buen genio.

Envié á Mr. Gore con otros para que buscasen un lugar propio para dar fondo, y se informasen de la naturaleza de la isla. Al acercarse á la costa, habia acudido gran número de isleños, y traxeron á nado cocos. Omai les dió á entender que deseabamos desembarcar, y nos ayudaron con la

mayor destreza á vencer la fuerza de la resaca, desembarcándonos sanos y salvos sobre el arrecife: despues nos asieron por debaxo de los brazos para sostenernos en medio de las rocas puntiagudas que debiamos pasar para llegar á la playa, donde fuimos recibidos por otros muchos isleños, que tenian en las manos ramas verdes, y nos saludaron tocando sus narices con las nuestras.

Nuestras guias nos hicieron señal para marchar adelante; rodeábanos tan gran tropel de gente, que no hubieramos podido movernos, si unos hombres, que parecian revestidos de alguna autoridad, no nos hubieran abierto paso á fuerza de golpes. Conduxeronnos á una calle de palmas, y poco despues encontramos una tropa de guerreros, formados en dos filas, y con sus macanas al hombro como nuestros soldados el fusil. Pasamos por medio de estos guerreros, y hallamos un xefe sentado en tierra con las piernas cruzadas, que se hacia ayre con un abanico triangular, formado de una hoja de cocotero y con un mango de madera negra pulimentada. Tenia en las orejas unos manojos de plumas roxas con las puntas ácia adelante; este era todo su adorno, y no vimos ninguna otra insignia de su dignidad. Sin embargo, le obedecian con mucho esmero: su aspecto era grave sin severidad. Al-

gunos de los que parecia tenian mas autoridad, nos dixeron que le saludasemos.

Continuamos caminando por entre gente armada, y encontramos otro xefe sentado, con plumas roxas en las orejas, y abanicándose como el primero: parecia de unos treinta años, pero era muy notable su gordura. Del mismo modo nos conduxeron á presencia de otro xefe, que parecia mas viejo que los otros dos, y que era muy grueso, sin ser tan gordo como el segundo. Estaba sentado y adornado como los otros; le saludamos igualmente, y nos rogó nos sentasemos, lo qual nos agradó mucho, porque estabamos muy cansados de andar, y fatigados del calor por la mucha gente que nos rodeaba.

Poco despues se mandó á la gente hacer lugar, y á distancia de unas treinta varas vimos veinte mugeres jóvenes adornadas con plumas roxas como los xefes: danzaban con un compás lento y grave, cantando en coro. Levantámonos y nos acercamos á ellas: y aunque parecia que nuestra figura y trage las debia sorprender, continuaron su danza y música sin poner la menor atencion en nosotros. Parecian dirigidas por un hombre, que las indicaba las varias actitudes que debian tomar. No mudaban de sitio, solamente movian los pies y los dedos con una agilidad increible: tenian las manos junto al rostro,

y de quando en quando daban palmadas. Llevaban el compás con la mayor exâctitud, y juzgamos que habian sido escogidas para esta danza, porque no vimos otras tan hermosas entre todas las que nos rodeaban. Por lo general eran mas bien gruesas que delgadas, sus cabellos rizados ondeaban sobre los hombros, y tenian el color bazo: sus facciones eran algo groseras, pero los ojos muy negros. Su fisonomia expresaba la dulzura y modestia, que son peculiares del sexô en todos los paises del mundo; pero lo estrañamos mas en esta isla. En su talle y formas se notaba cierta elegancia. Mientras contemplabamos esta danza, nos llamó la atencion un ruido semejante al de una tropa de caballos á galope, y volviéndonos ácia el lado de donde procedia, vimos á los guerreros armados de sus macanas que se perseguian unos á otros, lo qual juzgamos seria para darnos este espectáculo de un combate fingido.

Los tres xefes se llamaban Oterú, Taru y Fatovira, cada uno de los quales recibió un regalo de nuestra parte. Omai que nos servia de interprete, les dixo el fin por qué habiamos desembarcado, que era para adquirir víveres: respondiéronle que al dia siguiente nos suministrarian provisiones. Era suma la curiosidad con que nos miraban y registraban los vestidos y cuerpos, y de pa-

so nos desocuparon los bolsillos de todo lo que llevabamos: el xefe á quien nos quejamos, justificó á los ladrones. Esto me hizo sospechar que intentaban detenernos presos, para lo qual nos habian separado unos de otros. Manifesté que queria comer, y al punto me traxeron cocos, fruta de pan, y una especie de pastel accido, que me presentó una muger. Quejeme de que me incomodaba mucho el calor causado por el tropel que nos rodeaba, y el mismo xefe empezó á abanicarme, y me dió una pieza de tela que traia rodeada á la cintura. Quisimos dirigirnos á la playa, pero nos detuvieron; esto aumentó nuestras sospechas, y en particular Omai, viendo que estaban caldeando un hornillo en tierra, preguntó si intentaban asarnos? Los isleños horrorizados de esta pregunta, le dixeron que si acostumbrabamos nosotros hacerlo así? Yo sentí mucho esta indiscrecion de Omai.

Detuvieronnos como presos la mayor parte del dia; unas veces estabamos juntos, las mas separados, y siempre rodeados de inmenso gentío, que no se contentaba con mirarnos. Nos hicieron desnudar varias veces para exâminar el color de nuestros cuerpos, y quando nos habian registrado á su placer, expresaban su contento con un murmullo de aplauso.

Conociendo sin duda el disgusto que nos

causaba su curiosidad importuna, trataron de contentarnos con varias demostraciones de amistad: traxeron ramos verdes, y plantándolos en tierra, nos dixeron que nos sentasemos y los tomasemos en las manos. Un cerdo que vimos junto al hornillo disipó las inquietudes de Omai, pues conoció que iban á asarlo para que comiesemos.

Yo recogí algunos pedazos de coral, y me mandaron que los soltase; rehusándolo yo, me los quitaron por fuerza: habia tambien recogido algunas plantas, y tampoco me permitieron guardarlas. Omai me advirtió que era mal hecho el haber tomado los pedazos de coral y coger las yerbas, porque en las islas del mar del Sur nadie puede tomarse esta licencia hasta despues de haber sido festejado por dos ó tres dias.

Viendo que el mejor medio para que nos tratasen bien era sometemos á sus caprichos, volvimos al primer parage de donde nos habiamos separado, y entonces nos prometieron darnos una piragua para que nos conduxese á nuestras embarcaciones luego que hubiesemos comido.

El segundo de los xefes, á quienes fuimos presentados por la mañana, se sentó en un banco ancho, poco elevado, de una madera negra bien pulimentada: mandó á la multitud que formase un gran círculo, y nos hizo sentar junto á sí. Traxeron pri-

meramente gran cantidad de cocos, y despues un gran canasto verde lleno de bananas cocidas: pusieron delante de cada uno de nosotros un pedazo del cerdo asado, y nos mandaron comer.

Como se acercaba la noche, les diximos que deseabamos volvernos á nuestros navios: consintieron en ello, y quisieron que nos llevasemos lo restante de las provisiones que nos habian preferido. Antes de partir, dieron de beber á Omai de aquel brebage de ava, á que él estaba acostumbrado. Tenian preparada una piragua, y nos conduxeron á ella con la misma destreza que al desembarcar. En esta ocasion nos dieron nuevas pruebas de su propension al hurto; porque un isleño de alguna consideracion que nos acompañaba, aprovechándose de mi descuido, me robó un saco que yo habia guardado con harto trabajo todo el dia, donde llevaba una pistola que sentia mucho perder. Luego que lo advertí, di gritos manifestando el mayor enfado; el ladron me trajo el saco á nado, pero quiso persuadirme que no lo habia hurtado. Luego que nos pusieron á bordo de las canoas, dexaron en ellas cocos, bananas y otras provisiones.

La especie de prision en que nos tuvieron todo el dia, no nos permitió hacer muchas observaciones sobre la isla. Desde luego admiramos la multitud de sus habitan-

tes, cuyo número seria á lo menos dos mil: los que nos recibieron en la playa no eran nada en comparacion de los que descubrimos en lo interior. Tambien notamos que la mayor parte de los que habiamos visto á bordo de los navios, eran de una clase inferior, pues gran parte de los que vimos en tierra, eran mas blancos y tenian presencia mas noble. Sus cabellos largos, negros y espesos estaban por lo regular atados sobre la cabeza: la mayor parte de los jovenes podian servir de modelo en lo que es el cuerpo; sus rostros eran tan delicados como los de las mugeres, y parecian de un caracter no menos dulce que ellas. Los de edad mayor eran gruesos; todos tenian el cutis muy fino. Un tonetele de tela ó de estera les cubria desde la cintura hasta la mitad del muslo; algunos tenian una especie de chaqueta sin mangas, de una esterilla fina, mezclada de blanco y negro: otros tenian sombreros de figura cónica, hechos de filamentos de cocos, entretexida con pedacitos de concha. Tenian horadadas las orejas, y adornadas con flores olorosas ó yerbas. Los xefes se quitaron sus plumas roxas, luego que se acabó la ceremonia de nuestra presentacion, sin duda estas plumas son una insignia de distincion, pues no las vimos sino en ellos, y en las mugeres que danzaron.

Algunos hombres tenian picados los la-

dos y la espalda de un modo particular, y en las piernas de las mugeres se veia la misma labor. Esta especie de adorno nos pareció reservada á los mas distinguidos, y estos eran tambien muy gordos, á no ser los jovenes. Las mugeres de edad avanzada tenian corto el cabello; muchas de ellas estaban cubiertas de cicatrices, que formaban lineas obliquas en la parte anterior del cuerpo, y algunas de estas cicatrices eran tan recientes que se veia en ellas la sangre coagulada. Las mugeres se nos presentaron sin reserva, pero no excedieron los términos de la modestia. Exceptuando algunos de ellos, en cuyo rostro y cuerpo se veian grandes llagas, efecto de las heridas que ellos mismos se habian hecho, no observamos ninguna deformidad en los dos sexôs. El número de viejos y viejas no era proporcionado á la gran multitud que nos rodeaba; quizá los de esta edad no tendrian fuerzas ni deseo para venir á vernos de lejos. Habia muchos niños y muchachos; éstos, como tambien muchos hombres, se subian á los arboles para vernos.

Casi la tercera parte de los hombres estaban armados de macanas y lanzas, y traian colgadas de estas armas canastillos, telas y otras cosas. Las macanas eran por lo regular de unos seis pies de largo, de una madera dura y negra, bien pulimentadas en to-

das sus partes. Las lanzas eran de la misma madera, como tambien la punta; tenian ordinariamente mas de doce pies de largo, y tambien habia otras mas cortas que les servirian de dardos.

El parage en que pasamos el dia estaba cubierto de arboles, á cuya sombra retiran las piraguas para defenderlas del sol. Las embarcaciones que vimos eran como todas las del mar del Sur, y algunas estaban pintadas con la mejor simetria.

Omai nos hizo en esta ocasion el servicio mas importante, pues ademas de servirnos de intérprete, infundió tal terror á los isleños con la descripcion de los efectos de nuestras armas de fuego, comprobandolo con la experiencia de un cartucho que quemó en su presencia, que sin duda se debe atribuir á esto el habernos dexado volver á los navios. Lo mas singular fue que en aquella isla encontró tres compatriotas suyos: como las islas de la Sociedad distan de esta mas de doscientas leguas, y sus embarcaciones son demasiado imperfectas y débiles para atravesar tan grande espacio de mar; este acaecimiento se debe considerar como una prueba del modo con que se han poblado las islas del mar del Sur. Es facil de imaginar el gran placer que tendria Omai al ver á sus paisanos: éstos le contaron que se habian embarcado en Otahiti en número de

veinte personas entre hombres y mugeres para pasar á Ulieta. Un viento contrario é impetuoso les impidió llegar á su destino, y el volver al puerto de donde habian salido. Como habian embarcado pocos viveres, se les acababan bien pronto: pasaron muchos dias sin comer ni beber agitados de la tempestad: el hambre y la fatiga fueron acabando con ellos, y no quedaban mas que quatro, quando la piragua se volcó. Sin embargo, tuvieron la destreza de asirse de su borde, y se mantuvieron así colgados algunos dias hasta que fueron arrojados á las cercanias de esta isla. Los naturales de ella enviaron al punto canoas á recogerlos, y los sacaron á tierra: el uno de ellos murió, y los otros tres, que contaron este suceso prodigioso á Omai, ponderaron mucho el buen trato que les habian dado los isleños. Les estaban tan agradecidos y tan contentos con su suerte, que no quisieron admitir el partido que les hicimos de volverlos á su patria. Hacia mas de doce años que estaban en aquella isla, pues no tenian noticia de la llegada á Otahiti de Mr. Wallis, ni sabian ninguno de los grandes sucesos que en este tiempo habian acaecido en las islas de la Sociedad.

Aunque el desembarco de mi gente en esta isla no produxo el efecto á que yo aspiraba, que era hallar fondeadero, fue una felicidad este encuentro de aquellos Otahiti-

nos, pues su historia explica mejor que todas las conjeturas de los sabios el modo con que se han poblado las regiones mas remotas, y en particular las islas del mar del Sur, donde son muy comunes semejantes acaecimientos. Con este hecho se explica la semejanza que se halla en la lengua, usos y costumbres de varias islas de este mar, distantes entre sí muchos centenares de leguas; y se comprueba lo que sobre este particular he dicho en otra parte.

Los naturales del pais dan á esta isla el nombre de Wtiu: yace á los 20 grados 1 minuto de latitud austral, y 201, 45 minutos de longitud oriental. Tendrá unas seis leguas de circunferencia: es de muy bello aspecto; se descubren en ella collados y llanuras, y está cubierta de una verdura de varios matices. Sus producciones son casi las mismas que en las islas de la Sociedad. Segun lo que Omai averiguó de sus paisanos, parece que las costumbres, usos y religion son tambien semejantes.

CARTA CCCXIX.

Continuacion del viage.

De aquí pasamos á descubrir otras dos islas llamadas Wenua y Hervey: la primera yace á los 19 grados 15 minutos de latitud austral, y 201 grados 37 minutos de longitud oriental, distante unas tres ó quatro leguas de Watiu: tendrá unas tres millas de circunferencia, y sus producciones son casi las mismas que las de ésta. Aunque está despoblada, hay muchos indicios de haber estado habitada antes.

Dirigime despues á la isla de Hervey, que habia descubierto en mi primer viage en 1773, la qual dista de la otra como unas quince leguas. Los isleños vinieron en canoas, y por mas instancias que les hicimos, no quisieron subir á bordo. Dieron muestras de mucha ferocidad, é intentaron robarnos todo lo que estaba fuera de los navios. Nos dieron peces y conchas en cambio de algunas bagatelas que recibian con ansia. No se parecian á los isleños de Watiu ni en la figura ni en el caracter: el color de estos de Herveis es mas obscuro, su fisonomia era tosca y feroz; algunos eran bastante blancos: tenian suelto el cabello, que

era negro y recio, y otros le llevaban atado en trenzas, ó sobre la cabeza: algunos lo tenian corto, y notamos algunos de ellos de color castaño. Todo su vestido se reducia á una esterilla estrecha, que dándoles algunas vueltas á la cintura, pasaba por entre las piernas. Vimos un sombrerillo muy lindo de plumas roxas en una de las piraguas: no tenian mas adornos que un pedazo de concha de perla colgado al cuello, y no tenian picado el cuerpo. Sin embargo de estas diferencias, su idioma era mas semejante al de Otahiti, que el de Mangei y Watiu. Segun lo que nos dixeron, su isla no produce bananas ni fruta de pan; no tienen cerdos ni perros, y se mantienen unicamente de cocos, pescados y tortugas.

No habiendo encontrado en todas estas islas los socorros que necesitaba, me dirigí á las islas de los Amigos, en donde pasé algun tiempo, y de allí volví á Otahiti. Dixeronme los Otahitinos que habian estado en su isla unos navios estrangeros, que segun las señas eran Españoles; y aunque no supieron decirnos el objeto de su venida á Otahiti, parece que se portaron tan bien con estos isleños, que siempre nos hablaron de ellos con expresiones del mayor respeto y estimacion.

No creo necesario detenerme en repetir lo que ya os he dicho acerca de esta isla,

solo añadiré aquí la descripcion de un sacrificio humano á que asisti. Ya os dixe, que al tiempo de mi última partida de Otahiti se estaba disponiendo una grande expedicion contra la isla de Eimeo, llamada mas comunmente *Morea*: el suceso de esta empresa fue que hallaron tanta resistencia los Otahitinos, que se volvieron muy maltratados. Desde entonces habian estado en guerra las dos naciones, quando yo llegué en esta última ocasion, se disponia otra expedicion, y me quisieron persuadir que les ayudase, pero yo me excusé diciendo, que los de Eimeo no me habian hecho ningun daño, y que era injusto que yo los tratase como enemigos; con esto se dieron por satisfechos. Towha, que habia mandado la expedicion primera contra Eimeo, parece que estaba tambien destinado á dirigir esta, pues envió á decir á Otu, que acababa de matar á un hombre para ofrecerlo en sacrificio al Eatua, á fin de implorar su asistencia contra Eimeo. Este sacrificio debia hacerse en el gran morai de Atahuru, y juzgué que la presencia de Otu seria necesaria para este efecto. Roguele me permitiese acompañarle en esta ocasion, y habiendo consentido en ello, nos embarcamos en una canoa. Desembarcamos de paso en una isleta, donde encontramos á Towha con la gente de su comitiva. Luego que estos dos xefes habla-

ron entre sí, Towha volvió a implorar mi socorro; mi negativa le causó mucho enfado.

Llegamos á Atahuru á las dos de la tarde: Otu me encargó mandase á los marineros permanecer en la canoa, y que quando estuviesemos en el morai, nos quitasemos los sombreros. Dirigimonos al morai, acompañandonos gran multitud de hombres y muchachos, pero no vimos ninguna muger. En el morai nos esperaban quatro Sacerdotes con sus asistentes: el cadaver del infeliz que iban á sacrificar á sus dioses, estaba en una piragua pequeña arrimada á la orilla del agua: dos Sacerdotes y varios asistentes estaban junto á la piragua, los demas en el morai. Paramonos á unos veinte pasos de los Sacerdotes; el concurso se mantuvo mas retirado.

Las ceremonias empezaron por presentar uno de los asistentes á Otu un ramo de bananas; otro trajo un manojo de plumas roxas, y tocando con una de ellas el pie de Otu, se retiró adonde estaban sus compañeros. Un Sacerdote sentado en el morai enfrente de la plaga hizo una oracion larga, y de quando en quando enviaba ramas de bananas que iban poniendo sobre la victima. Durante esta oracion, un hombre que estaba en pie junto al Sacerdote rezador, tenia en las manos dos paquetes como de tela;

despues vimos que el uno de ellos contenia el *Maro* Real, y el otro *la caxa del Eatua.* Concluida la oracion, los Sacerdotes del morai y los sirvientes fueron á sentarse en la playa, y llevaron los dos paquetes: repitieron allí sus oraciones, durante las quales fueron quitando los bananeros uno por uno de encima de la victima con el mismo orden con que los habian puesto: despues sacaron el cadaver de la piragua, y le tendieron en la orilla con los pies vueltos ácia el mar. Sus Sacerdotes se colocaron junto á la victima, unos sentados y otros en pie, y repitieron ciertas frases con algunas pausas: despues descubrieron el cadaver, quitando todas las ramas que tenia encima, y le colocaron en linea paralela con el agua. Uno de los Sacerdotes puesto junto á los pies de la victima, hizo una larga oracion, acompañándole otros; cada uno de ellos tenia un manojo de plumas roxas en la mano. En medio de la oracion cortaron algunos cabellos al difunto, le arrancaron el ojo izquierdo, y envolviéndolos en una hoja verde, los presentaron al Rey Otu: éste no lo tocó, pero dió al que se lo presentaba, el manojo de plumas que habia recibido de Towha: los cabellos y el ojo fueron vueltos al Sacerdote con el manojo de plumas. Otu les envió despues otras plumas, que me habia

metido en el bolsillo desde por la mañana encargándome que las guardase. Mientras se hacia esta ceremonia, se oyó un páxaro moverse entre las ramas de los arboles: Otu volviéndose á mí, dixo: *éste es el Eatua*, y quedó muy contento con el presagio. ¡Con tan miserables artificios engañan aquellos malvados Tajuas á los pobres Otahitinos!

El cadaver fue conducido algunos pasos mas allá, y le pusieron con la cabeza vuelta ácia el morai, baxo de un arbol, cerca del qual habia tres pedazos de madera delgados y anchos, llenos de esculturas groseras, diferentes unas de otras. Pusieron los paquetes en el morai, y las plumas roxas á los pies de la victima: los Tajuas ó Sacerdotes se colocaron al rededor de ella, y nos dexaron acercar todo lo que quisimos. El que hacia de principal Sacerdote estaba sentado cerca; habló por espacio de un quarto de hora, variando el gesto y la inflexîon de la voz: se dirigia siempre á la victima, y parecia que la daba reprensiones: la hacia varias preguntas, sobre si habia sido justo matarle: otras veces le dirigia sus oraciones, como si el difunto tuviese bastante autoridad con el Eatua para conseguir lo que se deseaba. Principalmente comprehendimos que le suplicaba que entregase en manos de los Otahitinos á Eimeo, su xefe Maheine, sus mugeres, cer-

dos y todo lo que hubiese en aquella isla. En efecto este era el unico objeto de aquel sacrificio. Cantó en tono lamentable una oracion que duró media hora; otros dos Sacerdotes y parte de los concurrentes le acompañaron en esta oracion. Uno de los Sacerdotes arrancó de la cabeza del difunto algunos cabellos que puso sobre unos paquetes de tela: despues el principal Tajua hizo oracion solo, teniendo en la mano las plumas que Towha habia dado á Otu. Concluida su oracion, dió estas plumas á otro Sacerdote, el qual oró del mismo modo. Las plumas fueron puestas sobre los paquetes de tela, y se mudó el lugar de la escena.

Llevaron el cadaver á la parte mas visible del morai, juntamente con los paquetes, plumas y tambores; las plumas y las telas fueron puestas sobre las paredes del morai, y la victima debaxo. Volvieron á rodearla los Tajuas, y sentándose repitieron sus oraciones, al mismo tiempo que algunos sirvientes abrieron un hoyo de dos pies de ancho al pie del cadaver, echándole en él y cubriéndole de tierra y de piedras. Al tiempo que metian el cuerpo en la sepultura, un muchacho dió algunos gritos, y Omai me dixo, que aquel era el Eatua. En este tiempo habian preparado una hoguera; traxeron un perro, y le torcieron el cuello hasta ahogarle: pelaronle pasándole por encima de las

llamas, y sacándole las tripas, las arrojaron á la hoguera. Asaron el corazon, el hígado y los riñones, poniéndolos sobre unas piedras calientes por algun rato; despues untaron todo el cuerpo del perro con la sangre que habian recogido en una cáscara de coco, y todo lo pusieron delante de los Sacerdotes que hacian oracion al rededor de la sepultura. Continuaron por algun tiempo haciendo oracion sobre el perro, al mismo tiempo que dos hombres tocaban reciamente los tambores. Un muchacho dió tres grandes gritos, y nos dixeron que era para convidar al Eatua á que se regalase con la comida que le preparaban.

Quando los Sacerdotes hubieron acabado sus oraciones, pusieron el cuerpo del perro con sus entrañas sobre un tablado de seis pies de alto que estaba allí cerca: en él vimos dos grandes cerdos y dos lechoncillos, que habian ofrecido antes al Eatua, y despedian un hedor insufrible, el qual nos hizo alejar de allí, pues nos habian dexado acercar todo lo que quisimos. Desde este punto no observamos en los espectadores aquel recogimiento y atencion que habian tenido durante las ceremonias, las quales se concluyeron con una aclamacion de los Sacerdotes y de sus sirvientes. Como se acercaba la noche, nos conduxeron á casa de Potatu, donde cenamos y dormimos. Nos ha-

bian dicho que por la mañana se harian nuevas ceremonias, y no quise dexar de verlas.

Pasamos muy temprano al lugar de la escena, en donde todo estaba aun tranquilo; pero poco despues sacrificaron un cerdo, dexándole sobre el tablado. A las ocho Otu nos conduxo al morai, donde se habian juntado los Sacerdotes y gran número de espectadores. Los paquetes permanecian en el parage en que los habian puesto el dia anterior; los dos tambores estaban algo mas apartados, y Otu se colocó en medio de ellos, diciéndome que me pusiese á su lado.

La ceremonia empezó del mismo modo que el dia anterior; se repitieron las oraciones, y durante este tiempo llevaron las plumas una á una sobre la caxa del Eatua. Poco despues traxeron quatro lechones; mataron el uno de ellos, y los otros tres fueron conducidos á un establo. Abrieron uno de los paquetes y sacaron el *maro*, que es la insignia Real, y le extendieron delante de los Sacerdotes. El maro es un cíngulo de unas cinco varas de largo, y de quince pulgadas de ancho, y parece que el Monarca se lo ciñe al rededor de la cintura. Estaba adornado de plumas amarillas y roxas: las plumas y los bordados hacian muy bello efecto. Sus Sacerdotes hicieron una larga oracion relativa á esta parte de la ceremonia, y despues de concluida, envolvieron con cuidado el

maro, y metiéndole en el paquete, le volvieron á poner sobre el morai.

Abrieron el otro paquete, que he llamado *caxa*, pero no nos dexaron acercar bastante para exâminar las cosas misteriosas que contenia; solamente nos dixeron que se ocultaba allí el Eatua á quien acababan de hacer aquel sacrificio. Esta caxa se componia de fibras de coco entretegidas en figura de pan de azucar. Despues limpiaron el cerdo, y le sacaron las entrañas, las quales hacian aquellos movimientos convulsivos que son naturales en todo animal moribundo; los isleños los interpretaron por un agüero favorable de la expedicion á que se dirigia el sacrificio. Tuvieronlas expuestas algun tiempo para que los naturales pudiesen exâminar el supuesto favorable agüero, y despues las llevaron á los pies de los Sacerdotes. Mientras el uno decia una oracion, otro exâminaba atentamente las entrañas, revolviéndolas con un palito, y despues de bien exâminadas, las echaron al fuego. El cuerpo del cerdo fue puesto sobre el tablado en que habian colocado el perro el dia anterior; encerraron en la caxa del Eatua todas las plumas, y se dió fin á la ceremonia. Toda la mañana hubo quatro piraguas dobles sobre la playa delante del lugar del sacrificio con varios adornos misteriosos: dixeronnos que las piraguas pertenecian al Ea-

tua, y que debian acompañar á la esquadra en la expedicion contra Eimeo.

El infeliz á quien sacrificaron en esta ocasion, me pareció un hombre de edad madura: supimos que era de la clase de los *tutus*, que es la infima de Otahiti. Hice sobre esto varias pesquisas, y no hallé que hubiese sido designado por victima por ser reo de algun delito capital. Lo mas comun es sacrificar en estas ocasiones á los que han cometido algun grave delito, ó los tutus que andan vagueando de una á otra parte sin domicilio fixo, de que hay muchos en esta isla. Exâminando el cadaver, observé que tenia ensangrentada la parte posterior de la cabeza, y una grande contusion en la sien derecha; por aquí pude inferir el modo con que le habian asesinado, y en efecto me dixeron que le habian muerto á pedradas.

Las victimas ignoran la sentencia pronunciada contra ellas, y nada saben hasta el punto de recibir el golpe mortal. Quando uno de los xefes principales juzga por necesario uno de estos sacrificios, él mismo señala al que ha de ser sacrificado; despues envia algunos de sus mas fieles criados, los quales acometiendo al infeliz, le matan á golpes, ya con macanas, ya con piedras. Avisan al Rey, cuya presencia es absolutamente necesaria para las ceremo-

nias del sacrificio. Junto al morai habia una especie de plataforma, en la qual colocan los craneos de los que han sido sacrificados, pues los desentierran algunos meses despues.

Causa horror ver establecida esta bárbara costumbre en las islas del mar del Sur, y espanta ver la fuerza de la supersticion, que destruye todos los sentimientos naturales en unos pueblos que estan ya distantes de la vida salvage. Lo que mas afliccion causa es considerar que esta atrocidad se halla esparcida probablemente por todas las islas del mar Pacifico, y en particular lo supimos de las islas de los Amigos, de donde se puede inferir quan grande será la multitud de estas victimas. Es muy probable que estos horribles sacrificios son demasiado freqüentes en Otahiti; porque conté quarenta y y nueve craneos expuestos delante del morai, y segun las apariencias, hacia poco tiempo que estaban allí puestos.

Quando pregunté á los Sacerdotes acerca del origen y objeto de esta barbarie, me respondieron con mucha serenidad, que era una costumbre antigua, agradable á su Dios, que gustaba de victimas humanas, ó segun su expresion, *se alimentaba de ellas*; y que por este medio conseguian todo lo que deseaban: que el dios venia por la noche y se alimentaba de la parte sutil de la victima,

que segun su doctrina, permanecia al rededor del morai hasta que el cadaver se hubiese corrompido enteramente.

No me detendré mas en estas circunstancias que horrorizan. Es constante que estos isleños tienen ademas otras costumbres barbaras: arrancan las mandíbulas de los enemigos que mueren en las batallas, y aun ofrecen sus cadaveres en sacrificio al Eatua. Quando alguno de sus xefes muere en batalla, le sacan las entrañas, las ponen sobre el altar, y despues entierran los cuerpos separados.

Habiendome preguntado Towha mi parecer sobre el sacrificio, le manifesté todo el horror é indignacion que me habia causado. Omai que nos servia de interprete, le explicó todas mis razones con la mayor energia, reprendiendole agriamente, y últimamente añadió, que si en Inglaterra hubiera muerto á un hombre de aquella manera, su dignidad no le hubiera librado de la horca, lo qual causó la mayor cólera á Towha.

Otra de las cosas raras que observé en esta mansion en Otahiti, fue un cadaver embalsamado. Este era de un xefe, á quien habiamos conocido, y hacia quatro meses que habia muerto. Estaba envuelto el cadaver en piezas de tela, y no tenia indicio ninguno de putrefaccion. Dixeronnos que apenas muere el que ha de ser embalsama-

do, le sacan las tripas y entrañas por el ano, y llenan todo el hueco de telas; que desecan toda la humedad que hay sobre la piel, y despues frotan todo el cuerpo con aceyte de cocos perfumado, con lo qual se conserva por mucho tiempo sin corromperse. Omai nos dixo, que para esto se sirven del zumo de una planta que se cria en las montañas, y de aceyte de coco; que laban muchas veces el cuerpo con agua del mar; y que de este modo conservan los cuerpos de los xefes principales, que mueren de muerte natural; que los dexan expuestos al público por mucho tiempo; despues los manifiestan en un rincon del morai en los dias que no llueve, y que al cabo de tiempo no vuelven á verlos, sino raras veces.

Antes de partir de Otahiti, tuve el consuelo de ver restablecida la paz entre estos isleños y los de Eimeo. De aquí pasé á otras islas de este Archipiélago, de que ya he hablado en mis viages anteriores, y dexé á Omai establecido en la isla de Ojaine, de donde pasamos á la de Orayatea.

Los habitantes de Orayatea son por lo general mas pequeños y mas negros que los de las islas vecinas; parece tambien que viven en mayor desorden, lo qual puede proceder de haber pasado baxo el dominio de los de Porapora. Oreo, su xefe, parece no es mas que un diputado del Rey de esta últi-

ma isla, y sin duda la conquista ha disminuido el número de los xefes subalternos. Dixeronnos que Orayatea reducida ahora á este abatimiento, fue antiguamente la mas distinguida de este archipiélago; y parece probable que era el centro del gobierno, porque los naturales aseguraban que la familia Real de Otahiti desciende de la que reynaba en Orayatea antes de la última revolucion. El Rey Uru, destronado en esta ocasion, vivia aun quando nosotros estuvimos en Ojaine, donde tenia su residencia. Ofrecia á los pueblos de aquellas islas un exemplo harto doloroso de la instabilidad de las grandezas humanas; y lo que es una gran prueba del respeto que tienen estos isleños á las familias de los xefes y á los que han obtenido las primeras dignidades, aunque Uru habia perdido sus dominios, conservaba todas las insignias de su dignidad. Quando estuvimos en Orayatea vimos otra prueba de esta verdad: allí fui visitado por mi antiguo amigo Oreo, último Eri de Ojaine: aun era una persona de importancia, y llevaba siempre una comitiva numerosa, trayéndonos siempre magnificos regalos. Su salud se habia mejorado respecto de como se hallaba en mi primero y segundo viage; y supongo que esta ventaja procederia de que no bebia tanta *ava* siendo particular, como quando era Eri.

Quise pasar á la isla de Porapora con ánimo de comprar al Rey Opuni una de las anclas que Mr. de Bougainville perdió en Otahiti; los Otahitinos que la habian sacado despues que se marcharon los Franceses, la habian enviado de regalo á este Monarca. Deseaba adquirirla, no porque hiciese falta para nuestros navios, sino porque habiendosenos acabado la mayor parte del hierro que llevabamos, no nos quedaban medios para comerciar con las demas naciones que encontrasemos. Oreo y seis ú ocho isleños de Orayatea pasaron en nuestros navios á Porapora: en general, la mayor parte de aquellos isleños nos hubiera acompañado con gusto á Inglaterra.

Desembarcamos en un parage que nos señalaron los naturales, y poco tiempo despues me presentaron al Rey Opuni, que estaba rodeado de gran multitud de isleños. Concluidas las ceremonias acostumbradas de recepcion, le pedí la ancla, presentándole el regalo que pensaba darle en cambio, cuya vista causó una aclamacion universal de aprobacion. Opuni no quiso recibir nada de lo que le ofrecia, hasta que me hubiesen entregado la ancla; esta delicadeza procedia de que la ancla no estaba entera, y creyendo que mi regalo excedia mucho al valor de ésta, no queria darme motivo de queja. Sin embargo, yo me dí por contento, y

me embarqué llevando la ancla á bordo.

Al tiempo que nos haciamos á la vela, algunos isleños llegaron en tres ó quatro piraguas trayéndonos cocos y un lechon, el único que adquirimos en esta isla. Creo, sin embargo, que si nos hubiesemos detenido mas en Porapora, nos hubieran suministrado provisiones en abundáncia, y los naturales sin duda sintieron mucho nuestra partida tan pronta; pero como teniamos ya mucha abundancia de cerdos y frutas, y pocos medios para comprar mas, no habia motivo para dilatar la partida.

La montaña elevada en dos picos que hay en medio de la isla, nos pareció estéril por el lado oriental; pero por el occidental estaba cubierta de árboles y arbustos hasta en los parages escarpados. Los llanos que la rodean cerca del mar estan cubiertos de cocoteros y de eurus, como las otras islas de este Oceano; y los numerosos islotes que la rodean dentro del arrecife aumentan sus producciones vegetales y su poblacion.

Porapora no tiene mas que ocho leguas de bogeo, y reflexîonando en esta cortedad de extension, causa admiracion que sus habitantes hayan podido conquistar á Orayatea y Tajaá, porque la primera de estas islas es por lo menos de doble extension. Oí hablar mucho de la guerra que produxo esta revolucion tan memorable, y voi á dar

una razon sucinta de esto por conclusion de esta carta.

Las islas contiguas de Orayatea y Tajaá permanecieron por largo tiempo en buena amistad, considerándose como dos hermanos, segun la expresion de los naturales. Formaron tambien sus enlaces de amistad con Ojaine; sin embargo, Tajaá tuvo la perfidia de coligarse con Porapora para atacar á Orayatea: los habitantes de ésta llamaron en su socorro á los de Ojaine: los de Porapora estaban animados por una sacerdotisa, que les prometia la victoria. Esta para confirmar su prediccion, dixo, que si enviaban una piragua con alguno al parage del mar que ella señalase, verian salir una piedra del fondo del mar. En efecto, uno de ellos fue al parage señalado, y echándose al agua para reconocer donde estaba la piedra, se halló al punto con ella en la mano. Los isleños admirados de este prodigio (efecto de algun artificio pueril) depositáron con mucho respeto la piedra en la casa del Eatua, y la conservaron aun en Porapora. No dudando ya del feliz suceso de la expedicion, la esquadra de Porapora fue á buscar á la de Orayatea y Ojaine: el combate fue largo, y á pesar de la ridícula prediccion los isleños de Porapora hubieran sido derrotados, si la esquadra de Tajaá no hubiera llegado á su socorro: este refuerzo decidió la vic-

toria. Los de Porapora derrotaron á sus enemigos, y les mataron mucha gente: aprovechándose de la victoria, desembarcaron en Ojaine que sabian estaba mal defendida, por estar ausentes sus guerreros. Apoderáronse de la isla, y gran número de sus habitantes se acogieron á Otahiti, donde contaron su desgracia: los que encontraron de su isla y de la de Orayatea, compadecidos de su suerte, les dieron un corto socorro de diez piraguas de guerra. Con unas fuerzas tan despreciables desembarcaron en Ojaine en una noche obscura, y acometiendo de repente á los vencedores, mataron la mayor parte de ellos, y obligaron á los demas á huirse. De este modo recobraron la isla de Ojaine, que desde esta época no reconoce mas soberano que á sus propios xefes. Inmediatamente despues de la derrota de las esquadras reunidas de Orayatea y Ojaine, los habitantes de Tajaá pidieron á sus aliados los de Porapora ser admitidos á participar de la conquista: habiéndoseles negado, se rompió la guerra, y de resultas de ella los de Tajaá quedaron subyugados como los de Orayatea. Una y otra isla se hallan actualmente sometidas á Porapora, y los Eries que en ellas mandan, no son mas que unos diputados de Opuni.

Con esta conquista los isleños de Porapora han adquirido reputacion de invencibles

en todo este archipiélago: en Otahiti son tan estimados, que les enviaron la ancla de Mr. de Bougainville, que yo compré, y ademas un quadrúpedo que habian dexado allí los Españoles. No pude comprender por la descripcion de los Otahitinos de que especie era este quadrúpedo, pero en Porapora supimos que era un carnero. Con esta noticia entregué á Opunì una obeja, y creo que estos isleños tendran con el tiempo abundancia de este ganado, si alguna desgracia no los ha destruido: tambien dexé en Orayatea una puerca y un verraco juntamente con dos cabras, para que estas especies de quadrúpedos tan utiles se multipliquen en beneficio de aquellos isleños y de los navegantes Europeos que en lo sucesivo puedan llegar á aquel archipiélago.

Fin del Quaderno LVI.



EL VIAGERO UNIVERSAL.

QUADERNO CINCUENTA Y SIETE.

CARTA CCCXX.

Islas de Sandwich.

Continuando mi viage, descubri el 24 de Diciembre una nueva isla, á la qual llamé de *Navidad*, porque celebramos en ella esta fiesta. Permaneci en ella hasta 2 de Enero; durante esta mansion observé allí un eclipse, y embarqué provision de tortugas de que habia abundancia. No habia en ella agua dulce: en toda la isla no observamos ningun rastro de habitantes, y no seria posible subsistir en ella. Tendrá de quince á veinte leguas de circunferencia, y su figura es de media luna.

De aquí pasamos á las islas que llamé de Sandwich: en ninguna de las regiones que he visitado, he visto hombres mas asombrados al ver un navio, que estos isleños. La mayor admiracion se veia expresada en su semblante; todos los objetos que veian, los dexaban atónitos, de donde inferi que jamas

habian visto ningun navio Europeo, y no tenian idea de ninguno de nuestros géneros, exceptuando el hierro. Sin embargo, se echaba de ver, que solamente conocian este metal por oidas, ó que antiguamente les habian llevado alguna corta cantidad, pero debia de haber pasado mucho tiempo desde aquella época. Sabian que era una cosa mucho mas apta para cortar y labrar, que los instrumentos de que ellos usaban, y nos lo pidieron con el nombre de *hamaite*. Observamos que no tenian idea de nuestros cuchillos, ni sabian manejarlos. Habiendoles mostrado cuentas de vidrio, preguntaron si se comian; diciendoles que servian para colgarlas de sus orejas, nos las volvieron como cosa inutil. Tampoco hicieron aprecio de un espejo que les regalamos, rehusando recibirlo por el mismo motivo; pero manifestaron mucho deseo de que les diesemos hierro, y querian pedazos grandes. Los platos y demas utensilios de loza eran objetos tan desconocidos de ellos, que nos preguntaron si eran de madera: pidieronnos algunos pedazos para mostrarlos á sus paisanos. Mostraban una urbanidad que nos encantaba; temiendo ofendernos, nos preguntaban, donde debian sentarse, si podian escupir en el navio, y en todo se portaban con mucho miramiento. Algunos de ellos rezaron una larga oracion antes de subir á bordo: otros

muchos cantaron, haciendo con las manos las mismas gesticulaciones que se observan en las danzas de las islas de los Amigos y de la Sociedad. Tambien se parecian á aquellos isleños en hurtar todo lo que hallaban á mano, ó por mejor decir, tomaban todo lo que les agradaba sin ocultárse, ni presumir que esto pudiese ofendernos, ó merecer castigo. Desengañamoslos bien pronto, y desde entonces se fueron con mas tiento en apropiarse lo que excitaba sus deseos, viendo que los observabamos con cuidado.

Habia yo prohibido á la tripulacion salir á tierra, tomando todas las precauciones posibles para no comunicar á estos isleños el mal venereo, que por desgracia hemos esparcido por todas las islas del Océano Pacífico. Por la misma razon no quise recibir á bordo á ninguna muger: varias de ellas habian venido en piraguas; tenian casi las mismas facciones, color, y estatura que los hombres, y aunque su fisonomia anunciaba una amable franqueza, su rostro y cuerpos eran bastante toscos. En vez del *maro* que llevaban los hombres, tenian rodeada al cuerpo una pieza de tela, que desde la cintura las llegaba á media pierna; y ésta era la única diferencia en su vestir. Mostraban no menor deseo que los hombres de subir á bordo, pero no se lo permití por evitar un mal tan irremediable.

Mr. Williamson, que fue á reconocer una de estas islas llamada Atooi, intentó desembarcar en ella, pero los naturales se lo estorbaron: acudieron de tropel al bote, y pretendieron llevarse los fusiles, y quanto hallaron á mano: el destacamento hizo fuego, y quedó muerto uno de los isleños. De esto nada supe hasta que marchamos de esta isla, y por consiguiente procedi como si no hubiera sucedido ninguna desgracia. Williamson me dixo despues, que los isleños se llevaron el cadaver, y atemorizados se alejaron, pero le hicieron señas para que desembarcase, lo que se guardó muy bien de executar. (Esta facilidad que tenian los Ingleses de hacer fuego contra los habitantes de los paises adonde llegaban, fue al cabo muy fatal al mismo Capitan Cook, que por esta causa pereció á manos de estos naturales de las islas de Sandwich, como veremos á su vuelta á estas islas. Es digno de grandes elogios este célebre Capitan por sus grandes prendas, y por la humanidad con que trataba á las naciones salvages; pero no se puede disculpar su condescendencia con los feroces compañeros de su viage, que por confesion del mismo Cook por el menor motivo estaban siempre prontos á derramar la sangre de los isleños.)

Luego que desembarqué en Atooi, todos los naturales se postraron tocando con la

frente en el suelo, y se mantuvieron en esta humilde postura hasta que á fuerza de instancias logré se levantasen. Traxeronme despues gran multitud de lechones y bananas. Practicaron las mismas ceremonias que habiamos visto en semejantes ocasiones en las islas de la Sociedad y en otras: uno de ellos hizo una larga oracion, en que á veces tomaba parte todo el concurso. Manifesteles mi agradecimiento á las muestras de amistad que me daban, y les regalé todo lo que habia traido del navio. Concluidas las ceremonias de mi recepcion, fui á registrar un lago de agua dulce, para hacer la aguada; asegurado de este punto tan esencial, y de las disposiciones pacificas de los habitantes, me volvi á bordo, dexando un destacamento en tierra para proteger á los aguadores.

Se dió principio á nuestro comercio; los isleños nos vendieron cerdos y patatas por clavos y pedazos de hierro. Se hizo la aguada sin obstaculo; antes bien los naturales nos ayudaron con buena voluntad en todo lo necesario. En vista de las buenas disposiciones de los isleños, dexé el mando de la tropa á Mr. Williamson, y marché ácia lo interior á reconocer la isla con otros dos Ingleses. Seguianos una gran multitud de naturales, y escogi por guia á uno de ellos que habia manifestado mucha actividad en

mantener el buen órden. Avisaba de rato en rato que nos acercabamos, y todos los que encontrabamos se postraban con el rostro por tierra, permaneciendo en esta postura hasta que pasabamos. Supe despues que practicaban esta ceremonia con sus xefes principales. Habiamos descubierto desde los navios en cada aldea uno ó muchos cuerpos blancos á manera de obeliscos; uno de estos que al parecer tendria cincuenta pies de alto, se descubria desde el fondeadero, y el principal objeto de mi paseo era reconocerle, pero como estaba al otro lado del lago, no pudimos llegar á él. Dirigimonos ácia otro, y bien pronto reconocimos que era un morai muy semejante á los que habiamos visto en Otahiti y otras islas. Enfrente del edificio habia algunos pedazos de madera que representaban figuras humanas mal esculpidas, y junto á ellas habia una piedra de dos pies de alto, cubierta de telas, consagrada á Tongaroa, dios de la isla.

A un lado del morai habia una casa ó cobertizo de unos quarenta pies de largo, de diez de ancho por medio, y se estrechaba por los dos extremos: su altura sería de unos diez pies. Los isleños llaman *Hemanaa* á este edificio que es mucho mas largo, pero menos alto que sus habitaciones ordinarias. En uno de los lados de este edificio, enfrente de la entrada habia dos estatuas de ma-

dera de una sola pieza sobre un pedestal; tenian como tres pies de alto, y estaban bien esculpidas: los isleños las llamaban *eatua no veheina*, ó estatuas de dioses. Una de ellas tenia en la cabeza un casquete esculpido, poco diferente del de nuestros antiguos soldados, y la otra un bonete cilíndrico: tenian unos pedazos de tela rodeados á la cintura, que llegaban hasta muy baxo. En fin, habia tanta conformidad entre este morai y los de las islas de los Amigos y de la Sociedad, que juzgamos serian idénticas las ceremonias, y que estos isleños tendrian tambien la horrible costumbre de sacrificar víctimas humanas, como en Otahiti. Nuestras sospechas se confirmaron bien pronto, porque al salir vimos un recinto quadrado, y preguntando qué era, nos respondieron, que allí habian enterrado un hombre sacrificado á los dioses Taata y Tabú, y mas allá un cerdo sacrificado tambien á los mismos dioses. A poco trecho de allí vimos otros tres sepulcros de tres xefes, adornados con leños esculpidos y cubiertos de ramas. Delante de ellos vimos un cercado oblongo, en que nos dixeron habian enterrado las víctimas humanas sacrificadas en los funerales de los tres xefes. No puedo ponderar la afliccion que me causó encontrar pruebas tan claras de esta costumbre bárbara y sanguinaria en todas las islas

del mar Pacifico, que no tienen comunicacion entre sí, pero denotan un origen comun. Lo que aumentó mi dolor fue el ver señales manifiestas de que estos sacrificios son freqüentes. La isla estaba llena de sepulcros de víctimas humanas, como los que acabo de describir, y aun el morai que registramos, era de los menos considerables.

Al ir y al volver del morai vimos plantios muy bien dispuestos y regados, y en los parages secos habia grandes arboledas del moral de que hacen sus telas. La parte mas extensa de la poblacion se halla cerca de la playa, y contiene mas de sesenta casas; otras quarenta se hallan dispersas mas ácia lo interior. Quando volvimos á la playa encontramos gran multitud de isleños, que vendian á los nuestros lechones, gallinas y raices, y se observaba la mayor fidelidad en los cambios. Estos isleños son dignos de elogio, pues jamas intentaron engañarnos: al principio, es verdad, mostraron mucha inclinacion á robar, pero viendo que lo llevabamos á mal, bien presto mudaron de conducta.

Saliendo de la isla de Atooi fui á otra de las de Sandwich, llamada Oneeheow. Salieron á recibirnos siete ú ocho piraguas, trayendo lechones, patatas, ñames y esteras. Los isleños se parecian á los de Atooi, y cambiaron sus géneros por pedazos de

hierro. Luego que dimos fondo, llegaron otras piraguas, pero no traian mas objeto que visitarnos. La mayor parte de los que en ellas venian, subieron á bordo, se postraron delante de nosotros, y no se levantaron hasta que se lo mandamos. En las piraguas venian muchas mugeres, y aunque no subieron á bordo, se mostraron mucho mas inmodestas que las de Atooi: cantaron en coro una cancion, nada notable por su armonia, pero sus voces estaban muy acordes, y llevaban perfectamente el compas con golpes que se daban en el pecho. Los isleños estuvieron poco tiempo en el navio, y antes de marcharse, algunos de ellos nos rogaron les permitiesemos dexarnos algunas trenzas de sus cabellos.

Aquí tuvimos nuevos indicios de que estos isleños comen carne humana, y es harto doloroso ver que se halle en estas islas tan horrible costumbre, siendo asi que no puede haberlos obligado á ello la escasez de comida, como en la Nueva Zelanda. Supimos tambien que esta isla está sujeta al Eri de Atooi: entre las cosas que nos trajeron habia un tambor como los de Otahiti.

Dispuse dar un paseo ácia lo interior de la isla acompañado de tres isleños; habiendo llegado á una altura, descubri á una muger, que daba voces á sus tres compatriotas: el principal de estos empezó á rezar

una oracion en voz baxa, y los otros dos entretanto dieron mas de una docena de vueltas al rededor de mi, mientras el otro rezaba. Concluida esta ceremonia, proseguimos nuestro camino, y acudió de todas partes gran número de isleños, que se postraban tocando con el rostro á la tierra y permanecian en esta postura hasta que me perdian de vista. El distrito que atrabesé estaba inculto, lleno de piedras, y el terreno parecia estéril; sin embargo estaba cubierto de arbustos y plantas, cuya fragancia era la mas suave que hasta allí habia experimentado en todas las islas del mar del Sur. Lo mismo observaron mis compañeros, que andubieron por otras partes de la isla; descubrieron lagunas saladas, pero fue corta la cantidad de sal que pudieron recoger. Las habitaciones de los naturales estaban dispersas, y al parecer habria en toda la isla unos quinientos habitantes. Lo interior de las casas estaba limpio y ascado; las mugeres comian siempre separadas de los hombres: otras muchas costumbres observamos enteramente las mismas que en Otahiti. Advertimos en ellos muchas ceremonias supersticiosas: tienen costumbre de arrancarse un diente, y el dar un mechon de sus cabellos es pureba de respeto y amistad.

CARTA CCCXXI.

Costa de América.

Híceme á la vela de estas islas de Sandwich, y llegué á la costa de América, cerca de la Nueva Albion, mas arriba de la California, á los 44 grados 33 minutos de latitud boreal, y á los 235 grados, 20 minutos de longitud. Desde este punto empecé el reconocimiento de la costa de América, y me extendí hasta los 71 grados de latitud, empleando seis meses en este trabajo. Notaré aquí solamente los parages adonde arribé.

Hallándome delante de una bahia, me dirigí para dar fondo en ella, y salieron á nosotros tres canoas; una de ellas traia dos hombres, otra seis, y otra diez. Levantándose uno de los salvages, hizo un largo discurso con varias gesticulaciones, en que parecia nos convidaba á desembarcar: entretanto arrojó ácia nosotros plumas, y sus compañeros tiraban puñados de un polvo roxo. El orador estaba cubierto con una piel, y tenia en cada mano una cosa que sonaba como un cascabel, quando la agitaba. Luego que acabó su arenga, de que no comprehendimos palabra, otros dos hablaron sucesivamente aunque con mas brevedad y menos

vehemencia. Vimos que algunos de ellos tenian la cabeza adornada con plumas blancas. Concluidos sus discursos, se mantuvieron á cierta distancia del navio, hablando entre sí, sin manifestar la menor admiracion ni desconfianza. Uno de ellos cantó una tonada agradable, en que observamos mas dulzura y melodia de lo que podiamos esperar. Acercándonos mas á la costa, acudió mayor número de piraguas, con muchos salvages que nos hablaron como los primeros. Una de las piraguas tenia pintado un ojo enorme y un pico de ave; en ella distinguimos un hombre que parecia xefe, cuya figura era muy rara: colgabanle de la cabeza muchas plumas, y tenia el rostro pintado de un modo muy estraño: en la mano traia un pedazo de madera, que tenia la figura de una ave del tamaño de una paloma, y sacudiéndolo, sonaba como un cascabel: pronunció á gritos una arenga con gesticulaciones expresivas.

Estos salvages se portaron con mucha tranquilidad, y nos pareció que no pensaban en ninguna hostilidad; sin embargo, no pudimos lograr que alguno de ellos subiese á bordo. Nos vendieron todo lo que tenian, y se contentaron con lo que quisimos darles en cambio; pero estimaban el hierro sobre todas las cosas, y daban á entender conocian bien su uso. A este parage llamé *En-*

trada del Rey Jorge, los naturales le llaman *Nootka.*

Luego que desembarcamos, nos ofrecieron los naturales en venta pieles de osos, lobos, zorras, gamos, conejos de Indias, hediondos, martas, y en particular de nutrias marinas como las que se encuentran en las islas situadas al Este de Kamstchatka. Ademas de estas pieles al pelo, nos trajeron vestidos hechos de las mismas pieles, y otros de una corteza de arbol ó yerba, que parecen de cáñamo; traian tambien de venta arcos, saetas, lanzas, anzuelos, varios instrumentos, figuras mostruosas, unas telas de lana ó de pelo, sacos llenos de ocre roxo, pedazos de madera esculpidos, cuentas de vidrio, y varios diges de cobre y de hierro, de figura de una herradura, que se los cuelgan de las narices, tixeras y herramientas de hierro con sus mangos. Estos metales nos hicieron presumir, que habian sido visitados por navegantes de alguna nacion civilizada, ó que tenian comercio con las tribus del continente de América, que tratan con los Europeos. Entre las cosas que nos presentaron, lo que mas nos admiró fue ver craneos y manos de hombres, que aun conservaban algo de la carne: nos dieron á entender del modo mas perceptible que se habian comido la carne que faltaba, y en efecto reconocimos que habian estado al fuego. Por

desgracia, no nos quedó duda de que estos salvages se comen á sus enemigos, como en la Nueva Zelanda y en otras islas del mar del Sur. Trocaron sus mercaderias por cuchillos, tixeras, pedazos de hierro, ó de estaño, clavos, espejos, botones, y metales de qualquier especie. No hicieron caso de nuestras cuentas de vidrio, y despreciaron todas nuestras telas.

Con la noticia de nuestra llegada concurrió gran número de piraguas; hubo vez que al rededor de nuestro navio habia mas de ciento, en cada una de las quales habia por lo menos cinco hombres. Varios salvages subieron á bordo con las mismas harengas y ceremonias que he referido. No mostraban el menor miedo ni desconfianza, y bien pronto descubrimos que eran tan sutíles y diestros en hurtar como los mas rateros del mar del Sur, y eran mas temibles que éstos, porque como tenian instrumentos de hierro, en un momento cortaban las cuerdas para hurtar el hierro. En vano pusimos guardias, pues á pesar de su vigilancia se llevaron todo el hierro que hallaron á mano: para esto, uno de ellos divertia la atencion del centinela, y entre tanto, otro de ellos arrancaba el hierro. Si descubríamos el hurto al punto, no tardabamos en saber quien habia sido el ladron, porque se acusaban unos á otros, bien que los culpa-

dos no querian soltar la presa, y tuvimos que recurrir á la fuerza.

Cada dia vimos venir nuevos salvages, los quales se presentaban de un modo singular: primeramente daban vueltas en sus piraguas al rededor de nuestros navios, y entretanto uno de sus principales, puesto en pie con una lanza en la mano, no cesaba de gritar. Estos oradores tenian á veces el rostro cubierto de una máscara con la figura de hombre ó de animal, y en vez de la lanza llevaban en la mano uno de aquellos cascabeles de que he hablado. Concluidas estas ceremonias, se acercaban á los costados de los navios, y daban principio á sus cambios. Solian cantar á menudo, formando coro con todos los de una piragua, y su canto era agradable.

No nos dieron mas incomodidad que el contener su propension al hurto; pero un dia nos pusieron en mucho cuidado al ver que se reunian en tropas y preparaban sus armas. Bien pronto supimos que aquellos preparativos se dirigian contra una tribu de otros salvages que venian á acometerlos; y nuestros amigos nos dieron á entender el objeto de sus disposiciones para disipar nuestros recelos. En fin, el enemigo se presentó en unas doce piraguas, y se detuvo, porque se habia empezado á tratar de paz. Iban y venian mensageros de una á otra parte, y

al fin se concertaron, pero con la condicion que los nuevamente venidos no pudiesen comerciar con nosotros. Despues supimos que nuestro comercio habia sido la causa de aquella desavenencia, porque los habitantes de la *Entrada* no querian dar parte de él á los otros. Aun estos mismos no estaban unidos entre sí, porque los mas débiles se veian precisados á ceder á los mas fuertes, y éstos los despojaban de sus bienes, sin que aquellos hiciesen la menor resistencia.

Observamos que la mayor parte de los salvages de distincion que habitaban nuestro fondeadero, iban á revender á otras tribus remotas los géneros que recibian de nosotros, pues solian ausentarse por tres ó quatro dias, y al cabo de este tiempo volvian con nuevas porciones de pieles y otros géneros que trocaban por los nuestros. Los que venian á vernos todos los dias, nos fueron mas utiles, porque despues de vendernos sus vegetales, se ponian á pescar, y nos daban parte de lo que cogian. Ademas nos vendieron gran cantidad de un aceyte muy bueno, que traian en vexigas, y á veces intentaron engañarnos mezclándolo con agua.

Queriendo yo reconocer la *Entrada*, pasé á la punta occidental, donde encontré una poblacion, cuyos habitantes, que eran numerosos, me recibieron con mucha amistad: todos me instaban á entrar en su ca-

sa, ó por mejor decir, su quarto, porque viven muchos baxo un mismo techo. Entrando en una de ellas, tendieron una estera para que me sentase, y me trataron con la mayor atencion. En la mayor parte de las casas vi mugeres fabricando telas de corteza, del mismo modo que en la Nueva Zelanda. Otras se empleaban en abrir sardinas, porque unas piraguas acababan de desembarcar gran porcion de este pescado, el qual se fue repartiendo entre varias personas que lo llevaban á sus habitaciones. Luego que limpiaban las sardinas, las colgaban sobre unos palos, y las daban humo por debaxo; quando estaban secas, formaban montones de ellas cubriéndolas: las sardinas preparadas de este modo no son desagradables. Del mismo modo preparan el bacalao y otros pescados grandes; pero á veces se contentan con secarlos al ayre, sin acercarlos al fuego.

Pasando de allí á otra poblacion mas apartada, fui recibido con mucha frialdad, porque uno de los xefes no me permitió entrar en ninguna casa, me seguia á todas partes, y estaba impaciente porque me marchase. En vano intenté ganarle con regalos, pues aunque los recibió no mudó de conducta. Algunas mugeres jóvenes deseosas de vernos, se adornaron apresuradamente de sus mejores ropas, salieron á re-

cibirnos con muestras de mucho agrado, y cantaron en coro varias tonadas, que no eran desagradables.

Quando volví á bordo de los navios supe que habian sido visitados por otros salvages que venian de la parte del Sudeste, trayendo pieles y otros géneros. Entre las cosas que nos vendieron habia dos cucharas de plata, que por su hechura juzgamos eran de fábrica Española: traianlas colgadas al cuello por adorno. Estaban mejor surtidos de hierro que los habitantes de la Entrada.

Debo advertir, que de todas las naciones salvages ó medio civilizadas que he encontrado en mis viages, ninguna tenia ideas mas exâctas que ésta del derecho de propiedad sobre todas las producciones de su pais. Al principio quisieron se les pagase la leña y agua que las tripulaciones embarcaban para los navios; los marineros no hicieron caso, y los salvages haciendo de la necesidad virtud, nos ponderaban su liberalidad en habernos dado leña y agua de valde. Habiendo yo enviado á segar yerba para los animales que iban á bordo, se opusieron tambien los naturales, si no se les pagaba; yo que me hallé presente, les di algunos regalos, pero esta liberalidad fue motivo para que acudiesen otros muchos alegando su derecho de propiedad. Parecia que cada mata de yerba pertenecia á un

dueño particular, y sus peticiones no cesaron hasta que les repartí todo lo que llevaba.

Aunque hallamos hierro y cobre en esta parte de América, no es de crer que provenga de minas del pais, porque no observamos ningun mineral de esta naturaleza. Solamente vimos una substancia grosera y roxa, de que los naturales se sirven para pintarse el cuerpo, la qual quizá contendria algo de hierro; tambien se pintaban de blanco y de negro, pero no sabemos de donde sacan estos colores.

La estatura de estos salvages es menos que mediana, pero no son delgados á proporcion de su pequeñez, antes bien son rollizos, aunque no gordos: los viejos suelen ser algo flacos. La mayor parte de ellos tiene el rostro redondo y lleno; algunos lo tienen ancho y con las mexillas prominentes; debaxo de éstas suele estar muy comprimido. Su nariz aplastada en la basa tiene los agujeros anchos y la punta roma: tienen la frente hundida, los ojos pequeños, negros, y como adormecidos: los bezos anchos, gruesos y redondos; los dientes bastante iguales y bien dispuestos, aunque no muy blancos. Por lo general carecian absólutamente de barba, ó no tenian mas que un mechoncillo claro en la punta de la barbilla. Esto no provenia de algun defecto natural,

sino de que se la arrancan mas ó menos, pues algunos de ellos, y particularmente los viejos, la tenian espesa en toda la barbilla, y aun bigotes en el labio superior. (Esta es la excepcion que se halla de la regla general de carecer de barba los Americanos; y segun las relaciones de algunos viageros parece que tambien tienen barba algunas naciones salvages que viven en lo interior del Continente de la América. Esta parte del mundo es la mas desconocida de todas, pues no se ha exâminado hasta ahora mas que una mínima porcion de aquel inmenso Continente; por lo qual son muy arriesgadas las reglas generales sobre la naturaleza de sus habitantes.)

Volviendo á la descripcion de estos salvages, sus cejas son cortas y poco pobladas; pero su cabello es muy espeso, fuerte, lacio, negro, y lo dexan suelto. Tienen corto el cuello: las formas de sus brazos y cuerpos nada tienen de agradable ni de elegante, y aun son algo groseros. Sus pies son muy feos, y los tobillos les sobresalen mucho. No pudimos al pronto averiguar exâctamente su color, porque estaban cubiertos de una costra de pintura é inmundicia: pero habiendo logrado que algunos de ellos se labasen, observamos que igualaban en blancura á los habitantes de los paises Meridionales de Europa. Los ni-

ños, cuya piel aun no habia sido embadurnada con aquellos colores, eran tan blancos como los Ingleses. Por lo general, es muy notable la uniformidad de la fisonomia de toda esta nacion; no tienen ninguna expresion en el semblante, y denotan ún caracter tosco y flemático.

Las mugeres tienen casi la misma estatura, color y proporciones que los hombres; no es facil distinguirlas de éstos, porque no tienen aquella delicadeza de facciones que distingue el sexô mugeril en casi todos los paises. Apenas vimos alguna que pudiese aspirar al mérito de la belleza.

Su trage ordinario es un manto de lienzo, guarnecido por la parte superior de una lista estrecha de piel, y por abaxo de una franja ó fleco. Lo atan por debaxo del brazo izquierdo, sujetándolo sobre el hombro derecho con un cordon, y con otro lo atan por detras, dexando los dos brazos libres. Encima de este primer manto que llega mas abaxo de las rodillas, ponen otro mas corto de la misma materia y con iguales guarniciones. Su figura es como un plato redondo con un agujero enmedio para meter la cabeza; con lo qual cubren los hombros, brazos y cuerpo hasta la cintura. Usan unos sombreros de figura cónica, hechos de esterilla fina; en la parte superior lo adornan con algun hopo de pelo, y se lo atan por de-

baxo de la barbilla para que no se le lleve el viento.

Los hombres, ademas de este vestido, suelen cubrirse con pieles de osos, lobos ó nutrias, con el pelo ácia afuera, y quando llueve se cubren con una estera. Tienen tambien vestidos de pelo, de que hacen poco uso. Por lo general llevan suelto el cabello, pero quando no tienen sombrero, se lo atan encima de la cabeza. En suma, su trage es cómodo, y no careceria de elegancia, si lo tuviesen limpio; pero como continuamente se embijan el cuerpo con un color roxo compuesto de almazarron mezclado con aceyte, sus vestidos tienen un hedor muy desagradable, y estan muy mugrientos. Esto manifiesta su miseria y suciedad; y lo que causa mucho mayor asco, es que sus cabezas y vestidos estan llenos de piojos, y se los comen como los Tártaros.

Aunque todo su cuerpo está pintado de roxo, se pintan el rostro freqüentemente con otro color negro, roxo y blanco. Quando estan así pintados, tienen un aspecto horrible, y causa espanto mirarlos. La mayor parte de ellos tienen grandes agujeros en las orejas, y otros dos pequeños, de los quales cuelgan pedazos de hueso, plumas pegadas á correas de piel, conchas, y otros adornos. Muchos tienen horadada la ternilla de la nariz, y por el agujero atraviesan un cor-

don; otros meten en él pedazos de hierro, ó cobre, de la forma de una herradura; este adorno cuelga sobre el labio superior. Tienen en las muñecas brazaletes ó sartas de cuentas hechas de concha: en los tobillos atan muchas correas de cuero ó nervios de animales.

Ademas de estos vestidos ordinarios, tienen otros trages de ceremonia, reservados para ocasiones extraordinarias, y para ir á la guerra: entonces se pintan ademas de un modo extraordinario que les da un aspecto muy salvage y grotesco, y se aumenta esta deformidad quando añaden las mascaras. Estas son de madera y representan varias figuras, unas de hombres, otras de páxaros, y otras de animales monstruosos, colocanlas ó sobre la cabeza ó en la cara. Por lo general estas figuras exceden el tamaño natural; estan pintadas, y cubiertas de pedacitos de talco, que haciéndolas brillar aumentan su fealdad. Ademas ponen sobre sus cabezas otros grandes pedazos de madera esculpida, en figura de una proa de piragua, pintados como las máscaras, y que sobresalen por delante considerablemente. Gustan tanto de estos disfraces, que uno de estos salvages, no teniendo mascara, metió su cabeza en un caldero que acababamos de darle. No sé si en esto hay alguna ceremonia religiosa, si se adornan así en sus fies-

tas, ó para atemorizar á sus enemigos con aquel horrible aspecto quando van á pelear, ó en fin, si es para atraer á los animales quando cazan. Como quiera que sea el objeto de esta extravagancia, se debe inferir de aquí, que si en los tiempos de ignorancia, en que se creia habia hombres sin cabeza, con los ojos en el pecho, &c. algunos viageros crédulos hubiesen visto una tropa de estos salvages con estos aparatos, y no los hubiesen exâminado de cerca, hubieran creido y repetirian en sus relaciones, que habian encontrado una nacion monstruosa, que se componia de hombre, bruto, ave, &c. Su engaño mereceria disculpa; pues ademas de ver cabezas de animales sobre cuerpos de hombres, verian todo el cuerpo cubierto de pieles de quadrúpedos. Esta reflexîon basta para excusar á los antiguos en todo lo que dixeron acerca de naciones monstruosas, y otros prodigios de esta naturaleza.

El único vestido especialmente destinado para la guerra que observamos entre los naturales de Nootka, es un manto de cuero, doble y muy grueso, que nos pareció seria de piel de búfalo curtida. Su disposicion es tal, que cubriéndoles todo el pecho, baxa hasta los talones: á veces está lleno de pinturas con bastante simetria. No solamente es propio para resistir á los dardos, sino que no pueden atravesarlos las

lanzas, por lo que deben considerarse estos mantos como su cota de malla ó armadura.

Causa horror el ver á estos salvages con todo este aparato; pero quando no llevan mas que su vestido ordinario, su fisonomia nada tiene de feroz; al contrario, parecen de caracter apacible, flemático, é indolente. Los discursos que pronuncian, se componen de frases cortas, repetidas con energia, siempre en el mismo tono, y con el mismo grado de fuerza. A cada una de estas frases acompaña una gesticulacion, que consiste en alargar el cuerpo algo adelante, encogiendo las rodillas, y dexando colgar los brazos.

Los miembros humanos que traxeron á nuestro mercado, nos dan motivo para juzgar que tratan á sus enemigos con la mayor crueldad; pero esta brutalidad no es tanto una inhumanidad particular que se les deba improperar, como una costumbre general de casi todas las naciones no civilizadas de todos los siglos y en todos los paises del mundo. No tuvimos motivo para hacer mal juicio de su índole, que nos pareció docil y bondadosa. Aunque son de temperamento flemático, se enfurecen con las injurias, pero se les pasa pronto la cólera. Quando tenian pendencias entre sí, los espectadores que no se mezclaban en la riña,

se mantenian tan indiferentes como si nada viesen. En estas ocasiones no dan ninguna señal de miedo, y aun quando la riña era con nosotros, la superioridad de nuestras armas no les infundia ningun temor, y manifestaban contra nosotros el mismo ardor de vengarse que contra sus compatriotas.

Las demas pasiones, y en particular la curiosidad, parecen muy entorpecidas en ellos, pues fueron muy raros los que mostraron deseo de ver los objetos que tan nuevos eran para ellos. No apetecian mas que las cosas que ya conocian, y de que necesitaban; todo lo demas lo miraban con la mayor indiferencia.

Esta insensibilidad se debe atribuir á su pereza, que es extremada. Por otra parte parecen susceptibles de sensaciones tiernas, pues son muy apasionados á la música: guardan el compas con la mayor exâctitud, y cantan muchos en coro. Sus canciones tienen un ayre lento y grave, pero su música no es tan limitada como la de la mayor parte de las naciones salvages, pues tienen variaciones muy numerosas y expresivas con una melodia muy agradable. A veces cantaba uno solo, y para llevar el compas, se daba palmadas en el muslo. Tambien tenian canciones mas alegres, en que se advertia algo de cómico.

Un cascabel y un pito de una pulgada

de largo, con el qual no se podia hacer ninguna variacion, porque no tenia mas que un tono, fueron los únicos instrumentos músicos que observé entre ellos.

Algunos de los que vinieron á bordo, quisieron usar de fraudes, llevándose nuestros géneros sin dar nada en cambio; pero esto sucedió rara vez, y por lo general podemos decir, que usaron de buena fe en su comercio. Procuraron hurtarnos todas las cosas que eran apreciables para ellos; pero jamas tocaban á nuestras telas y otras cosas de que no hacian caso: el hierro y los metales era lo único que excitaba su codicia.

Parece que en esta *Entrada* no hay mas poblaciones que las dos de que ya he hablado. Se puede calcular el número de sus habitantes con bastante exâctitud por las piraguas que rodearon nuestro navio al dia siguiente de nuestra llegada. Las piraguas eran ciento, cada una de las quales, tomando un término medio, contendria cinco personas; pero como vimos muy pocas mugeres, viejos, muchachos y niños, no será mucho suponer que habria dos mil almas en las dos poblaciones.

La poblacion que está al Oeste de la Entrada, se halla á la falda de un terreno elevado: las casas estan dispuestas en tres lineas, que se elevan gradualmente una sobre otra. Estas especies de calles estan interrum-

pidas ó separadas á distancias irregulares con sendas estrechas, que conducen á la parte superior; pero los caminos que hay á lo largo de las calles son mucho mas anchos. La disposicion de estas casas es muy irregular, y su construccion muy groséra: ofrecen un miserable abrigo contra la intemperie, y dan á entender muy poca industria. Sus muebles consisten en gran número de cestos de todos tamaños, amontonados unos sobre otros en las dos extremidades de la casa, que contienen sus vestidos, pieles y adornos: ademas tienen varias vasijas de madera para comer, guardar el agua y otras cosas. Los instrumentos para pescar estaban arrojados por el suelo, ó colgados, pero sin orden: lo interior de estas chozas no ofrece mas que confusion; los bancos que les sirven de camas, es lo único en que habia algun aseo, y en ellos se veian esteras mas limpias y finas que las que usan para sentarse en sus piraguas. La inmundicia y hedor de estas habitaciones son iguales al desorden que en ellas se advierte; en ellas abren y secan sus pescados, cuyos intestinos mezclados con los desperdicios de la comida y otras inmundicias forman montones de basura, que nunca limpian hasta ser tan grandes que les estorben el paso. En una palabra sus chozas son tan sucias como pocilgas de cerdos, y en su inmediacion se percibe un he-

dor compuesto de pescado podrido, aceyte rancio y humo.

Vimos en la mayor parte de estas chozas algunas estatuas groseras, que consisten en un tronco grueso de quatro ó cinco pies de alto; la parte superior representa un rostro humano; á los lados forman los brazos y las manos, y estan pintadas de varios colores; el todo presenta una figura monstruosa. Estaban cubiertas con esteras, y quando les rogamos las quitasen, lo hicieron con mucho misterio. Parece que acostumbran hacerles algunas ofrendas, y nos hicieron señas para que las ofreciesemos alguna cosa. Segun estas observaciones juzgamos que estas estatuas son sus dioses; pero no hacian mucho aprecio de ellas, pues nos las vendian por qualquier vagatela.

La pesca y la caza parece son la principal ocupacion de los hombres, porque jamas los vimos trabajar dentro de las casas; al contrario, las mugeres fabricaban dentro de ellas vestidos de lino ó lana, y preparaban las sardinas; tambien cuidaban de traerlas en cestos desde la playa donde las dexaban los pescadores. Suelen embarcarse las mugeres en canoas pequeñas para recoger marisco, y manejaban estas embarcaciones tan bien como los hombres. Quando se hallaban hombres y mugeres en una misma piragua, los hombres hacian muy poco ca-

so de ellas. La gente joven nos pareció la mas indolente y ociosa de todos estos salvages; encontrabamos quadrillas de ellos enteramente desnudos, tendidos en el suelo, y revolcándose en la arena como cerdos. Este abandono de la decencia solo se notaba en los hombres, pues las mugeres siempre estaban vestidas, y se portaban con la mayor honestidad.

Parece que pasan la mayor parte del tiempo sobre sus piraguas, á lo menos en el estio, pues los vimos comer, dormir, y estar tendidos en ellas como lo suelen hacer en sus casas. Sus piraguas grandes son bastante espaciosas para esto, y quando no llueve, estan con mas comodidad en ellas que en sus habitaciones.

Se alimentan de todos los animales y vegetales que pueden adquirir, pero es mucho mas considerable la porcion de alimentos que sacan del reyno animal que del vegetal. El mar es su principal recurso, y les suministra todo género de pescados. Es regular que cacen tambien varios animales terrestres, segun la multitud de pieles que tenian; pero no vimos nada de caza durante nuestra mansion.

Son tan sucios en comer como en sus habitaciones; jamas laban los platos y horteras en que comen, y su abandono en esta parte llega hasta el extremo de comer las

raices que arrancan, sin quitarlas la tierra de que salen cargadas. No se si tienen horas fixas para comer, pues en sus piraguas los vimos hacerlo á todas horas, pero en sus poblaciones observamos que cerca de mediodia preparaban su principal comida.

Tienen arcos, saetas, hondas, lanzas, pedazos de hueso algo parecidos al patupatu de los Zelandeses, una hacha pequeña, parecida al *tomahawk* de la América Septentrional. Sus lanzas tienen ordinariamente una larga punta de hueso, á veces de hierro, pero lo regular es lo primero, y está harponada. Segun las armas que se ven entre estos salvages, parece que acostumbran á pelear cuerpo á cuerpo; y la multitud de craneos que trajeron á nuestro mercado indica que sus guerras son freqüentes y sangrientas.

Sus manufacturas y artes mecanicas son mas ingeniosas de lo que promete su poca civilizacion en las demas cosas. Las ropas de lana y de lino con que se visten, deben ser su principal artefacto: las telas que fabrican, tienen varios grados de finura; algunas se parecen á nuestras mantas groseras, y otras compiten con nuestras telas mas finas. Las figuras con que pintan sus telas, estan dispuestas con buen gusto: usan de varios colores, los mas comunes son el pardo obscuro y el amarillo; este ultimo, quan-

do está fresco , iguala á nuestros mejores colores.

Las artes de imitacion tienen cierto enlaze entre sí , por lo que no es estraño , que estos salvages que saben esculpir sus estatuas , sepan tambien figurarlas con colores. Vimos pintadas en sus sombreros todas las operaciones que usan para pescar ballenas; y aunque estaban dibujadas groseramente, prueban que tienen alguna idea de un método para representar y recordar las cosas pasadas. Observamos tambien otras figuras pintadas en sus muebles ; pero no sé si serán símbolos ó geroglíficos de significacion determinada, ó efectos unicamente del capricho.

La construccion de sus piraguas es muy sencilla , pero son muy propias para el uso que hacen de ellas : las mas espaciosas se componen de un solo tronco de arbol , en las quales caben veinte hombres y á veces mas : algunas de ellas tenian quarenta pies de largo , siete de ancho , y tres de hondo. Desde el centro se van estrechando poco á poco ácia los extremos : la popa remata en una linea recta y perpendicular, pero la proa termina en una punta , mucho mas elevada que los costados. La mayor parte de estas embarcaciones no llevan ningun adorno; pero algunas tienen un poco de escultura , y están adornadas con dientes de vaca marina, clavados en la superficie. Son muy ligeras,

y bogan con mucha seguridad: sus remos son pequeños y anchos, de la figura de una hoja larga sin punta, de unos cinco pies de largo, los quales manejan con mucha destreza; aun no conocen las velas para su navegacion.

Sus instrumentos para cazar y pescar son ingeniosos: tienen redes, sedales, y un instrumento parecido á un remo, que tendrá veinte pies de largo, quatro ó cinco pulgadas de ancho, y media pulgada de grueso: las dos extremidades de las dos terceras partes de su longitud estan guarnecidas de dientes agudos, que sobresalen unas dos pulgadas. Sírvense de estos instrumentos para atacar á las sardinas, harenques y otros peces pequeños. Sus anzuelos son de hueso ó de madera bastante toscos; pero los harpones con que hieren á las ballenas y otros pescados grandes, son ingeniosos. Compónense de un pedazo de hueso con dos ganchos en los quales está asegurada la punta, formada de un pedazo de concha aguzada. Atan á estos harpones un cordel de dos ó tres varas de largo, y para dispararlos usan de un palo de doce á quince pies de largo: el cordel va atado á una de las extremidades, y el harpon está atado de suerte que separándose del palo, éste va nadando como un corcho, quando el animal herido huye.

Nada puedo decir sobre el modo con que

cazan á los animales terrestres : tienen varias redes, que parecen destinadas para la caza. Atraben á varios animales para que caigan en ellas, cubriéndose de pieles de animales, y andando en quatro pies : marchan así con mucha agilidad, y al mismo tiempo imitan la voz del animal. Varias veces executaron esto en nuestra presencia : en estas ocasiones se ponen máscaras que representan á los animales, y á veces cabezas verdaderas de ellos desecadas.

Por lo que hace á los materiales que componen sus varias obras, debo advertir, que todos sus cordeles se componen de correas de cuero y de nervios, ó de aquella corteza de que hacen sus mantos. Vimos algunos nervios tan largos, que no podian ser sino de ballena : los huesos de que hacen algunas de sus armas, los instrumentos para batir la corteza, las puntas de sus lanzas y harpones, deben de ser tambien de hueso de ballena.

La destreza con que labran la madera se debe atribuir á sus instrumentos de hierro : no parece que usan de otros, á lo menos no vimos mas que un instrumento de hueso á manera de cincel. Sus escoplos son unos pedazos de hierro chatos con un mango de madera : una piedra les sirve de martillo, y la piel de un pescado de la especie de la lija, sirve para pulimentar. Sus cuchi-

llos son de varios tamaños, y su figura indica que no son fabricados por Europeos: es verosimil, que los han hecho á imitacion de los instrumentos de hueso que tendrian antes que conociesen el hierro. Aguzan estos instrumentos de hierro sobre unas piedras toscas, y cuidan de tenerlos siempre muy brillantes.

Como vimos tanta abundancia de hierro entre ellos, procuramos averiguar de donde lo adquieren. Desde luego observamos que estaban muy acostumbrados al tráfico, pero no pudimos saber precisamente con que nacion tienen su comercio. Aunque encontramos entre ellos cosas que seguramente son de fábrica europea, parece que no las han recibido inmediatamente de europeos establecidos en alguna parte de América, bien que por otra parte es muy posible que hayan tenido trato con los Españoles. Sabemos que los Españoles hicieron un viage por aquella parte de América por los años de 1774 y 75, y aunque no llegasen precisamente á Nootka, estuvieron en varios parages de aquella costa. Es pues muy probable que los Españoles les hayan suministrado el hierro, como tambien el cobre y bronce que hallamos entre ellos. Los dixes de metal con que adornan sus narices, están trabajados con tanto primor que no pueden ser obra de estos salvages; ademas, las dos cu-

charas de plata de fábrica Española que vimos entre ellos, demuestran que tienen trato mediato ó inmediato con esta nacion.

No pudimos adquirir bastantes luces sobre la política y religion de estos salvages de Nootka. Observamos algunos xefes distinguidos, á los quales estaban sujetos en cierto modo los demas habitantes; pero yo presumo que la autoridad de estos xefes no se extiende mas allá de su familia. Estos xefes no eran todos ancianos, de donde infiero que su dignidad será hereditaria.

Exceptuando las estatuas de que he hablado, no ví cosa que me pudiese dar idea de su religion. Estas figuras eran verdaderamente ídolos; pero como las daban el nombre de *Acweek*, título que dan á sus xefes, puede ser que representen á sus mayores ó xefes, á quienes veneren como á dioses. Sin embargo, no vimos que les diesen ningun culto religioso, y no pudimos adquirir ningun conocimiento en este punto, porque de su lengua no entendiamos mas que las palabras para pedir las cosas mas necesarias.

El idioma de estos salvages tiene mucha dureza, la qual procede del freqüente uso de la *k* y de la *h*, pronunciadas con mas fuerza que en las lenguas de Europa. Tienen varios sonidos muy raros, que consisten en tocar con la lengua en el paladar y dar un chas-

quido fuerte, (á manera del que os dixe hablando de los Hotentotes) y este sonido no se puede expresar con ninguna combinacion de nuestras letras. La terminacion de sus palabras y la combinacion de sus letras tienen la mayor semejanza con la lengua Mexicana, como se puede ver por estas palabras: *opuszthl*, el sol; *onustzhtl*, la luna; *kahshitl*, muerto; *tishchitil*, tirar una piedra. Nada puedo decir con fundamento sobre las reglas de esta lengua; solamente me parece que no tiene conjunciones, preposiciones, ni interjeccion alguna para expresar la admiracion.

Concluiré mis observaciones sobre estos salvages con notar, que se advierten entre ellos y los habitantes de las islas del Oceano Pacifico diferencias esenciales en la figura, en los usos y costumbres, y en la lengua. Por consiguiente no se puede suponer que sus progenitores respectivos provengan de una misma tribu, ó que tuviesen enlaces estrechos entre sí, quando abandonaron sus primeros establecimientos para retirarse á los parages que hoy ocupan.

La *Entrada de Nootka* está á los 49 grados de latitud boreal, y á los 233 de longitud oriental.

CARTA CCCXXII.

Entrada del Príncipe Guillermo.

Salí de la *Entrada de Nootka* el 26 de Abril, y despues de haber padecido una tempestad que me alejó de la costa de América, llegué el 12 de Mayo á otra *Entrada*, que llamé del *Príncipe Guillermo.*

Encargué á Mr. Gore que desembarcase en unas islas que estan al Oeste de la *Entrada*, á cazar algunas aves para comer. Apenas le vieron acercarse, se presentaron veinte hombres en dos grandes piraguas, por lo que se volvió al navio. Los salvages, que le siguieron, no quisieron acercarse á nuestros navios, y se mantuvieron á cierta distancia dando gritos, extendiendo y encogiendo los brazos, y entonaron una cancion semejante á las de *Nootka*; tenian tambien las cabezas adornadas de plumas. Uno de ellos tremolaba una tela blanca, lo qual entendimos seria señal de amistad; otro se mantubo en pie casi un quarto de hora sobre su piragua, enteramente desnudo, y con los brazos en cruz sin moverse. Sus embarcaciones no eran como las de *Nootka*; su armazon se componia de ta-

blas, aforradas por fuera de pieles de vaca marina ó de otro animal semejante. Correspondimos á todas sus demostraciones de amistad; hicimos las señas mas expresivas y afectuosas para atraerlos cerca de los navios, pero no se resolvieron á hacerlo. Algunos de los nuestros repitieron varias palabras de la lengua de *Nootka*, y parecia que estos salvages no las entendian. Despues de haber recogido los regalos que les arrojamos, se retiraron á aquella parte de la costa, donde se habian embarcado, dándonos á entender por señas que al dia siguiente volverian á vernos. Dos de ellos se quedaron junto á nosotros en una canoa hasta la noche, sin duda con la idea de robarnos alguna cosa, pues luego que vieron estabamos alerta, se marcharon.

Al dia siguiente por la tarde llegaron tres salvages al tiempo que acababamos de dar fondo; cada qual de ellos traia un palo de unos tres pies de largo, adornado con plumas y alas enteras de aves. Agitaron varias veces estos caducéos ácia nosotros, y conjeturamos que esto indicaria sus disposiciones pacíficas.

Otros muchos, animados con el buen recibimiento que hicimos á éstos, vinieron al amanecer del dia siguiente; atreviéronse á subir á bordo, luego que vieron que algunos de los nuestros habian baxado á sus

piraguas. Uno de los que subieron á la *Resolucion* era un hombre de mediana edad, de una fisonomia interesante, que despues supe era xefe: su vestido se componia de pieles de nutria marina, y en la cabeza traia un sombrero como los de *Nootka*, adornado de cuentas azules de vidrio, las quales estimaba mucho mas que las blancas que nosotros le presentamos. Sin embargo, estos salvages estimaban las cuentas de vidrio de qualquier color, y para adquirirlas, se apresuraban á darnos todo lo que tenian, hasta sus mas bellas pieles de nutria. Debo advertir, que dieron mas valor á estas pieles que á las demas, luego que advirtieron el afan de los nuestros por adquirirlas; y despues de esto se enagenaban con mas facilidad de los vestidos de pieles de gatos salvages ó de martas, que de las pieles de nutria. Lo mismo habia sucedido en *Nootka*.

Deseaban tambien hierro, pero nos pedian pedazos de ocho á diez pulgadas por lo menos de largo, y de tres ó quatro dedos de ancho: despreciaron absolutamente los pedazos pequeños, y como este género se habia hecho raro en nuestros navios, fue corta la cantidad que adquirieron. Las puntas de sus lanzas eran de hierro ó de cobre; algunas pocas tenian la punta de hueso, que era la materia de que se componian

sus saetas y dardos. Mientras estuvieron á bordo los salvages, fue preciso estar con mucha vigilancia, porque manifestaron inclinacion á hurtar. Despues pasaron al otro navio, y quisieron llevarse el bote que estaba atado á la *Resolucion*; viendo que nos disponiamos á la defensa, se volvieron á sus embarcaciones, haciéndonos señas para que baxasemos las armas, y se mostraron tan serenos como si nada malo hubiesen intentado. Pensaron que podrian robar facilmente el otro navio; muchos de ellos subieron á bordo sin ninguna ceremonia, y sacando sus cuchillos hicieron señas al Oficial que estaba de guardia, y á uno ó dos marineros, que se apartasen. Empezaron á echar mano de todo lo que encontraban, quando acudió la tripulacion armada de cuchillos; al verlos se retiraron á sus piraguas con la misma serenidad que antes. De aquí se puede inferir que no conocian las armas de fuego, pues si hubieran tenido la menor idea de estas máquinas desoladoras, no se hubieran atrevido á intentar llevarse el bote á tan corta distancia de la artilleria y de cien hombres armados. Toleramos su osadia é insolencia, y tengo la satisfaccion de decir que los dexamos sobre este punto en su ignorancia, pues nunca disparamos sino á los páxaros.

Salí de esta *Entrada* el 18 de Mayo: si he de juzgar de ella por lo que vimos, ocu-

pa á lo menos grado y medio de latitud, y dos de longitud, sin hablar de los brazos, cuya extension no conocemos. La estatura de los naturales que vinieron á visitarnos varias veces, era por la comun mediana, y aun la de muchos era mas pequeña. Eran anchos, y quadrados de hombros y pecho, el cuello corto y grueso, la cara ancha y chata; la parte mas desproporcionada de su cuerpo era la cabeza, que era demasiado gruesa. Aunque sus ojos no eran absolutamente pequeños, lo parecian respecto de sus rostros; tenian la punta de la nariz gruesa, roma, hendida, ó inclinada ácia arriba. Sus dientes eran anchos, blancos, iguales, y bien dispuestos; el cabello negro, espeso, lacio y fuerte, y por lo general tenian poca ó ninguna barba: algunos viejos tenian barba larga y espesa, pero lacia.

Aunque en todos era general la proporcion del cuerpo y el grueso de la cabeza, sin embargo habia mucha variedad en las facciones, bien que ninguno era hermoso. Su fisonomia indicaba por lo comun mucha viveza y bondad: en algunos se observaba un aspecto severo y taimado. Algunas mugeres tenian un rostro agradable, y en gran número de ellas se conocia el sexô por las facciones que eran mas delicadas; pero esto debe entenderse de las mas jóvenes, ó de mediana edad. Vimos algunas mugeres

y niños de color blanco, pero sin ninguna mezcla de encarnado. Los hombres que vimos desnudos, tenian el cuerpo de color bazo, lo qual no se puede atribuir á la pintura, pues no se embijan.

Hombres, mugeres y niños visten de un mismo modo: su trage ordinario es una especie de poncho, que por lo comun les llega hasta los tobillos, y á veces no pasa de las rodillas: en la parte superior tiene un agujero para pasar la cabeza, y tiene mangas que llegan hasta la muñeca. Estas batas ó túnicas se componen de pieles de animales, que por lo comun son de nutrias marinas, de zorras, ratas y martas: usan tambien de la piel de vaca marina, y por lo general con el pelo afuera. Algunas de estas túnicas son de pieles de aves, en que no dexan sino el vello, y tambien suelen encolar este vello sobre otras materias. Vimos dos ó tres vestidos de pelo como los de Nootka: las costuras de estas varias pieles estan guarnecidas de listones ó correas de las mismas pieles. Algunos llevan una especie de capucha; pero lo mas comun es llevar sombreros. Quando llueve, se ponen sobre esta túnica otra compuesta de intestinos de ballena, y es impenetrable al agua; pero es preciso tenerla siempre húmeda, porque sino se rasga.

Por lo general llevan desnudas las pier-

nas y los pies; algunos de ellos usan unas como botas de piel, que llegan hasta la mitad del muslo, y casi todos llevan guantes de las manos de osos. Los sombreros eran como los de Nootka, de paja ó de madera en forma de cono truncado. Los hombres por lo comun llevan el pelo cortado al rededor del cuello y de la frente; pero las mugeres lo dexan crecer: la mayor parte de ellas lo recogen en moño en la parte superior de la cabeza, y solo algunas lo atan atras como entre nosotros. Las personas de ambos sexôs tienen las orejas horadadas con muchos agujeros, de los quales cuelgan varios caracolillos como en Nootka. Tienen tambien horadada la ternilla de la nariz, y meten en aquel agujero manojos de plumas ó pedazos de conchas ensartados en un cordon de tres ó quatro pulgadas de largo, lo qual les da un aspecto muy grotesco. Algunas personas de ambos sexôs tienen un adorno mas estraño y ridículo: el labio inferior está hendido en linea paralela con la boca; esta incision que la hacen á los niños de pecho, tiene unas dos pulgadas de largo, y con el tiempo toma la figura de otra boca por donde se puede sacar la lengua. En esta segunda boca artificial ponen un adorno formado de una concha sólida ó de un hueso dividido en pedacitos, semejantes á unos dientes pequeños. Otros tienen solamente el

labio inferior horadado con varios agujeros, en los quales meten caracolilos en figura de clavos con las puntas ácia afuera, y las cabezas se descubren en lo interior del labio como otra fila de dientes.

Estos son los adornos fabricados en el mismo pais, pero encontramos aquí gran cantidad de cuentas de vidrio de manufactura Europea, la mayor parte azules; las cuelgan de sus orejas, al rededor de sus sombreros, y en las puntas del adorno que tienen en el labio superior. Usan brazaletes de cuentas de vidrio, de caracolillos cilindricos, compuestos de una materia parecida al ambar; de la misma materia son otros dixes que colocan en las orejas y nariz. Son tan apasionados á adornarse, que ponen todo genero de cosas en sus agujeros de labios y orejas, hasta los clavos y botones que les dabamos.

Los hombres se pintan regularmente el rostro con un color roxo brillante, con negro, azul, ó aplomado, pero no forman figuras regulares. Las mugeres tambien los imitan, untándose la barbilla con una substancia negra, que termina en una punta en las mexillas. No se pintan el cuerpo como los demas salvages, bien que no he visto otros que mas se afanen por desfigurarse con extravagantes adornos.

Tienen dos especies de canoas, unas

grandes y abiertas, otras cubiertas y pequeñas: en una de sus piraguas grandes contamos veinte hombres y una muger. Ya he dicho que las hacen de tablas, forrándolas por afuera con pieles gruesas: creo que las pequeñas son de igual construccion.

Una especie de cota de malla forma su armadura defensiva, compuesta de tablillas ligeras, trabadas con nervios de animales; es muy flexîble, pero tan unida, que no pueden atravesarla los dardos ni saetas; no les cubre mas que el pecho y el vientre, y se puede comparar con nuestras cotillas.

Ninguno de estos salvages residia en la bahia donde estuvimos surtos, ni en los parages en donde desembarcaron algunos de los nuestros; no vimos ninguna de sus habitaciones, ni tuve tiempo para adquirir noticias sobre este particular. Entre los muebles domésticos que nos traxeron, observé unos platos de madera de figura redonda y ovalada, otros cilindricos y mas hondos: los lados eran de una sola pieza, reforzados con correas de cuero, y estaban unidos con la parte que formaba el suelo por medio de cuñas de madera. Vimos tambien otros vasos de una materia cornea; traxeron tambien gran multitud de sacos pequeños de tripas de ballena; y ademas unos canastillos tan estrechamente texidos, que podian contener agua sin rezumarse. Trahian tambien

modelos de sus canoas de madera, gran número de figurillas de madera de quatro á cinco pulgadas de alto, cubiertas con un pedazo de piel, adornadas de plumas pequeñas, y la cabeza guarnecida de pelo. No sé si serian juguetes de niños, ó si habria en esto alguna supersticion.

No sé con que instrumentos trabajan la madera para sus varias obras; el único que vimos era una hacha de piedra como las de Otahiti. Tienen gran número de cuchillos de hierro, algunos corbos como los trinchetes de nuestros zapateros: vimos tambien otros de unos dos pies de largo casi de la figura de una daga; los llevaban metidos en una bayna de cuero, y colgados al cuello. Sus obras estan trabajadas con tanto primor, como si tuvieran nuestros mejores instrumentos. En una palabra, si se considera el estado de barbarie en que viven estos salvages, la rigidez de su clima, las nieves que perpetuamente cubren su pais, y los miserables instrumentos que usan, es preciso confesar que ninguna nacion es superior á ellos en el talento para inventar, y en el primor de sus obras mecánicas.

No les vimos comer mas que pescado seco, y carne asada: compramos porcion de esta carne, que nos pareció de oso, pero sabia á pescado. Comen tambien raices, y lo interior de una corteza que parece de pino.

Sus canoas estaban llenas de vasos de madera llenos de nieve, la qual comian con ansia. Su modo de comer es muy limpio y aseado, y aunque á veces comian la grasa cruda de ciertos animales, siempre la dividian en pedacitos con sus cuchillos. Son tambien muy limpios en sus personas ; en sus cuerpos no se vé mugre ni suciedad alguna; las vasijas de madera en que comen, estaban limpias, lo mismo que sus canoas, y no vimos en ellas desorden ni confusion.

Al principio parece muy dificil aprender su lengua, y esta dificultad procede de que las palabras ó sonidos que emplean, tienen varias significaciones. Si nos hubieramos detenido por mas tiempo entre ellos, quizá habriamos visto que esto era defecto de nuestra mala inteligencia.

Por lo que hace á los animales de esta parte de América, debo decir lo mismo que de Nootka, es á saber, que no los conocemos sino por las pieles que nos presentaron. Las principales que nos vendieron, eran de vacas marinas, de zorras, de gatos blanquizcos, de martas comunes, de armiños, de osos, de ratas, y de nutrias marinas. La multitud de estas pieles da á entender que las especies de animales que acabo de indicar, son muy abundantes ; debo advertir, que no vimos pieles de reno ni de gamo.

No vimos mas metales que hierro y co-

bre, uno y otro, especialmente el hierro, en tanta abundancia, que de ellos se formaban las puntas de sus armas. Estos salvages se pintan el rostro con almazarron, ó con otra tierra, cuyo color se acerca al del cinabrio; ademas usan un color azul brillante, y otro aplomado. Estas substancias parece son raras, porque los naturales las traian en cortas porciones, y las guardaban con mucho cuidado.

Estos salvages deben de haber recibido de alguna nacion civilizada las cuentas de vidrio y los metales que vimos entre ellos. Como nos dieron muchas pruebas de que antes no habian visto ningun navio Europeo, es de presumir que reciban estos géneros de manos de las tribus establecidas en lo interior desde la bahia de Hudson hasta el Canadá.

CARTA CCCXXIII.

Continuacion del viage.

No quiero molestaros con la prolixa enumeracion de los reconocimientos que hicimos sobre aquella costa de América hasta el rio de Cook, donde esperamos en vano encontrar paso para el Norte. Reconocimos este rio hasta los 61 grados 30 minutos de latitud, y hasta los 210 de longitud, es decir, hasta mas de setenta leguas de su desembocadura, sin ver nada que indicase su nacimiento. Si el descubrimiento de este gran rio, que parece compite con los mayores del mundo, y que proporciona la mas extensa navegacion á lo interior de las tierras, llega con el tiempo á ser util, no tendré por mal empleado el tiempo que gasté en reconocerle. Envié á Mr. King á tierra, para que tomase posesion de ella en nombre del Rey de Inglaterra.

Al volver Mr. King, me dixo que al acercarse á la costa se presentaron unos veinte salvages extendiendo los brazos para indicar sus disposiciones pacificas. Quedaron admirados al ver nuestros fusiles, hicieron señas muy enérgicas á los nuestros para que

los depusiesen. Habiéndoles dado gusto en esto, dexaron que los nuestros se acercasen: estos salvages eran de caracter alegre y sociable; tenian algunos pedazos de salmon fresco y algunos perros. Uno de los nuestros compró un perro, y le mató de un fusilazo á vista de los naturales; esto les causó el mayor espanto, y no teniéndose por seguros entre unos hombres tan formidables, huyeron, recogiendo sus lanzas y otras armas, que habian dexado escondidas entre unos matorrales.

Al tiempo de hacernos á la vela, llegaron muchas piraguas grandes y otras pequeñas; los salvages nos vendieron algunas pieles, y despues sus vestidos quedándose enteramente desnudos. Tambien nos proveyeron de pescado: preferian el hierro á todo lo que les ofreciamos. Los adornos de sus labios no nos parecieron tan comunes entre ellos como en la *Entrada del Príncipe Guillermo*; pero la ternilla de la nariz estaba mas cargada de adornos, y éstos mucho mas largos. Tenian tambien mayor cantidad de bordados blancos y roxos en sus vestidos y en algunas de sus obras, como en sus aljabas y en las bainas de sus cuchillos.

Debo advertir, que los salvages que encontramos en este rio, nos pareció eran de la misma nacion que los de la *Entrada del Príncipe Guillermo*; pero respectivamente á

la lengua y figura eran muy diferentes de los de Nootka: su lengua es mas gutural, su pronunciacion mas fuerte y distinta como los de la *Entrada del Príncipe Guillermo.*

Tienen hierro, cuchillos de este metal, y las puntas de sus armas de lo mismo. Las lanzas se parecen á nuestras alabardas, y sus puntas á veces son de cobre; sus puñales eran muy largos, y con bainas; éstos y las cuentas de vidrio eran de fábrica estrangera. Estos pobres salvages empleaban sus pieles en vestidos, y no es de presumir que hagan mas acopio de ellas que las que necesitan para este uso, pues no tienen comercio con ninguna nacion que apetezca este género.

Saliendo de este rio, llegué el 28 de Junio á la isla de Oonalaska, despues de haber reconocido con exâctitud la porcion de la costa de América, que encontré en el camino, como tambien las islas de San Hermogenes, de la Trinidad, la Nebulosa, la de Kodjiac, las de Schumagin, y la de Plie. Mientras estuvimos anclados cerca de Oonalaska, llegaron á bordo algunos salvages, y trocaron algunos de sus instrumentos de pescar por tabaco. Algunas ropas que traian, y otras circunstancias nos hicieron creer que tienen trato con los Rusos. Paseándome por la costa, encontré una porcion de isleños,

que estaban comiendo peces crudos con el mayor placer.

El dia 9 de Agosto me hallé cerca del Cabo del Príncipe de Gales, que es la extremidad mas occidental de la América conocida hasta ahora. Este Cabo yace á los 65 grados 46 minutos de latitud boreal, y á los 191, 45 minutos de longitud. Dirigime despues ácia el Asia, y el 10 de Agosto di fondo sobre la costa de Tschutski. Al entrar en la bahia observamos sobre la costa septentrional una aldea y habitantes, que se mostraban recelosos, pues vimos que muchos se retiraban á lo interior con fardos al hombro. Resolvi desembarcar cerca de sus habitaciones, y al acercarnos, vimos unos treinta ó quarenta hombres armados formados en batalla en un cerro cerca de la poblacion: tres de ellos baxaron á la playa, se quitaron los sombreros y nos hicieron profundas reverencias: correspondimosles, pero no se sosegaron sus recelos, pues antes de que desembarcasemos, se retiraron. Seguilos solo sin llevar ningun arma, y con mis señas los reduxe á que se esperasen y recibiesen un regalo de varias vagatelas. En cambio me dieron dos pieles de zorra, y dos dientes de caballo marino.

Rogaronme por señas que no dexase á mi gente acercarse: quando me dirigia ácia ellos, se retiraban, y se disponian á defen-

derse con sus lanzas, haciendo ademanes los del cerro para sostenerlos. Llegué poco á poco entre ellos con dos ó tres de mis compañeros: algunas cuentas de vidrio que les repartí, sosegaron sus recelos, y sin asustarse de ver que se acercaban otros muchos de los mios, se empezó á hacer cambios. Les dimos cuchillos, cuentas de vidrio y tabaco en cambio de sus vestidos y saetas, pero por ninguna cosa quisieron darnos un arco ni una lanza. Siempre tenian asestadas sus armas, y solamente quatro ó cinco de ellos las dexaron para danzar y cantar, pero de modo que las pudiesen coger al punto en caso necesario.

Sus saetas tenian puntas de hueso ó de piedra; pocas de ellas eran harponadas, y algunas tenian la punta roma, quizá para matar animales pequeños sin estropear su piel. Sus arcos eran como los que habiamos visto en las costas de América: sus lanzas y alabardas eran de hierro ó acero de fábrica Europea, ó Asiática: estaban adornadas de escultura y de embutidos de bronce ó de metal blanco. Tenian vandoleras de cuero roxo: las aljabas de cuero, llenas de saetas, iban aseguradas sobre el hombro izquierdo; algunas de estas aljabas estaban primorosamente bordadas.

Otras muchas circunstancias y sus vestidos manifiestan un grado de industria muy

superior á lo que se podia esperar de un pueblo situado tan al Norte. Todos los salvages que habiamos visto en las costas de América, eran de baxa estatura, tenian el rostro prominente y redondo; pero el rostro de estos isleños era largo, sus miembros robustos y bien formados, en una palabra, parecian de una raza enteramente distinta. No vimos niños ni viejos, exceptuando uno que era calvo y estaba sin armas, los demas parecian guerreros escogidos, y todos eran jovenes. Todos tenian las orejas agujereadas, y algunos llevaban en ellas cuentas de vidrio; éste era su único adorno, porque no tenian ninguno en los labios.

Su vestido se componia de sombrero, chaqueta, calzones, botas y guantes, todo era de cuero, bien curtido; algunas pieles conservaban el pelo. Ademas de los sombreros, de que usan todos estos isleños, compramos algunas capuchas de piel de perro, que cubren la cabeza y los hombros. Pareciome que tienen el pelo negro, pero todos lo tenian cortado á raiz ó muy corto, y lo mismo la barba. Los géneros que mas estimaron fueron los cuchillos y el tabaco.

Sus habitaciones de verano son diferentes de las de invierno: estas últimas son á manera de un horno, y el suelo está algo elevado sobre el nivel del terreno. Una que exâminé, era de figura ovalada, de unos

veinte pies de alto; se formaba de maderos y costillas de ballena bien trabadas; sobre este maderage habia una capa de yerba fuerte y aspera, cubierta con otra capa de tierra. Por uno de los lados está la fabrica dispuesta en pendiente, de suerte que se puede facilmente subir á la entrada, que es un agujero abierto en lo alto del techo.

Las chozas de verano son circulares, bastante espaciosas, y rematan en punta; su armazon se compone de tablas y de huesos, cubriéndolo todo con pieles de animales marinos. En la que registré, habia un fogon junto á la puerta, y algunas vasijas de madera muy sucias. Parece que tienen ideas de pudor y decencia, porque habia muchas divisiones separadas con pieles. Las camas eran de pieles de gamo bien secas y aseadas.

Junto á las habitaciones vi algunos tablados de diez á doce pies de alto, como los que habiamos visto en la costa de América: estaban formados de huesos, y parecian destinados para secar las pieles y el pescado; de este modo estan libres de los perros, de que hay gran número en aquel pais. Estos perros son parecidos á la zorra, pero mucho mas grandes y de varios colores; tienen el pelo tan suave como lana. Es verosimil que los uncen á sus trinéos por el invierno, porque vi gran número de estos tri-

néos en una de sus habitaciones de invierno. Tambien deben de comer carne de perro, porque ví habian muerto algunos de ellos. Las canoas de estos isleños son como las de los salvages de la costa Nordoeste de la América, y las vimos grandes y pequeñas.

Cerca de las habitaciones habia gran cantidad de huesos de pescados grandes y de otros animales marinos, de donde se puede inferir que el mar les suministra la mayor parte de su alimento. El pais me pareció sumamente estéril, pues no vi árboles ni arbustos. Vimos á cierta distancia ácia el Oeste una cordillera de montañas cubiertas de nieve, que acababa de caer. Nos persuadimos que esta tierra es el pais de Tschutsky, ó la extremidad oriental del Asia, reconocida por Behring en 1728.

Saliendo de aquí, hice varias tentativas inutiles para hallar el paso deseado al Norte; por lo que me volví á la costa de América, y surgi en una *Entrada* que llamé *de Norton*. Desembarqué y dí un paseo por lo interior del pais; los parages en que no habia árboles, estaban cubiertos de matorrales.

Al dia siguiente, una de las familias del pais se acercó á nuestro desembarcadero; componiase del marido, la muger, una niña, y un hombre de miembros tan estropeados que jamas habia visto otro semejante. El marido estaba casi ciego, y su fisonomia

asi como la de su muger no manifestaba tanta dulzura como la de otros salvages que habiamos visto en aquellas costas. Tenian horadados los labios inferiores, y estimaban el hierro sobre todas las cosas. En cambio de quatro cuchillos que habiamos hecho de un pedazo de hierro viejo, nos dieron cerca de quatrocientas libras de peces que habian pescado aquel dia ó el anterior: entre ellos habia truchas, y los demas eran de una especie parecida al harenque. Ofrecí algunas cuentas de vidrio á la niña, y en vista de esto la madre echó á llorar, siguiola el marido, el valdado los imitó tambien, y la niña siguió su exemplo; pero esta música no duró mucho tiempo. El marido tenia de alto cinco pies y dos pulgadas, y era bien formado: su color era como de cobre, tenia el pelo negro y corto, y muy poca barba. No llevaba ningun adorno en dos agujeros que tenia en el labio inferior. La muger era baxa y gruesa; tenia el rostro abultado y redondo; una chaqueta de piel de gamo con un gran capuchon, y unas botas muy anchas eran todo su vestido. El marido y la muger tenian los dientes negros, y me pareció los habian limado hasta la nariz de las encias: la muger tenia labrado con picaduras el labio inferior.

El Capitan King que fue con ellos á traer el pescado, dió un cuchillo á la mu-

ger, dandola á entender por señas que la daria mas regalos, si nos daba peces; ella le hizo señas para que la siguiese. Habian andado como una milla, quando el marido tropezó en unas piedras, y cayendo se hizo una herida profunda en un pie. Detuvose King, y la muger señaló con el dedo á los ojos de su marido, los quales estaban cubiertos de una catarata espesa. Despues el marido prosiguió asiendose de la muger, la qual le advertia los malos pasos. La muger llevaba la niña á las espaldas cubierta con el capuchon de su vestido. Al cabo de andar dos millas llegaron á su canoa, que les servia de choza, era de piel, cubierta, y trastornada, vuelta la parte convexa contra el viento. Exîgieron de King una operacion muy estraña: le encargaron que detuviese el aliento, que despues soplase, y escupiese sobre los ojos del marido: luego que así lo executó, la muger le asió las manos, y apretandolas contra el pecho del marido, las tuvo así algun rato. Entretanto contó una historia desgraciada de su familia, segun pudo inferir de sus gesticulaciones, señalando ya á su marido, ya al hombre valdado, ya á la niña.

Al dia siguiente vinieron nueve hombres cada qual en su canoa; acercáronse al navio con mucho recelo y se pusieron á cantar, tocando uno de ellos un tamboril, y haciendo

otro varios movimientos con manos y cuerpo; su canto y gesticulaciones nada tenian de salvage. En nada se diferenciaban estos hombres de los que habiamos visto en otras partes de aquella costa de América, exceptuando los de la entrada del Rey Jorge ó Nootka. Sus habitaciones que estaban cerca de la playa, tenian el techo inclinado, y se componian de maderos con la cubierta de yerba y tierra.

Desde esta entrada volvi á la isla de Oonalaska, donde encontramos algunos Rusos, que se empleaban en el comercio de peletería; y saliendo de allí volví á una de las islas de Sandwich. Los naturales, que vinieron á vernos, tenian noticia de nuestra primera arribada á aquellas islas, y me convencí de ello por una prueba harto desgraciada, pues todos se hallaban inficionados del mal venereo. Jamas habia visto en el discurso de mis viages tanta multitud de gente reunida en un mismo lugar, pues ademas de los que habian concurrido en canoas, estaba la playa llena de espectadores, otros nadaban al rededor de los navios en tropas de muchos centenares, que parecian manadas de peces. Todos nos alegrabamos de que no hubiesen tenido efecto mis tentativas para hallar un paso al Norte, pues si esto se hubiese verificado, no hubieramos vuelto á estas islas de Sandwich, para reconocerlas mejor.

CARTA CCCXXIV.

Islas de Sandwich.

¡Quán errados son, Señora, los juicios de los hombres en órden á apreciar las cosas y los sucesos! Sin duda el célebre Coock, de quien son las últimas palabras de mi carta anterior, tenia por dicha el haber arribado á las islas de Sandwich, donde le esperaba una muerte cruel. La suerte de este grande hombre es tan interesante, y le debemos tantos descubrimientos, que no os será molesto saber algunas circunstancias de su fin trágico, referidas por el Capitan King, su compañero de viage, el qual prosigue así la relacion.

Luego que los isleños vieron que intentabamos dar fondo en la bahia, manifestaron su regocijo con canciones y griteria, haciendo extraordinarias gesticulaciones. Entre los xefes que vinieron á bordo de *la Resolucion* distinguimos un joven llamado Paria, que gozaba de grande autoridad. Quando se presentó al Capitan Coock, dixo que era el *Jakani* del Rey de la isla, que este Príncipe estaba en una expedicion militar en Mowee y que vendria dentro de tres ó quatro dias. Despues vimos algunos otros isleños que te-

nian el mismo título de *Jakani*, y no pudimos averiguar si este nombre significaba oficial, ó algun grado de parentesco con el Rey. Algunos regalos que hicimos á Paria le hicieron bien pronto amigo nuestro: viendo el grande embarazo que causaba en *la Resolucion* la multitud de isleños que habia subido á bordo, se lo diximos á Paria, y al punto hizo se retirase gran número de ellos y que las piraguas se mantuviesen á cierta distancia del navio. En esta y otras muchas ocasiones observamos el sumo respeto que aquellos isleños tienen á sus xefes, pues á su menor insinuacion se tiraron todos al agua.

Durante nuestra larga navegacion á la altura de esta isla, llamada *Owhihee*, los isleños se habian portado con mucha fidelidad con nosotros y no habian manifestado la menor propension al robo; esto es mas de admirar, porque no tratamos sino con gente de la ínfima clase, como criados y pescadores. No fue lo mismo en la bahia, pues el gran concurso que ocupaba el navio, tuvo proporcion para hacer varios hurtos sin peligro de ser descubiertos. Esta mudanza la atribuimos á la conducta de los xefes, pues veiamos en sus manos la mayor parte de las cosas que nos habian robado, y tenemos motivo para creer que estos hurtos se hacian por su instigacion.

A penas la Resolucion dió fondo, los

dos xefes conocidos nuestros, Paria y Kaneena, traxeron á bordo otro xefe llamado Koah, que segun nos dixeron era á la sazon Sacerdote, habiendo sido en su juventud guerrero distinguido. Era este un viejecillo muy flaco, tenia los ojos muy encendidos y enfermos, y el cuerpo cubierto de una lepra blanca, efecto del exceso con que bebia el brevage de *ava*. Lleváronle á la presencia del Capitan Coock, á quien el viejo se acercó con mucho respeto: echole sobre los hombros una pieza de tela roxa que habia trahido, y dando algunos pasos ácia atras le presentó un lechoncillo que tuvo en sus manos mientras pronunció un largo discurso. Esta ceremonia se repitió muchas veces durante nuestra mansion en Owhyhee, y por algunas circunstancias hicimos juicio que esto era una especie de adoracion religiosa. Vimos siempre sus ídolos cubiertos de aquella tela roxa que el viejo puso al Capitan Coock, y ofrecian ordinariamente lechones á sus Estatuas: ademas decian sus discursos ú oraciones con tal volubilidad, que se conocia eran fórmulas establecidas.

Acabada esta ceremonia, Koah comió con el Capitan, y devoró con ansia todo lo que le presentaron; pero siendo tan reservado como todos los isleños de estos mares, no le pudimos reducir á que probase segunda vez de nuestro vino ó de nuestros licores

fuertes. Al desembarcar el Capitan, le acompañé juntamente con Mr. Baily: fuimos recibidos por quatro hombres que llevaban unas varas guarnecidas de pelo de perro por una punta, y marchaban delante de nosotros declamando en alta voz una frase corta, en la qual no distinguimos mas que la palabra *Orono*, nombre que daban á Coock, cuya rigurosa significacion no pudimos averiguar. A veces aplicaban este nombre á un ser invisible, que decian habitaba en el cielo; otras veces daban este título á un personage muy respetable en la isla, que tiene mucha semejanza con el gran Lama de los Tártaros. El inmenso gentio que habia acudido á la playa, se retiró luego que vió nos acercabamos, y no encontramos mas que algunos isleños postrados con el rostro por tierra en las inmediaciones de la poblacion cercana.

Antes de hablar del obsequio religioso que se hizo al Capitan Coock, y de las singulares ceremonias con que fue recibido en esta isla fatal, conviene describir el morai, situado á la parte meridional de la aldea de Kahua. Era un edificio de piedra, sólido y quadrado, de unas quarenta varas de largo, veinte de ancho, y catorce de alto: el terrado llano y bien enlosado estaba rodeado de una varandilla de madera, sobre la qual se veian las calaberas de los cautivos sacrificados en la muerte de los xefes del pais. El

centro del edificio era de madera : Koah nos conduxo encima de este edificio por un camino de una cuesta suave. En la entrada vimos dos grandes figuras de madera, cuyos rostros representaban unos visages ridículos; sobre las cabezas tenian un gran pedazo de madera en forma de cono inverso, y el cuerpo estaba cubierto de tela roxa. Encontramos allí un joven de alta estatura, que tenia la barba muy larga, quien presentó estas figuras al Capitan Coock, y despues de haber cantado en compañia de Koah una especie de himno, nos conduxo á la extremidad del morai : llamabase este joven Kerikia. Habia allí doce figuras colocadas en semicírculo al pie de cinco maderos, y delante de la figura de enmedio vimos una mesa elevada, que parecia un altar : sobre ella habia un cerdo podrido, y encima pedazos de caña de azucar, cocos, eurus, bananas y patatas dulces. Koah habiendo colocado á Coock debaxo, tomó el cerdo, y despues de haber dirigido á nuestro Capitan otro discurso tan largo como el primero, pronunciado con mucha vehemencia y rapidez, dexó caer en tierra el cerdo. Instó luego á Coock á subir sobre el tablado, y habiéndolo executado en compañia de Koah no sin peligro de caerse, llegaron diez hombres con un cerdo vivo, y una gran pieza de tela roxa, caminando en silencio procesional-

mente hasta la cima del morai. Luego que dieron algunos pasos, se pararon y Kerikia les salió al encuentro; recibiendo de ellos la tela roxa, la llevó á Koah, quien se la puso á Coock, y despues le ofreció el cerdo con las mismas ceremonias.

Mientras que nuestro Capitan estaba sobre el tablado envuelto en la tela roxa, Kerikia y Koah cantaron unas veces alternativamente, otras juntos: esta parte de la ceremonia fue muy larga: Koah dexó caer el cerdo, y en fin se baxó con Coock. Conduxole despues cerca de las doce figuras, y habiendo dicho no sé qué á cada una de ellas en ademan de burla, y castañeteando los dedos al pasar por delante de ellas, le conduxo á la que estaba en el centro, de la qual hacian mas aprecio que de las otras, pues la tenian cubierta con tela roxa. Postróse Koah ante ella, y la besó; el Capitan Coock hizo lo mismo por consejo de Koah.

Conduxeronnos á otra division del morai, donde habia un espacio de diez ó doce pies en quadro, mas hondo como unos tres pies que el nivel del terreno. Baxamos allí, y sentaron á Coock entre dos ídolos de madera; Koah sostenia uno de los brazos del Capitan, y yo el otro. En esto llegó otra procesion de isleños, trayendo un cerdo asado y un pastel de eurus, cocos y legumbres. Quando estuvieron cerca de nosotros, Keri-

kia se puso al frente de ellos, y habiendo presentado el cerdo á nuestro Capitan con las ceremonias ya referidas, empezó á cantar como antes, respondiendo sus compañeros á cada copla. Observamos que las coplas se iban acortando poco á poco, y al fin Kerikia no cantaba mas que dos ó tres palabras, y los otros no respondian mas que *Orono*.

Concluida esta ofrenda, que duró un quarto de hora, los isleños se sentaron enfrente de nosotros, y empezaron á trinchar el cerdo, y á mondar las frutas: algunos de ellos hacian el brebage de *ava*, mascando las raices como en las islas de los Amigos. Kerikia tomó un pedazo de almendra de coco, la mascó, y envolviéndola en un pedazo de tela, frotó con él el rostro, la parte posterior de la cabeza, las manos, los brazos y los hombros del Capitan Coock. Sirvióse despues á la redonda el *ava*; Koah y Kerikia dividieron la carne del cerdo en pedacitos, y nos los ponian en la boca. Yo no tuve repugnancia en sufrir que Paria, que era muy limpio, me diese de comer; pero Coock, á quien Koak hacia el mismo servicio, acordándose del cerdo podrido, no pudo atravesar bocado: el viejo queriendo esmerarse mas en su urbanidad, intentó darle los bocados mascados, y es facil de conocer quanto se aumentaria el asco de nuestro Capitan.

Despues de esta ceremonia, á la qual puso fin Coock luego que pudo hecerlo con decencia, nos retiramos del morai, repartiendo entre los naturales algunas vagatelas, que les agradaron en extremo. Los hombres que llevaban aquellas varas de que hablé al principio, nos conduxeron á las canoas, repitiendo las mismas palabras que quando desembarcamos. La gente se retiró, y los pocos que habian quedado, se postraron rostro por tierra, segun ibamos pasando. Con esto nos volvimos á bordo muy satifechos de las muestras de amistad y respeto que nos habian dado estos isleños.

Al dia siguiente fui á tierra con ocho soldados para plantar el observatorio en el parage mas propio para proteger á los nuestros que se empleaban en hacer aguada y leña. Quando yo estaba buscando en medio de la poblacion un parage conveniente, Paria siempre pronto á minifestarnos su poder y buena voluntad, ofreció hacer derribar algunas casas que pudieran embarazar nuestras operaciones; no quise aceptarlo, y escogí un terreno cerca del morai, que al punto me concedieron con gusto, y los sacerdotes, para apartar de allí á los naturales, consagraron el lugar, rodeando con varas todo el recinto. A esta prohibicion religiosa llaman *tabu*, palabra que oimos repetir muchas veces. Advertimos que tiene efectos de mu-

cha extension y fuerza, de lo qual hablaré mas adelante; por ahora basta saber, que esta prohibicion nos proporcionó la mayor tranquilidad para nuestras operaciones, pues nadie se atrevió á entrar en aquel recinto sin nuestro permiso. Los hombres cedieron á nuestros ruegos para pasar con provisiones por el terreno en que estabamos establecidos; pero no pudimos reducir á las mugeres á que se acercasen. En vano las ofrecimos regalos; Paria y Koah que juntaron sus ruegos á los nuestros, nada lograron, porque ellas respondian que las mataria Eatua y Terriobu, que era el nombre de su Rey. Sin embargo, se acercaban sin recelo á los nuestros que se hallaban á bordo, y continuamente llegaban á los navios tropas de hombres y mugeres. Era preciso precisarlas á desembarazar los navios; entonces se tiraban al agua á un tiempo doscientas ó trescientas mugeres, y se mantenian nadando y retozando junto á los navios hasta hallar ocasion de volver á subir á bordo.

Al cabo de algunos dias Paria y Koah fueron á recibir á Terriobu que acababa de desembarcar en otra parte de la isla. En las cercanias del observatorio descubrimos una sociedad de sacerdotes, que habian excitado nuestra curiosidad por el servicio regular que hacian en el morai. Sus chozas se hallaban al rededor de un estanque, y estaban

rodeados de un bosque de cocoteros que las separaba de lo restante del pueblo. Habiendo yo dado esta noticia al Capitan Coock, fuimos á exâminar aquel lugar.

Luego que llegamos, nos conduxeron á un edificio llamado *la casa del Orono*; dixéronme que me sentase á la entrada al pie de un ídolo de madera, semejante al que habiamos visto en el morai. Encargáronme que sostuviese uno de los brazos del Capitan, y le envolvieron otra vez con la tela roxa: Kerikia, acompañado de doce sacerdotes, le presentó un cerdo, observando la ceremonia acostumbrada. Ahogaron despues el cerdo, encendieron fuego, pusieron el animal sobre las asquas, y despues de haberle pelado, lo volvieron á presentar á nuestro Capitan con el mismo aparato y cánticos. Lo tuvieron arrimado á su nariz un rato, despues lo pusieron á sus pies con un coco, y los sacerdotes se sentaron. Hicieron *ava*, y la bebieron á la redonda; traxeron despues un cerdo bien asado, y nos dieron algunos bocados como en la otra ocasion.

Desde esta época, siempre que desembarcaba el Capitan Coock, le acompañaba uno de los sacerdotes, que marchando delante de él iba avisando que *Orono* habia desembarcado, y mandaba á la gente que se postrase en tierra. Siempre le acompañó tambien uno de ellos en la canoa; y mante-

niéndose en la trasera de ella con una varita en la mano, avisaba la llegada de nuestro Capitan á los isleños que estaban en sus piraguas; al punto los remeros dexaban los remos, y se postraban hasta que hubiese pasado. Quando se detenia en el observatorio, al punto venia Kerikia con sus compañeros á ofrecerle cerdos y frutas con las ceremonias acostumbradas. En estas ocasiones algunos xefes inferiores nos pidieron permiso para hacer alguna ofrenda á *Orono*, y quando les dabamos el permiso, ofrecian un cerdo con ademanes de temor y respeto; entre tanto Kerikia y los sacerdotes cantaban sus himnos.

Las atenciones de estos sacerdotes no se limitaron á puras ceremonias: todos los dias daban cerdos y frutas á los nuestros que estaban en tierra, y con igual puntualidad enviaban á los navios piraguas cargadas de provisiones. Jamas pidieron cosa alguna en cambio, ni insinuaron indirectamente que deseaban regalos de nuestra parte. La regularidad con que nos regalaban parecia mas bien efecto de una obligacion religiosa, que de liberalidad; y preguntando nosotros qué cuerpo ó persona hacia los gastos para regalarnos con tal magnificencia, nos respondieron, que era un gran personage, xefe de los sacerdote, lla-

mado *Kau*, abuelo de Kerikia, que viajaba con el Rey.

Como la horrible desgracia que en esta isla acaeció al Capitan Coock, debe inspirarnos mucho interes en orden al caracter y costumbres de estos isleños, conviene advertir que no teniamos tantos motivos de estar contentos de los xefes ó Eries como de los sacerdotes. Observamos que en todas las ocasiones los primeros atendian unicamente á su interés, y ademas de los hurtos que hacian continuamente, los sorprendimos en algunos fraudes ignominiosos.

No hubo novedad hasta el 24 de Enero, pero en este dia estrañamos que no se permitiese á ninguna embarcacion salir de la costa, y que los isleños se mantenian junto á sus chozas. Al cabo de algunas horas supimos que la llegada del Rey habia causado la prohibicion ó *tabu* para que nadie comunicase con nosotros, lo qual nos privó de los víveres acostumbrados. Al dia siguiente los nuestros emplearon súplicas y amenazas para obligar á los isleños á venir cerca de los navios; algunos se resolvian á hacerlo, pero vimos que un xefe se empeñaba en hacerles volver á tierra. Para que desistiese de su oposicion, disparamos un fusilazo, que produxo el efecto deseado, y bien pronto adquirimos los víveres que necesitabamos. Despues de

mediodia recibimos la visita del Rey, que no traia mas que una piragua en que venia su muger y sus hijos : despues de haber estado á bordo hasta cerca de las diez, se volvió al pueblo.

El 26 á mediodia el Rey se embarcó en una piragua grande, y acompañado de otras dos se dirigió en pompa ácia los navios ; su comitiva tenia cierto ayre de magnificencia. En la primera embarcacion venia el Rey Terriobu y sus xefes adornados con sus casquetes y ricos mantos de pluma, y armados de largas lanzas y dagas ; en la segunda venian los sacerdotes, el respetable Kau, uno de sus xefes, y unos ídolos adornados de telas roxas : estos ídolos eran unos bustos de mimbres de tamaño agigantado, adornados de plumas de varios colores, entretexidas como las de los mantos : unos grandes pedazos de nacar con una nuez negra en el centro representaban los ojos : sus bocas estaban guarnecidas de dos filas de colmillos de perro, y sus caras figuraban gestos extravagantes. La tercera piragua venia llena de cerdos y de varios vegetales. Durante la marcha, los sacerdotes venian cantando himnos con mucha gravedad, y despues de haber girado al rededor de los navios, se volvieron á tierra donde yo estaba al frente del destacamento, en vez de subir á bordo como habiamos creido.

Al verlos acercarse, mandé á la tropa formarse en batalla para recibir al Rey; el Capitan Coock viendo que este Soberano iba á tierra, le siguió y llegó casi al mismo tiempo que él. Conduxelos á la tienda, y apenas se sentaron, el Rey levantándose puso sobre los hombros de Coock con ademan gracioso el manto que traia puesto, y asimismo un morrion de plumas en su cabeza, y un abanico muy curioso en sus manos; despues extendió delante de nuestro Capitan cinco ó seis mantos muy bellos y de gran valor. Los de su comitiva trajeron despues quatro gruesos cerdos, cañas de azucar, cocos y frutas de pan. El Rey concluyó esta parte de la ceremonia trocando de nombre con Coock, que es el mayor testimonio de amistad en todas las islas del mar del Sur. Presentose una procesion de sacerdotes conducida por un anciano venerable, á la qual seguia una larga fila de hombres, que traian grandes cerdos vivos, y varias frutas. Segun las gesticulaciones y ademanes de Kerikia hize juicio que el anciano era el superior de la sociedad de sacerdotes de que antes hice mencion: traia en sus manos una pieza de tela roxa que rodeó á los hombros de Coock, á quien presentó un cerdo. Hicieronle lugar al lado del Rey; Kerikia y sus compañeros empezaron á cantar sus himnos, respondiendo á coro Kau y los xefes.

Quedé admirado al ver que el Rey era un viejo flaco y enfermo, que habia venido á bordo de *la Resolucion* quando atravesabamos por la banda nordeste de la isla de Mowee. Bien pronto descubrimos entre la gente de su comitiva la mayor parte de los isleños que entonces pasaron una noche á bordo con nosotros, y entre otros vimos dos hijos del Monarca, y un sobrino suyo.

Concluidas las ceremonias de la visita, el Capitan Coock conduxo á bordo de la Resolucion á Terriobu y todos los xefes que cupieron en la lancha. Fueron recibidos con todo el obsequio posible, y nuestro Comandante en recompensa del manto que habia recibido, revistió al Rey con una bata y le ciñó su espada. Kau y otros seis xefes ancianos se quedaron en la playa, y se alojáron en las chozas de los sacerdotes. En todo este tiempo no vimos ninguna piragua en la bahia, y los isleños se mantuvieron en sus chozas, ó postrados en tierra. El Rey antes de salir de la Resolucion permitió á los isleños ir á los navios á hacer sus cambios; pero las mugeres quedáron sujetas á la prohibicion de no salir de sus habitaciones y no tratar con nosotros.

Como la hospitalidad generosa de los isleños habia disipado todos nuestros temores, no recelamos el mezclarnos entre ellos, tratandolos con freqüencia y sin el menor so-

bresalto. Los oficiales de los dos navios se paseaban todos los dias por lo interior del pais, á veces solos, pasando en tierra algunas noches. Seria muy prolixa la relacion de las pruebas de amistad que continuamente nos daban estos isleños; por donde quiera que pasabamos, la gente nos rodeaba, esmerandose á porfia en ofrecernos todo lo que estaba en su mano, y se daban por muy contentos quando admitiamos sus ofertas. Usaban de varios artificios para llamar nuestra atencion y dilatar nuestra partida: quando pasabamos por sus poblaciones, los jóvenes de ambos sexôs corrian delante de nosotros, y se detenian en los parages desembarazados formando coros de danzas: nos instaban á descansar en sus chozas, á beber leche de cocos, ó á tomar otros refrescos; á veces nos colocaban en medio de un corro de mugeres jóvenes, que se esmeraban en divertinos con sus danzas y canciones.

El placer que nos causaba su generosidad y agrado se mezclaba con el disgusto que nos ocasionaba su propension al hurto, vicio comun á todos los isleños del Sur. Esto nos obligaba á veces á tratarlos con dureza: un dia descubrimos algunos que estaban arrancando con mucha sutileza los clavos de los costados de los navios; disparamosles algunos tiros con perdigones, pero ellos nadando por debaxo de los navios, se

escaparon de los tiros, y nos vimos precisados á azotar á uno de ellos á bordo de un navio.

Hasta aquí no habiamos visto ninguno de sus exercicios gimnasticos; pero á peticion nuestra nos dieron un espectáculo de pugilato, en el que observamos casi lo mismo que habiamos visto en las islas de los Amigos. El combate se decidia bien pronto, porque en cayendo el uno de los dos combatientes, se daba por vencido, y el vencedor anunciaba su triunfo con gran número de gesticulaciones que hacian dar grandes carcajadas á los espectadores. En estos combates se observaba una regla singular; mientras que los atletas se preparan, puede salir otro al circo, y desafiar al uno de ellos; el que no es desafiado, tiene que retirarse. Si el combate se dilataba mas de lo ordinario, ó si era muy desigual, uno de los xefes salia á separarlos, poniendo un baston entre los dos.

Habiendo muerto uno de nuestros marineros, el Rey nos rogó se le enterrase en el morai, y se hizo el entierro con toda la pompa que permitia nuestra situacion. Kau y los otros sacerdotes asistieron, guardando un profundo silencio, y poniendo la mayor atencion á todas las ceremonias. Quando empezamos á echar tierra sobre el cadaver, se acercaron á la sepultura con mucho res-

peto, y echaron encima un cerdo muerto, cocos y bananas. En las tres noches siguientes fueron á sacrificar allí cerdos, y á cantar himnos hasta el amanecer.

Como padeciamos gran falta de leña en los navios, me encargó nuestro Capitan que tratase con los sacerdotes sobre la venta de la balaustrada que rodeaba lo alto del morai. Yo temí que esta propuesta fuese mirada por ellos como una impiedad escandalosa, pero me engañé, pues no sólo accedieron con gusto á ella, sino que no hicieron mencion de lo que les habiamos de dar en cambio.

Ya hacia dias que el Rey y los xefes de su comitiva nos hacian repetidas preguntas acerca del tiempo de nuestra partida: en vista de esta inquietud, quise averiguar que concepto habian formado los isleños de nosotros, y supe que nos suponian venidos de un pais en que habian faltado los viveres, y que habiamos venido á su isla unicamente con el fin, como ellos decian, de *llenar los vientres*. En efecto, no era estraña esta idea, en vista de la flaqueza de algunos de nosotros, del ansia con que comiamos sus provisiones frescas, y del afan con que comprabamos y embarcabamos provisiones. Era cosa muy divertida verlos como palpaban los vientres de los marineros que ya estaban gordos, advirtiéndoles que ya era tiempo

de marcharse ; pero que si volvian en el tiempo de la nueva cosecha de fruta de pan, nos podrian proveer mejor. Era inmenso el consumo que habiamos hecho de cerdos y vegetales , por lo que no es de estrañar que deseasen nuestra partida. Es de presumir que el deseo que tenia el Rey de saber la época fixa de nuestra marcha , no tenia otro objeto que el prepararnos nuevos regalos ; pues habiendole dicho que nos hariamos á la vela dentro de dos dias , publicó una especie de proclamacion para que los naturales traxesen cerdos y frutas , para regalar á *Orono* al tiempo que se marchase.

Resuelta ya nuestra partida para el 4 de Febrero, el Rey suplicó al Capitan Coock y á mí el dia 3 , que le acompañasemos á la residencia de Kau. Quando llegamos á ella encontramos el terreno cubierto de paquetes de telas , de plumas amarillas y roxas , de gran número de hachas , y de otros instrumentos hechos con el hierro que les habiamos dado. Cerca de allí habia grandes montones de toda especie de vegetales , y una manada de cerdos. Creimos que todo esto seria para regalarnos, pero Kerikia nos dixo que era el tributo pagado al Rey por aquel distrito. En efecto, luego que nos sentamos, los isleños fueron trayendo aquellos paquetes , y los pusieron á los pies del Rey , el qual quedó muy satisfecho del obsequio , y

separando la tercera parte de aquellos efectos con algunas piezas de tela, nos ofreció lo restante con todos los cerdos y vegetales. Quedamos admirados del valor y magnificencia de aquel regalo, que excedia mucho á todo lo que habiamos recibido de los isleños de la Sociedad y de los Amigos. Al punto hicimos venir las canoas para que lo llevasen todo á los navios.

El mismo dia embarcamos las tiendas y los instrumentos astronómicos: luego que abandonamos aquel terreno, se levantó el *tabu* ó entredicho, y los isleños acudieron al sitio evaquado á buscar las preciosidades que creian habriamos dexado allí. Habiendo yo quedado el último en tierra esperando una canoa, me rodearon muchos isleños, y rogándome me sentase junto á ellos, se lamentaron de nuestra próxîma separacion. Confieso que me costó mucho sentimiento el dexarlos, pues como habia estado yo siempre en tierra mandando el destacamento, era el mas conocido de los isleños, y experimenté una amistad constante é ilimitada de todos, y principalmente de los sacerdotes. Hicieronme las mas vivas instancias para que me quedase con ellos; el mismo Rey y Kau se lo suplicaron al Capitan Coock, quien por no disgustarlos, les dixo que por entonces no podia separarse de mí, pero que volveria al año siguiente, y les daria gusto.

El dia 4 al amanecer zarpamos y salimos de la bahia, siguiéndonos gran multitud de piraguas. El Capitan Coock se proponia acabar de reconocer esta isla antes de pasar á las otras de este grupo. Estuvimos encalmados el dia 4 y 5, y el Rey dió una nueva prueba de su amistad al Capitan, enviándole un regalo de cerdos y vegetales. El dia 6 habiendo doblado la punta mas occidental de la isla, nos hallamos junto á una bahia profunda, que ofrecia un surgidero seguro y cómodo. Koah que por amistad acompañaba al Capitan Coock, y habia trocado con el de nombre, fue con el Maestre en la lancha á reconocer la bahia. Las noticias que éste nos trajo, no eran tan favorables como el informe que de la bahia nos habia dado Koah, por lo qual se quedó oculto en tierra, y no quiso volver al navio.

CARTA CCCXXV.

Muerte del Capitan Coock.

Una tempestad que sobrevino, causó varias averias en nuestros navios, por lo que nos fue preciso volver á nuestro primer fondeadero. Observamos con admiracion que los isleños se habian mudado enteramente respecto de nosotros; ya no daban gritos de alegria, ni se advertia el mismo concurso y ruido al rededor de nosotros: la bahia estaba desierta y abandonada, solamente se veia una ú otra piragua que se retiraba á lo largo de la costa. Formamos varias conjeturas sobre esta novedad, quando supimos que el Rey estaba ausente, y habia puesto *tabu* ó entredicho en la bahia. No por esto se disiparon nuestros recelos; pero al dia siguiente vino el Rey á ver al Capitan Coock, y con esto se restableció la tranquilidad y los cambios. Como quiera que fuese, no hubo novedad hasta el dia 13, y todo se mantuvo en paz y amistad.

Este dia por la tarde, el Oficial que mandaba el destacamento enviado á hacer aguada, vino á decirme que varios xefes habian acudido junto al pozo, y que echaban

de allí á los isleños que nos ayudaban á llevar las pipas hasta la playa. Dile, segun me pidió, un soldado de marina, á quien no dexé llevar mas que su espada y bayoneta. No tardó en volver el Oficial á decirme que todos los isleños estaban armados y muy alborotados: pasé al punto á aquel parage acompañado de otro soldado con su fusil. Quando me descubrieron los isleños, soltaron sus piedras, y habiendo yo hablado á los xefes, los sediciosos se alejaron, y los que nos ayudaban á hacer aguada, no fueron impedidos por sus compatriotas. Restablecida la tranquilidad, fui á dar cuenta al Capitan Coock, y me mandó que hiciese fuego con bala contra los sediciosos, si volvian á tirarnos piedras ó á insultarnos.

A poco rato de haber vuelto á las tiendas, nos alarmó un fuego continuo de fusilería que oiamos á bordo de la *Discovery*: observamos que disparaban contra una piragua que bogaba rapidamente ácia la costa, perseguida por una de nuestras canoas. Presumimos que algun hurto habria causado aquellos fusilazos, y el Capitan Coock me mandó le siguiese con una canoa armada, para detener á los de la piragua que se dirigian á la costa; pero llegamos tarde, porque los que la ocupaban, se habian salvado en lo interior del pais.

Creyendo nosotros que habrian robado

alguna cosa de importancia, segun los muchos tiros que habiamos oido, seguimos á los fugitivos hasta el anochecer, y viendo la distancia y el peligro de arriesgarnos mas, volvimos á la playa. Durante nuestra ausencia, habia acaecido otra riña mas seria y desagradable. El Oficial que mandaba la canoa, volviendo á bordo con las cosas que habian hurtado en la *Discovery*, y viendo que nosotros perseguiamos á los ladrones, creyó debia apoderarse de la piragua abandonada. Por desgracia, era propia de Paria, el qual llegó al mismo punto, y pidió se la volviesen: el Oficial rehusó volversela, y se originó una riña furiosa, en la qual Paria fue derribado de un golpe muy violento que le dieron en la cabeza. Los isleños que habian acudido de los contornos y hasta entonces se habian mantenido tranquilos, dispararon una llubia de pedradas contra los nuestros, obligándolos á acogerse á nado á un peñasco algo separado de la costa. Los isleños se apoderaron de nuestra lancha, que estaba esperando al Capitan Coock, la robaron, y la hubieran destrozado á no ser por la intervencion de Paria, que vuelto en su acuerdo, tuvo la generosidad de olvidar la violencia que se le habia hecho. Despues de hacer retirar aquel tropel de gente, hizo señal á los nuestros para que volviesen por la lancha, ofreciendo hacer restituir lo hur-

tado. Los nuestros lo hicieron asi, y Paria no tardó en seguirlos, trayendo algunas de las cosas hurtadas, que eran unas vagatelas. Mostrose muy afligido de este lance, y preguntó con mucho sobresalto, si Orono le mataria, ó le permitirian volver al navio al dia siguiente. Prometiéndole que seria bien recibido, para dar una prueba de su reconciliacion, tocó con su nariz la de los Oficiales, y se volvió á tierra.

Quando supo el Capitan Coock lo que habia pasado, mostró mucha pesadumbre, y al volver á bordo me dixo: *recelo mucho, que los isleños me han de precisar á usar de medios violentos, porque no conviene dexarlos en la creencia de que han tenido ventaja sobre nosotros*. Como era ya tarde para emprender nada, se contentó con mandar que echasen de los navios á las mugeres y hombres que se habian quedado á bordo. Volvi á tierra, y doblé la guardia: á las once de la noche se descubrieron cinco isleños que se acercaban con mucho silencio al morai, y viéndose descubiertos, huyeron. A media noche se acercó uno al observatorio; el centinela le disparó un fusilazo, y con este ruido huyeron todos los demas.

Al amanecer fui á bordo de la Resolucion, y hallé que por la noche los isleños habian robado la chalupa de la Discovery. Encontré que los soldados de marina se esta-

ban armando y el Capitan Coock cargaba su escopeta de dos tiros. Al contarle yo lo que habia acaecido por la noche, me interrumpió, y me dixo en tono irritado, que habian robado la lancha de la Discovery, y me comunicó lo que pensaba hacer para recobrarla. Era su costumbre, quando queria recobrar algun hurto, prender á los xefes, y tenerlos á bordo hasta que lo restituyesen: pensaba usar ahora de este arbitrio, que le habia salido siempre bien: mandó apresar todas las piraguas que intentasen salir de la bahia, y habia resuelto destruirlas, si no podia recobrar la chalupa por otros medios pacificos. En efecto habia repartido por la bahia las embarcaciones pequeñas de los dos navios, bien armadas y equipadas, y antes que yo volviese á la costa, se habian disparado algunos cañonazos contra algunas piraguas grandes que intentaban escaparse de la bahia.

Salimos del navio el Capitan Coock y yo con Mr. Philips y nueve soldados de marina: las últimas órdenes que me dió, fueron que procurase sosegar á los isleños prometiéndoles que no se les haria daño; que no dividiese mi tropa, y estuviese alerta. Sepáramonos; el Capitan marchó al pueblo de Kobroba, residencia del Rey, y yo al observatorio. Di orden á los soldados que no saliesen de la tienda, cargasen los fusiles

con bala, y no los dexasen de la mano. Pasé á las chozas del anciano Kau y de los sacerdotes, y les expliqué lo mejor que pude el objeto de nuestras hostilidades que los tenian muy sobresaltados. Preguntome Kau, si hariamos mal al Rey, y asegurándole yo que no, quedó muy contento con mi promesa.

El Capitan Coock marchó á Kobraba, donde le recibieron con las demostraciones de respeto que siempre: preguntó donde estaba el Rey, y sus dos hijos: éstos no tardaron en venir, y conduxeron al Capitan á la casa donde estaba su padre. Hallaron al Rey medio dormido, y habiéndole hablado Coock sobre el robo de la chalupa, le convidó á que fuese á pasar el dia á bordo de la Resolucion. El Rey admitió la proposicion sin detenerse, y se levantó al punto para acompañar al Capitan.

El negocio iba tomando buen giro: los dos hijos del Rey estaban ya en la lancha, y lo restante de la gente se hallaba á orilla del agua, quando una vieja llamó á gritos á Kane-Kabaria, madre de los dos Príncipes, y una de las mugeres favoritas de Terriobu. Acercose ésta al Rey, y le suplicó con lágrimas que no se embarcase. Al mismo tiempo dos xefes que habian venido con ella, detuvieron al Rey, advirtiendole que no debia pasar adelante, y le precisaron á sentarse. Los is-

leños que acudian á lo largo de la playa, y formaban quadrillas numerosas, empezaron á rodear de tropel al Rey y al Capitan Coock. El Teniente de los soldados de marina, que vió á su gente muy apretada de los isleños, y que no podian manejar las armas en caso necesario, propuso á Mr. Coock formarlos en batalla á lo largo de los peñascos á orilla del agua, y abriéndoles paso sin dificultad los isleños, se apostaron á corta distancia de donde estaba el Rey sentado.

En este tiempo se hallaba Terriobu sentado, manifestando el mayor terror y abatimiento. El Capitan Coock sin desistir de su intento le instaba vivamente á que se embarcase; quando el Rey se disponia á hacerlo, sus xefes le disuadian con súplicas, y en fin recurrieron á la fuerza, insistiendo en que no se moviese de su puesto. Viendo nuestro Capitan que no era posible llevar al Rey sin derramar mucha sangre, desistió de su intento.

Aunque no se habia logrado la idea, parece que la persona del Capitan Coock no hubiera corrido ningun riesgo, á no haber sido por una fatal ocurrencia que todo lo trastornó. Nuestras canoas colocadas en la extension de la bahia, hicieron fuego contra unas piraguas que intentaban escaparse, y por desgracia mataron un xefe de la primera clase. La noticia de su muerte llegó á la

aldea en que se hallaba el Capitan Coock en el momento que acababa de apartarse del Rey, y se dirigia tranquilamente ácia la playa. Fue muy notable el alboroto que causó esta noticia: los hombres hicieron retirar al punto las mugeres y niños, se pusieron sus esteras de batalla, y se armaron de picas y piedras. Uno de ellos que tenia una piedra y una daga de hierro, se acercó á nuestro Comandante, esgrimiendo su daga y amenazándole con la piedra: Mr. Coock le aconsejó desistiese de sus amenazas, pero aumentándose la insolencia del isleño, Coock se irritó, y le disparó un tiro con perdigones, que no pudieron penetrar la estera del isleño que mas se habia adelantado. Al punto emprendieron los isleños un ataque general á pedradas: los soldados de marina y los que ocupaban las canoas les correspondieron con una descarga de fusileria. Los isleños con grande admiracion nuestra sufrieron el fuego con la mayor firmeza, y se precipitaron sobre nuestro destacamento, con espantosos gritos y alharidos, antes que los soldados tuviesen tiempo de volver á cargar. Entonces se vió una escena horrible y sangrienta: quatro soldados de marina fueron cogidos al tiempo que se retiraban, y sacrificados al furor del enemigo; otros tres fueron heridos gravemente; el Teniente herido tambien, habia por fortuna reservado

su tiro, y mató al que le acababa de herir, y se disponia á matarle. Nuestro desgraciado Comandante se hallaba á la orilla del mar la ultima vez que se le pudo distinguir; gritaba á las canoas que cesasen de hacer fuego, y que se acercasen para embarcar nuestra tropa. Si es cierto que los soldados de marina y las tripulaciones de las canoas hicieron fuego contra su orden, que se evitase la efusion de sangre, es probable que fue victima de su humanidad. En efecto se advirtió, que mientras hacía cara á los isleños, ninguno de ellos se atrevió á tocarle; pero habiéndose vuelto para dar orden á las canoas, fue muerto por detras á puñaladas, y cayó de cara al mar. Los isleños al verle caer, levantaron el grito de alegria, sacaron su cuerpo arrastrando á la playa, y se encarnizaron en despedazarle á puñaladas.

Así concluyó su carrera este grande hombre despues de tantos descubrimientos y fatigas. No es necesario detenerme en referir lo mucho que todos lloramos su muerte, y el horror que ésta nos causó. Todos le mirabamos como á un padre, y en él teniamos fundadas todas nuestras esperanzas del suceso de nuestra expedicion. Sus prendas personales, la dulzura de su genio, sus grandes conocimientos le hacian uno de los hombres mas grandes de este siglo. La Geografia le debe á él solo mas que á ningun otro

de los que hasta ahora se han conocido.

En su primer viage descubrió y reconoció las islas de la Sociedad ; probó que la Nueva Zelanda forma dos islas ; reconoció el canal que las separa, y exâminó todas las costas : recorrió despues la costa Oriental de la Nueva Holanda, desconocida hasta entonces, y añadió á los mapas de esta parte del Globo una extension de terreno de 27 grados de latitud, ó mas de 2000 millas.

Su segundo viage al rededor del mundo resolvió el gran problema del Continente austral, porque atravesó el hemisferio austral entre los grados 40 y 70 ; demostró que no puede haber allí ningun Continente, á no ser que se halle muy cerca del Polo y en parages inaccesibles á los navios. Descubrió la Nueva Caledonia, la mas extensa del Océano Pacífico despues de la Nueva Zelanda; descubrió ademas la isla de la Georgia, una costa nueva que llamó *Tierra de Sandwich*, ó la *Thule* del hemisferio austral ; despues de haber visitado dos veces los mares del Trópico, fixó la situacion de las tierras descubiertas antes por otros, y halló muchas no conocidas.

Pero este su tercer viage se distingue por la extension é importancia de sus descubrimientos. Ademas de muchas islas pequeñas que halló en el mar del Sur, descubrió al Norte de la Equinoccial el grupo de las islas

llamadas de Sandwich, cuya situacion y producciones prometen mas ventajas á la navegacion de los Europeos, que ninguna otra de las tierras del mar del Sur. Descubrió despues y exâminó la parte de la costa Occidental de América, que permanecia incognita desde los 43 grados de latitud boreal, esto es, una extension de mas de 3500 millas. Determinó la proxîmidad del Continente del Asia y del de América; atravesó el estrecho que los separa, y exâminó las tierras de una y otra costa hasta una altura suficiente para demostrar que es imposible pasar del Océano Pacifico ni por el Este, ni por el Oeste. En fin, exceptuando el mar de Amur y el Archipiélago del Japon, sobre los quales no tenemos hasta ahora mas que noticias imperfectas, ha completado la Hydrografia de la parte del Globo, que es habitable.

Volviendo ahora á la relacion de lo acaecido, ya he dicho que quatro de los soldados de marina que acompañaban al Capitan Coock quedaron muertos, los demas se tiraron al agua, como tambien Mr. Philips, su Teniente, y defendidos del vivo fuego que hacian las canoas, libraron la vida. Las canoas continuaron el fuego, y con algunos cañonazos de la Resolucion se retiraron los isleños. Luego que se disminuyó algun tanto la consternacion que esta desgracia causó en las tripulaciones, se trató de salvar el des-

tacamento apostado en el morai, donde yo me hallaba con seis soldados de marina. No es posible describir la zozobra y agitacion en que estuvimos contemplando á lo lejos aquella horrible escena, sin poder adivinar sus causas ni el éxîto. Luego que oí los primeros fusilazos, procuré asegurar á los isleños que estaban al rededor del edificio consagrado en donde nos hallabamos, que no les hariamos daño, y que no se quebrantaria la paz con ellos por ningun acontecimiento. Ellos tambien estaban nó menos inquietos por lo que veian y oian. Nuestra situacion era la mas crítica, pues no solo corriamos riesgo de perder la vida, sino tambien el mastelero de la Resolucion y la mayor parte de las velas que estaban en tierra. En esto llegó Kerikia penetrado de dolor por haberle contado uno de sus compatriotas la muerte de Coock, y me preguntó si era cierto; yo para evitar la misma desgracia, se lo negué. Di algunas providencias para la seguridad de mi destacamento, en caso de que fuese atacado, y pasé á la Discovery á dar parte al Capitan Clarke de nuestra situacion. Al punto atacaron los isleños á nuestro destacamento; pero habiendo desembarcado un refuerzo de los navios, los isleños se retiraron detras de las paredes del morai. Entonces por medio de los sacerdotes logramos hacer treguas

para poder retirar todos los efectos que teniamos en tierra. Los isleños se apoderaron del morai luego que lo evaquamos, y nos tiraron algunas piedras, pero sin hacernos daño.

Volviendo á bordo aconsejé que se pidiese á los isleños la chalupa y el cuerpo de nuestro Comandante, y que si lo reusasen, se tomase una resolucion vigorosa; pero prevaleció el dictamen mas moderado del Capitan Clarke en vista de ser ya irremediable la desgracia, por lo que se me mandó que fuese á pedir los cuerpos de nuestros compañeros, y principalmente el de Coock, pero que no hiciese fuego, sino me atacaban, y que en todo caso no desembarcase en la costa.

Al acercarme á tierra, vi que los isleños estaban dispuestos para la defensa; conocí que sería en vano proponerles ninguna negociacion, si no les daba alguna muestra que pudiese grangearme su confianza. Mandé á las embarcaciones armadas que se detuviesen; salté en la canoa, y me adelanté solo con una vandera blanca en la mano: tuve el consuelo de ver que los isleños me habian comprehendido, pues me correspondieron con un grito general de alegria. Las mugeres volvieron al punto de lo alto de los cerros adonde se habian retirado, los hombres depusieron las

esteras de combate, y sentándose todos á la orilla del mar, me alargaban los brazos y me convidaban á desembarcar. Aun me quedaban algunos recelos sobre su sinceridad, quando vi á Koah arrojarse al agua con una vandera blanca en la mano, y nadar ácia mi canoa con una osadia y tranquilidad que no es facil de concebir. Dexéle entrar en mi canoa, aunque venia armado, y tenia muchas razones para sospechar de su mala fe; acercóse á mí con lágrimas fingidas y me abrazó. Propúsele mi demanda, amenazando declarar la guerra á toda la isla, sino nos volvian lo que pediamos: prometióme que iria él mismo á traerlo al punto, y habiéndome pedido un pedazo de hierro con la misma serenidad que si nada hubiese pasado, se volvió á los suyos, diciéndoles que todavia eramos amigos.

Esperé por mas de una hora su vuelta: entretanto habiéndose acercado á tierra algunas de mis embarcaciones, supieron de los isleños, que el cuerpo de Coock habia sido hecho pedazos, y llevado á lo interior del pais: esto no lo supe hasta que volví al navio. Yo estaba cansado de tanto esperar, y lleno de impaciencia al ver la falsedad con que intentaban hacerme desembarcar, quando llegó un xefe amigo nuestro, y me dixo de parte de Terriobu, que el cuerpo de nues-

tro Comandante habia sido llevado á lo interior de la isla, pero que lo traeria á la mañana siguiente.

Al volvernos á bordo, volvieron á insultarnos, y se vió que ostentaban en triunfo los despojos de nuestros desgraciados compañeros. Por la noche descubrimos gran número de hogueras sobre los cerros, lo qual seria para hacer sacrificios, y entonces quemarian las cuerpos de nuestros compañeros.

Despues de muchas escusas y demoras, cuya enumeracion seria muy prolixa, al cabo de dos dias vinieron por la noche dos sacerdotes, y nos traxeron un pedazo de carne humana de nueve á diez libras, cuyo aspecto nos llenó del mayor horror. Dixeron que esto era lo unico que habia quedado del cuerpo de Coock, que las demas partes habian sido repartidas y quemadas; pero que Terriobu y los xefes tenian en su pòder la cabeza, y los huesos, esceptuando los del pecho; que Kau, xefe de los sacerdotes, habia recibido aquella porcion de carne para sus ceremonias, y nos la enviaba para manifestarnos su inocencia y afecto.

Dudando entonces nosotros si serian antropófagos, les preguntamos si comian carne humana; al oir esto, manifestaron el mismo horror que pudiera un Europeo, y

nos dixeron si nosotros la comiamos. Despues nos preguntaron, que quando Orono, ó Coock volviese, qué haria con ellos? Esta misma pregunta nos la repitieron despues otros muchos con la mayor zozobra, porque consideraban á Coock como un ser superior. Hicimosles instancias para que permaneciesen á bordo hasta la mañana, pero nos respondieron, que si el Rey y sus xefes tuviesen noticia de su venida, tendria las conseqüencias mas funestas contra toda la sociedad de los sacerdotes, y que por esto habian venido ocultamente de noche. Añadieron que sus compatriotas deseaban ardientemente vengar la muerte de los suyos, y que no nos fiasemos de Koah, que era un traidor, y solo buscaba ocasiones para executar su venganza. Supimos de estos dos sacerdotes, que en el primer combate de Kobraba habian sido muertos diez y siete isleños, y entre ellos cinco xefes; en el observatorio habian muerto otros ocho, y tres de ellos eran xefes de la primera clase.

Al dia siguiente volvió Koah con los mismos engaños, y aunque ya no nos quedaba duda de su perfidia, el Capitan Clarke no quiso apartarse de su proyecto de moderacion, que tan poco efecto producia.

Como nos era forzoso hacer aguada, y los isleños no dexaban de insultarnos y de maltratar á nuestros marineros, fue preciso

usar de la fuerza. Los soldados encargados de defender la aguada, quemaron la poblacion, y lo mas sensible fue, que tambien quemaron las habitaciones de nuestros buenos amigos los sacerdotes, á quienes tantos favores debiamos.

Lo mas singular fue, que en medio de todos estos disturbios, las isleñas que se hallaban á bordo de los navios, no quisieron marcharse, ni manifestaron el menor sobresalto por sí mismas ni por los suyos. Quando el incendio consumia su pueblo, lo miraban como un espectáculo divertido, y exclamaban muchas veces *mai-tai*, esto es, muy bello.

Los isleños viendo que el no haberles antes hecho daño, no era por cobardia ni falta de medios, como al principio creian, cesaron de insultarnos. Vino un xefe principal llamado Eapo de parte de Terriobu á pedirnos la paz trayendonos regalos; pero le respondimos que no la hariamos hasta que nos restituyesen los restos del cadaver de nuestro Capitan. Hubo mensages de parte y otra, y en esto se pasó la mayor parte del dia.

El dia 20 vimos baxar por la falda de un cerro una procesion de isleños, trayendo al hombro cañas de azucar, y en las manos fruta de pan y bananas; venian delante dos tambores, y llegando á la orilla del mar se

sentaron al pie de una vandera blanca, y empezaron á tocar sus instrumentos. Los isleños que venian en fila, llegaron uno á uno, y dexando los regalos que traian, se fueron retirando con el mismo órden. Poco despues descubrimos á Eapo, revestido de un largo manto de plumas; traia una cosa en las manos con mucho cuidado, y nos hizo señas para que le enviasemos una canoa. Creimos que nos traeria los despojos de nuestro Capitan, y no nos engañamos en nuestra conjetura. El Capitan Clarke y yo pasamos á recibirle: quando llegamos á la playa, Eapo entró en el bote, y entregó los restos del cuerpo del Capitan Coock envueltos en una pieza de tela nueva, y cubiertos con un manto de plumas negras y blancas. Embarcose con nosotros, pero no pudimos reducirle á subir á bordo de la Resolucion, quiza por no hallarse presente al reconocimiento de lo que traia. Hallamos en aquel paquete las manos enteras de Coock, la cabeza descarnada, habiéndole tambien cortado el cabello, con algunos otros huesos descarnados que daban indicios de haber estado al fuego. Por la tarde volvió Eapo con un hijo del Rey y traxeron los demas huesos, y algunas de sus alhajas: nos aseguraron que la chalupa robada habia sido hecha pedazos por la gente de Paria, en venganza del golpe que habiamos dado á este xefe.

No nos restaba mas que proceder á los funerales de nuestro Comandante; y habiendo metido todos sus despojos en un atahud, los arrojamos al mar con las precauciones acostumbradas. Facil es de juzgar quánto seria nuestro dolor y tristeza en esta ceremonia, durante la qual Eapo habia impuesto *tabu* ó entredicho en toda la bahia, y en todo el dia no pareció ninguna canoa. Al dia siguiente avisamos, que estabamos enteramente satisfechos, y que la memoria de lo ocurrido se habia sepultado en el atahud de *Orono*; suplicamos se levantase el *tabu*, y que los naturales podian traernos viveres como antes. Bien pronto se vieron los navios rodeados de piraguas; la mayòr parte de los xefes subieron á bordo, manifestando el mayor sentimiento por lo ocurrido, y grande alegria por ver restablecida la paz. Algunos de nuestros amigos nos traxeron cerdos y otras provisiones, y con esto nos hicimos á la vela. Reconocimos despues otras islas de este grupo, cuya descripcion será materia de la carta siguiente.

CARTA CCCXXVI.

Descripcion de las islas de Sandwich.

Este grupo se compone de 11 islas, que se extienden en latitud desde los 18 grados 54 minutos hasta los 22 grados 15 minutos de latitud boreal; y en longitud desde los 199 grados 36 minutos hasta los 208 grados y 6 minutos, Este. Los naturales las llaman Owhihee, Mowee, Ranai, Moratinee, Kahowrowee, Morotoi, Wohahoo, Atooi Neeheehow, Oreehoua, y Tahoora; todas ellas estan habitadas, excepto Moratinee y Tahoora. Ademas de estas 11 islas, los naturales nos dixeron, que hay otra llamada Modoopapapa, que es baxa y arenosa, y que solo van á ella á coger tortugas y paxaros de mar.

El clima de estas islas se diferencia poco del de las islas de América, situadas en la misma latitud, aunque es algo mas templado. Como no estuvimos en estas islas en los meses tempestuosos, no podemos saber, si estan sujetas á los huracanes y vientos impetuosos que reinan en las islas de América; pero tenemos fundamento para juzgar, que no padecen estos terribles fenómenos, y

que en esto se parecen á las islas de la Sociedad y de los Amigos.

En los quatro meses que pasamos en estas islas, tuvimos mas abundancia de lluvias que lo que se experimenta en la estacion seca en las islas de América. Todos los dias y noches tuvimos una brisa de tierra y otra de mar en la bahia de Karakakua.

Los quadrupedos de estas islas se reducen á las tres especies que se han descubierto en el mar del Sur, cerdos, perros y ratas. No hay en ellas tantos perros á proporcion como en Otahiti, pero se encuentran mas cerdos, y de mucho mayor tamaño. Los páxaros de las islas de Sandwich igualan en belleza á todos los que hemos visto en otras partes durante nuestro viage: se ve gran número de ellos, pero hay poca variedad de especies. Las producciones vegetales son casi las mismas que en las islas del mar del Sur.

Los habitantes de las islas de Sandwich son sin duda de la misma raza que los de la Nueva Zelanda, de las islas de la Sociedad, y de los Amigos, de la isla de Pasqua y de las Marquesas, raza que ocupa sin ninguna mezcla todas las tierras que se conocen entre los 47 grados de latitud boreal y el 20 de latitud austral, y entre los 184 y 260 grados de longitud oriental. Este hecho por mas extraordinario que parezca, está con-

firmado por la grande analogia que se observa en los usos, costumbres, facciones, y principalmente en los idiomas de estas varias islas. Ya he dicho en otra parte que la poblacion de todas estas islas proviene, segun todas las apariencias, de la India Oriental.

La estatura de los naturales de las islas de Sandwich es en general menos que mediana, y son bien proporcionados, garbosos, ágiles y fuertes para el trabajo. Las mugeres no tienen tan bellas formas como las Otahitinas; tienen muy bellos ojos y dientes, y una dulzura y agrado en el mirar, que las hace amables. Sus cabellos son de color de cuervo, y por lo general no los tienen lacios, como los salvages de América, ni del todo rizados como los Negros, sino variados como los de los Europeos. En los mas bellos rostros de estos isleños se ven siempre unas grandes narices sin ser romas ni afiladas, sino algo corbas ácia la punta, lo qual se puede atribuir á la costumbre que tienen de saludar estregando sus narices unos con otros.

Entre los Eries de estas islas se observa la misma superioridad en el cuerpo y figura, que en las demas del mar del Sur: los que vimos, eran muy bien formados, al paso que en las clases inferiores se veian las mismas diferencias de estatura y figura que en Europa. Habia aquí mas personas contra-

hechas que en las otras islas; vimos dos enanos, el uno era un viejo de quatro pies, y dos pulgadas de alto, y el otro una muger de la misma estatura: tambien vimos dos gibados, y un jóven que habia nacido sin pies ni manos. Habia muchos vizcos, y nos presentaron un ciego para que le curasemos. Ademas de estas imperfecciones, tienen con mucha freqüencia tumores y úlceras: los Eries no padecen estas últimas enfermedades, pero el excesivo uso que hacen del brebage de ava, les perjudica mucho: los mas dados á este vicio tenian el cuerpo cubierto de una lepra blanca, los ojos encendidos, estaban muy flacos, y trémulos, y no podian levantar la cabeza. El uso de esta bebida es uno de los privilegios exclusivos de los xefes; un hijo del Rey de edad de doce años se alababa con freqüencia de haber ya conseguido este privilegio, y nos mostraba con mucho orgullo la lepra que empezaba á salirle. Este brebage tan perjudicial á la salud está en uso en casi todas las islas del mar del Sur.

Es muy dificil calcular de un modo probable la poblacion de estas islas; pero las observaciones que hicimos pueden darnos alguna idea de aproxîmacion. Primeramente lo interior del pais está enteramente desierto; ademas no hay poblaciones considerables, y las habitaciones estan esparcidas

con bastante igualdad por toda la costa. Con estos datos podemos aproxîmarnos al verdadero numero de sus habitantes, y segun este cálculo, Owhihee tendrá 150ϑ habitantes; Mowee 65400, Woahoo, 60200, Atooi 54ϑ, Morotoi 36ϑ, Oneeheow 10ϑ, Ranai 20400, Oreehoua 4ϑ. Total, 400ϑ.

A pesar de la pérdida irreparable, que nos causaron estos isleños con la muerte del Capitan Coock, debo decir en obsequio de la verdad, que tienen un caracter muy dulce y son inclinados á hacer bien; que distan tanto del genio ligero y frívolo de los Otahitinos, como de la gravedad y reserva de los isleños de las islas de los Amigos. Parece que viven con buena amistad entre sí: nos encantó mucho la ternura y afan con que las madres cuidaban de sus hijos: los hombres las ayudaban en sus tareas domésticas con un esmero muy particular.

Observamos constantemente en ellos, que se reconocian por inferiores á nosotros, humildad harto notable, si se considera el necio orgullo del Chino, del Japon, y del salvage Groelandés. Sin embargo de que estos isleños tratan á sus mugeres con mas cariño que los de las demas islas, observan la misma costumbre de no permitirlas comer con ellos, y las prohiben los manjares mas regalados; no pueden comer tocino, tortugas, ni varias especies de pescados, y de ba-

nanas; y nos dixeron que una pobre muchacha habia sido castigada con mucho rigor, por haber comido á bordo de nuestro navio una de estas cosas prohibidas. Parece que viven solas por lo comun, y aunque no vimos que las maltratasen, no hacen de ellas el mayor aprecio.

Ya hemos visto con quanta amistad y veneracion nos recibian siempre que ibamos á tierra: se esmeraban á competencia en ofrecernos regalos, en prepararnos de comer, y en darnos las mayores muestras de respeto. Los viejos derramaban lágrimas de alegria al vernos, y quedaban llenos de satisfaccion quando les permitiamos tocar á nuestros cuerpos; no cesaban de hacer comparaciones entre ellos y nosotros, en que manifestaban su humildad. Las mugeres nos trataron con la mayor amistad y sin ningun recelo, hasta que tuvieron motivos para arrepentirse de nuestro trato; ya adivinareis lo que quiero decir. Todas nuestras precauciones para evitar este contagio, fueron vanas. Sin embargo, todas estas mugeres tan faciles eran de la ínfima clase, y fueron muy raras las mugeres distinguidas que vimos.

La inteligencia de estos isleños no es inferior á ninguna otra nacion del mundo: sus progresos en la agricultura y en las artes son proporcionados á la situacion en que se hallan. Vimos plantios muy regulares y bien

cuidados de todas las frutas y raices de que se alimentan. El cuidado con que observaron nuestro modo de trabajar el hierro, y los arbitrios que discurrieron para labrar el que les dimos, nos dió muy buena idea de su capacidad é industria.

Encontramos en estas islas dos locos, un hombre y una muger: observamos que los trataban con el mayor respeto y cuidado, y juzgamos que los creen inspirados por la divinidad como en la mayor parte de los paises de Oriente.

Los habitantes de estas islas dexan crecer la barba; sin embargo, vimos algunos, y entre otros el Rey, que la tenian cortada, y otros no tenian mas que bigotes. En el modo de disponer sus cabellos hay tanta variedad como en las demas islas. Hombres y mugeres llevan unos collares, que no son mas que unas sartas de caracolillos. Ambos sexôs usan tambien una especie de abanico de fibras de coco, y tambien los hacen de plumas de páxaros: los mas preciosos son los que tienen el mango hecho del hueso del brazo ó de la pierna de un enemigo muerto en batalla, los quales se heredan de padres á hijos como un trofeo de valor inestimable. Tambien acostumbran picarse la piel como los demas habitantes del mar del Sur. Se hacen señales en el cuerpo en la muerte de sus xéfes; y las mugeres se pican la punta

de la lengua. Observamos que las personas de la ínfima clase tenian una marca formada de picaduras, por la qual se conocia de que xefe eran vasallos.

El vestido comun de los hombres se reduce al *maro*, que es un pedazo de tela gruesa, de diez á doce pulgadas de ancho, que pasando por entre las piernas se sujeta á la cintura, y éste es el trage comun de todas las clases. Hay variedad en el tamaño de sus esteras, algunas de las quales son muy bellas: tienen por lo comun cinco pies de largo y quatro de ancho. Las llevan al hombro, recogiéndolas por delante, pero hacen poco uso de ellas sino en la guerra: como son gruesas y capaces de resistir á una pedrada ó golpe de armas sin punta de hierro, parecen muy propias para sus batallas. Por lo general andan descalzos, excepto quando tienen que caminar por pedregales abrasados, pues entonces se ponen una especie de alpargatas de fibras de coco. Ademas de este trage comun, los xefes tienen otro de gala, que se compone de un manto de plumas, y de un morrion tan bello y magnifico, que en ninguna nacion del mundo hemos visto cosa mas pintoresca. Lo largo de los mantos es proporcionado á la clase del sugeto; algunos no pasan de la cintura, y otros llegan hasta tierra. Los xefes inferiores tienen mantos cortos, que se pa-

recen á los primeros, hechos de plumas largas de aves de aquellos paises: estan guarnecidos de una franja ancha de pequeñas plumas roxas y amarillas, con un collarin de la misma especie. Hay algunos de plumas blancas con franjas de varios colores. El morrion tiene un penacho de juncos bastante fuerte para resistir á los golpes de qualquier arma.

Los mantos de pluma y los morriones eran muy raros, y sin duda estan reservados para los isleños mas distinguidos. Durante nuestra mansion en la bahia de Karakakua no los vimos mas que en tres ocasiones; quando Terriobu vino por la primera vez á los navios, quando el Capitan Coock fue muerto (en aquel fatal momento vimos entre la turba algunos xefes adornados con este trage de ceremonia) y quando Eapo nos trajo las tristes reliquias de nuestro Comandante.

Este trage se parece tanto á los mantos y morriones que antiguamente usaban los Españoles, que exâminamos si era posible que los habitantes de estas islas lo hubiesen tomado de aquella nacion; pero á pesar de todas nuestras pesquisas no pudimos averiguar que conozcan á otra nacion, ni tengan memoria de otros navios como los nuestros. (Sin embargo, puede muy bien haber sucedido que nuestros antiguos navegantes que

tantas excursiones hicieron por aquellos mares, les comunicasen la idea de este trage, aunque los actuales habitantes no conserven memoria ni tradicion de su llegada á estas islas. Sabemos quan industriosos son estos isleños para imitar todo lo que ven, y no se halla en todas las islas del mar Pacifico ninguna nacion de quien hayan podido imitar este trage, que tiene trazas de haber sido inventado por alguna nacion culta, y que hubiese hecho progresos en las artes. Quando vuelva á América, veremos en las orillas del Marañon imitada con colores en los cuerpos de una nacion salvage la armadura que llevaban los primeros Españoles que navegaron por aquel rio: esta nacion es la que dió motivo á la famosa historia de las *Amazonas*, como veremos en su lugar. La forma extraordinaria de este trage me parece suficiente prueba de que procede de Europa, mayormente siendo tan distinta de todos los trages que se usan en todas las islas del mar del Sur. Es muy probable que algun navio Español haya llegado á estas islas por alguna casualidad de las que son tan comunes en la navegacion: esta suposicion se hace mucho mas verosimil si se considera, que los navios Españoles que van de Acapulco á Manila pasan á pocos grados al Sur de las islas de Sandwich, y que á su vuelta pasan á pocos grados al Norte de estas mismas islas.)

El vestido comun de las mugeres se diferencia muy poco del de los hombres: se rodean á la cintura un pedazo de tela que llega hasta la mitad de los muslos, y á veces quando hacia fresco, traian sobre los hombros algunas bellas telas, á manera de las Otahitinas. Se cortan los cabellos por detras y se los recogen sobre la parte anterior de la cabeza, como las Otahitinas y Zelandesas.

Ademas de los collares de caracoles de que ya he hecho mencion, las mugeres usan otros de unas cuentas roxas, duras, y brillantes. Tienen ademas guirnaldas de flores secas de la malva de Indias: usan tambien de una especie de palatina compuesta de plumas entretegidas, que se ponen al cuello: usan tambien brazaletes muy variados y de una figura particular. Algunas mugeres de Atooi llevaban en los dedos, como nosotros las sortijas, unas figurillas de madera ó de hueso muy bien trabajadas, que representaban una tortuga. Vimos tambien unas mascaras muy feas con aberturas para los ojos y nariz, de las quales usan en sus bayles y fiestas para hacer reir.

Los naturales de estas islas se parecen mas en sus usos y costumbres á los habitantes de la Nueva Zelanda, que á los isleños de la Sociedad ó de los Amigos, sin embargo de que estos les caen mas cerca. Prin-

cipalmente se les semejan en su modo de vivir en pequeñas poblaciones de ciento ó doscientas casas, fabricadas unas junto á otras sin regularidad, y que se comunican entre sí por un camino tortuoso. Por lo general estas casas estan defendidas por el lado del mar con paredes de piedras movedizas y sueltas, que les sirven como de murallas: el tamaño de estas casas varia desde diez y ocho pies de largo con doce de ancho hasta quarenta y cinco de largo y veinte y quatro de ancho: las hay mas espaciosas, de cincuenta pies de largo y treinta de ancho, con una grande abertura en una de las extremidades, y nos dixeron que estas casas estaban destinadas para los extrangeros que se detienen poco tiempo en su isla; de suerte que vienen á ser como unos mesones ó posadas públicas.

Su forma es como muchas de nuestras caserias de campo: tienen un caballete elevado con dos aleros muy baxos; estan cubiertas de una paja larga como carrizo sobre unos palos delgados dispuestos con regularidad. La entrada se halla á uno de los dos extremos ó en los lados, y se reduce á un agujero oblongo y tan baxo, que es preciso entrar de rodillas; á veces las cierran con unas tablas movedizas que hacen vez de puerta, y como no estriba en un quicio, es preciso quitarlas para entrar y salir. No tienen mas

luz estas casas que la que entra por este agujero, y aunque ofrecen un abrigo cómodo en el mal tiempo, parecen muy incómodas para un clima tan caliente. Lo interior está muy aseado; el suelo está cubierto de yerba seca, sobre la qual extienden sus esteras que les sirven de asientos y de camas: á una de las extremidades se ve un banco de tres pies de alto, sobre el qual ponen sus utensilios. Estos se reducen á calabazas para conservar el agua, y cestos para guardar sus víveres y otras cosas, á lo qual se añaden algunos platos de madera de varios tamaños.

Algunas de las mejores casas tienen un patio rodeado de una empalizada, y de chozas mas pequeñas para los criados: comunmente comen y descansan en estos patios por el dia. Tambien notamos en las faldas de los cerros y entre las peñas escarpadas algunas cuevas que nos parecieron habitadas.

La gente de las clases inferiores se mantiene principalmente de pescado y de vegetales, sobre todo de ñames, patatas dulces, tarrou, bananas, cañas de azucar, y fruta de pan. Los isleños mas distinguidos añaden á esto la carne de perro y de cerdo, guisada del mismo modo que en las islas de la Sociedad: tambien comen gallinas, que son domesticas como las nuestras, pero no son muy abundantes ni estimadas. Salan los

pescados y los guardan, no precisamente para tener provision en tiempo de escasez, sino porque prefieren las carnes saladas á las frescas, y los mismos Eries salaban la carne de cerdo y la conservaban así como el mayor regalo.

Son muy limpios en sus comidas, y todos convenimos en que su modo de guisar las substancias animales y vegetales es muy superior al nuestro. Los xefes dan principio á sus comidas bebiendo del brebage de *avà*, las mugeres no comen con los hombres, y les están prohibidos muchos manjares, como ya he dicho: nosotros las pudimos reducir á que comiesen á bordo tocino, pero se recataban mucho de ser vistas: no las pudimos obligar á que probasen la tortuga, ni las especies de bananas que las están prohibidas.

Hay fundamento para creer que pasan su vida de un modo muy sencillo y poco variado. Se levantan al salir el sol, y despues de haber gozado del fresco de la mañana, van á reposar por algunas horas. Los Eries se ocupan en la fabrica de canoas y de esteras; las mugeres labran las telas, y los *tutus*, ó clase inferior, cuidan de los plantios y de la pesca. Para entretener sus horas ociosas tienen varias diversiones: los jóvenes y las mugeres tienen mucha pasion al baile, y en las fiestas solemnes hay combates de lucha y de pugilato.

Sus danzas se parecen mas á las de los Zelandeses, que á las de los Otahitinos. Precede una cancion de un ayre lento y grave, á la qual acompañan todos meneando las piernas, y golpeando suavemente en el pecho con unos movimientos y actitudes que tienen bastante gracia. Al cabo de unos diez minutos de este preludio, el compas y las gesticulaciones son mas vivas, y se va aumentando por grados hasta que los actores no pueden ya aguantar la fatiga. Esta parte de la danza es identica en la Nueva Zelanda, y asi aquí como allí el que mas se agita y aguanta mas tiempo es el mejor danzarin.

Su música instrumental es tambien mas grosera que en las islas de la Sociedad y de los Amigos; porque exceptuando los tambores de varios tamaños, no tienen flautas ni otro ningun instrumento. Pero lo mas particular es que cantan en concierto de varias voces, cosa que parecerá increible á muchos músicos, que no podran concebir que una nacion medio salvage conozca el contrapunto.

Estos isleños son muy aficionados al juego: tienen uno que se parece mucho á nuestro juego de damas, pero si se ha de hacer juicio por el número de casas, debe ser mucho mas complicado. El tablero tiene cerca de dos pies de largo, y está dividido en 238 casas, dispuestas en 17 lineas:

juegan con piedrecitas blancas y negras, que van pasando de una casa á otra.

Tienen otro juego que consiste en esconder una piedra baxo un gran monton de telas, de suerte que es muy dificil adivinar en que parte está la piedra. El otro jugador hiere con una vara en el parage que cree está escondida, y se hacen apuestas sobre si acertará ó no.

Los jóvenes de ambos sexôs gustan mucho de la carrera, y los espectadores apuestan á favor de los corredores. Ví á un hombre que de rabia estaba mesándose los cabellos, y dandose grandes golpes en el pecho, porque en una carrera habia perdido tres hachas que le habiamos dado en cambio de la mitad de todas sus riquezas.

En ninguna parte hemos visto nadadores mas diestros que estos isleños; asi hombres como mugeres nadan no solo por necesidad, sino por diversion, y gustan mucho de este exercicio. Un lance que sucedió á nuestra vista, prueba que se acostumbran á esto desde muy niños. Una piragua en que iba una muger con sus hijos se volcó; uno de los niños que á mi parecer no tendria mas de quatro años, mostró mucho contento por este suceso, y estuvo nadando y dando vueltas á la embarcacion con grande alegria, hasta que enderezaron la piragua.

Ademas de estas diversiones, los mu-

chachos tienen un juego que los divierte mucho, y manifiesta bastante destreza: toman un palo corto con un travesaño á uno de los extremos, que sobresale á cada lado una pulgada: arrojan al ayre una pelota formada de hojas verdes sujetas con hilo, y la cogen con una de las puntas; despiden otra vez la pelota impeliendo ácia arriba el palo, y dandole á éste una vuelta, cogen la pelota con la otra punta: de este modo la cogen y la arrojan alternativamente por mucho tiempo, sin errar ninguna vez. Tambien juegan arrojando al ayre cierto número de estas bolitas, por lo regular con cinco, y las van cogiendo sucesivamente. Los muchachos de las islas de los Amigos conocen tambien este juego.

El modo de cultivar la tierra y de fabricar embarcaciones son tan semejantes en todas las islas del mar del Sur, que nada tengo que añadir á lo que ya he dicho en otras partes. Todas las obras mecanicas de estas islas manifiestan particular destreza y buen gusto. Su principal manufactura es la de las telas, que hacen de la corteza del *morus papirifera*, sin duda con el mismo método que en Otahiti, y otras islas del mar del Sur; pero los isleños de Atooi manifiestan gran superioridad de gusto en la aplicacion de los colores, y en la gran variedad de sus dibujos, con una riqueza de

imaginacion que sorprende. Al ver una gran porcion de sus telas parece que han tomado por modelos las mas bellas telas de la China y de la Europa, pero tienen tambien dibujos que les son peculiares. Los colores, exceptuando el roxo, no son brillantes, pero causa admiracion la regularidad de sus figuras y rayas. No pudimos averiguar de donde sacan sus colores: ademas de las telas pintadas de varios colores, tienen otras del todo blancas, otras pardas, y otras de azul celeste. Ademas tienen una tela particular, que parece un encerado; su barniz la hace resistir al agua.

Fabrican gran multitud de esteras blancas muy fuertes, de bastante extension con gran número de rayas negras: es verosimil que á veces les sirven de vestidos, porque se las ponian sobre la espalda, quando nos las ofrecian de venta. Hacen otras mas groseras, lisas é igualmente fuertes, las quales les sirven de camas.

Sobre sus calabazas forman de color negro varias figuras en lineas curbas, en triangulos, y otras que hacen muy buen efecto: ya habiamos visto de estas pinturas en la Nueva Zelanda. Parece que conocen el arte de barnizar, pues algunas de sus calabazas pintadas estaban cubiertas de una especie de barniz como los nuestros. Usan tambien de una materia glutinosa para encolar. El

arbol llamado *etua* ó el *cordia* les suministra los vasos en que beben el *ava*; estos vasos parecen hechos por nuestros mejores torneros, y quiza están mas bien pulimentados.

Las copas en que los xefes beben el *ava* son las mas hermosas que hemos visto: su diámetro comunmente es de ocho á diez pulgadas: son perfectamente redondas y muy bien pulimentadas: tres ó quatro figuritas humanas, en diferentes actitudes, las sostienen: unas se apoyan sobre las manos de las figuras, levantadas sobre las cabezas; otras sobre la cabeza y las manos, otras sobre los hombros. La proporcion de estas figuras es muy exâcta; estan muy bien acabadas, y se nota bien el esfuerzo de los músculos.

Todo lo perteneciente á la pintura está á cargo de las mugeres, que llaman *lupari*, y es digno de notarse que daban este mismo nombre á nuestra escritura. Las jóvenes nos quitaron muchas veces las plumas de las manos, y mostraron que sabian hacer uso de ellas como nosotros, y aun nos decian que nuestras plumas eran inferiores á las suyas. Miraban una hoja de papel escrita como una pieza de tela pintada á nuestro modo, y nos costó mucho trabajo hacerlas comprehender que las figuras formadas sobre el papel tienen una significacion de que carecen las suyas.

Sus anzuelos para pescar son de nacar, de hueso ó de madera ; éstos tienen la punta formada de pedacitos de hueso ó de concha de tortuga. Hay variedad en su tamaño y figura, pero los mas comunes tienen dos ó tres pulgadas de largo, y parecen un pececillo ; un manojito de plumas pegado á la cola ó á la cabeza sirve de cebo. Los que usan para pescar los tiburones son muy grandes : su fuerza y belleza causan admiracion, considerando la materia de que los hacen, y en efecto experimentamos que eran superiores á los nuestros.

Los sedales para pescar, y los cordeles con que hacen sus redes y otras obras, son de varios gruesos ; los forman de la corteza del *tuta*, y los tuercen como nosotros, dandoles toda la extension que quieren. Tienen otros cordelillos mas delgados, que sacan de la corteza de un arbusto llamado *arimah*: hacen otros aun mas finos de cabellos, pero estos no los emplean sino en sus adornos. Ademas fabrican de las fibras que cubren los cocos cordeles mas gruesos para sus piraguas ; compramos algunos de éstos, y los hallamos muy buenos para las pequeñas maniobras. Fabrican tambien unas sogas llanas y muy fuertes, que emplean en la trabazon de los techos de sus casas, y en todo lo que quieren atar con mucha fuerza y seguridad.

Entre las artes de estos isleños no debe-

mos olvidar la de hacer la sal, la qual es muy buena, y de ella hicimos una gran provision. Sus salinas son unos espacios escavados en tierra de seis ú ocho pies en quadro, de unas ocho lineas de hondo, y revestidos de arcilla. Conducen á ellos el agua del mar, y el sol hace en breve la evaporacion. La que adquirimos en nuestra primera arribada, era morena y sucia; pero la que despues compramos en la bahia de Karakakua era blanca, de excelente calidad, y encontramos grande abundancia de ella.

Sus instrumentos de guerra son las lanzas, las dagas, llamadas *pahuas*: las lanzas son de una madera dura y sólida, y las hay de dos especies; unas de seis á ocho pies de largo, bien pulimentadas, que terminan en una punta harponada; es probable que á veces las arrojan como dardos. Las otras tienen de doce á quince pies de largo, y en vez de ser harponadas, terminan en una punta como la de las dagas. Estas se hacen de una madera muy dura y pesada, parecida al ébano; tienen de uno á dos pies de largo, y en la punta del mango tienen un cordel atravesado para asegurarla al brazo. Las macanas son de varios tamaños y maderas, sus hondas nada tienen de particular, y casi son como las nuestras.

Fin del Quaderno LVII.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO XIX.

QUADERNO CINCUENTA Y CINCO.

CARTA CCCX.

Sedicion de los Ingleses.

CARTA CCCXI.

CARTA CCCXII.

CARTA CCCXIII.

Fin del Quaderno LV.

QUADERNO CINCUENTA Y SEIS.

CARTA CCCXIV.

CARTA CCCXV.

CARTA CCCXVI.

Tercer viage del Capitan Coock.

CARTA CCCXVII.

Continuacion del viage.

CARTA CCCXVIII.

Continuacion del viage.

CARTA CCCXXIX.

CARTA CCCXX.

Continuacion del viage.

Fin del Quaderno LVI.

QUADERNO CINCUENTA Y SIETE.

CARTA CCCXX.

CARTA CCCXXI.

Costa de América.

CARTA CCCXXII.

CARTA CCCXXIII.

Continuacion del viage.

CARTA CCCXXIV.

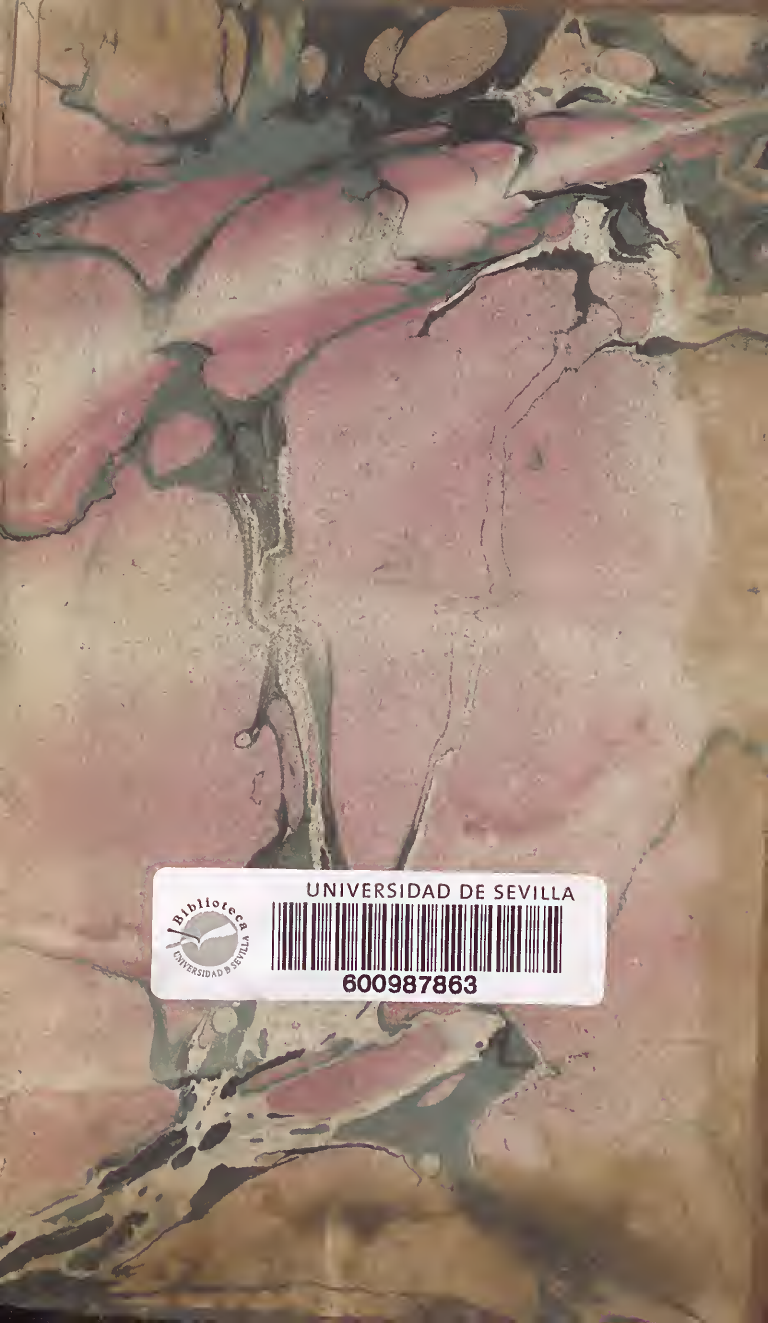
CARTA CCCXXV.

CARTA CCCXXVI.

Descripcion de las islas de Sandwich.

FIN.





Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600987863

VIAGERO UNIVERSA

19